







SANTORAL ESPAÑOL.

SANTORAL ESPAÑOL

6

COLECCION DE BIOGRAFIAS DE TODOS LOS SANTOS NACIDOS EN ESPAÑA,

arreglado por meses en forma de

AÑO CRISTIANO.

REDACTADO POR CONOCIDOS Y COMPETENTES ESCRITORES, CUYOS NOMBRES VAN AL
FRENTE DEL MES QUE CADA UNO HA ESCRITO:

publicado por

DON MANUEL ARROITA Y GOMEZ,

EDITOR.

Con licencia del Ordinario.

MADRID.

IMPRESA DE LA REGENERACION, GRAVINA, 21,
á cargo de D. F. Gamayo.

1863.

SANTORAL ESPAÑOL

COLECCIÓN DE MONEDAS DE TODOS LOS REYES REINANTES EN ESPAÑA

AÑO CRISTIANO

DON JUAN DE ARBOLEYA Y GOMEZ

Es propiedad.

ESTADO

Don Juan de Arboleya y Gomez

MADRID

1861

AL PÚBLICO.

Al anunciar esta obra dijimos en el prospecto que no sería perfecta, porque nada lo es en lo humano; pero que sería la más exacta de las conocidas, la más completa y la más acercada á la perfección histórica.

Obligados nos creemos á repetir lo mismo al frente de ella; pero manifestando á la vez la razón en que nos fundamos para apreciarla y calificarla de tal modo.

Ninguno de los Redactores del SANTORAL ESPAÑOL se cree, no solo con mayor, sino ni con igual suficiencia que los escritores que les han precedido en trabajos de la propia clase: ninguno se considera capaz de hacer por sí solo más, ni tanto como aquellos hicieron, y, sin embargo, no duda ninguno en afirmar que esta obra será mejor que todas las publicadas hasta hoy. ¿Cómo se explica, pues, esto? Muy fácilmente.

Los escritores antiguos carecían de guías seguros para sus investigaciones sobre historia eclesiástica, y sus fuerzas propias, por muchas que fueran, no podían bastarles para despejar un camino obstruido por inmensas dificultades é impenetrables abrojos: los abrojos y las dificultades han ido desapareciendo en su mayor parte, y hoy existen muy pocas y poco difíciles de vencer. El sábio

Jesuita alemán, P. Juan Bolando, y su compañero, P. Godfrido Henschen, con su *Acta Sanctorum*, y el ilustre español religioso Agustino, Fray Enrique Florez, con su *España Sagrada*, hicieron practicable el camino de la verdad, y allanaron la senda que conduce á la perfeccion histórica. A estos eminentes escritores, y á los ilustradísimos españoles y extranjeros que despues de muertos aquellos continuaron, y en la actualidad continúan, las dos monumentales espresadas obras, se debe que nuestro SANTORAL ESPAÑOL sea mas exacto y mejor que los libros existentes que se ocupan de los Santos españoles. Nuestros redactores, con tan buenos guías, han podido llegar hasta las fuentes indicadas por aquellos sabios, beber en ellas las verdades históricas, y formar una obra esclusivamente española, como no se hallará ninguna, porque las publicadas hasta el presente, tanto las terminadas por completo, con los títulos de *Martirologio Hispano*, *Historia eclesiástica de todos los Santos de España*, *Año Cristiano de España*, y otros, como la que hace un año y medio próximamente se comenzó y no continuó, con el título de *Vidas de los Santos Españoles*, todas, absolutamente todas, contienen Santos extranjeros y omiten muchos notoriamente españoles, no siendo, por consiguiente, su fondo lo que anuncian y prometen sus portadas. El fondo de la nuestra respondemos desde ahora que justificará completamente su título, pues aunque, para que sirva tambien de Calendario perpétuo, se ponen todos los Santos del mes, segun el Calendario comun de Castilla, solo se dan biografías de los españoles.

Hay, sin embargo, bastantes Santos de naturaleza tan controvertida y dudosa, que ni Florez, ni los Bolandos, ni sus eruditos continuadores, ni otros historiadores de gran reputacion, se atrevieron á dar decididamente por españoles, ni por hijos de otro pais. Negarles sitio por completo en el SANTORAL ESPAÑOL, no estando reconocidos por extranjeros, pareció injusto, é incluirlos mezclados con los españoles no estando probado que lo eran, falseaba la mente y el plan de la publicacion. Para conciliar, pues, ambos extremos, determinó la Redaccion reunir todos los Santos que se hallan en este caso, y dar sus biografías en un apéndice con el que se cerrará la obra, y de este modo, sin omitir el dar á conocer los Santos de patria dudosa, que pudo ser la nuestra, el fondo de la obra será español sin vacilacion ni duda alguna.

Debemos, finalmente, manifestar que considerando por de más difícil, si no imposible, que tuviera suscripcion ni venta, mas que muy lenta y paulatina, una obra tan costosa como necesitaba serlo la coleccion de las vidas detalladas de nuestros Santos, por los muchos tomos de que por fuerza tenia que constar para ser desempeñada cumplidamente, y siendo nuestro principal objeto que el SANTORAL ESPAÑOL circule por todas las clases de la sociedad, hasta por las menos acomodadas, sembrando la santa semilla del Evangelio, difundiendo sus divinas luces, y presentando heróicos ejemplos de todas las virtudes cristianas, determinamos crear una obra poco voluminosa, una coleccion de biografías en dos tomos, para que

con corto desembolso, y cómodo por pagarse mensualmente, pudiera ser adquirida por personas de escasa fortuna. En las biografías se han consignado, aunque sin reflexiones ni comentarios, para los cuales no dan lugar las dimensiones de la obra, todos los hechos interesantes de la historia general y pública de los Santos, tomados de los escritos mas autorizados y de los documentos mas fehacientes, dando además de todos los Santos que se han podido conseguir, aquellas noticias necesarias para conocer tambien su vida privada. Si nuestros redactores han hecho, con respecto á la parte histórica, más ó ménos que los escritores que les han precedido, y si nuestras biografías son más ó menos ricas de noticias, puede fácilmente saberlo todo el que se tome la pequeña molestia de compararlas con las que corren en los diferentes *Años Cristianos* existentes. El público juzgará. Los Redactores aceptan desde luego y por completo su juicio y su fallo, y como ellos lo acepta asimismo por la parte de publicación

El Editor,

MANUEL ARROITA Y GOMEZ.

SANTORAL ESPAÑOL.

MES DE ENERO,

(por D. Eustaquio Maria de Nenclares.)

DIA 1 ¹.

La Circuncision del Señor.

DIA 2.

San Isidoro, Obispo y Mártir, *Sirio*.

DIA 3.

San Antero, Papa y Martir, *Griego*.

DIA 4.

San Aquilino, Mártir, *Africano*, y San Timoteo, Obispo, *Egipcio*.

DIA 5.

San Telesforo, Papa y Mártir, *Griego*.

SAN ATANASIO Y SAN TEODORO, ESPAÑOLES.

Entre las envidiables glorias con que brilla nuestra patria, una de las mas envidiadas por las naciones católicas

¹ Para las Commemoraciones, Santos, Vírgenes y demas incluido en el Calendario comun de Castilla, seguimos el que va al frente de la *Guía Eclesiástica*.

es la de haber sido la preferida por el Apóstol Santiago el Mayor para sembrar sin tardanza la salvadora semilla del Evangelio, que tan fecunda se desarrolló, echando las hondas é imperecederas raíces, que, constantes multiplicadoras de divinos frutos, vivirán lozanas tanta vida como ella.

Situada España en la parte mas occidental del mundo antiguo, y habiendo nacido con Jesucristo su salvadora doctrina en Oriente, natural parecia que España hubiera tardado muchos años en conocerla y dar al mundo nobles y valientes campeones del cristianismo, que tremolaran su gloriosa bandera humillando el orgullo de sus perseguidores, de sus tiranos y de sus verdugos. Y sin embargo, á pesar de los miles de leguas que mediaban entre la cuna de la Religion del Crucificado y nuestra patria, de las primeras fue esta en ofrecer gloriosos frutos de la predicacion del Evangelio á los pies del Divino Redentor.

Muerto Jesus en el año 33 de su vida humana, y en tremendo desarrollo la primera persecucion contra los cristianos, permanecieron retirados en Jerusalem los Apóstoles, y sus discípulos se diseminaron, quedando inactivos en diferentes puntos de Judea. Un decreto de Tiberio mandando que nadie persiguiese ni inquietase á los cristianos, dió nuevos bríos á los discípulos, y determinó á los Apóstoles á emprender la promulgacion del Evangelio por el mundo conocido, verificándose en el año 37 de Jesucristo la llamada dispersion de los Apóstoles, y la espedicion de Santiago, segun asienta La Hays en su *Cronicon sacro*, inserto en el tomo v de la *Biblia Magna*.

Santiago se dirigió á España acompañado de sus discípulos Hermógenes, Fileto y Josias, y con ellos recorrió varios puntos, permaneciendo más ó ménos tiempo en unos ú otros, segun lo juzgó conveniente, para dejar discípulos instruidos que continuasen su salvadora obra. Galicia fue el teatro principal de sus glorias, y donde perma-

neció mas tiempo. Eligió nueve discípulos, quedando fija tradicion del nombre de siete: Calovero, Basilio, Pio, Crisógono, Teodoro, Atanasio y Maximiano. Habiendo determinado regresar á Judea, dejó encomendada la predicacion del Evangelio en Galicia á ATANASIO y TEODORO, llevando en su compañía á los otros siete discípulos españoles. No encontró el Santo Apóstol tan propicio á los cristianos el pueblo de Judea como cuando la dejó; pero ni la saña de las autoridades ni de sus subordinados le intimidaron ni amenguaron en lo mas mínimo su santo celo, y continuó la predicacion del Evangelio en varias ciudades, sin exceptuar Jerusalem. En esta sufrió el martirio el año 42 de Jesucristo, á presencia de los siete discípulos españoles que llevó de Galicia, siendo degollado por orden de Herodes, y abandonado su cuerpo en el campo para que lo comieran los perros. Aquella misma noche recogieron sus discípulos el santo cuerpo, y llevándolo al puerto de Jope se embarcaron, dirigiéndose á España para depositar en Galicia su precioso tesoro. Llegados felizmente á Villa Patroni, hoy el Padron, llevaron los restos del Apóstol su maestro á una heredad cercana, llamada *Liberum donum*, en la que encontraron una cueva ó gruta adornada con diversas herramientas de cantero, y en medio un ídolo. Derribaron y deshicieron este, y fabricaron una bóveda, en que pusieron el cuerpo de su maestro, que honraban diariamente orando ante él y cantando salmos en su alabanza. En el año de 43 determinaron los discípulos continuar la obra de su maestro, y se repartieron por España, propagando el conocimiento de la doctrina de Jesus. ATANASIO y TEODORO quedaron para velar constantemente el cuerpo del Apóstol, lo que verificaron sin interrupcion hasta el último momento de su santa vida, habiendo dispuesto que sus cuerpos fuesen enterrados en dos sepulcros mas modestos, labrados por ellos, uno á cada lado del que contenia los

preciosos restos del glorioso Apóstol Santiago el Mayor, hoy Patron de España.

DIA 6.

La Adoracion de los Santos Reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar, y el

BEATO JUAN DE RIBERA, ESPAÑOL.

Sevilla fue la patria de este ilustre español, que con su vida aumentó las ya abundantes glorias y timbres de su preclara familia. Nació en marzo de 1532, hijo de D. Pedro ó Perafan de Ribera, primer duque de Alcalá de los Gazules, segundo marqués de Tarifa y sexto conde de Morales, uno de los españoles mas importantes y distinguidos de su época, y de los que mas servicios prestaron á su patria con el celo, prudencia y lealtad con que desempeñó los altos cargos de Adelantado mayor de la Andalucía, Virey y Capitan general de Cataluña, y despues del reino de Nápoles, en donde falleció á los catorce años de vireinado, querido y respetado de propios y estraños.

JUAN recibió por nombre en la pila del bautismo el hijo de D. Pedro, siendo criado con el esmero que es de presumir de un amoroso padre, y que disfrutaba de una posicion tan brillante.

Salido de la infancia, le rodeó su padre de ayos y maestros dulces, amables, y que á su reconocida moralidad unian sana y profunda ciencia y práctica constante de todas las virtudes cristianas. A los diez años era un gran retórico, y á los doce, acompañado de su ayo, pasó á Salamanca á cursar ciencias mayores.

Las alegres y bulliciosas costumbres de los estudiantes no tuvieron cabida en el corazon ni en la mente de JUAN DE RIBERA. Con todos sus compañeros fue siempre cariñoso, amable y tolerante; pero sin tener con ninguno in-

timidad, ni otras relaciones y contacto que el indispensable en las aulas. Observó constantemente en Salamanca el género de vida y las costumbres que tenia en Sevilla. Lo primero que colocó en su cuarto fué un altar construido por él, como el que adornaba su estancia en casa de su padre, no permitiendo jamás á su ayo ni á ningun criado que le tocasen para limpiarlo ni adornarlo. Conservó siempre la costumbre de asear y cuidar su habitacion, y aun en los últimos años de su vida, siendo Arzobispo, y uno de los hombres mas importantes de España, barria todos los dias su cuarto, limpiaba los muebles y hacia su cama.

Bajo la direccion de los célebres Lectores Melchor Cano, Domingo Soto y Pedro de Sotomayor, hizo rápidos y sorprendentes progresos en las letras y ciencias, á pesar de la poca salud que disfrutaba, y de una gravísima enfermedad que tuvo en Salamanca, y que le puso á las puertas de la muerte. Su padre marchó en seguida á ponerse á la cabecera de la cama de tan apreciable y querido hijo, llevando consigo de Sevilla dos famosos médicos, los cuales, como todos los de Salamanca, opinaron que el gravísimo estado en que se hallaba el jóven era producido por sus trabajos, por sus vigiliass, y por la penitente vida que hacia, orando de rodillas delante del altar muchas horas todos los dias, disciplinándose, y observando un casi constante y rigido ayuno.

En cuanto pudo ser puesto sin peligro en camino, le llevó su padre á Sevilla, y, aunque poco á poco, fue convaleciendo y recobró la salud. Las dulces y amorosas reflexiones y consejos de su padre y de toda su familia le contuvieron algun tanto en su afan y constante deseo de penitencia, y restablecido completamente volvió á Salamanca para continuar los estudios. Brillantemente terminó los universitarios, tomando el grado de Doctor á los veinte y

cinco años, recibiendo las sagradas Ordenes el día 7 de mayo de 1557.

Contando solamente treinta años de edad, fue presentado por el Rey D. Felipe II al Pontífice Pio V para Obispo de Badajoz, despachando Su Santidad las Bulas en su favor en 20 de junio de 1562. Su padre, que se hallaba ya de Virey de Nápoles, le remitió un magnífico servicio de iglesia y mesa, de oro y plata, y una tiernísima y notable carta con su bendición.

Tomada posesion de su alta dignidad, mandó ir á Badajoz á todos los curas del Obispado, y les dió las mas sábias y prudentes instrucciones para el mejor desempeño de su salvadora mision; les recomendó muy especialmente la amabilidad y humildad, la paciencia para la instruccion del pueblo, el celo para aumentar el amor á Dios en los tibios, para con los cuales debian emplear siempre con preferencia la persuasion á la reprension, el amor al despego, y los favores á la persecucion y al castigo; y siguiendo, finalmenté, la doctrina y práctica que el Apóstol San Pablo seguia con su discípulo Timoteo, les enseñó el modo de predicar, para introducir mas dulcemente la doctrina de Jesucristo en el corazon de sus oyentes.

Hizo grandes reformas en su diócesi, encaminadas todas al mayor lustre de la Religion, y á suprimir gastos innecesarios, aumentando con las economías los fondos para atender al auxilio de los necesitados. Además de las infinitas limosnas que de continuo hacia, mantuvo constantemente de todo lo necesario á los doce pobres mas ancianos de la ciudad.

En el año de 1564, con motivo de haberse perdido la cosecha de cereales en la mayor parte de España, tuvieron los granos tal subida que se elevó el precio del pan en Badajoz á cuatro tantos mas de su valor ordinario; y no bastando los fondos del Obispado para auxiliar á los po-

bres, como su virtuoso Obispo deseaba, vendió todos los muebles, ropas y demas efectos propios, quedándose solo con lo absolutamente indispensable, y el producto lo empleó en trigo para repartir pan á los pobres. Supo su padre la noble y santa accion de su querido hijo, y que en la venta habia incluido la vajilla de oro y plata que le regaló, y con una buena limosna en dinero para los pobres, le remitió otra vajilla desde Nápoles. El admirable JUAN DE RIBERA recibió con el mas profundo placer y agradecimiento la limosna y el presente de su padre; pero la carestia continuaba, los pobres morian de necesidad, y no podia resignarse á ver en su mesa plata, mientras no habia pan en la de aquellos: vendió tambien esta vajilla para comprar trigo, escribiendo á su padre una carta, que, segun decia el mismo D. Pedro de Ribera, fue el escrito que llegó á sus manos en toda su vida que mas conmovió su corazon.

Procurando tener siempre presente que era mortal, que su cuerpo estaba destinado á la tierra, y que su alma tenia que presentarse ante el Supremo Hacedor á dar cuenta de sus actos en el mundo, mandó pintar un cuadro con dos retratos suyos, el uno, que lo representase muerto, tendido en tierra, revestido con los ornamentos pontificales, dispuesto y amortajado para ser conducido al sepulcro; y el otro, presentándose en alma al tribunal del Divino Juicio, á dar cuenta de su vida y del cumplimiento de las obligaciones de su estado y episcopal empleo, llevando por defensor á su ángel custodio y por fiscal acusador á un infernal ministro. Durante su estancia en Badajoz tuvo el cuadro en su cuarto, y cuando pasó á Valencia lo colocó en el altar en que decia Misa todos los dias.

En 29 de enero de 1568 vacó la dignidad de Patriarca de Antioquia, y la de Arzobispo de Valencia, por muerte del ilustre valenciano Sr. D. Fernando de Lloázes, y ha-

biendo sabido por su tío D. Federico Enriquez que el Rey D. Felipe le había designado para el Arzobispado de Valencia, le escribió inmediatamente suplicándole que, por cuantos medios estuviesen á su alcance, procurase disuadir á S. M. de honrarle con tan alto cargo, que estaba dispuesto á no aceptar. Su humildad y modestia le proporcionaron una nueva y poco común honra, pues al poco tiempo recibió la siguiente carta de S. M.

EL REY.

« Reverendo en Cristo Padre Obispo de nuestro Consejo : D. Federico Enriquez nos ha dicho de vuestra parte los inconvenientes é impedimentos que se os ofrecen, para no poder aceptar el Arzobispado de Valencia, al que os he elegido y nombrado, teniendo en consideracion que así conviene al servicio de Dios y bien universal de aquella Iglesia, por ofrecerse al presente en ella cosas en que mas particularmente puede ser servido de vuestra persona, y yo recibir gran contentamiento. Atendiendo lo cual, os rogamos mucho que no rehuséis en esto el trabajo, pues, por las razones dichas, vos teneis obligacion de aceptarlo, y yo de volverlo á encargar, como aquí lo hago. Dada en Madrid á 16 de junio de 1568. — YO EL REY. »

En vista de tan honrosa carta no pudo ménos de prescindir de su humilde propósito, y contestó al Rey aceptando el Arzobispado. La satisfaccion del Rey por la aceptacion de JUAN DE RIBERA, la manifiesta cumplidamente la siguiente carta :

EL REY.

« Muy reverendo en Cristo Padre Patriarca, electo Arzobispo de Valencia, del nuestro Consejo : He recibido vuestra carta, y holgado cuanto se puede que hayais aceptado la Iglesia de Valencia, por el servicio que podreis hacer,

residiendo en ella, á Nuestro Señor, y por el contentamiento que me habeis dado; y así, os lo agradezco mucho, y espero que os hallareis bien allí, y con el tiempo os podeis mejor resolver en lo que apuntáis. Con esta se os envía la presentación de la dicha Iglesia de Valencia con correo yente y viniente, para que vista, y hecho hacer las procuras y otros recaudos necesarios, que vos habeis de proveer, torne con todo ello en diligencia, porque lo pueda llevar un correo que mando despachar á Roma, y conviene que se haga con brevedad, para que podais más presto pasar á la Iglesia de Valencia, y atender á lo que allí se ofrece, que lo deseo mucho. Dada en el Escorial á 1.º de julio de 1568. — YO EL REY.»

El profundo sentimiento de todos los habitantes del Obispado de Badajoz es comparable solo á la entusiasta alegría de los del Arzobispado de Valencia, que no se cansaban de dar gracias á Dios y bendecir al Rey por la merced que les dispensaban, dándoles un Arzobispo cuya fama de virtud y santidad les autorizaba para esperar de él inmensos bienes para el Arzobispado. No se engañaron, y en mucho escedieron los beneficios á la esperanza.

Idénticas pretensiones, idéntico celo é idénticos desvelos que en Badajoz empleó en Valencia desde el momento que tomó posesion de la Silla; y contando con mayores recursos, mayores fueron tambien los auxilios, las limosnas y las fundaciones de iglesias y conventos en la capital y pueblos del Arzobispado. En ninguna de las iglesias que fundó permitió que se pusieran las armas de su familia ni su nombre; solo se grabó este en la piedra que habia de cubrir su sepultura, hecha en el suelo á la entrada de la capilla mayor del célebre Colegio del *Corpus Christi*, creacion suya, en cuya edificacion empleó cuatrocientos mil ducados. Nunca antes, ni nunca despues, se habia empleado ni empleó dinero alguno que tantas glorias reportase

á la nacion, por los eminentes hombres que dió el Colegio, para honra de España y de su fundador. La rígida observancia de todos los preceptos del Evangelio, la previsora organizacion interior, la modestia en el trage, el sábio plan de enseñanza, los premios por virtudes y aplicacion, tan clara y terminantemente designados, hicieron imposibles durante la vida del Arzobispo RIBERA toda clase de trastornos, disgustos y animosidades en este Colegio, creado para la educacion religiosa y científica de sus pajes. Gran número de ellos tuvo siempre de la más noble y florida juventud de todas las provincias de España, y no por vana ostentacion de grandeza, ni para emplearlos en el cuidado de su persona, pues jamás se sirvió de ninguno sino en los actos solemnes de Consagraciones, Ordenes ó en Misa pontifical, cuyas sagradas ceremonias procuró siempre, sí, que se celebrasen con la más posible ostentacion y grandeza, para mayor honra de Dios y de la Iglesia.

Los maestros, ayos y criados de sus pajes fueron siempre elegidos con la mayor escrupulosidad, y nunca toleró la menor falta en ellos, especialmente si la falta afectaba á la Religion ó la moral.

La más alta y preclara nobleza de España buscaba solícita influencias y recomendaciones para lograr que sus hijos fuesen admitidos en el Colegio de Pajes del Arzobispo de Valencia, porque además del constante ejemplo de las más santas costumbres, era la mejor escuela de letras y ciencias que habia en España. En ella, y en clase de pajes, se criaron é instruyeron entre otros infinitos el Emmo. Sr. Cardenal D. Gaspar de Borja, Embajador ordinario de la Côte romana, Virey de Nápoles y Arzobispo de Toledo, despues de haber sido Obispo de Sevilla; su hermano D. Baltasar, canónigo de Valencia, arcediano de Játiva, y despues Obispo de Mallorca; con sus tíos D. Alonso, arcediano de Alcira, y D. Leonardo, canónigo y dignidad

de maestrescuela de la catedral de Valencia; el marqués de Malpica, D. Francisco, y su hijo D. Pedro de Ribera; los condes de Concentaina, D. Gaston de Moncada y Don Gaspar de Corella; el marqués de Auñón, D. Iñigo de Velasco, y el conde de Orgaz, D. Estéban de Mendoza Rojas y Guzman; el hijo de los marqueses de Villanueva del Rio, D. Francisco Enriquez, y el conde de los Arcos, D. Pedro Laso de la Vega, con el de Castro D. Gomez Manrique de Mendoza; D. Diego Vique, D. Hernando Ponce, D. Raimundo Monsoriu, D. Juan de Monsalve, D. Alvaro Ladron de Guevara, D. Pedro Carvajal, D. Juan Boil y el arcediano de Madrid y canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, D. Antonio Coloma, hijo de los condes de Elda.

Otra de las importantes fundaciones de este Santo Prelado fue el monasterio de San Gregorio el Magno para pecadoras arrependidas, al que constantemente dedicó un esquisito cuidado, visitándole todas las semanas, confesando á las acogidas, escitando su celo religioso, inflamando sus corazones en amor divino, y aliviando sus aflicciones con dulces, tiernas y consoladoras pláticas.

La conversion de los muchos moriscos que residian en su diócesi era otra de sus ocupaciones predilectas, y para la que no economizaba trabajo ni fatiga alguna, recorriendo los pueblos y visitando hasta las moradas mas humildes y hediondas, en las que gozaba de la mayor delicia si hallaba un alma que sacar del error y de las garras de Satanás.

Siempre viajó con la mayor modestia, sin séquito ni ostentacion. Una pequeña arca con la ropa mas indispensable para mudarse, y una pobre cama, era todo su equipaje. Si en alguna de las casas en que se hospedaba, se empeñaba el dueño en que habitase un cuarto lujoso y con buena cama, por no disgustar al que queria honrarle y darle motivo á creer que despreciaba el obsequio, habitaba el cuar-

to y arrugaba las ropas de la cama para que creyeran que habia descansado en ella; pero nunca lo hizo mas que en la incómoda y pobrísima que llevaba.

Siendo constantemente para él la honra mayor y la mas grande riqueza la virtud, solo distinguió con su afecto y amistad á los que estaban adornados de ella: la posicion social de las personas, los honores, timbres, blasones y el oro jamás llamaron su atencion: el afecto y la compañía de un misero pastor, si era virtuoso, la preferia mil veces á la amistad de los mas elevados personajes, si no practicaban los preceptos de la Religion cristiana, y daban los ejemplos de virtud que están mas obligados á dar los que por su posicion en el mundo son mas visibles, y pueden, por consiguiente, enseñar á mayor circulo de gentes el camino de la gloria.

Innumerables fueron sus actos de humildad y caridad: no se contentaba con visitar á los enfermos, consolarlos y confortar su espíritu con tiernas frases y amorosas palabras, sino que los curaba las llagas y heridas, los daba las medicinas, los limpiaba y aseaba, los mudaba de ropa y los arreglaba la cama, y mil veces se le vió por las calles dando el brazo y sosteniendo á débiles ancianos ó impedidos que habia encontrado, y que ni abandonaba ni encomendaba á otra persona hasta dejarlos en su casa consolados y socorridos.

Comia poco, y siempre la vianda mas mala y ordinaria que ponian en la mesa. La confianza que tenia con él su antiguo camarero Gonzalo Suarez, y el interés que se tomaba por la salud y conservacion de tan virtuoso amo, le permitian aconsejarle algunas veces que se alimentase más y eligiese mejor plato; pero siempre le decia: «Te aseguro, Gonzalo, que como de lo que mas me gusta.»

Nadie podia dudar de que Dios le habia dotado del don de profecía, pues anunciaba cosas tan poco al alcance de la

imaginacion humana, tan poco presumibles y tan sorprendentes, que su realizacion no dejaba duda de que la mente del Santo Arzobispo estaba alumbrada por la luz divina. Sin embargo, jamás él convino en que era Profeta; y cuando alguno se lo llamaba, le decia inmediatamente: «No juzgue V. de mí tal cosa, porque aquello que parece profecia, no es sino adivinar de viejos, de quien comunmente suele decirse que si no adivinan alguna cosa son viejos que no valen para nada.»

No consentia que nadie se arrodillase para besarle la mano, ni admitió jamás tratamiento mas que en los actos oficiales, á pesar de tenerlo desde la cuna.

Setenta y nueve años de edad, y con vida tan trabajada y penitente, comenzaron á resentir su naturaleza, y el temor de perderle hacia que todos sus amigos y súbditos le aconsejasen más quietud y cuidado de su persona; pero nada consiguieron: ni un minuto aumentó á las cinco horas que daba de reposo á su cuerpo, invirtiendo las diez y nueve restantes en sus habituales trabajos, diciendo que lo que sentia era que fuesen tan cortos los dias, porque jamás habia podido conseguir, no que le sobrara tiempo, sino tener el suficiente para hacer todo lo que deseaba.

Estando orando en la capilla del Colegio el dia 6 de diciembre de 1611 se sintió malo, y tanto, que tuvieron que ayudarle á subir á su cuarto y meterle en la cama. No quiso que llamaran al médico, y por no disgustarle así lo hicieron; pero su camarero dió aviso secretamente al doctor D. Antonio Barberán, que era el médico del Colegio, y á la siguiente mañana temprano se presentó en el cuarto del Arzobispo. Así que este le vió, le dijo: «Hermano, os han incomodado sin necesidad, porque vuestra ciencia nada puede hacer aquí. Esta será la última enfermedad, y de esta cama no tengo de levantarme sino para la sepultura y dar cuenta á Dios.»

Un mes justo permaneció en el lecho, sufriendo con la mayor y dulce resignacion los dolores de su penosa enfermedad, sin consentir que nadie se quedase de noche en su cuarto para cuidarle: pero habiéndose caído de la cama dos dias antes de su muerte y heridose en la cabeza, no volvió á quedar solo, por mas que él mandaba retirar á sus afligidos amigos y dependientes.

No hubo medio de convencerle para que recibiese el Viático en la cama: arrodillado en el suelo y revestido con una ropa larga, roquete y estola, recibió el Sacramento de la Penitencia, pronunciando en seguida una corta y sentida plática, que hizo correr abundantemente las lágrimas de los que se hallaban presentes. Entre tres y cuatro de la mañana del jueves 6 de enero, dia de Reyes de 1611, voló su santa alma á las moradas celestiales.

Fue enterrado en el suelo á la entrada de la capilla mayor de su Colegio, tan pobre y humildemente como lo habia dejado dispuesto; pero el entierro fue el más solemne y majestuoso que se habia visto en Valencia, rivalizando todas las clases de la sociédad en demostraciones de sentimiento por la muerte de tan virtuoso y querido Prelado. Durante nueve dias vistieron luto todos los habitantes de la ciudad, y los establecimientos públicos no abrieron mas que media puerta, ni colgaron ramos, muestras ni géneros fuera de las tiendas.

Tan generalmente aceptada era la creencia de la virginidad del Patriarca y Arzobispo JUAN DE RIBERA, que el marques de Caracena, D. Luis Carrillo, Virey y capitán general á la sazón del reino de Valencia, acompañado de toda la nobleza, colocó sobre el féretro una corona y una palma, con una inscripcion que decia: *Corona et palma merenti.*

Muchos milagros tuvieron lugar en el dia del entierro y despues de él, y diferentes apariciones, todas las que debi-

damente justificadas obran en los procesos para la Beatificación, que tuvo lugar en el año de 1796, rigiendo la Silla de San Pedro en Roma el Papa Pio VI, y el trono de Pelayo en Castilla el Rey Carlos IV.

DIA 7.

San Julian Mártir, *Sardo*, y San Teodoro, Monge, *Egipcio*.

DIA 8.

San Luciano y Compañeros, Mártires, *Romano*.

DIA 9.

San Julian, Mártir, y su esposa Santa Basilisa, Virgen, *Sirios*.

DIA 10.

San Nicanor, Diácono y Mártir, *Egipcio*, y San Gonzalo de Amarante, Confesor, *Portugués*.

DIA 11.

San Higinio, Papa y Mártir, *Ateniense*.

DIA 12.

San Benito, Abad y Confesor, *Italiano*.

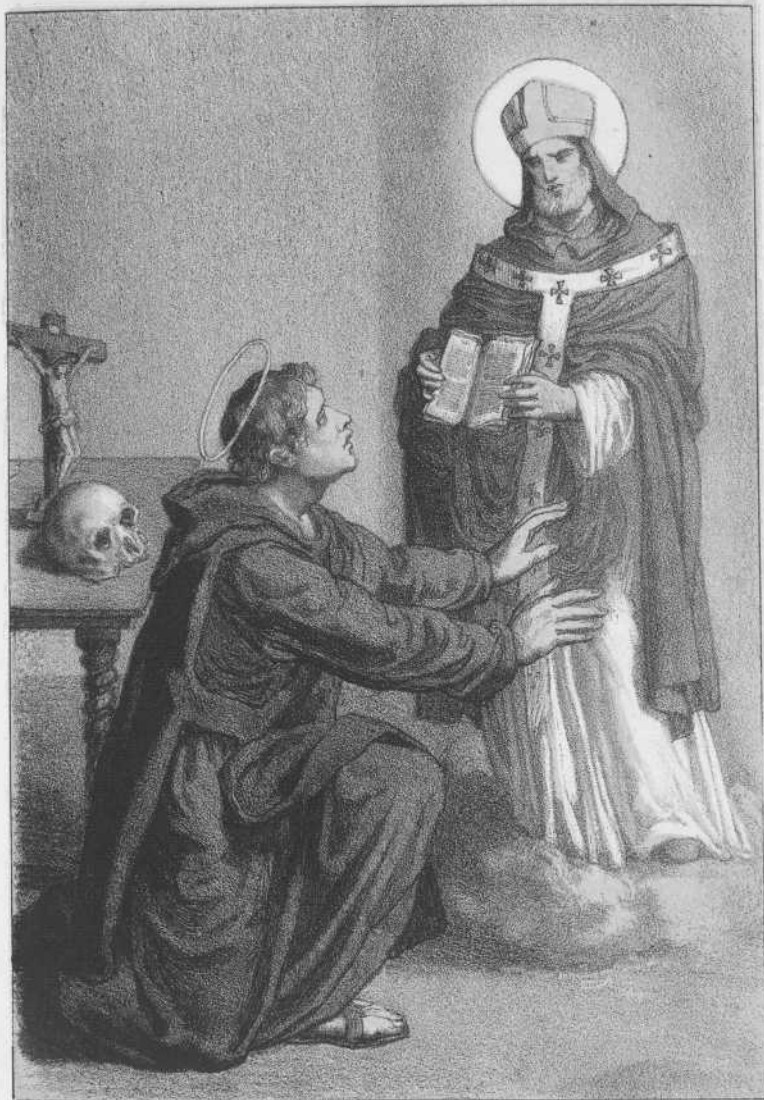
SAN MARTIN DE LEON, CONFESOR Y DOCTOR, ESPAÑOL.

Leon, capital de la provincia del mismo nombre, en España, fue la dichosa cuna de este Santo. Hijo de Juan y Eugenia, descendientes de ilustres y acomodadas familias, fue educado con el mayor esmero y ejercitado constantemente en obras de la mas rígida cristiandad y sublimes virtudes, dando desde muy pequeño ejemplos diarios de santas costumbres, que eran las delicias de sus virtuosos padres y la admiracion de la ciudad. Desde los mas tiernos

años descubrió un talento privilegiado y grande afición á las letras, aprendiendo con la mayor facilidad cuanto le enseñaban los maestros. Deseoso de visitar las Reliquias de los Apóstoles y recibir la bendición del Santo Padre, partió para Roma, viendo satisfechos sus deseos, y habiendo logrado, además, aumentar algun tanto su instruccion con el contacto de las ilustradas personas cuya compañía buscaba siempre con el mayor anhelo. Concluido el tiempo de la licencia que le concedieron sus padres, regresó á Leon, y continuó preparándose para la carrera de la Iglesia. Ordenose de Sacerdote, y tomó el hábito de Canónigo Regular en San Isidoro de Leon, alcanzando al poco tiempo la consideración del mas perfecto religioso y santo sacerdote del convento.

No habia estudiado la Sagrada Escritura, y tenia grandes deseos de saberla y entenderla; pero sus deseos se estrellaban en la falta de maestros. Constantemente oraba pidiendo á Dios que le concediese un maestro, ó la comprensión necesaria para aprender sin lector. Hallábase una noche en oración dirigiendo fervoroso al Señor su constante súplica, y de pronto se ilumina la estancia, y se le aparece San Isidoro con un libro en la mano: «Toma, le dice, este libro, cómele, y darte há el Señor ciencia de la Sagrada Escritura.» Asombrado quedó SAN MARTIN con la presencia del Santo Patrono del convento, sin poder contestar una palabra; pero viendo que el Santo le alargaba el libro para que se lo comiera, y repuesto de la primera impresion, contestó que no podia comer el libro porque era dia de forzoso ayuno, á lo que le dijo San Isidoro: «No te quitará el mérito del ayuno aunque le comas, porque yo soy Patrono de este lugar, y me envia Dios á que te diga esto de su parte.» Tomó SAN MARTIN el libro y le comió en presencia de San Isidoro, el cual desapareció en seguida que SAN MARTIN concluyó de comer. Desde aquel momento

SANTORAL ESPAÑOL



Lit.^o Barcala.

Lit.^o de Escarpiro.

SAN MARTIN DE LEON (Confesor.)



se iluminó su mente de Divina Sabiduría, de tal manera, que fue el mas grande teólogo de su tiempo, el que mas controversias sostuvo con los principales hereges, vencíéndolos á todos con la suma facilidad, y volviendo al santo rebaño innumerables ovejas descarriadas. No habia ciencia ni imaginacion que resistiese á su brillante y razonada palabra, y los sectarios de la impiedad y del error huian de él por temor de verse combatidos y derrotados.

Ademas del don de ciencia, le dotó Dios de la gracia de sanar enfermos desahuciados por los médicos, curándolos milagrosamente en el acto de presentarse ante ellos, aumentando á esta gracia el espíritu iluminado de profecía, por el cual anunció sucesos que siempre se realizaron, entre ellos su última enfermedad, y el dia de su muerte, acaecida en 12 de enero de 1203, que fijó mucho antes de verificarse, y hallándose en completa salud.

Escribió dos libros titulados *Concordia*, en que se concuerdan autoridades del Nuevo y Viejo Testamento, y se recopilan las sentencias de los Santos Padres.

SAN NAZARIO, ESPAÑOL.

Conformes están los historiadores, así antiguos como modernos, en que este Santo fue español; pero ninguno señala el pueblo de su nacimiento. Todas las noticias que sobre su existencia hemos podido reunir son las siguientes, bien pocas por cierto:

Siendo todavía muy jóven, y persuadido de los grandes peligros que constantemente rodean á las almas en el mundo, determinó retirarse de él, y lo verificó tomando el hábito de religioso en el monasterio de San Miguel de Cuxán, en el cual hizo una vida admirablemente ejemplar y penitente. Con heroica constancia se ejercitó en todas las virtudes, sobresaliendo en la caridad, dando de comer al hambriento, vistiendo al desnudo, asistiendo á los enfermos y

hospedando á los peregrinos. Queriendo el Señor premiar las virtudes de su Santo siervo, obró por su intercesion muchos milagros, entre ellos el de apagar el voraz incendio que consumía un horno de pan contiguo al monasterio, y que amenazaba consumirlo tambien, con solo echar encima de las llamas su manto, sin que este sufriera el mas leve detrimento. Murió anciano, lleno de merecimientos, y su cuerpo fue enterrado, y se venera en el espresado monasterio de San Miguel de Cuxán.

DIA 13.

SAN GUMERSINDO Y SAN SIERVO DE DIOS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

A principios del siglo IX nació en Toledo el glorioso SAN GUMERSINDO. Siendo todavía niño, pasó con sus padres á Córdoba, ciudad que, aunque imperada por los sarracenos, abrigaba inmenso número de cristianos, contaba muchas iglesias y monasterios, donde se enseñaban sagradas letras, teniendo Obispo que conferia los Sacros Ordenes á los que seguian la carrera de la Iglesia. A esta se dedicó GUMERSINDO con gran contento de sus padres, que desde antes de nacer tan amado hijo tenian hecha á Dios la promesa de dedicarlo al templo. Ingresó, pues, en la Basílica, tan célebre por aquel tiempo de los célebres Santos Mártires Fausto, Januarió y Marcial, y con gran renombre de santidad y ciencia fue ordenado sacerdote en cuanto tuvo la edad competente.

Conocidas por el Obispo las grandes dotes que adornaban al jóven sacerdote, y convencido de los inmensos bienes que con su santo celo, prudencia y ciencia podia hacer á la cristiandad, llevando á ella nuevos sollados de la fé, aumentando de este mode los adoradores de la Cruz, le mandó de cura á un pueblo de la Sierra, abundante en sectarios del error. No se engañó en sus cálculos el prudente

Obispo, porque diarias, y no escasas en número é importancia, eran las conversiones á la fé que conseguia el santo sacerdote GUMERSINDO, acrecentando prodigiosamente en el territorio de su parroquia el número de cristianos.

Varios asuntos de su ministerio le llamaron á Córdoba, y al llegar supo que habia comenzado otra vez en ella la persecucion contra los cristianos, á consecuencia de un decreto dado, hacia pocos dias, por Abderramen, mandando matar á todos los que hablasen mal de Mahoma y bien de Jesus. Afectado con tan triste nueva se dirigió á la Basílica, donde habia estudiado y habitado, con el fin de visitar á sus amigos y condiscípulos, y consolar su afliccion en santas pláticas con ellos. Al primero que encontró fue á su mejor amigo, llamado Paulo en el siglo, y SIERVO DE DIOS desde que se hizo monge. No ménos afectado que GUMERSINDO estaba SIERVO DE DIOS, que se arrojó á los brazos de su amado condiscípulo así que lo vió. Surcando sus mejillas abundantes lágrimas, y con el corazon traspasado de dolor, repitió á GUMERSINDO la noticia del decreto de Abderramen, manifestándole que desde su publicacion el temor á la muerte habia hecho perder en la ciudad infinitas almas, porque muchos cristianos nuevos habian renegado, y casi todos los infieles que se sentian dispuestos á ingresar en el cristianismo habian renunciado á ello. Estas tristisimas nuevas inflamaron de santo fervor el corazon de GUMERSINDO, y dijo á su amigo que era preciso hacer algo para alentar á los cristianos y á los que deseaban serlo, y contrariar las órdenes del tirano. Iguales sentimientos hervian en el santo pecho de SIERVO DE DIOS, y de comun acuerdo convinieron en salir predicando por las calles, y hacerlo hasta en presencia de los jueces, para convencerles de que no habia poder bastante en la tierra para concluir con la predicacion de la

doctrina del Crucificado. Así lo verificaron en seguida, dirigiéndose al sitio llamado Campillo del Rey, y haciendo alto allí delante de la inmensa muchedumbre de cristianos y mahometanos que les habían seguido, espusieron las verdades de nuestra santa Religion y los absurdos de la de Mahoma. Temiendo los jueces que la elocuente palabra de aquellos dos héroes tuviese eco en los corazones de sus sectarios, y aumentara los brios de los cristianos, sin prévia formalidad de ninguna clase mandaron degollar inmediatamente á los dos Santos, que con la más inefable alegría entregaron su alma al Criador el día 13 de enero de 852. Sus cuerpos fueron secretamente recogidos por los cristianos, y sepultados en el monasterio de San Cristóbal, Mártir.

DIA 14.

San Hilario, Obispo y Confesor, *Francés*.

DIA 15.

San Pablo, primer ermitaño, *Egipcio*, y San Mauro, Abad, *Romano*.

DIA 16.

San Marcelo, Papa y Mártir, y Santa Estefania, *Romanos*.

SAN FULGENCIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

Severiano, caballero de ilustre linage y abundantes bienes de fortuna, vecino de la ciudad marítima de Cartagena, correspondiente á la provincia de Murcia, fue el venturoso padre de los llamados cuatro Santos de Cartagena, Leandro, Isidoro, Florentina y de FULGENCIO, Santo de este día. Tanto el padre como los cuatro hijos profesaban la Religion cristiana; pero la madre, á quien unos llaman Turtura y otros Teodora, sin poderse asegurar cuál de es-

tos nombres llevaba, ó si tenia otro, como descendiente de godos, aceptaba y seguia los errores de Arriano. Las ideas religiosas del padre y los hijos escitaron la saña del Monarca reinante á la sazón, Leovigildo, decidido partidario y protector de la heregía arriana, y Severiano, con toda su familia, fue desterrado de Cartagena. La madre, como arriana, pudo quedarse en su país natal; pero no solo prefirió á ello el seguir á su marido y á sus hijos, sino que ingresó en el gremio del cristianismo, aceptando por completo la doctrina de Jesus. De modo que el destierro que se presentó como una desgracia se convirtió en dicha, pues llevó al seno de aquella familia la paz y armonía que le proporcionaba la Religion cristiana, cuyos dulces y consoladores preceptos todos ya seguian.

Apenas salido de la infancia quedó FULGENCIO huérfano de padre y madre, á quienes las penalidades y trabajos del destierro habian resentido y debilitado tanto la naturaleza, que apenas gozaron un día de salud en Sevilla, donde prematuramente sucumbieron con el sentimiento de dejar á sus tiernos hijos solos en el destierro, sin protector ninguno, y sin familia.

Leandro, el mayor de los cuatro hermanos, que aunque jóven comenzaba á tener en Sevilla la importancia social que siempre dan la virtud y el talento, se encargó de la tutela y direccion de FULGENCIO. Era este de natural dócil, aunque de genio muy vivo, y de una gran comprension y notable aptitud para ciencias y toda clase de asuntos. Con tan buenas disposiciones naturales, y con tan santo y sabio director como su hermano Leandro, creció FULGENCIO en ciencia y virtudes, desarrollándose admirablemente su privilegiada imaginacion, al propio tiempo que su robusta y gallarda persona.

La escasez de recursos que en Sevilla experimentaban, sugirió á Leandro la idea de mandar á su hermano

FULGENCIO á Cartagena, su pais natal, para, arreglando varios asuntos que quedaron pendientes cuando fueron desterrados, allegar algunos recursos para atender á la subsistencia. Apenas partió de Sevilla FULGENCIO, comenzó á entristecerse y sufrir acerbamente su hermano Leandro por el temor que le acometió de lo que podria suceder á su hermano, temor muy justificado, pues aunque el talento y la virtud de FULGENCIO eran una garantia contra las asechanzas de la desmoralizacion y perversidad que reinaban, era al fin demasiado jóven para conocer y poder defenderse de todas las arterias y seducciones del vicio. Arrepentido ya de haberle enviado, y tristemente afectado su corazon, escribia á su hermana Florentina: «¡Triste de mí, triste de mí! que he enviado inconsideradamente á Cartagena á nuestro hermano FULGENCIO, cuyos peligros me tienen con un continuo sobresalto.» Propicio el Supremo Hacedor, y escuchando benigno las constantes y fervorosas súplicas que en favor de FULGENCIO le dirigian sus tres hermanos, defendió de toda clase de peligros al jóven, que regresó sano y salvo á Sevilla.

Continuó allí instruyéndose al lado de Leandro, viviendo constantemente en su compañía, hasta que Leandro entró en un monasterio para dedicarse en la soledad del claustro á la mas completa y constante contemplacion de lo divino. FULGENCIO quiso tambien ingresar en el monasterio; pero renunció á ello por consejo de su hermano, que le manifestó la conveniencia de que permaneciese en el mundo, libre de dependencia de superiores, por si reclamaba su presencia en otra parte el cuidado de sus otros dos hermanos.

La separacion de Leandro en nada modificó las santas y estudiosas costumbres de FULGENCIO; las mismas horas conservó destinadas á la oracion y al estudio; á recorrer las casas, consolando á los afligidos, y socorriendo necesi-

dades; á perfeccionar en el conocimiento de la Religión á los cristianos, y á predicar el Evangelio y convertir hereges.

Cada dia era mayor entre los católicos su prestigio y la fama de su virtud y talento, y habiendo vacado la Silla de Écija, inmediatamente fue elegido Obispo con la mayor alegría de todos los cristianos. «Luego que se sentó en la Silla Astigitana, comenzó á esparcir rayos de luz y de doctrina, á manera de una luciente antorcha puesta sobre el candelero. Dedicose primeramente á desterrar los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica, y como conocia que el primer móvil de las acciones del pueblo es la conducta de los eclesiásticos, velaba incesantemente sobre sus costumbres, reformando sus extravíos, corrigiendo sus yerros, y castigando con misericordia los excesos imprescindibles de una naturaleza frágil y corrompida. Poco hubiera esto aprovechado sin el ejemplo y la práctica de lo mismo que enseñaba y persuadia, porque cuando un Prelado contradice con sus costumbres á las leyes, es muy dificultoso que sea obedecido, y mucho mas que los inferiores no conciban en sus trasgresiones otros tantos salvoconductos para dispensarse de la ley ó para traspasarla. Pero cuando el superior es justo é irreprochable, su mismo ejemplo predica, persuade y corrige en el secreto de los corazones de sus súbditos. Nada creia FULGENCIO que le era permitido, que no pudiese ser de ejemplo y de provecho positivo á sus ovejas. Recreaciones de ánimo estrepitosas, empleos indiferentes del tiempo, muestras exteriores de fausto y de poder que suelen adoptarse con pretextos especiosos de utilidad comun, jamás pudieron lograr en FULGENCIO otro concepto que el de verdaderos delitos.»

Si para los eclesiásticos, personas obligadas en primera línea á ser las mas virtuosas y morigeradas de los pueblos, el constante ejemplo de su Obispo era tan eminentemente santo y moralizador, fácil es de deducir cuánto más lo seria

para el resto de los habitantes de la diócesis, que llegó á ser, á los pocos años de regida por FULGENCIO, la mas observadora de los preceptos del Evangelio, y la mas abundante de soldados de la fé.

Abarcando su imaginacion y su celo el cuidado de toda clase de mejoras en su Obispado, y de desterrar de él todo género de abusos, puesto de acuerdo con su hermano San Isidoro, que á la sazón gobernaba la Bética, solicitó que se tuviese un Concilio. Verificose este en el año de 619, reinando Sisebuto, y siendo el segundo de Sevilla, en el cual se acordaron medidas de grande importancia y trascendencia en bien de la Religion y de la moral. Desde entonces desapareció, entre otras, la corruptela introducida en el Obispado de ordenar de Diáconos á los casados con mujeres viudas, declarándose ilícitas por el Cánón IV las Ordenes conferidas á sugetos que se hallasen en este caso, quedando privados del ejercicio de sus ministerios.

Arregló además el Concilio, con su Cánón II, la contienda por la pertenencia de una parroquia, suscitada entre nuestro SAN FULGENCIO, Obispo de Écija, y Honorio, Obispo de Córdoba. No por interés particular reclamaba FULGENCIO la parroquia para su diócesis: muy lejos de desear mas latitud de territorio para ella, la hubiera querido mas pequeña, para poder vigilarla mas personalmente y tener menos número de almas de que dar cuenta á Dios: pero como velador de los derechos de su Obispado, no podia prescindir de reclamar lo que le pertenecia, en virtud de la distribucion de la Iglesia hecha por los Apóstoles en representacion de Jesucristo.

Arreglados los asuntos mas interesantes del Obispado, desterrados los abusos y reformada la disciplina, se dedicó á visitar y examinar la organizacion de los monasterios de religiosas, gestion que habia ido aplazando, considerándola poco urgente, porque el gran renombre de santidad de to-

dos los Monasterios de su diócesi le permitieron creer que podia retardar la visita á ellos, aprovechando el tiempo en trabajos mas perentorios. Justa y merecida encontró la fama de los Monasterios de religiosas: ni una sola reforma de importancia tuvo que hacer en ninguno de los varios que existian, sujetos todos al magisterio y obediencia de su hermana Santa Florentina, y que contaban mas de mil vírgenes que á porfia rivalizaban en amor á Dios y á su virginal y Sacratísima Madre.

Rindiendo FULGENCIO un testimonio de admiracion á los superiores talentos de su hermano San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, le pidió que escribiese un libro sobre el origen de las cosas pertenecientes á los oficios eclesiásticos. El Santo Arzobispo, Doctor, accediendo gustosísimo á la súplica de su hermano FULGENCIO, escribió dos tomos titulados *De origine Officiorum*, que dedicó al mismo FULGENCIO, rogándole que orase y pidiese á Dios por él.

Los trabajos y los años le debilitaron extraordinariamente; pero queriendo, como una luz al apagarse, producir mas resplandor, multiplicaba cada dia sus desvelos y su celo en favor de la Religion cristiana, sin que le impidiera para continuar su salvadora mision el hallarse en un estado tal de debilidad, que varias veces se desmayó y cayó al suelo estando celebrando el Santo sacrificio de la Misa. Se apagó por fin aquella brillante antorcha del cristianismo, entregando con la dulzura y tranquilidad del justo su alma al Criador, por los años del Señor 626.

Universalmente fue sentida y llorada la muerte de un Prelado á quien todos los habitantes de su diócesi respetaban y amaban como á un tiernísimo y amoroso padre. Su cuerpo fue sepultado en Écija, en donde permaneció venerado y constantemente visitado como Santo, hasta la entrada de los moros en España. Los cristianos, amenazados del feroz acero sarraceno, al abandonar á Écija se lle-

varon el cuerpo de SAN FULGENCIO á las montañas de Guadalupe, escondiéndole cerca de la villa de Berzocana, á la que se trasladó despues reinando D. Alfonso XI. De-seosa Cartagena de poseer alguna parte de las reliquias de SAN FULGENCIO y de su santa hermana Florentina, recurrió suplicando esta gracia al Rey D. Felipe II, por cuyo mandado se sacaron en 1593 cuatro huesos, dos para el Monasterio del Escorial, y otros dos que fueron llevados á Cartagena, donde todavia se veneran.

DIA 17.

San Antonio Abad, *Egipcio.*

DIA 18.

La Cátedra de San Pedro en Roma, y Santa Prisca, virgen y Mártir, *Romana.*

DIA 19.

El Dulce nombre de Jesus; San Canuto, Rey y Mártir, *Dinamarqués,* y San Mauro y compañeros, mártires, *Persa.*

SANTA GERMANA, VIRGEN Y MARTIR, ESPAÑOLA.

Mediado apenas el siglo II, hallábase representando el imperio romano en la parte de España llamada Galicia, Lucio Catelio Severo, en calidad de Presidente, Régulo de aquella comarca. Innecesario es decir que como súbdito fiel de suprema autoridad gentil, gentiles y ciegos idólatras de los dioses del paganismo, eran Catelio y su mujer Calzia. Hallándose esta en cinta, tuvo necesidad de salir su marido del pueblo de su residencia, llamado entonces Balchagia, y despues Bayona de Tuy, y llegole la hora del parto antes de que Catelio hubiera regresado. El parto fue feliz; pero notablemente asombroso, pues dió á luz nueve niñas, bellas todas y llenas de vida y de salud. Grande era la admi-

ración de la comadre Sila al ir recibiendo los frutos de la fecunda Calzia, y no lo era menor la de esta, á la que acometió al mismo tiempo tal miedo y temor á su marido por el terrible efecto que, en su concepto, habia de producirle la presentacion de nueve hijos de una vez, que determinó no presentarle ninguno, encargando á la comadre que se llevara las niñas y las arrojase al rio. La comadre era cristiana, pero de ánimo apocado y cobarde: fingió aceptar el encargo, y sacó las niñas, asegurando á la Régula que iba inmediatamente á ejecutar su mandato. Muy lejos de perpetrar tan horrible crimen, repartió las niñas secretamente entre varias amigas suyas, cristianas y virtuosas, para que las bautizasen, criasen, y despues las educasen segun los preceptos de la Religion cristiana.

Las nueve gemelas fueron efectivamente bautizadas, poniendo á cada una uno de los nombres Genivera, Librada, Victoria, Eumelia, GERMANA, Gemma, Mártia, Basílisa y Quiteria.

Ignoradas y desconocidas completamente de sus padres, fueron creciendo en gracias y virtudes, llegando á ser el modelo de las jóvenes de la poblacion. Sus madres adoptivas, de acuerdo con la comadre Sila, las revelaron el secreto de su nacimiento; pero encargándolas el sigilo mientras una necesidad muy imperiosa no las obligase á declararlo.

Arreció por este tiempo la persecucion contra los cristianos, decretada por el Emperador Antonino Vero, y activamente secundada por los sectarios del error. Lucio Caelio Severo, Presidente de Galicia, como fiel y sumiso ejecutor de los mandatos de su Emperador, fue de los primeros en procurar complacerle, regando el distrito de su mando con sangre de cristianos.

Fueron llamadas las nueve vírgenes al tribunal, y comparecieron ante su padre para ser juzgadas y castigadas como enemigas de los dioses y contraventoras de los man-

datos del Emperador. Catelio Severo, primero con frases persuasivas, y luego con terribles amenazas, intentó apartar á sus hijas, todavía sin saber que lo eran, de la senda del paraíso, queriendo que á su presencia ofreciesen incienso á los dioses, y renegasen del nombre de Jesus; pero firmes en la fé las santas hermanas, nada fue suficiente á hacerlas titubear ni siquiera un instante. Sus madres adoptivas y la comadre Sila revelaron entonces al Presidente el secreto del nacimiento de las jóvenes, intentando de este modo librarlas de la muerte que veían rápida acercarse; pero Catelio, aunque las reconoció por hijas, no desistió de su propósito de hacerlas renunciar á sus creencias y que adorasen á los dioses. Conociendo las santas vírgenes que nada sería capaz de modificar la resolución de su padre, y queriendo evitarle el nuevo crimen de decretar su muerte, procuraron contemporizar, ganando tiempo para huir á otra comarca fuera de la jurisdicción del Presidente, su padre. Lograron efectivamente parte de su objeto, pues Catelio las mandó retirar y volver al tribunal al siguiente día, y en aquella noche salieron de la ciudad, marchando cada una por diferente punto. No todas lograron el deseo de evitar á su padre el crimen de decretar é intervenir su martirio, como se dirá en las respectivas biografías; pero GERMANA, objeto de esta, fue mas dichosa. Con los trabajos y penalidades que pueden fácilmente presumirse, y venciendo toda clase de peligros, se refugió en África, librando por su parte á su padre del nuevo crimen; pero no librándose ella de la muerte, pues conocidas su Religión y sus virtudes, y mas firme cada día en la fé, consiguió al fin la gloriosa palma del martirio, muriendo degollada, y aumentando el catálogo de las Santas Vírgenes de España, y mas tarde el rezo de la Iglesia de Tuy.

SANTORAL ESPAÑOL.



Lit.^o Barcala.

Lit.^o de Escarpito.

SANTA GERMANA VIRGEN Y MARTIR



DIA 20.

San Fabian, Papa y Mártir, *Romano*, y San Sebastian, Mártir, *Milanés*.

DIA 21.

Santa Inés, Virgen y Mártir, *Romana*.

SAN FRUCTUOSO, OBISPO DE TARRAGONA, SAN AUGURIO Y SAN EULOGIO, SUS DIÁCONOS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Hasta nosotros han llegado las actas auténticas del martirio de SAN FRUCTUOSO y sus dos diáconos AUGURIO y EULOGIO, y, sin embargo, nada podemos decir de sus ascendientes: solo sabemos que Tarragona, capital de la España citerior en aquel tiempo, fue la madre patria de estos gloriosos Santos, y que SAN FRUCTUOSO debió nacer hácia fines del siglo II, pues en el sermón escrito y predicado por San Agustín para su festividad, dice que era *tremulo anciano* cuando padeció el martirio, que fue el viernes 21 de enero del año 259. Ni de los padres y su posición social, ni de la familia de ninguno de los tres Santos hace mención la historia.

FRUCTUOSO era de amabilísimo y dulce carácter, y suavemente compasivo: donde había una desgracia, una necesidad, una lástima, allí acudía presuroso para socorrer en lo que posible le fuera á los desgraciados y menesterosos. Orar, remediar desgracias y cuitas, y estudiar, eran sus invariables y constantes ocupaciones desde los primeros años de su vida; añadiendo á ellas la predicación del Evangelio en cuanto su edad se lo permitió, y muy especialmente desde que se vió revestido con la sagrada dignidad del sacerdocio.

Habiendo vacado el Obispado de Tarragona, y siendo

FRUCTUOSO el sacerdote que mas alta reputacion de ciencia, prudencia y virtud tenia entre el clero y el pueblo, fue elegido Obispo por aclamacion, con alegria hasta de los gentiles, pues como para ejercer la infinita caridad, que siempre le distinguió, no hacia diferencia entre las personas, y los menesterosos y desgraciados de cualquier clase que fuesen, encontraban en él remedio á sus males y consuelo á sus penas, todos los habitantes de Tarragona le profesaban un especial y profundo cariño.

El disgusto con que su humildad le hizo admitir el elevado puesto de Obispo, le compensó la mayor actitud en que se encontraba en él para dispensar auxilios á los necesitados, y proteger á los cristianos, aunque la proteccion de los Obispos en aquellos calamitosos y terribles tiempos podia estenderse á poco, porque eran ellos generalmente los primeros blancos de la saña de los infieles.

Entre los mas ardientes servidores de la fé se distinguian en Tarragona los referidos AUGURIO y EULOGIO, y no titubeó un momento FRUCTUOSO en llevarlos á su lado, porque comprendió que, ademas de su talento é instruccion, estaban adornados del heróico valor que se necesitaba para colocarse en la primera línea del peligro. Los Obispos y sus inmediatos servidores eran siempre las primeras víctimas, y en las que mas se cebaba el furor de los paganos; y el reciente ejemplo de San Lorenzo, sacrificado dos años hacia por ser el confidente del Santo Papa Sixto II, justificaba la prevision de FRUCTUOSO en querer en sus diáconos fé ciega y valor cristiano á toda prueba.

Era Emperador de Roma por este tiempo el feroz y sanguinario Valeriano, aquel Emperador cuya insaciable ambicion y horrorosos actos de inhumanidad tuvieron espantado al mundo, hasta que su vencedor, el hijo de Artajerjes I, ejecutó en él el aterrador castigo de llevarle á la vergüenza metido en una jaula de hierro, y hacerle des-

pues desollar y echar en sal. Este Emperador, pues, decretando una nueva y sangrienta persecucion contra los cristianos, que fue la octava, nombró los presidentes mas á propósito para llevarla á cabo, y como de los mas aptos, mandó á Tarragona un confidente suyo llamado Emiliano. Queriendo este corresponder á la confianza que su digno Emperador habia depositado en él, y demostrar públicamente que merecia el alto puesto que se le habia encargado, comenzó desde su arribo á Tarragona á perseguir sin tregua ni descanso á los cristianos, espidiendo las órdenes mas opresoras y terribles, señalando pena de muerte para las mas pequeñas faltas en que incurriesen.

Alentados los cristianos de Tarragona por las palabras y el ejemplo de su Obispo y sus dos diáconos, muy lejos de suprimir ninguna de las prácticas de la Santa Religion del Crucificado, aumentaban cada dia su celo y fervor religioso para probar al tirano que en los pechos de los verdaderos cristianos los alardes de crueldad no entibian el amor á Dios.

Irritado Emiliano por la firmeza de los cristianos, y conociendo que quien la alimentaba y acrecia era su Obispo, el domingo 16 de enero del año 259 mandó que se le prendiera, y á sus dos diáconos, y llevasen los tres á su presencia. Indecible es la alegría que se apoderó del pecho de FRUCTUOSO al ver en su casa los soldados con la orden de prenderle, porque conoció en seguida que iba á ser martirizado, y que de su sacrificio habian de seguirse grandes bienes al cristianismo, porque con su voz y su ejemplo robustecería la fé en su diócesi y arraigaria mas profundamente la doctrina cristiana. No dudaba del amor de sus diáconos á Jesus, y de su valor para confesar su ley y morir por ella; mas, sin embargo, para que ni por un instante se entibiase su ánimo, les fue exhortando por el camino, diciéndoles: «Hijos míos, seguidme, no os apartéis de mí.

Ahora mas que nunca necesita vuestro corazon del valor y de la constancia. La serpiente infernal prepara á los ministros de Dios terribles penas; pero para que la muerte no os amedrente ni intimide, fijad vuestros ojos en la palma que nos ofrece la victoria. La cárcel misma, cuando se padece por motivo tan glorioso, es escalon para subir al cielo, y nos reconciliará eternamente con Dios en bienaventuranza eterna.»

Emiliano los recibió sin testigos, y los reprendió dura y acremente el menosprecio que hacian de sus órdenes, y les exigió la promesa de abstenerse en lo sucesivo de demostracion alguna de su ley. FRUCTUOSO y sus diáconos se negaron á obedecer toda clase de mandatos, emanasen de él ó del Emperador, que estuvieran en la mas pequeña contradiccion con la ley de Jesucristo, que era la primera para ellos. Emiliano comprendió que nada conseguiria en aquel momento, ni quizás tampoco nunca; pero intentando probar vencerlos aterrándolos antes, por la gran honra que se le seguiria de vencer al Obispo y sus dos mas principales y fuertes servidores, mandó que los retirasen y los encerraran en la cárcel. En ella permanecieron llenos de gozo por conocer que se les acercaba la hora de dar la vida por Jesucristo, y practicando todos los preceptos de su Santa doctrina. El lunes bautizó FRUCTUOSO á un gentil convertido por él á la fé católica, llamado Rogaciano, y el miércoles recitaron en alta voz las oraciones acostumbradas y guardaron el ayuno de *Estaciones*. Llamábase así al ayuno ó abstinencia absoluta que guardaban por aquel tiempo los cristianos todos los miércoles y viernes del año, no comiendo ni bebiendo nada hasta la *hora nona*, ó sea hasta las tres de la tarde.

Entre ocho y nueve de la mañana del viernes de la propia semana, dia 21 de enero del año de 259, mandó el Presidente Emiliano que llevaran á su presencia al Obispo y

sus diáconos, recibéndolos en público, sentado en el tribunal, rodeado de guardias y sayones, y lleno el tribunal de cristianos é idólatras, afligidos todos y temiendo por la vida de los tres presos, que eran las tres personas mas queridas en la poblacion.

Así que se presentaron, preguntó Emiliano al Obispo en voz alta, pero sin áspera espresion:

—«¿Has oido lo que tienen mandado los Emperadores?

—No sé lo que tienen mandado, respondió FRUCTUOSO; lo que sé decirte es que yo soy cristiano.

—Lo que los Emperadores han mandado, añadió el Presidente Emiliano, es que todos adoren á los dioses.

—Yo adoro á un solo Dios, exclamó FRUCTUOSO, que es el que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos existe.

—¿Sabes que hay dioses?

—No lo sé.

—Ya lo sabrás despues.

Y volviéndose á AUGURIO, exclamó dirigiéndose á él.

—¿Quiénes han de ser obedecidos, temidos y adorados, si no se reverencian los dioses y se adoran las estatuas de los Emperadores? AUGURIO, no des crédito y ni te dejes seducir de las palabras de FRUCTUOSO.

—Yo solamente adoro á Dios omnipotente, dijo AUGURIO.

—Y tú, EULOGIO, preguntó Emiliano á este: ¿adoras tambien á tu Obispo FRUCTUOSO?»

Conoció el Santo EULOGIO la insidiosa pregunta de Emiliano, que buscaba una contestacion por la cual pudiera probar que los cristianos no adoraban solo á Dios, sino tambien á los hombres, y contestó con firmeza, y mirándole con el mayor desprecio:

—«Yo no adoro de manera ninguna á mi Obispo; pero al

mismo tiempo confieso que adoro al mismo Dios que él adora.»

Persuadido Emiliano de que no lograria vencer el heroismo cristiano de estos bienaventurados, se dirigió á FRUCTUOSO, preguntándole con satánica sonrisa:

—¿Eres Obispo?

—Lo soy, contestó con dignidad el Santo.

—Lo fuiste, dijo con voz de trueno, y levantándose furioso Emiliano.

Mandó que fueran conducidos inmediatamente los tres al anfiteatro para ser arrojados vivos en una hoguera preparada. Así que salieron del pretorio y se presentaron en público, se vieron rodeados de inmensa muchedumbre de cristianos é idólatras, afligidos y llorosos, y sintiendo todos la horrible muerte á que caminaban. La amabilidad y dulces prendas del Santo Obispo, y sobre todo su infinita caridad para con toda clase de necesitados y menesterosos, le habian hecho querido, como ya hemos dicho, de los habitantes de Tarragona, sin distincion de creencias ni religiones, é idólatras marchaban, y no pocos, en el triste acompañamiento, mas llorosos y afligidos que los cristianos, porque no les consolaba como á estos la idea de la recompensa que Jesucristo tiene reservada en el cielo á sus heróicos servidores. En testimonio de amor se acercaron muchas personas ofreciendo á los Santos mártires viandas y bebidas para fortalecerlos y refrescarlos; pero SAN FRUCTUOSO y sus diáconos, aunque agradeciendo con todo su corazon tan señaladas muestras de afectos, nada tomaron, diciendo SAN FRUCTUOSO á los que le presentaban el obsequio: «Hoy es dia de ayunar, y no es llegada la hora nona. No quiera Dios que yo quebrante sus santas leyes, entre tanto que me dura la vida, por mas cierta y cercana que tenga la muerte. Jesucristo, mi Redentor, murió con su sed; yo quiero llevarme la mia de obedecerle.»

Cuando llegaron á la hoguera, se acercó á SAN FRUCTUOSO un discípulo suyo llamado Augustal, y anegado en lágrimas le suplicó que le permitiese descalzarle; pero el Santo no lo consintió, diciendo: «Déjalo, hijo, que yo me descalzaré; quiero yo mismo ponerme muy libres y sueltos los pies para andar tan buenos pasos como serán los de entrar en el martirio.»

Otro cristiano, tambien discípulo suyo, llamado Félix, se le acercó, y besándole la mano derecha, le suplicó que le tuviese presente en el acto de aquel sacrificio, y cuando despues de él estuviese gozando de Dios en el cielo, á lo que le contestó el Santo: «Lo que conviene es que tenga presente en mi memoria á toda la Iglesia católica estendida desde el Oriente al Occidente. Si quieres que ore y pida por tí, no te separes de ese místico cuerpo, de esa Iglesia católica por quien oro.»

¶ Oyendo los lamentos y los sollozos de los cristianos y sus palabras de angustia y desconsuelo por quedar sin Prelado y Pastor que les cuidase y vigilase por su bien, con voz clara y firme entonacion, les dijo: «Hijos míos muy amados, estad ciertos de que ya de aquí adelante no os ha de faltar Pastor, ni ménos podrá faltáros la caridad del Señor y su promesa, tanto ahora como en lo futuro. Estos tormentos que veis es cosa ligera y transitoria, que a lo mas podrá durar una hora.»

Puestos sobre la pira los tres Santos, fueron atados á tres grandes palos que estaban en medio, y los feroces ministros del tirano dieron fuego á la leña, que en seguida elevó consumidoras y voraces llamas. La admiracion fue general al ver que, quemados los cordeles con que los Mártires estaban sujetos á los palos, en lugar de caer en la hoguera, se arrodillaron estendiendo los brazos en cruz, y así continuaron un buen espacio de tiempo orando, con rostro sereno, revelando la mas inefable alegría, sin

contraccion ni la mas pequeña muestra de que experimentasen sus cuerpos dolor ni mal alguno.

Los cristianos, confesando á voz en grito su Religion, daban las mas espresivas y fervorosas gracias al Redentor por su amor á los valientes campeones de la Cruz, y los verdugos bramaban de furor al contemplar su derrota é impotencia. El Señor, por fin, llamó á sí á los tres Santos Mártires para colocarles la corona del martirio, y permitió que el fuego terminase su vida. Llenos los cristianos de fé, de amor y de solicitud piadosa, fueron aquella noche al anfiteatro y recogieron todos los huesos de los Santos que no habia consumido el fuego, con ánimo de distribuir entre sí y conservar tan preciosas reliquias; pero se les apareció SAN FRUCTUOSO y les manifestó su deseo de que las reuniesen todas y las conservasen en un solo lugar. Obedeciendo la indicacion del Santo, á la mañana siguiente las reunieron y colocaron en un arca de mármol, y las depositaron debajo del altar mayor de la iglesia donde tantas veces habian escuchado la divina palabra de boca de su querido Pastor.

Allí permanecieron algunos siglos veneradas por los cristianos, que recibian continuos favores de la Divina Providencia por la intercesion de los Mártires, ante cuyos santo restos oraban implorando la gracia del Eterno en todas sus cuitas y calamidades. Cuando el saqueo, guerra y destruccion de la ciudad por los sarracenos, San Justino y otros piadosos cristianos, guiados por un ángel, trasladaron las reliquias á una montaña situada entre Génova y Portafino, en cuyo sitio se edificó más tarde un monasterio del Orden de San Benito. La Emperatriz Adelagia, mujer del Emperador Othon III, hizo á este monasterio una cuantiosa donacion en reconocimiento de que el Todopoderoso habia libertado de un naufragio á su hijo Carlos por la intercesion de SAN

FRUCTUOSO, á quien en medio del peligro se habia encomendado.

DIA 22.

San Anastasio, Mártir, *Persa*.

SAN VICENTE, MARTIR, ESPAÑOL.

Eutiquio, natural de Zaragoza, y Enola, nacida en Huesca, fueron los nobles padres de VICENTE, que como su madre vió la luz primera en Huesca, en cuya ciudad residian habitualmente por tener en ella no escasos bienes de fortuna. El cuidado de los que tambien poseian en Zaragoza los llamó á este punto á los pocos años de nacer VICENTE, y el haber en Zaragoza más elementos de educacion y enseñanza que en Huesca, determinó á los padres de VICENTE á fijar en Zaragoza su residencia para educar como deseaban á su tierno y amado hijo.

La carrera de la Iglesia fue la elegida por VICENTE, y á la que con gran complacencia le dedicaron sus padres, tomándole los maestros más aptos para prepararle á ella. Mucho aprovechó en poco tiempo, y para que sus conocimientos fuesen más profundos y su virtud más sólida, le confiaron sus padres á la sábia direccion del Santo Valerio, Obispo entonces de Zaragoza. Con el constante ejemplo y la doctrina de tan preclaro varon, muy pronto se encontró dotado VICENTE de las virtudes y conocimientos en letras sagradas y profanas para ser el jóven más apreciado en Zaragoza por su virtud y ciencia. Ordenole de diácono el Obispo Valerio, confiándole varios cargos á cual más honoríficos, uno de ellos la predicacion, que iba siendo ya bastante difícil de desempeñar á Valerio. De nacimiento era este algo tartamudo, y aunque con mucho trabajo y suma constancia venció algo este defecto fisico durante su juventud, los trabajos y los años debilitaron su

naturaleza, y le privaron de las fuerzas que necesitaba emplear para hacer oír su voz bien inteligible desde el púlpito, falta que suplió VICENTE con la mayor brillantez, enseñando y fortaleciendo en la fé á los cristianos, y convirtiendo gran número de gentiles.

Por el año de 303 comenzó la persecucion de Diocleciano contra los cristianos, y queriendo el Presidente Daciano demostrar á su Emperador que en España secundaba con el mayor celo sus más pequeños deseos, espidió órdenes rigurosísimas imponiendo terribles penas á los que siguiesen practicando los preceptos de la doctrina de Jesus. Entre las personas que fueron presas por su orden en las diferentes ciudades de su jurisdiccion, lo fueron en Zaragoza el Obispo Valerio y su diácono VICENTE, y mandados conducir á pie y cargados de cadenas á Valencia para comparecer ante su tribunal. Horrible trato recibieron por el camino los dos Santos; pero ni los golpes ni los insultos, ni el hambre y la sed, debilitaron sus fuerzas físicas ni morales, y con asombro de todos llegaron ágiles y sanos, y con el júbilo y satisfaccion retratada en sus semblantes.

Con afable rostro los recibió Daciano, intentando atraerlos por la amabilidad, y hasta comenzó á hablarles con cortesanía enseñándoles una estatua de Diocleciano allí colocada, delante de la cual habia un brasero con lumbre y un almohadon en el suelo, y en seguida les dijo:

«Los Emperadores de Roma han mandado que se conserve la antigua religion de los dioses, entre los cuales, por sus hazañosos hechos, merece Diocleciano ser puesto y adorado. Aquí está su estatua, conviene que de rodillas en aquella almohada le ofrezcais incienso, en el brasero que allí está puesto.

»Comenzó el Obispo Valerio á responder á Daciano; pero advirtiendo VICENTE que su voz entrecortada y balbu-

ciente producía gran contento en Daciano y los demás idólatras, traduciendo por miedo el defecto físico de su Prelado, le dijo:

—¿Por qué ¡oh padre mio! hablas entre dientes, que das muestra que tienes temor á este tirano? Levanta la voz para que todos te oigan, y la furia de este enemigo sea quebrantada. Y si no, dame licencia, que yo le responderé.

—Yo te la doy, dijo Valerio, para que vuelvas por la fé, pues antes de ahora te encargué la predicases.

Con esta licencia, el valeroso levita dijo á Daciano:

—Esos tus dioses séanse para tí; adorálos tú, ofréceles incienso, y derrama delante de ellos sangre de animales, que nosotros los cristianos, al Padre Eterno, autor de la vida, y de esta luz que gozamos en ella, adoramos, y á El confesamos por Dios, á su Hijo Jesucristo y al Espíritu Santo, consolador, á quien ofrecemos incienso de nuestras almas, á quien tenemos en nuestros corazones, y á quien confesamos en la boca, y por quien de muy buena gana estamos aparejados á dar la vida, derramando por Él nuestra sangre. Y no hacemos mucho, pues Jesucristo Dios nuestro la derramó por nosotros.»

Estas palabras echaron completamente por tierra el plan de Daciano, y comprendió que nada lograría de aquellos fieles servidores de Dios, y convirtiéndose en rabiosa saña, especialmente contra VICENTE, su aparente dulzura y tranquilidad, decretó que fuera en seguida puesto en el tormento, y marchase desterrado el Obispo Valerio.

Poniendo inmediatamente los verdugos en ejecución los mandatos de su señor, tendieron á VICENTE sobre la *catata*, atáronle las manos y los pies, y poniendo en juego aquella horrible máquina, se percibió en seguida el ruido producido por los huesos del Santo cuerpo al dislocarse. VICENTE, con los ojos elevados al cielo, conservaba el

más sereno y apacible rostro, sin demostrar en lo más mínimo sufrimiento ni dolor ninguno. Viendo Daciano que este tormento no producía el efecto que él se prometió, y que el Santo, en lugar de sufrir, parecía complacerse y gozar de un inefable placer en la infernal máquina, mandó que le rasgasen las espaldas con uñas ó garfios de acero; lo que se ejecutó en el acto, de manera tan cruel y horrible, que le descubrieron las costillas hasta el espinazo. Esperaba Daciano que el Santo Mártir lanzase siquiera algún suspiro; pero sorprendido al más alto grado, vió que el Santo sufría con tanta constancia y alegría este segundo suplicio como había sufrido el primero.

Daciano estaba fuera de sí, frenético, loco de soberbia, y bramando de furor: hubiera dado en aquel momento cuanto poseía al que le hubiera presentado una máquina de atormentar capaz de vencer la santa tranquilidad y cristiano valor de VICENTE. Sabiendo que las heridas en dejándolas enfriar son más dolorosas al volverlas á abrir, gritó á los verdugos:

—«Dejadle reposar un poco; resfriense las heridas; cuájese la sangre sobre ellas, y volveréis á herirle como de nuevo.

San VICENTE le decía:

—Desvélate, malaventurado, en inventar nuevas crueldades, pues ves lo poco que te valen las pasadas. Mira que te engañas, que piensas que me castigas, y me das alguna pena con despedazarme el cuerpo, y darle cruel muerte, á que él naturalmente de suyo está sujeto. Este exterior que tú pretendes destruir con tanto furor y fuerzas, es un vaso de tierra que de una manera ó de otra al fin se ha de quebrar. Otro hombre hay acá dentro de mí. Otro yo hay en mi alma muy diferente de este que tú ves en estar entero, en ser libre, y no poder ser dañado con ajenas fuerzas. Aquel es el que con tanta alegría sufre las

penas y tormentos. Aquel es el que te menosprecia en ellos.»

Persuadióse por completo el tirano de que cuanto hiciera sería de todo punto inútil para lograr que VICENTE adorase la estatua de Diocleciano, y deseando lograr algo que disimulase su derrota, mandó á los verdugos que suspendiesen los tormentos, y dijo á VICENTE que todo quedaría concluido si le entregaba los libros que usaba para sus rezos, y que contenian la doctrina de Jesus, para arrojarlos al fuego.

—«No esperes de mí semejante traicion, dijo el Santo. Empleado estará mejor el fuego en acabar mi sacrificio en las llamas; y tambien me veo obligado á prevenirte que algun dia arderás tú por toda la eternidad en las del infierno, sino renuncias al culto de los falsos dioses.»

Esta contestacion resolvió á Daciano á concluir con la vida del Mártir, y puesto que de fuego se habia ya hablado, que el fuego concluyese el martirio, y mandó que al instante estendiesen á VICENTE en una cama de hierro hecho ascua, aplicándole por todo el cuerpo láminas ó planchas enrojecidas.

Renovose la alegría de VICENTE á vista del nuevo tormento, aumentando el furor de Daciano, que trémulo de furor no podia ya ni hablar. Los espectadores, hasta los más feroces y empedernidos idólatras, apartaban la vista horrorizados de aquel santo cuerpo, casi desollado por completo, viéndosele los huesos, especialmente de las espaldas, y amarrado con cadenas á las rojas parrillas, debajo de las cuales ardia un voraz fuego, en el cual echaban los verdugos gruesos granos de sal, para que al saltar hiriesen las carnes del Mártir.

El apacible rostro de este, la alegría que reverberaba, y su dulce sonrisa, hicieron temer á Daciano que su derrota iba á ser completa ante tan inmenso número de especta-

res, pues principió á temer que VICENTE fuera inmortal, y que no iba á poder concluir con él ni estinguir su vida de ningun modo. Para evitar, pues, los efectos que esto produciria, dispuso que cesase el tormento y fuese VICENTE conducido á la cárcel, en la cual se proponia acabarle de cualquier manera, y, si no lo conseguia, evitar su triunfo público, teniéndole encerrado perpétuamente. Para no alargar, sin embargo, el resultado, y que muriera cuanto antes el Mártir, si mortal era, dispuso que en el calabozo mas oscuro é inhumano hicieran un lecho de pedazos de hierro sobre el cual le dejasen tendido con los pies metidos en un cepo, y sin darle absolutamente nada de comer ni beber. «Pero el Señor tuvo providencia de su siervo, porque de repente bajó una celestial luz que disipó las tinieblas del calabozo, y al mismo tiempo derramó Dios en el alma de aquel héroe una divina dulzura, un consuelo de superior órden, que le inundó de alegría. Hallose de repente restituido á su antigua robustez, y mejorado en su natural hermosura, exhalando de su cuerpo un suavísimo olor que llenaba de fragancia aquel lugar hediondo. Bajaron á hacerle compañía escuadrones de espíritus angélicos, y se dejaron percibir los celestiales cánticos con que entonaban alabanzas al Señor, de manera que aquella horrorosa prision se convirtió en paraíso de delicias.

«La fragancia, la música y el resplandor llenaron de admiracion á los guardas; pero quedaron atónitos cuando vieron á VICENTE sin la mas leve señal de los tormentos pasados, y convertidos en rosas los pedazos de hierro de que estaba sembrado el calabozo. No era fácil resistir á tanto tropel de prodigios. Convirtiéronse á Cristo el alcaide con los guardas.»

Trastornado por completo quedó Daciano al tener noticia de tan pasmosos sucesos, y dejando para despues el pensar lo que convenia hacer en tan comprometida situacion para

él y sus creencias, mandó que sacasen á SAN VICENTE de la prision, le llevaran á una cómoda estancia, y le colocasen en el mejor y mas mullido lecho que pudieran arreglar, cuidándole y asistiéndole con el mayor esmero. Así que circuló por la ciudad la nueva de este cambio del Presidente Daciano, corrió casi en masa el pueblo á ver al Mártir, y admirar el patente milagro obrado en él por el Supremo Hacedor. Pero no queriendo Este permitir que su heroico hijo VICENTE disfrutase de ningun bien procedente de las impias manos del tirano, le llamó á su seno para colocarlo en el lugar que le tenia destinado en el Paraiso, y el cuerpo del glorioso Mártir VICENTE quedó sin vida en el momento de ser colocado en la cama.

La ténue ráfaga de piedad que dejó ver Daciano, desapareció con la muerte de VICENTE, y concluido el temor de la inmortalidad de este, dispuso que fueran inmediatamente sus guardias y verdugos al sitio en que se hallaba el santo cuerpo, condujeran al tormento á cuantos cristianos cogieran adorándole, y echasen el cuerpo en un barranco fuera de la ciudad, para que sirviese de pasto á las aves y perros. Acto continuo se presentó un cuervo de extraordinario tamaño, y situándose en el borde del barranco, quedó como de centinela ó guarda, impidiendo que se llegase al cadáver ningun otro animal. Conservándose este despues de varios dias sin señal ninguna de putrefaccion, y queriendo evitar Daciano que los cristianos se apoderasen al fin de él para conservarle y darle culto, dispuso que le metiesen en una piel de buey, y con una grande piedra le echasen en alta mar. Fue encargado de esta comision un marinero llamado Euforno, el cual cargó en su barca el santo cadáver metido en la piel, y amarrado á una gran piedra, é internándose en la mar lo arrojó al agua; pero al volver á tierra lo primero que vió en la playa fue el cuerpo de SAN VICENTE sin la piel y sin la piedra. Iluminada en aquel instante

su mente con la gracia divina, adoró de rodillas al Santo, le cubrió de arena para que no le encontrarán, y dió secretamente parte á los cristianos, en cuyo gremio ingresó en seguida. Los cristianos á la noche siguiente recogieron aquel precioso cadáver y lo enterraron fuera de las murallas de la ciudad, en el mismo lugar en que hoy es venerado en su magnífica iglesia.

Por los años de 542 trajo sus armas á nuestra Península Childeberto, Rey de Francia, contra Theudis, Rey godo de España, y tomó algunas ciudades de Aragon. El Obispo de Zaragoza, pretendiendo ganar propicio el ánimo del Rey de Francia en favor de los cristianos españoles, le regaló una túnica y estola del Santo Mártir VICENTE, en la que se veían distintamente las señales de su sangre. Childeberto llevó á Paris tan preciosas prendas, y se las entregó á San German, Obispo de Paris. Consérvanse en la iglesia de este Santo, que antiguamente se llamaba de *San Vicente*.

SAN VICTOR, SANTA AQUILINA, SU MADRE, ESPAÑOLES, Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Era el año de Cristo 304, vigésimo y último del imperio de Diocleciano, que cansado del gobierno, y perdida la esperanza de lograr su feroz deseo de concluir con el nombre y Religión de Jesucristo, renunció en Milan el imperio, y se retiró á la vida privada, sucediéndole en el mando Constancio. Continuaba de Presidente en España el sanguinario perseguidor de los cristianos, Daciano, quien, para que la horrible matanza no tuviera tregua ni de un momento, habia nombrado tenientes ó delegados en todas las provincias que secundasen sus deseos, dedicando su primer cuidado á la persecucion y estincion de los cristianos. Uno de estos delegados, digno verdugo de tan feroz é inmunda autoridad, era Rufino, el cual fijó su residencia en el castillo ó fortaleza de Granollers, cerca de Gerona, antiquísima

ciudad del Principado de Cataluña. La mayor parte de los cristianos de la ciudad y de las comarcas huyeron al despoblado, refugiándose en cuevas y grutas, en donde practicaban los preceptos de la Religión cristiana, y daban hospedaje, amparo y auxilio á sus hermanos en Cristo, que llegaban huyendo de los verdugos. Entre los notables que habitaban en grutas de piedras, se hallaban, además del Obispo Poncio, su ilustre Diácono VICTOR, varon de eminentes virtudes, muy conocido por su ardiente fé, por su ejemplar vida, y por la celosa y esquisita caridad con que asistia á los afligidos, esmerándose sobre todo en la piadosa tarea de recoger y hospedar peregrinos y transeuntes en las estaciones rigurosas de aguas, nieves y hielos. De los varios peregrinos que llevó á su pobre estancia, y quedaron en ella por algun tiempo, hubo dos ilustres jóvenes italianos, naturales de Cimena, fervorosos adoradores de la Cruz y ardientes propagadores de la fé, llamados, uno Vicente, y Oroncio el otro. La identidad de miras y deseos que existia en el pecho de estos dos virtuosos jóvenes y en el de VICTOR, hizo que en muy poco tiempo les ligase y estrechase la mas pura amistad. Juntos oraban, juntos lamentaban la persecucion que sufrían sus fieles hermanos de Religión, y juntos derramaban tristes lágrimas por los obstáculos que oponian los tiranos á la propagacion de la doctrina de Jesucristo. La satánica imaginacion de los idólatras habia producido tan aterradoras máquinas, instrumentos y artes de atormentar, que hacian perder el valor á muchos cristianos para confesar sus creencias, y la Religión del Crucificado principi6 á tener *traidores*, como eran llamados entonces los que la vendian entregando los libros sagrados á los idólatras, y ofreciendo incienso á los ídolos y á las estátuas de Diocleciano.

Ardiendo en santo celo, determinaron VICTOR y sus dos huéspedes italianos, Vicente y Oroncio, predicar á los

cristianos fortaleza y valor para confesar su Religión, despreciando la efímera, triste y pasajera existencia en el mundo, para lograr la eterna en la gloria; y poniendo inmediatamente en ejecución su santo proyecto, alzaron su voz entre los cristianos de la comarca, trabajando al propio tiempo en la conversión de idólatras.

Pocos días tardó en llegar á noticia de Rufino la predicación de los héroes del cristianismo, y furioso por el menosprecio que hacían de sus mandatos, se dirigió al retiro en que acompañados de los padres de VICTOR habitaban los tres Santos, con ánimo de prender primero á los dos extranjeros, y obligarlos á que adorasen á los ídolos ó matarlos, para que, en vista de este castigo, escarmentaran los cristianos del país, y volvieran cuando menos á su inacción y silencio.

A la puerta de la habitación se hallaba VICTOR conversando con sus padres, cuando llegó á ella el teniente Rufino, que con severo rostro y brusca entonación, le dijo:

—«Dí, infidelísimo á los dioses, tú que no contento con despreciar los mandatos de los Príncipes del mundo, y de confesarte siervo de aquel que crucificaron los judíos, ¿recibiste en tu hospicio á ciertos seductores del pueblo? Dí, ¿dónde ocultaste á estos malvados? Manífiéstalos inmediatamente; pues te aseguro que cuando no los descubras, he de hacer que padezcas los tormentos mas crueles.»

Procuró VICTOR sosegar la cólera de Rufino con el fin de dilatar la existencia de sus amigos, que tan necesaria en aquellos momentos la creía en el mundo para continuar la obra de redención que tenían comenzada. No ocultó que eran cristianos, y que practicaban todos los preceptos de su Religión: pero le dijo que eran unos nobles extranjeros inofensivos, y que hacia poco habían salido solos á hacer oración en el monte.

A este, sin perder momento, se dirigió Rufino en bus-

ca de Vicente y Oroncio, algo mas templado su enojo con las palabras de VICTOR; pero siempre resuelto á obligarlos á que rindieran sacrificio á los idolos. Hallolos efectivamente orando solos en el monte, y les dijo:

—«Público y notorio es que los augustos Emperadores me han concedido la facultad para que persiga á aquel que confiese por Dios á Jesucristo; y así os amonesto que siendo vosotros nobles y sábios, segun estoy informado, no olvidándoos de vuestro ilustre nacimiento, sacrificéis á nuestros dioses, en lo que os aseguro que hareis el mayor obsequio á los Príncipes del mundo.

—»¿Por qué procuras, respondieron á Rufino, obligarnos á una accion tan sacrilega, cuando los que llamas dioses son unas vanas estátuas representativas de deidades quiméricas, cuya cualidad solo puede atribuirles una necia credulidad, como es la que ocupa al entendimiento de los gentiles? Nosotros únicamente adoramos por verdadero Dios al único criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles; el que tiene poder para conducirnos á una eterna felicidad en compañía de los bienaventurados.

—»Yo creia, les dijo Rufino, que hablaba con algunos sugetos inteligentes; pero ahora noto vuestra ignorancia, y así os mando que ofrezcais sacrificios á los dioses, á quienes venera por tales nuestro Emperador Diocleciano, pues de lo contrario os haré sufrir una muerte afrentosa.»

Sin articular una palabra, y mirando con desden al tirano, permanecieron Vicente y Oroncio, despues de haber oido la amenaza de muerte. Viendo Rufino que los dos cristianos prolongaban su silencio, les dijo:

—«¿Qué pensais dentro de vosotros mismos? Resolved inmediatamente.»

Vicente y Oroncio se concretaron á repetir lo mismo que habian dicho, en vista de lo cual mandó Rufino que

fueran decapitados, cuyo acto tuvo lugar en aquel mismo instante.

Supo en seguida VICTOR el glorioso triunfo de los dos Mártires, y marchó con algunos cristianos á recoger los cadáveres que habian quedado abandonados para que sirvieran de pasto á las aves carnívoras y á los perros: los llevó á su morada, ocultándolos en su mismo aposento, y pasando despues gran parte de los dias y de las noches orando arrodillado ante aquellos santos cuerpos, que permanecian sin la mas leve señal de descomposicion.

Manifestó el Obispo Poncio á VICTOR que era la voluntad de Dios que aquellos preciosos restos fuesen llevados á Italia, y pueblo de su nacimiento, y depositados y conservados en él. Sin perder un momento comenzó VICTOR á disponer lo necesario para la conduccion; pero no pudo hacer los preparativos tan de secreto que no llegasen á noticia de Rufino, y herido este profundamente en su orgullo de autoridad al ver cómo se menospreciaban sus mandatos, y la veneracion con que miraba aquellos cadáveres el que se negaba á adorar á sus dioses, mandó que inmediatamente prendiesen á VICTOR y le condujesen á su presencia. Hallábase cuando llegaron los soldados de Rufino en compañía del Obispo Poncio, de su padre, cuyo nombre no nos ha legado la historia, y de su madre, llamada AQUILINA. Conociendo la feroz crueldad de Rufino, previeron todos que estaba muy próxima la muerte de VICTOR, y angustiados y llorosos le siguieron sus padres hasta el tribunal.

Con adusto ceño fue recibido el Santo por Rufino, reprendiéndole con la mayor dureza por la infraccion de las leyes del imperio y de sus particulares mandatos, y pronunciando terribles amenazas le ordenó adorar y ofrecer incienso á los dioses en aquel mismo instante; pero VICTOR, invariable en su fé y sin titubear, se negó á rendir ninguna clase de obsequio ni culto á los ídolos, confesando su Reli-

gion y proclamándola como la única verdadera. Furioso el tirano mandó que inmediatamente le cortasen los brazos, le llevasen al sitio en que fueron decapitados Vicente y Oroncio, y allí le degollasen.

Aterrado el padre de VICTOR iba á huir queriendo llevarse á su mujer AQUILINA; pero esta, con un valor que dejó admirados á todos los presentes, le detuvo exhortándole á que diera gracias á Jesus por la honra que le dispensaba con tener un hijo mártir de la fé, que desde el cielo los protegeria, á ellos y á todos los cristianos. El heroismo de esta santa mujer y madre, que hubiera producido admiracion y afecto en cualquier pecho medianamente noble y humano, produjo la mas rabiosa ira en el villano y feroz de Rufino, y ordenó que fueran tambien degollados el padre y la madre de VICTOR, cuyo mandato fue ejecutado en seguida.

Por algunos siglos permanecieron los cuerpos de Vicente y Oroncio en el mismo sitio en que los depositó VICTOR, transmitiéndose de una en otra generacion de cristianos la tradicion de la voluntad de Dios, manifestada por el Obispo Poncio, de que aquellas santas reliquias fuesen llevadas á Italia, y habiendo llegado la paz para la Iglesia, se dispuso la traslacion. Las reliquias fueron colocadas en un carro tirado por bueyes, y con grande acompañamiento de clérigos, mongés y vecinos de toda la comarca, se emprendió la marcha. Al llegar á los Alpes, y al pueblo llamado Edredunio, quedaron inmóviles los bueyes sin haber medio de hacerles dar ni un paso mas. Sospechando la comitiva si aquella inmovilidad de los animales podria significar que la voluntad de Dios fuese que las reliquias no pasaran de allí, y se habria equivocado, ó el Obispo Poncio en el sitio designado para su colocacion definitiva, ó en la tradicion habria algun error de sitio, dieron parte á Marcelo, Obispo de aquel territorio, que se presentó en seguida en

el lugar en que estaban detenidas las reliquias, y despues de orar arrodillados delante de ellas el Obispo y cuantos se hallaban presentes, rogando á Dios y á los Santos Vicente y Oroncio iluminase sus mentes, y les hiciesen conocer la voluntad suprema, se persuadieron todos de que aquel era el sitio en que debian quedar las reliquias, y en aquel pueblo quedaron.

De SAN VICTOR y de sus padres no se conocen reliquias; pero no olvidó Gerona el glorioso triunfo de sus tres ilustres Mártires, y determinó el Cabildo eclesiástico, en 6 de junio de 1522, que se celebrase perpétuamente fiesta anual en honra de ellos.

DIA 23.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO, ESPAÑOL.

Veinte y tres años hacia que, abjurando el Rey godo Recaredo los errores del arrianismo, y aceptando por completo la doctrina de Jesus, habia ingresado en el gremio de la Iglesia, y comenzado España á tener Monarcas cristianos, cuando vino al mundo ILDEFONSO. El Supremo Hacedor, que jamás envia á la tierra una calamidad para castigo de los malos sin alivios y consuelos para los buenos, pródiga se mostró en aquel siglo de favores y consuelos para los cristianos de España, aterrados de continuo con los espantosos crímenes que casi sin interrupcion se perpetraban por todas las clases de la sociedad, y especialmente por las mas elevadas. Desde mediados del siglo VI, á igual fecha del VII, hubo cuatro Reyes asesinados, y otros destronados y echados del reino. A los lamentables efectos que tales sucesos producen siempre en la moral de los pueblos, traspasando de dolor el corazon de las personas virtuosas, se agregó en diferentes años de este período de tiempo el hambre, la peste y las reñidas y sangrientas con-

tiendas de los Reyes contra los grandes y de estos contra aquellos. Pero Jesus, en compensacion de estos horrores, mandó por el mismo tiempo, para consuelo de los buenos y redencion de almas, al católico Rey Recaredo, á Leandro, Fulgencio, Isidoro, Eladio, Justo, Eugenio, ILDEFONSO, y otros tan santos varones, ángeles de paz y de consuelo.

Los nobles, ricos y extraordinariamente queridos y considerados, Estéban y Lucía, vecinos de Toledo, vivian en la mas envidiable paz y armonía, no alterada ni un instante desde el dia de su casamiento, que contaba algunos años de existencia, en este de 608 de Jesucristo, en que vino al mundo SAN ILDEFONSO. Solo amenguaba la dicha de este virtuoso matrimonio el disgusto de no tener sucesion y directo heredero de sus cuantiosos bienes: ambos lo deseaban con grande anhelo; pero el de Lucía era mucho mayor que el de Estéban, y por consiguiente mas constantes sus súplicas á la Virgen, las limosnas, vigiliias y santas obras que hacia para merecer del cielo la gracia que solicitaba. Vieron por fin cumplidos sus deseos dando Lucía con toda felicidad á luz un robusto niño, que recibió con el agua del bautismo el nombre de ILDEFONSO.

Su niñez hizo presumir á cuantos le conocieron que estaba destinado á ser un modelo de santidad y dulzura en el mundo. Afable y cariñoso como lo fue toda su vida, obediente á la mas pequeña indicacion de sus padres ó de cualquier persona, era la humildad y obediencia personificadas. Desde la mas tierna infancia le enseñó su madre á persignarse y á invocar el nombre de la Virgen, de modo que lo primero que pronunció perceptiblemente fue *Ave María*. Con la edad y el ejemplo de su madre creció su devocion á la Virgen, y no se pudo dudar de su vocacion á la Iglesia.

Creciendo en virtudes y santidad, aprendió sin trabajo ni fatiga las primeras letras, y hallándose en Toledo San Eugenio, sin la dignidad todavia de Arzobispo, se encargó

de la enseñanza del jóven ILDEFONSO, que cada dia hacia más rápidos progresos en las letras sagradas y profanas, y á tal altura de instruccion se halló muy pronto el jóven, que considerando San Eugenio que muy poco más podia enseñar ya á su discipulo, aconsejó á sus padres que le enviasen á Sevilla al lado de San Isidoro, cuyos escritos y santidad le hacian considerar á la sazón, dentro y fuera de España, como la más refulgente antorcha del cristianismo. Ni un momento dudó el padre de ILDEFONSO en seguir el consejo de San Eugenio, deseando la mayor instruccion de su hijo, para que realizase las esperanzas que en él fundaba, y con particular escrito de recomendacion de San Eugenio y de otras personas importantes de Toledo para el Obispo y Doctor San Isidoro, marchó el jóven sin perder tiempo á Sevilla. No hay para qué decir cómo fue el recibimiento: las circunstancias del enviado, la calidad de las personas que le recomendaban, y el talento y bondad del que le recibia y su predileccion por los hombres de virtud y letras, nos dispensan de describir una escena al alcance de todos los lectores. Sin omitir ni descuidar en lo más mínimo la práctica de ninguno de los preceptos de la Santa Religion del Crucificado, se entregó tan de lleno al estudio, que con su constancia y el claro talento de que le habia dotado la Providencia, llegó á un grado de ilustracion y ciencia que era la admiracion hasta de su propio maestro.

Corria el año de Cristo 632: contaba veinte y cuatro ILDEFONSO, y no teniendo ya nada que aprender en Sevilla, regresó á Toledo al lado de sus padres y de San Eugenio. Ancha senda de honores, goces y deleites brindaba el mundo á un jóven ilustre, de tanta ciencia, con cuantiosos bienes de fortuna, y de bella y simpática presencia; pero ningun atractivo tenian para ILDEFONSO los mundanales goces ni sus bienes. El estudio en la soledad, la oracion en

el templo y la contemplación de lo divino en retirada celda, eran su constante anhelo, su perpétuo deseo. Mas de una vez se lo indicó á sus padres; pero siempre los encontró decididamente opuestos á que encerrase su vida en un Monasterio. Gran lucha sostuvo por algun tiempo en el corazon de ILDEFONSO el temor de desagradar á sus padres y su decidida vocacion al claustro: venció esta, y se decidió á abandonar el techo paterno y tomar el hábito de monge Benito en el Monasterio Agaliense, situado á unos doscientos cincuenta pasos de la ciudad, entre Norte y Poniente, y fundado en honor de los Mártires San Cosme y San Damian. Inmenso fue el disgusto que recibió Estéban con la determinacion de su hijo, y hasta trató de emplear la fuerza para volverle á su casa; pero vencido por las reflexiones y ruegos de ILDEFONSO y de su madre, aunque con gran sentimiento por ver terminada su descendencia en el único hijo que tenia, dió su aprobacion á lo hecho y su beneplácito para lo consiguiente, que fue recibir ILDEFONSO en aquel mismo año, 633, las Ordenes de diácono por mano de San Eladio.

Feliz y sin igual dichosa vida pasó por espacio de algunos años el monge ILDEFONSO. Dando de cuatro á cinco horas, cuando mas, de descanso al cuerpo, repartia el resto del dia en la oracion, la penitencia y el estudio; y el renombre del monge mas sabio y perfecto de su época voló bien pronto de convento en convento de España. Murió Deodado, abad de su Monasterio, y conociendo todos los monges que ninguno poseia en tan alto grado las dotes que resplandecian en ILDEFONSO, por unanimidad le eligieron para Prelado. Gran trabajo les costó el que aceptase el cargo; pero suplicáronselo en bien del mejor servicio del culto de Dios, de su Santísima Madre y prosperidad del Monasterio, y aceptó resignado la honra que le dispensaban.

Como tierno hermano de los monges profesos, y amoroso

padre de los novicios, desempeñó su cargo de Abad, siendo jefe solamente para, como benéfico y celoso padre, procurar el bien espiritual y corporal de sus hijos. Dedicó horas para la instrucción, transmitiendo su ciencia en sagradas letras á sus hermanos, y enseñando la música, en la que fue estremado, á aquellos que consideraba mas á propósito para desempeñar sus composiciones, que fueron muchas y muy celebradas, especialmente una Misa y las antifonas en alabanza de la Virgen, y dos Misas á San Cosme y San Damian.

El día 13 de noviembre del año 657 pasó á mejor vida su primer maestro de sagradas letras, San Eugenio, tercer Arzobispo de Toledo, y desde luego se fijó espontáneamente la vista de todo el clero en el Abad ILDEFONSO para suceder á aquel Santo Prelado. Por unanimidad fue electo, con tanta alegría de la diócesis, como sentimiento del elegido, que se negó terminantemente á aceptar, habiendo sido necesario para obligarle á que se sentara en la Arzobispal Silla, que interviniese el Rey y le sacasen á la fuerza, sin escuchar sus razones, del santo Monasterio que tanto amaba, y le condujesen á la ciudad.

Solo ILDEFONSO pudo haber enjugado las copiosas lágrimas que corrian en toda la comarca por la muerte del Arzobispo San Eugenio; mas puede decirse que solo cambió de presencia ó persona la Silla del Arzobispado, pues en la esencia en nada varió. Iguales, completamente iguales virtudes brillaron en San Eugenio que en SAN ILDEFONSO, distinguiéndose únicamente este último por su mayor ciencia y el especial culto que consagró á la Madre de Dios, pues un amor tan encendido hácia la Virgen y una devoción como la suya, no se habia visto en nadie hasta él. A su devoción se atribuye el cánón primero del Concilio X toledano, en que se instituye en la Iglesia de España la fiesta de la Expectación.

Por muerte de sus padres quedó poseedor de inmensos bienes, que le proporcionaron satisfacer en mayor escala su constante anhelo de aliviar á los menesterosos. Como las rentas solas no bastaban para lo que deseaba, realizó el capital, vendiendo todas sus propiedades, hasta la casa en que nació, que pasó primero á ser propiedad del caballero D. Estéban Illan, de los Condes de Orgaz despues, siendo destinada mas tarde para colegio de la Compañía de Jesus. Fundó en honor de la Virgen, Madre del Salvador, un Monasterio en el heredamiento llamado Dalbiense, para doncellas pobres.

Todos los dias celebraba Misa y predicaba, haciendo esto con tan elegante y dulce persuasiva, que parecia que Dios hablaba por su boca, segun dice San Julian en la Vida que escribió de este Santo Prelado.

Llegaron á España de la Galia gótica algunos hereges sectarios de la doctrina de Helvidio, haciendo infernal propaganda, y negando la perpétua virginidad de la Madre del Salvador. Entre ellos distinguíanse por su malvado teson y su talento Pelagio y Heladio, á quienes buscó SAN ILDEFONSO para tener pública controversia, derrotándolos completamente, y anonadándolos todas las veces que argumentó con ellos; y no contento con esto y con echarlos de España, para desvanecer y alejar cualquiera duda que la impia doctrina hubiera podido suscitar en alguna imaginacion, escribió un libro en defensa de la virginidad de Maria Santísima, que fue universalmente considerado como la mas preciosa joya producida por la ciencia de las Sagradas Escrituras. «Agradose tanto la Madre de Dios de este servicio, que estando el Santo en fervorosa oracion, se le apareció la piadosa Virgen con el libro en la mano, y se dignó dar gracias á su siervo por el valor, celo y sabiduría con que habia defendido su virginidad.»

«A este celestial favor, que el Santo habia recibido en

secreto, se siguió otro sumamente público: concurrieron al templo de Santa Leocadia á celebrar su dia el Rey, la cle-
rencia, é inmensa multitud del pueblo, y estando SAN
ILDEFONSO orando inmediato al sepulcro de la Santa, que
entonces se ignoraba, hé aqui que repentinamente se le-
vanta por virtud superior una losa del pavimento, que difi-
cultosamente podrian moverla treinta jóvenes robustos.
Sucesivamente sale del sepulcro la Santa, cubierta de un
delgadísimo y cándido velo, y llegándose á ILDEFONSO,
le abrazó, y dijo con sonora y perceptible voz: *Por la vida de*
ILDEFONSO vive mi Señora. El pueblo se conmueve todo,
absorto de admiracion y de alegría: todo era dar á Dios gra-
cias y bendiciones; y el clero entonaba *alleluias*, repitiendo
el cántico que el Santo Prelado habia compuesto para la
solemnidad de la Virgen María, y de que usa hoy toda la
Iglesia. Tenia SAN ILDEFONSO asido el velo de la Santa
Virgen, y clamaba con ánsia que le diesen con qué poder
cortarle un pedazo para memoria de milagro tan portento-
so. Recesvinto, el Rey, que lo advirtió, alargó un cañavete
que traia á la cintura, con el cual cortó SAN ILDEFONSO
una porcion del velo que tenia asido, custodiando despues
la reliquia y el cuchillo en una caja de plata. Desapareció
la Santa, y celebraron su solemnidad con el fervor, alegría
y devocion que es fácil concebir, despues de haber recibido
favores de tan superior orden.»

Estos celestiales obsequios aumentaban cada dia en el
santo pecho de ILDEFONSO el amor á Dios y á su Sacra-
tísima Madre, y multiplicaba los ayunos, las vigili-
as, las obras de piedad, y todos los actos que podian ser gratos á
Jesus y á su Madre. Deseando que el pueblo se preparase
dignamente para la nueva solemnidad de la Espectacion,
establecida por gestion suya, mandó que los tres dias an-
teriores á la fiesta se celebrasen con letanías y ayuno. Eje-
cutose así, y la Santísima Virgen, agradeciendo el constan-

te amor y los obsequios de su siervo, quiso dar nuevas y patentes pruebas de la ternura con que le amaba y distinguía, y hacerle un regalo de inestimable valor.

«Yendo, pues, el Santo, acompañado de mucha gente que le precedía con hachas encendidas, á cantar los maitines de media noche, llegaron todos á la iglesia, abrieron las puertas los que precedían con las hachas, y vieron tal golpe de luz extraordinaria y divina, que no pudiendo sufrir con ojos mortales el excesivo y desusado resplandor, se quedaron medio muertos: cayéronseles de las manos las luces, y absortos, atónitos y sorprendidos, solo tuvieron espíritu para huir, dejando á SAN ILDEFONSO solo. Entró el Santo en la iglesia, y aunque la luz celestial que le iluminaba no dejó de llamarle la atención, con todo eso se dirigió á donde acostumbraba, y puesto de rodillas, comenzó á hacer oración. Sorprendióle la celestial armonía con que los espíritus angélicos entonaban cánticos á su Reina, y volviendo los ojos hácia la silla en donde acostumbraba sentarse y predicar, vió sentada en ella á la Madre de Dios, María Santísima, cercada de resplandecientes y purísimos coros de vírgenes, quienes, con infinita multitud de ángeles, alababan á su Señora. Quedose el Santo suspenso, clavados los ojos en los de la Madre de Dios, la cual, con semblante benigno y amoroso, le dijo estas palabras: *Ven acá, buen siervo de Dios; recibe de mi mano este pequeño don que te traigo de los tesoros de mi Hijo, que es justo tengas un vestido sagrado y bendito en los cielos, para que uses de él solamente en mi día. Y sabes que por haber tenido siempre los ojos de la fé fijos en mi servicio, y haber inspirado dulcemente en los corazones de los cielos mis alabanzas, no solo te adornarás en esta vida con este precioso vestido de la Iglesia, sino que en la vida eterna te regalaré con otras dádivas, en compañía de otros siervos de mi Hijo.* Lo cual dicho desapareció la piadosa Reina, juntamente con la luz, los ángeles y vírgenes que la habían acompaña-

do, dejando al Santo absorto y anegado en la delicia incomprendible de tan divinos favores.

»Los que habian acompañado á SAN ILDEFONSO, volvieron solícitos de saber qué cosa le habia pasado en aquella celestial vision, y le hallaron orando, y dando á Dios humildes gracias por su dignacion y la de su Madre Santísima. Vieron tambien la casulla celestial; y divulgando por toda la ciudad el milagro, concurrió al dia siguiente infinita multitud de pueblo á la iglesia, celebrando los divinos Oficios con tanta devocion y tan copiosas lágrimas de ternura, que parecian los fieles más ángeles que hombres. En la iglesia de Toledo se conserva todavia una piedra en donde es tradicion puso sus virginales plantas la Reina Soberana, la cual adora todo cristiano como preciosa reliquia. La casulla fue custodiada en el Sagrario de Toledo hasta la perdicion de España, que se trasladó con otras preciosas reliquias á la catedral de Oviedo, en donde permanece. Se refieren muchos milagros de esta preciosa vestidura; entre ellos, que habiéndosela querido poner Sigisberto, Prelado de Toledo, acabó mal, pues en el Concilio XVI de Toledo fue depuesto de su dignidad, en pena de su soberbia, que le condujo al execrable delito de rebelion contra su Monarca.»

Despues de la descension de la Virgen, vivió poco tiempo SAN ILDEFONSO, empleándose, como siempre, en el mas perfecto desempeño de sus deberes, como Prelado y amoroso y constante amparo de pobres. Su contemplacion era casi continua, aumentando cada dia la oracion y amor á la Santa Madre de Dios, que tanto le habia distinguido. Entrado, finalmente, en el año sesenta de su edad, siendo el diez y ocho del reinado de Recesvinto, y habiendo gobernado la Iglesia de Toledo nueve años y dos meses, pasó á mejor vida el martes 23 de enero del año 667. Su santo cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, á los pies de su predecesor y maestro San Eugenio, en cuyo sitio

permaneció hasta la irrupción de los sarracenos, con cuyo motivo fue trasladado á la iglesia de San Pedro de Zamora, en donde al presente se venera.

Dejó escritas muchas obras, parte de las cuales se han dado á la prensa. La *Biblioteca de los Padres* contiene todas las que se conocen por auténticas de este Santo, á escepción de un tratado de *Hombres ilustres*, que ha sido impreso con las de San Gerónimo, y algunas *Cartas* publicadas en el *Espicelegio* de Achery. Se han atribuido á San Isidoro las vidas de catorce hombres ilustres, que se hallan en las ediciones de este Santo, y en otras; seis sermones de la Asunción; dos de la Natividad de la Virgen Santísima, y otro de su Purificación. Las principales obras que se reconocen como suyas, sin duda ni controversia, son: 1.^a *De illibata de perpetua virginitate Sanctæ ac gloriosæ Genitricis Dei Mariæ*: 2.^a Dos *Cartas* incluidas en la *Coleccion de los Concilios de España*. 3.^a *Opusculum de pane Eucharistico*: 4.^a *Liber annotationum de Ordine baptismi*: 5.^a *Liber de itinere deserti quo pergitur post baptismum*: y 6.^a *Liber de scriptoribus ecclesiasticis*.

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT, CONFESOR, ESPAÑOL.

No hay entera conformidad en los escritores antiguos que se han ocupado de este Santo acerca de la fecha de su nacimiento: la admitida por los mas concienzudos é ilustrados historiadores es la de fines de 1174, ó principios de 1175, pues aceptando su muerte en 1276, á la edad de noventa y nueve años y cuatro meses, aquella debió ser la fecha de su venida al mundo. Nació en el castillo de Peñafort, situado cerca de Villanueva del Panadés, en el Principado de Cataluña, siendo sus padres los señores de aquel castillo, y aliados de los Reyes de Aragon. Apenas salido de la infancia, quedó huérfano de padre y madre, haciéndose cargo de él en calidad de tutor un pariente llamado Bernardo Ponce, que le distinguió con afecto verdadera-

mente paternal. Era RAIMUNDO sencillo, bondadoso, alegre, de rostro agraciado, y tan simpático, que su sola presencia, aun sin el conocimiento de sus buenas dotes, le hacían querido de cuantos le veían. Su afición al trabajo y al estudio le hizo dejar muy complacidos y airosos á los maestros que su celoso tutor le proporcionó; y á tal altura se colocó en la filosofía, que la enseñó públicamente en Barcelona antes de cumplir los veinte años de edad. Concluir su carrera con la filosofía, constituyéndose en maestro solo de ella, pareció poco á un jóven tan ansioso de letras, y su tutor y otros parientes, prefiriendo á ellas las armas, le aconsejaban la carrera militar; pero RAIMUNDO, á pesar de su carácter alegre y jovial, era mas amante del retiro y del silencio que del bullicio y estruendo, y mas partidario de las luchas intelectuales que de las corporales. En su virtud, pues, eligió el estudio de los Cánones y las leyes, al que se dedicó con gran provecho; mas, sin embargo, para perfeccionarse y conocer ambos derechos mas profundamente, pasó en compañía de su íntimo amigo y virtuoso clérigo de Barcelona, D. Pedro Ruber, á la Universidad de Bolonia, en la que muy pronto se hizo admirar, recibiendo en su claustro con la mayor brillantez el grado de doctor, y ordenándose muy en breve de sacerdote. Vacó á poco tiempo una cátedra, y aprovechando la Universidad la buena ocasion que se le presentaba para contar en su seno tan privilegiado talento, se la confirió en seguida con general aplauso; y tanto mas, cuanto que RAIMUNDO, que no era mas pequeño en caridad que en letras, cedió en beneficio de los pobres la renta con que estaba dotado su destino.

Al regresar de Roma á su diócesis el Obispo de Barcelona, D. Berenguer, pasó por Bolonia con solo el objeto de conocer al doctor RAIMUNDO DE PEÑAFORT, de quien con tanto elogio había oído hablar en la capital del orbe cristiano. Encantado quedó el Obispo del carácter y ciencia del

catedrático de Bolonia, y formó acto continuo el propósito de llevar tan rico manantial de ciencia á Cataluña. Bien hallado se encontraba RAIMUNDO en Bolonia, y el agradecimiento á las distinciones que todos á porfía le dispensaban le impidió el aceptar desde luego la proposición de D. Berenguer; pero insistiendo este en su pretension, é interesando el amor patrio de RAIMUNDO, diciéndole que la instruccion de sus paisanos y el mayor lustre de su país natal reclamaban en él su presencia y cuidados, le convenció y se le llevó consigo. Proveyó en él al instante un canonicato, y despues una de las primeras prebendas de la catedral. Grandemente sirvió á Dios y á aquella iglesia con el ejemplo que daba de sublimes virtudes, con el que obligaba á los tibios á aumentar su fervor religioso, y cumplir con los deberes cristianos, de manera que al poco tiempo se reconoció muy clara y distintamente la reforma del Cabildo.

Desde que se ordenó de sacerdote se fue obrando en su carácter un cambio notable: sin dejar de ser dulce y amable, perdió la jovialidad, y aparecia siempre meditabundo y contemplativo, aumentándose dia por dia su devocion á la Santísima Virgen, animado de un ardiente deseo de estender su culto é inspirar en todos los corazones el santo amor que el suyo profesaba á la virginal Madre del Redentor. Siendo, en su concepto, muy poca la solemnidad con que en Barcelona se celebraba la fiesta de la Anunciacion, consiguió que se hiciese el oficio con mayor celebridad, y dejó una fundacion para que fuese esta fiesta una de las más solemnes.

Hacia algun tiempo que por sus consejos habia renunciado un pariente suyo á entrar en la religion de Santo Domingo, recientemente creada, diciéndole que toda novedad es sospechosa, y debia mirar con prevencion, por entonces al menos, la nueva institucion, y que entrase en una de las antiguas. El pariente no entró en ninguna, se enfrió su

vocacion al claustro, y apegándose demasiado á las cosas del mundo, no era tan constante ni perfecta su contemplacion de las del cielo. Este cambio de su pariente afligió sobremanera á RAIMUNDO, y creó en su corazon un escrúpulo y remordimiento por el consejo dado, y determinó para alejarle entrar él en la misma religion de Santo Domingo, de la que en su concepto á la sazón no habia hablado á su pariente como merecia. Firme en su propósito, y cerrando completamente los oidos á los consejos y amonestaciones de todos los individuos del Cabildo, que sentian muchísimo perder la compañía de tan santo y sábio compañero, y procuraban evitar su retiro al claustro, verificó su ingreso en él, tomando el hábito en el convento de Barcelona el dia de Viernes Santo del año de 1222, cerca de los ocho meses despues de haber muerto el Patriarca y Santo fundador de la Orden.

Innecesario es encarecer la santa y penitente vida que hacia en el convento, habiendo dado á conocer su santidad, sus ideas y sus escrúpulos: solo diremos que noviciado mas penitente y perfecto no se habia conocido, ni se conoció en la Orden. Al poco tiempo pidió con instancia á sus superiores que le impusiesen una severa penitencia por las vanidosas complacencias que habia tenido en el siglo cuando oia alabar su sabiduría, y recibia los aplausos de la Universidad de Bolonia. Consintió en ello el provincial, y le mandó que en penitencia compusiese una Suma de moral, que es la que se conoce hoy con el título de *Suma de Raimundo*, y que fue la primera obra que salió á luz en la materia.

El notable y heroico desprendimiento con que un hombre tan distinguido por su cuna, por su talento y por su posicion, habia dejado el mundo para vivir en retirada y humilde celda, le hizo mucho mas célebre, y de todas partes acudian á consultarle como á un oráculo.

«Escegióle Dios para contribuir mas que ningun otro á

la fundacion de una nueva Orden, célebre en la Iglesia católica por su instituto de redencion de cautivos, con el titulo de nuestra Señora de la Merced. Una maravillosa vision que en una misma noche tuvieron Jaime, Rey de Aragon, San Pedro Nolasco y nuestro SAN RAIMUNDO, unió el celo de todos tres para promover este sagrado instituto. San Pedro Nolasco fue el fundador, el Rey de Aragon el apoyo, y RAIMUNDO fue como el alma de esta grande empresa, que tuvo despues tan asombrosos sucesos.

»Por este tiempo vino á España á predicar la cruzada contra los moros el Cardenal Juan de Abbevilla, Obispo de Salina y legado de la Santa Sede. Pareciple al Cardenal que no desempeñaria bien su legacia, si SAN RAIMUNDO, tan poderoso en obras como en palabras, no le ayudaba con su consejo y con su santo celo. Predicó la Cruzada con tanto espíritu y con tanta felicidad, que el legado le atribuia principalmente, y con mucha razon, las grandes ventajas que las armas cristianas consiguieron de los infieles. Vuelto á Roma el Cardenal, dijo tantas maravillas de SAN RAIMUNDO, que el Papa Gregorio IX le llamó para que asistiese cerca de su persona: hizole su capellan, escogiole por su confesor, y le nombró penitenciario mayor de la santa iglesia de Roma. Despues que esperimentó su rara capacidad, le mandó compilar todas las Decretales ó Constituciones pontificias de sus predecesores, con los decretos de los Concilios. Esta coleccion de las Decretales, en cinco libros, hecha por SAN RAIMUNDO, es la mas autorizada y la mas generalmente recibida en todas las Universidades. Ni las grandes ocupaciones, ni los continuos estudios alteraron nunca su piedad, ni mucho menos se dispensó por eso en los ejercicios de la vida religiosa. Instole el Papa para que aceptase el arzobispado de Tarragona, y otras dignidades eclesiásticas con que le brindó; pero todo fue en vano: porque fue tan invencible su resistencia como su

humildad, y habiendo juzgado los médicos que le convenia restituirse á Cataluña para reparar su salud, se volvió á su convento de Barcelona como un fraile particular, sin beneficio, sin título, sin pensión, considerándose en todo como el menor de sus hermanos.»

La enfermedad que le obligó á regresar á su pais natal, fue producida por la austerísima vida que pasaba, multiplicando cada dia las penitencias, como si tuviese que purgar muchos pecados. La enfermedad le obligó á modificar algun tiempo la rigurosa mortificacion de su cuerpo; pero así que convaleció volvió á los rigurosos ayunos y á las disciplinas.

Corria el año de 1238, y retirado en la solitaria celda de su convento de Barcelona, se hallaba sin acordarse para nada del mundo ni de sus pompas y vanidades, cuando le llegó la noticia de haber sido electo General de toda la Orden, en lugar de Luis Jordan, que habia sucedido al fundador Santo Domingo. Gran pena le causó esta eleccion, y mucho trabajó para no aceptarla; pero esta vez no pudo conseguir su deseo, porque le hicieron presente la necesidad de algunas reformas, que solo su sabiduría y especial tino y prudencia podia llevar á cabo. Aceptó, pues, el generalato, en provecho de Dios y de su Religion, á condicion de dejarlo tan luego como el lustre y esplendor de la Orden no estuviese tan interesado en ello. A pesar de sus sesenta y cuatro años cumplidos, emprendió en seguida el camino á pie para girar una visita á todos los conventos de su Orden, la que verificó, enterándose prolijamente en cada convento de todo lo que en él se hacia, del género de vida de los religiosos, de sus necesidades, y de las del culto, para subvenir á todo con el celo y santa liberalidad que siempre le distinguió. Terminada la visita, arreglados los asuntos de la Orden, y habiendo renovado en los corazones de todos sus súbditos el primitivo fervor, renunció el generalato, volviendo á la soledad y retiro de su celda.

No gozó, sin embargo, por mucho tiempo el aislamiento apetecido. El Rey de Aragon, D. Jaime I, le nombró su confesor, cargo que no podia renunciar, ocupándole al propio tiempo en varias comisiones y negocios importantes del reino, habiéndole enviado tambien á Roma á conferenciar con el Sumo Pontifice Alejandro acerca de la boda de su primogénito D. Pedro con la Infanta Constanza, hija de Manfredo, Rey de Sicilia.

Proverbial era su dulzura y amabilidad y su caridad para con el prójimo y sus faltas; pero ninguna consideracion humana fue nunca capaz de hacerle prescindir del exacto cumplimiento de los preceptos del Evangelio, y proverbial era tambien su rigor con los pecadores empedernidos. Habiendo observado que el Rey andaba distraído con una dama casada, le amonestó dulcemente, y conociendo que el Rey estaba demasiado prendado de su favorita, le aconsejó como primer remedio que la apartase de la córte. Prometió el Rey hacerlo así; pero no lo verificó: aumentaban las murmuraciones y el escándalo, y SAN RAIMUNDO se retiró de la cámara real, diciendo á D. Jaime que no volveria á pisarla mientras siguiera sus relaciones con aquella dama. Creyó el Rey que se le pasaria el enfado á SAN RAIMUNDO, y como los demás cortesanos, prescindiria de todo, por tener el cariño de su Soberano; pero pasaban dias y dias y RAIMUNDO no se presentaba en la córte. El Rey lo queria verdaderamente, y le eran ademas muy necesarios sus consejos, y mandó á buscarle por fin, ofreciéndole dejar aquellas relaciones, y asegurándole que no lo hacia en el acto por ciertas razones de conveniencia política; pero que iba á marchar á Mallorca inmediatamente, que se detendria allí algun tiempo, cortándose por de pronto las relaciones con la ausencia, y que á su regreso evitaria el reanudarlas. No dudó SAN RAIMUNDO ni un instante de la sinceridad del Rey, y alegre por su santo triunfo se prestó

gustoso á acompañar al Rey á Mallorca. Llegados á esta, además del desempeño de los asuntos que el Rey le encomendaba, se dedicó á la predicacion del Evangelio y á la conversion de los muchos judíos y moros que allí habia, consiguiendo notables y numerosos triunfos. Al poco tiempo se presentó en Mallorca y en la córte la dama favorita de D. Jaime, y SAN RAIMUNDO le recordó inmediatamente su promesa de cortar aquellas relaciones y alejar de la córte aquel objeto de mal ejemplo y constante murmuracion. El Rey le iba entreteniéndolo con buenas palabras y disculpas, hasta que persuadido SAN RAIMUNDO de que el Rey le engañaba, y no tenia ni voluntad ni intencion de renunciar á sus ilícitos amores, le pidió licencia para volverse á su convento de Barcelona: el Rey se la negó, y para impedir que se marchara, así que salió de su cámara dió las mas rigurosas órdenes para que ningun buque recibiese á su bordo á su confesor RAIMUNDO.

«Fue este al puerto para embarcarse; pero se le dijo que habia orden del Rey, pena de la vida, para que ninguno le pasase. Entonces, lleno el Santo de una gran confianza en el Señor, hizo la señal de la cruz, estendió su capa sobre el agua, tomó el báculo en la mano, montó en aquella embarcacion de nueva especie, tomó la mitad de la capa, atola al mango del báculo, haciendo mástil de este y vela de aquella, y á favor de un viento fresco que se levantó, hizo en ménos de seis horas el viaje de cincuenta y tres leguas que hay desde Mallorca á Barcelona. Al llegar á su convento, se le abrieron por sí mismas las puertas, que estaban cerradas, y hallose sin la menor humedad la capa que le habia servido de embarcacion y de vela.

»Como fueron innumerables los testigos de milagro tan estupendo, presto se estendió la fama por todas partes. Creció la estimacion y la veneracion que se tenia al Santo; el Rey se dió por entendido; al instante echó de sí aquella

cortesana, y se volvió á entregar con mayor confianza en manos de su director.»

El resto de su vida lo pasó en sus habituales actos de caridad, en el constante ejercicio de todas las virtudes, y en auxiliar con sus sabios consejos al Rey D. Jaime, que le distinguió con tan respetuoso cariño, que mas podia llamarse santa y profunda veneracion.

Suplicó SAN RAIMUNDO á Santo Tomás de Aquino que escribiese contra los infieles, y á sus instancias se debe la *Suma* contra los gentiles que dejó escrita este Santo.

Por fin, consumido de trabajos y lleno de merecimientos, entregó su alma al Criador á los noventa y nueve años y cuatro meses de su santa vida, en el convento de Barcelona, el año de 1275. Su muerte, que fue la del verdadero justo, reposada, tranquila y dulce, hizo verter copiosas lágrimas, especialmente á los desvalidos, que siempre encontraron en él un amoroso padre y un decidido protector. Durante su enfermedad le visitaron diferentes veces los Reyes de Castilla y Aragon, y honraron el entierro con su asistencia, acompañados de los Infantes é Infantas, Prelados y altos dignatarios de los dos reinos. No se habia visto jamás en Barcelona rendir tal tributo de reconocimiento, admiracion y cariño á persona de ninguna clase, ni que se reuniesen para honrar su memoria tan elevados personajes. Perpétua continuó la devocion de todos los Reyes de España y la de los pueblos, especialmente catalanes, al glorioso RAIMUNDO: infinitos milagros se refieren obrados por la intercesion de RAIMUNDO en los últimos años de su vida y despues de su muerte, y movido por ellos y por la general devocion de los fieles, le canonizó por fin, á los trescientos veinte y seis años de su glorioso tránsito, el Papa Clemente VIII el dia 2 de abril del año de 1601, y su fiesta se fijó el dia 23 del mes de enero.

DIA 24.

Nuestra Señora de la Paz, y San Timoteo, Obispo y Mártir, *Asiático*.

DIA 25.

La Conversion de San Pablo, Apóstol, y Santa Elvira, Virgen y Mártir, *Romana*.

SAN PONCIO, OBISPO, ESPAÑOL.

Nació este Santo á mediados del siglo III, en una parroquia ó lugarcillo llamado entonces Fontajau, y despues San Narciso de Tayala, perteneciente al territorio de Gerona, no muy distante de esta ciudad, á la otra parte del rio Ter, ó sea al Poniente de esta, segun asienta Estéban Corvera en su *Cataluña ilustrada*. Su celo religioso, su piedad y su no comun instruccion en aquellos tiempos, le dieron una grande y merecida importancia entre los cristianos, que le condujo naturalmente á la primera dignidad de aquel territorio, siendo elegido Obispo con general aplauso de los cristianos.

Como dejamos apuntado en la biografía de los Santos Mártires Víctor, Aquilina su madre, y compañeros, la horrible persecucion decretada por el sanguinario Emperador Diocleciano, secundada en España por Daciano, gobernador de la provincia Tarraconense, ayudado de su digno subordinado Rufino, habia aterrado de tal modo á los cristianos, que huyendo de las poblaciones, en donde diariamente eran ferozmente sacrificados, se refugiaban en los montes para poder observar los preceptos del Evangelio y enseñar á sus hijos á dar á Jesus y á su Sacratísima Madre el culto que debia irse aumentando y perpetuando de generacion en generacion. El Obispo PONCIO fue de los últimos

que abandonaron á Gerona: su voluntad era permanecer en la ciudad, y como valiente soldado de la Cruz, rendir su vida en defensa de la doctrina de Jesucristo, antes que demostrar la menor tibieza ó temor á los tormentos del tirano: pero tanto le suplicaren los cristianos, tanto le encarecieron la falta que su consoladora voz les hacia en el monte, que al fin se resolvió á constituir tambien su morada en él, comprendiendo que efectivamente, para la direccion de las conciencias y para la instruccion de aquella colonia cristiana, su residencia entre ella produciria mas bienes al catolicismo que su estancia en Gerona. Admirable y fervorosamente secundado por el español Víctor y los dos ilustres italianos Vicente y Oroncio, se dedicaba á la predicacion del Evangelio y á la instruccion de aquellos perseguidos cristianos. Muertos por el tirano Rufino los gloriosos Mártires Vicente y Oroncio, y puesto á orar en el momento que le llegó la noticia del sacrificio, le reveló el Señor que los cuerpos de los dos Mártires italianos debian conducirse á su tierra para ser allí depositados y venerados. Como queda espresado al ocuparnos de San Víctor, inmediatamente comenzó éste á practicar las diligencias para verificar la traslacion de los dos cuerpos de los Mártires italianos, y conocidos sus pasos por el implacable Rufino, decretó la muerte de San Víctor, que tuvo lugar en seguida.

La ancianidad de SAN PONCIO le defendió la vida por entonces, pues el tirano le desdeñó como demasiado débil enemigo, creyendo que muertos los heróicos jóvenes y fervorosos apóstoles de la fé, Victor, Vicente y Oroncio, la palabra divina no tendria en el monte boca humana que la hiciese llegar á los oidos; pero se engañó en su cálculo. El Supremo Hacedor dió la robusta entonacion de la juventud á la voz del anciano PONCIO, y la palabra del Espíritu Santo resonó por todas las concavidades del monte, inflamando los corazones y multiplicando el valor para confesar

la fé, y morir por el que dió su vida en la cruz para la redencion del género humano.

No existe acta ninguna del martirio del Santo Obispo SAN PONCIO, ni se sabe fijamente la fecha de su muerte, ni cómo ocurrió; pero se cree generalmente que murió mártir en alguna de las diferentes matanzas de cristianos, que disponia de tiempo en tiempo el mónstruo Rufino, irritado al ver que nada bastaba para concluir como queria con la raza cristiana, que cuanto mas perseguida, mas alto tremolaba el sacrosanto pendon de Jesucristo.

DIA 26.

San Policarpo, Obispo y Mártir, *Asiático*, y Santa Paula, viuda, *Romana*.

SAN ANSURIO, SAN BIMARASIO Y SAN VILIULFO, OBISPOS,
ESPAÑOLES.

SAN ANSURIO, de nacion español, es uno de los Santos que constan en el catálogo de Obispos de Auria, hoy Orense, despues de la entrada de los moros en España. El noveno lugar ocupa en el catálogo, siendo la primera mencion que de él hacen los códices antiguos en el año 915, y desde este al 922 aparece su nombre en varios privilegios del Rey D. Ordoño II y de su mujer Doña Elvira, concediéndole territorios para fundaciones en su diócesi auriense. Guardando completo silencio la historia acerca de sus padres y familia, y de su posicion antes de ser revestido con la alta dignidad episcopal, solo hace mencion del esquisito celo con que procuraba el mayor lustre de la Religion cristiana, propagando su salvadora doctrina, y dedicando al culto divino la mas constante atencion.

Fue contemporáneo, y, á pesar de la diferencia de edades, muy amigo de San Rosendo, cuyas virtudes y santidad apreciaba tanto, que en seguida que se ordenó de sacerdote

le dió la iglesia de Santa María de Barrata, en la que comenzó á demostrar en público las altas dotes de ciencia y virtud que en tanto grado tenia, á pesar de su juventud, y que tan perfectamente conocia su Prelado SAN ANSURIO.

Varias concesiones, todas en beneficio de la Religion y para su mayor lustre y esplendor, debió SAN ANSURIO al cariño y munificencia de los Reyes D. Ordoño y Doña Elvira. Fue una un vasto y hermoso terreno junto al Monte Serio, para la construccion del Monasterio conocido con el nombre de *San Pedro y San Pablo de Tria-Castela*, y otra el terreno tambien para erigir el tan célebre Monasterio de San Estéban de Rivas de Sil, levantado por el Santo Abad Franquila en el año de 920, sétimo del reinado de D. Ordoño II.

La principal celebridad del Monasterio de San Estéban la adquirió por ser tumba de nueve Obispos, que, imitando el ejemplo de sus antecesores, renunciaron su alta dignidad, y fueron al Monasterio en busca de la solitaria paz en retirada celda, y á trocar las episcopales vestiduras por el burdo y áspero sayal. El primero fue ANSURIO, al que siguieron BIMARASIO, VILIULFO y Pedro, Obispos tambien de Orense; Gonzalo, Osorio y Fralengo, de Coimbra; Servando y Pelagio, de Iria, y Alfonso, de Astorga. Enamorado ANSURIO de la contemplativa y santa vida del Abad Franquila y de los monges, abandonó el mundo y su bullicio, y se retiró al Monasterio, en el que pasó, dedicado á la oracion y la penitencia, los dos últimos años de su vida, verificándose su dichoso tránsito el dia 26 de enero de 925.

SAN BIMARASIO, que le sucedió en el obispado de Orense, y del que se encuentran menciones desde el año referido 925 al 942, se retiró tambien á concluir sus dias en el citado Monasterio. La historia tampoco nos da noticias de los ascendientes de este Santo, colocándole solo en el número de los españoles ilustres en santidad y celo por

la propagacion de la fé, pero sin detalles que poder consignar aqui.

SAN VILIULFO, Obispo igualmente en el año 986, y de cuya vida y circunstancias tampoco nos da noticias la historia, imitando á sus antepasados en la dignidad episcopal, terminó su santa y penitente vida en el referido monasterio de San Estéban, siendo tambien como aquellos sepultado en él.

En el año de 1463, reinando en Castilla y Leon D. Enrique IV, el administrador de la Abadia de San Estéban, D. Alfonso Pernas, deseando honrar la memoria de los nueve Obispos, exhumó sus restos, que permanecian en el claustro del Monasterio, y metidos en un arca, fueron colocados sobre el retablo del altar mayor. Se asegura que el dia de la exhumacion se realizaron varios milagros, especialmente los de recobrar la salud y la agilidad algunos tullidos que besaron los anillos hallados entre los huesos de los Santos. Creció la devocion con la repeticion de los milagros que Dios obraba por la intercesion de sus Santos siervos, y cada dia era más visitado el Monasterio y veneradas las reliquias que poseia. En el año de 1594, reinando en España y Portugal el católico D. Felipe II, determinó el Abad á la sazón del Monasterio, Fr. Víctor de Nájera, colocar más dignamente las tan veneradas reliquias de los nueve Obispos, pues aunque elevadas sobre el altar, no tenían adorno ninguno, y las encerraba á todas una humilde arca. Al efecto mandó construir nueve cajas iguales, no tan buenas como su devocion deseaba, pero todo lo que sus recursos se lo permitieron, y en cada una depositó los preciosos restos de un Santo Obispo, poniendo cinco cajas á un lado del altar mayor y cuatro á otro, y celebrando una notable funcion el dia de la colocacion de las cajas, á la que asistió un inmenso gentío, habiendo el Señor obrado tambien en aquel dia muchos milagros por la intercesion

de los Santos en varios enfermos que acudieron á adorar los restos de los nueve Obispos.

DIA 27.

San Juan Crisóstomo, Obispo y Doctor, *Sirio*.

DIA 28.

La Aparicion de Santa Inés, Virgen y Mártir.

SAN JULIAN, OBISPO, ESPAÑOL.

Prodigiosa cual pocas es la vida del glorioso Obispo de Cuenca, SAN JULIAN. Muchos Santos ha habido que asombraron al mundo con portentosos hechos, admirables prodigios y milagros durante su vida y despues de su muerte; pero muy pocos que anunciassen su venida á la tierra como SAN JULIAN, y que desde el mismo instante de su entrada en el mundo revelase la sublime santidad á que el Señor le tenia destinado.

No nos ha legado la historia el nombre de sus padres, ni noticia de la posicion social que ocupaban en Búrgos por el año de 1128, en que nació tan esclarecido Prelado. Marinero Sículo solo dice que fueron corteses, afables, caritativos, muy devotos del culto Divino, y grandes veneradores de la gloria, fama y servicio de Dios; añadiendo á esto Gil Gonzalez Dávila, que fueron nobles y con abundantes bienes de fortuna. En lo que están conformes todos los autores, es en que pasaban una triste y apenada vida por no tener sucesion, despues de llevar bastantes años de matrimonio, y que para conseguir que Dios se la concediese le hacian constantes ofrendas, y á su Santísima Madre, poniendo por intercesores á los padres de esta Nuestra Señora, San Joaquin y Santa Ana, que tambien pasaron, segun San Gerónimo, veinte años rogando al cielo les concediese sucesion.

Así iban pasando su vida los padres de SAN JULIAN, cuando una noche, estando durmiendo, le representó la fantasía al marido que la habitacion en que se hallaba estaba llena de rojas y aterradoras llamas, rodeadas de negro y denso humo, y plagado el espacio, cruzando por entre las llamas y el humo, de infinidad de aves nocturnas, repugnantes animales y horribles sabandijas, que producian un atronador ruido con desconocidos é ingratos alaridos. Pero saliendo de repente del seno de la esposa un hermoso cachorrillo, blanco como la nieve, arrojando trasparentes y apacibles rayos de luz por la boca y por los ojos, se lanzó al espacio persiguiendo á los repugnantes animales que lo cruzaban, y que desaparecieron en seguida, con el humo que rodeaba las rojas llamas, convirtiéndose estas en clara, diáfana y trasparente luz, volviendo el cachorrillo al seno de que habia partido, y desapareciendo en él. En cuanto despertó el marido refirió la vision á su mujer, y sobre ella cavilaron, sin atreverse ninguno de los dos á negar ni conceder si aquel sueño podria tener alguna significacion, ó el valor de algun aviso del cielo.

No tardaron mucho en persuadirse de que el sueño era un aviso, cuya completa significacion no podian, sin embargo, explicarse. Sintiose la esposa con sintomas seguros de embarazo, y enajenados de alegría corrieron marido y mujer al templo á dar gracias á Jesus y á su divina Madre por el beneficio que les dispensaba, repartiendo en seguida entre los pobres una cuantiosa suma.

Llegó por fin el deseado dia del nacimiento de tan esclarecido burgalés, ocupando á la sazón el trono de Castilla D. Alonso VIII, y la Silla de San Pedro el Pontífice Onorio II, en el citado año de 1128, y teniendo lugar un prodigio, que dejó maravillados á todos los que le presenciaron. Al presentar el padre el recién nacido á los parientes y amigos que habian acudido á su casa al tener noticia del

parto, levantó el tierno brazo, y echó la bendición á los circunstantes, como lo verifican los Obispos cuando bendicen al pueblo, percibiéndose en seguida una tiernísima y melodiosa música, que acompañaba á un coro de celestiales voces, que repetía: «Hoy ha nacido un niño que en gracia no tiene igual.» *Puer natus est hodie, cui, in gratia similis non est.*»

Segun el P. Fr. Antonio de Santa María, cronista del Santo Obispo JULIAN, «pasados los ocho dias de tan dichoso nacimiento, con admiraciones comunes de tan populosa ciudad, como lo es Búrgos, y aumentándose los gozos de tan dichosos padres, viendo los prodigios que el cielo iba obrando, trataron de llevar al templo al recién nacido infante, para hacerlo valeroso soldado de la milicia cristiana por medio del Santo Bautismo.»

Llena de espectadores se encontraba la iglesia, deseosos de presenciar el bautismo del prodigioso niño: apenas pudo penetrar en ella la mitad del cortejo que acompañaba á los padrinos, y al poner estos el pie en el templo, oyóse la misma celestial música que en el momento de salir al mundo, y una dulce voz que decía: «JULIAN ha de ser su nombre: y al mismo tiempo que le estaban bautizando se dejó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento, con una mitra en la cabeza y un báculo pastoral en la mano.»

Por espacio de muchos dias fue inmenso el número de personas, así de la ciudad como de los pueblos inmediatos, que acudió á contemplar el Santo niño, besarle las manos, considerándose dichosísimos los que por sus relaciones con los padres ó parentesco podian tenerle algunas veces en sus brazos, estrecharle entre ellos, y besarle el lindísimo rostro.

Si admirable fue su nacimiento y bautismo, admirable continuó siendo su niñez, y como preelegido para el

ayuno y penitencia, era tan parco en el alimento y tan paciente y sufrido, que apenas mamaba: ni se impacientaba, ni lloraba por las frecuentes incomodidades, contrariedades y dolores inherentes á la infancia, destinados por la divina Providencia á primera enseñanza, ó preparacion de sufrimiento y paciencia para la carrera de la vida.

Creciendo en virtud y belleza, llegó á la edad de dar principio á su instruccion, y sus padres le mandaron á la escuela, en la que fue constante modelo de aplicacion, obediencia y respeto á los maestros, distinguiéndose en comprension y adelantos, teniendo repartidas las horas del dia solo entre el estudio y el rezo de las oraciones que le habian enseñado sus piadosos padres, sin reservar hora ni momento alguno para los comunes juegos de los niños, en los que jamás se ocupó.

Terminada con gran provecho la latinidad, y resuelto con general contento de toda su familia á seguir la carrera de la Iglesia, le envió su padre á Palencia, en donde entonces existia la Universidad, que tanto honraron los ilustres españoles SAN JULIAN y Santo Domingo de Guzman, y que en el año 1240 fue trasladada á Salamanca por disposicion del Santo Rey D. Fernando. En Palencia, pues, tomó el grado de doctor en Teología, regentando diferentes cátedras con aplauso universal de lectores y discipulos, y con gran renombre ademas de músico y poeta.

Murió á la sazón su madre en Búrgos, sintiendo extraordinariamente JULIAN la ausencia del mundo de tan amada persona, mitigando, sin embargo, el dolor la creencia de que sus virtudes y ejemplar vida habrian conducido su alma al Paraiso. Pero considerando la aflictiva soledad en que se hallaria su padre, determinó dejar la Universidad, y marchar á su lado para acompañarle y cuidarle, haciéndole menos dolorosa la falta de su mujer, y mas soportables los trabajos de la ancianidad.

No tuvo que emplear por mucho tiempo su celoso cuidado en la asistencia de su padre, pues antes del año de muerta su esposa dejó de existir, quedando JULIAN heredero de un regular patrimonio, del que empleó una gran parte en seguida en sufragios por las almas de los que le habian dado el ser, y en auxiliar á los desvalidos. Mandó construir una humilde casita, lindando por una parte con el convento de San Agustin, y por otra con la érmita que habia sido morada de Santo Domingo de Silos, y se retiró á ella para dedicarse en la soledad á la penitencia, á la oracion y al estudio. Esta casita, despues de la muerte del Santo, fue convertida en templo de su advocacion. Llevó en su compañía á un pobre sirviente, llamado Lesmes, á quien trataba mas bien como hermano que como criado. Merecía lo Lesmes, en verdad, pues su honradez, virtud, devocion y caridad rayó tan alto, que hoy está colocado en el catálogo de los Santos, como diremos mas adelante.

Algunos de sus parientes, deseando dar á la familia sucesores de tan preclaro y sabio varon, le importunaban de continuo para que se casase, y renunciara la carrera de la Iglesia, diciéndole que el matrimonio era un sacramento que creaba un estado en el cual se podia servir á Dios y ganar el cielo como en otro cualquiera. No lo negaba el Santo; pero tenia hecho voto de castidad, y para concluir con las demandas y consejos de sus parientes, determinó ordenarse, lo que habia ido dilatando, porque nunca se creía con bastante virtud y ciencia, y bastante digno para el alto ministerio del sacerdocio. Para prepararse dignamente, dejó la casita al cuidado de Lesmes, y se retiró al convento de San Agustin, y allí, en apartada y solitaria celda, se dedicó á los ejercicios mas penitentes y devotos, asistiendo al coro con los religiosos, recibiendo, por fin, con el mayor placer y alegría el Orden sacro de manos del Obispo de Búrgos, D. Víctor, único de este nombre, que

murió en el año de 1160 en el cerco de Córdoba, siendo enterrado en aquella iglesia. La primera Misa la celebró SAN JULIAN en el altar del Santo Cristo de aquel convento, llamado generalmente en España el Santo Cristo de Búrgos, de cuyas maravillas y prodigios están llenas nuestras historias.

Terminados sus ejercicios, y cantada ya la primer Misa, dejó el convento y volvió á su casita y á la compañía de Lesmes. Al rayar el dia marchaba al convento, decia Misa en el altar del Santísimo Cristo, al que tenia particular devocion; despues marchaba á los hospitales y á la cárcel, á consolar á los enfermos y á los desgraciados, y mas tarde á predicar el Evangelio por los pueblos inmediatos á Búrgos. Nunca hizo mas que una comida al dia.

Envidiosa con santa emulación la ciudad de Búrgos de que los habitantes de las aldeas tuvieran la dicha de oír la palabra divina de boca de un hijo suyo, y ella no le hubiera oído todavía, le suplicaron rendidamente las personas mas notables que ejerciese en la ciudad que le habia visto nacer el mismo sagrado ministerio con que distinguia á las aldeas. Vencida su modestia y cortedad por las instancias de lo más ilustrado de su pueblo natal, comenzó á predicar en todas las iglesias, siendo siempre crecidísimo el número de sus oyentes, y grande el fruto de su predicacion, por las numerosas conversiones que verificó con su elocuencia y su dulzura.

Su infinita caridad habia concluido completamente con su patrimonio y con todos sus recursos: no poseia absolutamente mas que la pequeña y tosca casita que ocupaba, una mesa, un arca, dos asientos de madera, dos pobres lechos, sus libros, estampas de Santos, algunos miserables útiles de cocina, y las ropas puramente indispensables, y para ganar el sustento se dedicó con su compañero, mas bien que criando, Lesmes, á hacer cestas, que vendia este en la plaza y por

las calles, viviendo con su producto, y aun destinando algo de él á socorrer á los pobres.

La fama de su ciencia en sagradas letras y su virtud habia corrido por toda España, y deseando la Iglesia de Toledo remunerar tantos merecimientos y ganar al mismo tiempo para sí á tan ilustre varon, le ofreció el arcedianato; pero JULIAN, amante siempre del retiro, de la soledad y de la vida humilde, aunque muy agradecido, se negó á aceptar tan honorífico encargo. Fue en comision á Búrgos un clérigo distinguido de Toledo, á llevar la súplica verbal; pero JULIAN ni aun así accedió á servir un destino, para el cual, decia, que ni tenia merecimientos ni la necesaria aptitud. En vista de esta fuerte resistencia, y aumentados cada vez mas los deseos de los habitantes de Toledo de tener entre ellos á tan santo y modesto eclesiástico, apelaron á fuerza mayor hablando al Rey D. Fernando II de Leon, que se hallaba entonces en Toledo gobernando la Castilla, á nombre del niño Rey D. Alfonso IX, su sobrino, el cual envió un espreso á JULIAN mandándole que arreglara enseguida sus cosas en Búrgos, y se pusiera al punto en camino para Toledo, en donde le aguardaba. A mandato tan superior y esplicito no pudo resistir el humilde JULIAN: vendió la casita y distribuyó el producto entre los pobres, así como las dos camas y demas efectos que tenia. Dijo una fervorosa Misa de despedida en el altar del Santo Cristo de su constante devocion, y despedido con tiernas lágrimas y bendiciones de gran número de sus paisanos, acompañado de Lesmes, sin mas equipaje que la ropa puesta, el breviario y un báculo, emprendió á pie el camino á Toledo el año de 1167, teniendo cerca de cuarenta de edad.

Sabido en Toledo, al regreso del mensajero del Rey don Fernando, el día de la salida de Búrgos del deseado JULIAN, y calculando cuándo llegaria próximamente, salieron á esperarle tres días, y solo por un milagro del Todopode-

roso está explicado el que SAN JULIAN, con su criado, pasase por medio de aquella muchedumbre de pueblo en la tercera tarde sin que ninguno los viese, quedando todos notablemente admirados al saber, cuando llegada la noche se retiraron á la ciudad, que estaba ya dentro de ella el anhelado huésped, alojado en una pobre posada. A ella corrieron inmediatamente las personas mas notables y gran número de pueblo, ansiosos todos de conocer y de admirar al precioso sacerdote cuyos talentos y virtudes habia dado á conocer el eco dulce de la fama. Fue obligado á cambiar inmediatamente de hospedaje, y eligió uno que, por lo modesto, desagradó á todos sus admiradores, y por demasiado bueno para sus costumbres le desagradó á él. A la mañana siguiente se vió confundido y anonadado con la honra que le dispensó el Sr. Arzobispo, D. Pedro de Cardona, pasando á visitarle, y recibiendo un paje del Rey D. Fernando, enviado á informarse de si habia llegado con salud y continuaba con ella. Todos á porfía se esmeraban en honrar y distinguir al arcediano JULIAN, que recibiendo en su profunda humildad toda mundana gloria como tormentos, los ofrecia á los pies del Redentor en compensacion de las horas que sus actuales ocupaciones le robaban á la penitencia y oracion á que en Búrgos las tenia destinadas.

El alto renombre que gozaba de sabio y justo hizo que los fieles servidores del legitimo Rey D. Alfonso IX fijasen la vista en él para que les ayudase á sacar á su Soberano de la triste y precaria situacion en que se encontraba. Cuatro años tenia de edad el Infante D. Alonso cuando murió su padre D. Sancho III, dejando encomendada la tutela del niño y la regencia del reino á D. Gutierre Fernandez de Castro, que habia sido su ayo, ordenando al mismo tiempo que hasta que D. Alonso cumpliese los quince años todos los castillos y ciudades continuasen en poder de los

señores y capitanes que á la sazón las mandaban. La rivalidad que de antiguo existía en Castilla entre las dos mas poderosas familias de ella, Castros y Laras, produjo en el reino, así que falleció D. Sancho, grandes revueltas y disturbios, porque los Laras, ofendidos de que no les hubiera el Rey D. Sancho dejado participacion en la regencia del reino, se negaron á obedecer á Castro, ejemplo que siguieron casi todos los partidarios y amigos de los Laras, que mandaban fortalezas y ciudades. Fácil es de comprender el cúmulo de males que este desacuerdo y rivalidades produciría en el reino, y todos los dias regaba su desgraciado suelo la sangre de los castellanos. D. Fernando II, Rey de Leon, tío del Rey niño D. Alonso IX, también se mostró ofendido porque D. Sancho no le hubiera dejado participacion en la regencia y tutoria de su sobrino é intervencion en los asuntos de Castilla, y determinó tomar, en cambio de la parte de mando que echaba de menos, el todo de la regencia, y ser el verdadero Rey de Castilla. Con este ánimo, y pretestando que iba á poner en paz y orden á los señores castellanos, entró con un grueso ejército y se hizo dueño de Castilla, aunque siempre en nombre del Rey niño D. Alonso IX. No sujetó, sin embargo, todas las voluntades, ni se le rindieron todas las fortalezas, ni mandó en todas las ciudades, ni tuvo siempre en su poder al Rey. Tanto este como aquellas pasaron de unas á otras manos desde la muerte de D. Sancho hasta el año en que vamos de 1167. Para atajar, pues, tantos males, determinaron los señores de Castilla, imitando lo recién practicado en Aragon, declarar mayor de edad á D. Alonso, á pesar de contar con poco mas de once años. Residia este en Ávila, ciudad muy fuerte por aquellos tiempos, en poder de los contrarios del Rey D. Fernando, que trataban y respetaban á su legitimo Rey como á su dignidad correspondia, siendo de derecho y hecho Soberano en Ávila, por lo que

desde entonces se comenzó á llamar *fieles* á sus vecinos. Por acuerdo unánime de los mas importantes señores de Castilla aprobado por el Rey, se determinó declararle hábil y en aptitud para regir el Estado, y que saliera inmediatamente de Ávila á visitar el reino, llevando él mismo á las ciudades la noticia de encargarse del mando. Pero sospechando que en muchos puntos encontraria oposicion por los amigos del Rey D. Fernando, su tio, se entablaron secretas negociaciones, pareciendo conspiracion lo que era solo proteger y defender el legitimo derecho.

Así se hallaban las cosas en Castilla cuando llegó SAN JULIAN á la ciudad de Toledo, que estaba, y casi siempre estuvo, en poder de D. Fernando. Como hemos indicado, el renombre de sabio y justo que le habia precedido, hizo que los sugetos principales de Toledo, leales servidores de su legitimo Rey, se dirigieran á él manifestándole el estado de los asuntos, y le pidieran su consejo y ayuda en favor del Rey D. Alonso. Que JULIAN se prestó á servir á su legitimo Rey, no hay para qué decirlo, pues está de más sabida la récta santidad y la justicia que presidia á todas sus acciones y pensamientos; y puesto de acuerdo con los leales servidores del Rey de Castilla, y muy particularmente con el esclarecido toledano D. Estéban Illan, comenzó á trabajar en favor del Soberano. D. Fernando Ruiz de Castro, que tenia la ciudad de Toledo en nombre de D. Fernando, se negó á entregarla al Rey D. Alonso mientras no cumpliese los quince años, edad señalada en el testamento de su padre para encargarse de las riendas del gobierno; y en vista de esta negativa determinaron explorar la voluntad de los habitantes, y saber si preferian ser mandados por su Rey y Señor antes de la edad prescrita por su padre, ó continuar obedeciendo al Rey de Leon, que, valido de la fuerza, se habia abrogado facultades que ni tenia ni nadie le habia concedido. El resultado de la exploracion

fue, como no podia menos de ser, favorable al mando del legítimo Rey, y en su virtud determinaron hacerle dueño de la ciudad: más para evitar desgracias, efusion de sangre y las siempre tristes consecuencias de un combate, por consejo de SAN JULIAN y de D. Estéban Illan se determinó que el Rey entrara solo y secretamente en Toledo, y, ya dentro, se alzasen los pendones por él. No se dudaba del éxito; pero sin embargo aconsejaba la prudencia que en una ciudad cuyo jefe era contrario, no estuviera el Rey tan indefenso y aislado que no pudiera resistir á una brusca y momentánea acometida. D. Estéban Illan habia construido los años atras á sus espensas la iglesia de San Roman en la parte más elevada de la ciudad, y pegada á la iglesia una fuerte torre almenada que servia de ornato y fortaleza, y acordaron que á esta torre, bastante fuerte para resistir cualquier acometida, se llevase al Rey. Salió secretamente de Toledo D. Estéban y se dirigió á Maqueda, en donde se hallaba el Rey aguardando el resultado de las gestiones de sus fieles vasallos: manifestole lo acordado y dispuesto, garantizando sus palabras con cartas de SAN JULIAN y otros señores, y sin titubear, se disfrizó el Rey, y acompañado solo de D. Estéban salió para Toledo, y sin tropiezo en el camino ni ser conocidos entraron al oscurecer en la ciudad, dirigiéndose en seguida al llamado castillo de San Roman, donde estaban aguardándole SAN JULIAN y gran número de nobles fieles á su Rey. Como á toda empresa á la que preside la razon y la justicia, y cuyo éxito se encomienda de todas veras al Juez Divino, protegió Dios á esta, y los desvelos y los pasos empleados por los leales castellanos en favor de su Rey fueron coronados por el más completo éxito. Enarboláronse inmediatamente en la torre las banderas por D. Alfonso, se alzó el grito de aclamacion, y mil y mil voces repitieron por la ciudad: *¡Toledo, Toledo por el Rey D. Alonso!* á las que otras

contestaban con entusiastas *vivas*, corriendo todos á jurar fidelidad y rendir homenaje al Rey. Decia este, despues de muchos años, que de cuantos triunfos habia conseguido, ninguno produjo tanto placer y satisfaccion á su pecho como esta victoria conseguida sobre sus contrarios sin más armas que el amor de sus vasallos.

Todas las ciudades de Castilla fueron siguiendo el ejemplo de Toledo, y en muy poco tiempo quedó D. Alonso IX en plena posesion de su reino, marchando al suyo de Leon su tío el Rey D. Fernando.

Rodeose el jóven Rey de las personas que con mas adhesion le habian servido, y cuyos talentos garantizaban el acierto en los Consejos, siendo una de las que mas apreciaba, y con la que mas frecuentemente consultaba, el arcediano SAN JULIAN, el cual, si bien tenia notable complacencia en inspirar sentimientos de virtud y justicia en el corazon de D. Alonso, huía cuanto le era posible del contacto de los grandes, y de asistir en público á la cámara real, porque sus costumbres, su humildad, y sobre todo su leal franqueza, eran muy poco apropiado para la sociedad de los palacios.

Arregladas poco á poco las cosas del reino y la paz interior, determinó D. Alonso reconquistar la ciudad de Cuenca, que á la sazón se hallaba en poder de los moros. Reunió su Consejo con asistencia de SAN JULIAN, y todos aprobaron tan cristiana determinacion: pero queriendo el Rey que la prudencia y el talento ayudasen á las armas, determinó llevar á la conquista de la ciudad sus mas bravos capitanes y sus mas sabios consejeros. Los pertenecientes al clero que asistieron á la conquista y acompañaron al Rey, sin separarse de él un momento, fueron: D. Rodrigo, Obispo de Osma; D. Pedro, de Búrgos; D. Sancho Sanchez, de Sigüenza; D. Raimundo, de Palencia; D. Pedro, dignidad de Toledo; D. Gonzalo, arcediano de Talavera,

y nuestro SAN JULIAN, arcediano de Toledo. El Todopoderoso coronó con un feliz éxito la santa empresa del Rey D. Alonso, y aunque no sin trabajos, fatigas y dolorosas pérdidas de bravos castellanos, fue por fin ganada la ciudad el miércoles, día de San Mateo, 16 de setiembre de 1177. Nombró el Rey para Obispo de Cuenca á D. Juan Yañez, y siendo muy necesaria la predicacion del Evangelio en una ciudad recién ganada á los infieles, quedó el arcediano SAN JULIAN en Cuenca para propagar en ella y su comarca el conocimiento de la doctrina de Jesus.

Seis años permaneció en Cuenca SAN JULIAN con su inseparable Lesmes; pero habiéndose aumentado el clero en la diócesi, y no siendo tan necesarios sus servicios, regresó á Toledo, encargándose nuevamente de su arcedianato.

Habiendo fallecido en el año de 1195 el primer Obispo de Cuenca, D. Juan Yañez, puso el Rey D. Alonso los ojos en el arcediano SAN JULIAN para sustituirle. Humilde y rendidamente suplicó SAN JULIAN á su Soberano que desistiese de tal idea, porque no se reconocia con fuerzas para tan alto cargo, y mucho menos despues de haber sido desempeñado por un varon tan virtuoso y sabio como don Juan Yañez; pero el Rey, que conocia las altas dotes de santidad y ciencia que residian en SAN JULIAN, no desistió ni un momento, y acatando la voluntad tan esplicitamente manifestada por su Rey, se resignó SAN JULIAN á aceptar el obispado. Envió el Rey por las correspondientes Bulas, y despachadas por el Sumo Pontífice Celestino III, en el siguiente año de 1196 fue SAN JULIAN consagrado en Toledo por mano del Arzobispo de aquella iglesia, don Martin Lopez Pisuerga.

Sabidas en Cuenca la eleccion, aprobacion y consagracion de su Obispo, salieron inmediatamente para Toledo nobles y caracterizados representantes de la ciudad y dió-

cesi, clérigos y seglares, con el encargo de hacer presente al nuevo Obispo la alegría general que embargaba los corazones por tener un Prelado cuyas virtudes conocian, y del que tantos bienes espirituales y materiales esperaban. SAN JULIAN recibió á la comision con su acostumbrada dulzura y afabilidad; pero se negó á emprender el camino en su compañía, y con las comodidades y ostentacion que deseaban, y prohibió que la ciudad hiciese el mas pequeño festejo á su entrada, como estaba ya preparando. A los tres dias de haber partido de Toledo la comision de Cuenca, y despues de haberse despedido del Rey D. Alonso, salió para su diócesi el Santo Prelado, sin mas compañía que su inseparable Lesmes, sin mas que su breviario y su báculo, y á pie, como hizo el viaje de Búrgos á Toledo para encargarse del arcedianato, sin embargo de haber trascurrido desde aquella fecha veinte y nueve años, y contar á esta sazón la avanzada edad de sesenta y ocho.

A pesar de la fatiga del camino, antes de pasar á la casa episcopal, ni descansar un instante, así que entró en Cuenca se dirigió á la iglesia á visitar á la Virgen del Sagrario, de la que fue siempre especial devoto. Despues de haber orado, marchó á su habitacion, que encontró adornada con demasiada riqueza, sin embargo de la humildad con que se dispuso, teniendo en cuenta los encargados de hacerlo las costumbres del que la iba á ocupar. Mandó á Lesmes que sacase todos los muebles innecesarios, dejando su cuarto tan desembarazado y humilde, como lo estuvieron siempre todos los que ocupó. A Lesmes le dió el cargo de su limosnero, y admitió á su servicio, porque él y Lesmes solos no podian de ningun modo atender á todo, á D. Ginés Chirno, que siendo niño asistió con su padre á la toma de Cuenca, y desde cuya fecha le apreciaba SAN JULIAN, reconociendo en él grandes dotes de prudencia y santidad.

Despues de arreglar las cosas del clero, se ocupó de mo-

ralizar las costumbres del pueblo, y una de las cosas para que más trabajó fue para desterrar de Cuenca las corridas de toros, introducidas en Castilla con motivo de las bodas del Rey D. Alonso el VI, en que tuvieron lugar por primera vez en la ciudad de Búrgos. Sus gestiones para esto fueron inútiles, pues, á pesar de los pocos años que contaba la costumbre de correr toros en las grandes fiestas y solemnidades, era tan del agrado general esta fiesta, que la petición de SAN JULIAN al Rey y á los grandes no produjo el deseado efecto: en vista de ello, y no considerando dignas de los sacerdotes tan sanguinarias diversiones, prohibió á los de su diócesi que asistieran á ellas, ejemplo que fueron siguiendo los demas Obispos.

En las primeras Ordenes que dió, elevó á la dignidad de sacerdote á su familiar D. Ginés, emprendiendo en seguida el camino en su compañía para girar una visita al obispado, quedando en Cuenca esta vez Lesmes solo para atender al cuidado de los pobres y á la construccion de una casita que habia dispuesto SAN JULIAN fabricar para su morada, y que, trazada por él, se edificó, dirigida la obra por Lesmes, en el sitio que luego se levantaron las casas Episcopales.

Colmado de bendiciones regresó SAN JULIAN á Cuenca para proseguir en ella su salvadora mision, y dedicarse á llevar á cabo las infinitas mejoras que le debió la ciudad, siendo una de ellas la casa de Espósitos, llamados *Niños de San Julian*, con cuyo establecimiento comenzó á evitar los continuos crímenes que se cometian en los recién nacidos, para ocultar la intemperancia de malvadas madres.

Hizo quitar las armas que su antecesor colocó en la iglesia, y que consistian en un castillo, sustituyéndolas con una jarra de azucenas, y en medio de estas una Virgen, significando el Misterio de la Concepcion. Despues de su muerte se quitó la jarra, poniendo en su lugar la Virgen dando una palma á SAN JULIAN, en memoria de la milagrosa apari-

cion que tuvo el Santo Prelado poco antes de morir, como se dirá en su lugar.

Todos los dias se hacia en su casa la olla para los pobres, que se distribuia por Lesmes en una gran pieza hecha a propósito para refectorio. El pan, despues de bendecirlo, lo repartia el mismo SAN JULIAN; y mientras comian los pobres pronunciaba una plática exhortándolos á la paciencia y resignacion en los trabajos y penas de la vida, recordándoles que más sufrió Jesus por la redencion del género humano. Se enteraba de la clase de vida que hacia cada pobre, y en qué ocupaba el tiempo, para evitar que su caridad en lugar de bienes produjera males; pues cuando la limosna recae en vagos y holgazanes, sobre robarse á los virtuosos á quienes pertenece, se fomenta la holgazaneria, madre legitima de todos los vicios y crímenes que afligen á la humanidad. El hombre trabajador puede cometer faltas, delitos y hasta crímenes en momentos dados, y por circunstancias especiales; pero nunca tendrá el hábito del vicio, como le tiene siempre en mayor ó menor grado el vagabundo y ocioso.

SAN JULIAN tenia dedicadas todas las rentas de su obispado al lustre del culto divino y al socorro de los necesitados, y volvió á dedicarse con Lesmes, como en Búrgos, á fabricar cestillas, para con su producto atender al parco alimento suyo y de Lesmes, pues D. Ginés asistia al cabildo, del que recibia racion, y aun les sobraba con el producto de la venta de las cestas para aumentar las limosnas. «Era mucho el despacho de estas cestillas, dice la historia, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros, como se esperimentó en una furiosa peste que afligió en tiempo del Santo Obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó que no hubiese encontrado en ellas la salud, prodigio que, aun despues de muerto el Santo, se esperimentó por largo tiempo en mu-

chas enfermedades, supliendo las cestillas de SAN JULIAN lo que faltaba al acierto de los médicos ó á la eficacia de las medicinas.»

Lesmes era el encargado de ir al campo por sarmientos; pero, sin embargo, no pocas veces los iba á buscar y cortar el mismo SAN JULIAN, y la tradicion ha dejado señalados varios sitios en las orillas de los rios Júcar y Güecar, donde el Santo Obispo cogia mimbres y confeccionaba cestas, orando al propio tiempo. Gustaba mucho de retirarse á un risco, distante como unos cuatrocientos pasos de la ciudad, y de una elevacion de ochenta, en el que habia un pequeño manantial, y para facilitar al vecindario el acceso á este, costeó la abertura á pico sobre la roca de una bastante cómoda escalera, conocida despues con el nombre de *El escaleron de San Julian*.

Ademas de los socorros públicos á los pobres de solemnidad, destinaba una gran parte de su renta á las limosnas privadas ó secretas, en las que era notorio gozaba mas que en las públicas, porque estas, háganse como se quiera, tienen que llevar siempre un cierto tinte de ostentacion que ofendia á su modestia y humildad. Tambien destinó crecidas sumas al rescate de cristianos cautivos; y para abreviar, pues seria inmensamente largo el relato de sus actos de caridad, diremos con el Padre Escudero: «No habia necesidad pública ni secreta que no remediase, ni afligido que no le consolase: moraba con los atribulados, y para todos era el universal consuelo: era manos del tullido, pies del cojo, y ojos para el ciego: las viudas hallaban en él sombra y amparo, y los huérfanos padre, siendo hartura de los hambrientos, y remedio universal de todos: en todo género de piedad resplandecia; ninguna cosa se pudo buscar en algun Prelado que no se hallase en SAN JULIAN.»

Grandes contrastes de pena y alegría sufrió el corazon del ejemplar Prelado. La falta de aguas por espacio de mu-

chos meses redujo al último extremo á la clase pobre de toda la provincia. Hiciéronse rogativas y públicas penitencias para conseguir del cielo el alivio á tan apremiante necesidad; pero el Señor desoía las plegarias, y la sequía era tal, que muchas fuentes cesaron completamente de correr, y los ríos apenas llevaban el agua necesaria para beber. Los habitantes del campo y de diferentes pueblos se acogieron á la capital buscando un pedazo de pan, aumentando el conflicto, que ya era grande, pues estaban agotadas todas las existencias de granos. Acudían en tropel los pobres á casa del Obispo; pero este había barrido hacia algunos días sus cámaras, había entregado á los pobres el último grano de ellas, y ni tenía dinero para comprar más, ni aunque dinero hubiera tenido, podría haber comprado trigo, porque ya nadie en Cuenca lo vendía. En tan ahogadora situación, y cuando estenuados y famélicos se hallaban sentados en el suelo delante de la casa del Obispo muchísimos pobres, se presenta á SAN JULIAN una infeliz madre con un niño en brazos espirando de necesidad, pues á la madre se le había retirado la leche por falta de alimento, y no tenía absolutamente ninguno que tomar ni que dar á su espirante hijo. Traspasado de dolor el corazón de SAN JULIAN con tan alictivo espectáculo, se hincó allí mismo de rodillas, y con la vista elevada al cielo, dirige al Todopoderoso una ferviente súplica en favor de aquellos desdichados. En seguida manda á Lesmes, que, tan afligido como él, oraba también de rodillas, que suba al granero á ver si podía recoger siquiera un puñado de trigo para remediar aquella desdicha; pero Lesmes dice á su señor que es inútil subir, porque barrió tan perfectamente los graneros, que no quedó ni un solo grano de trigo. Insistió SAN JULIAN, obedeció Lesmes, subió, abrió la puerta del granero, y no pudo menos de gritar: ¡milagro! al contemplarle tan lleno como jamás lo había visto. Bendiciendo con el mayor fervor á

Dios y á SAN JULIAN por tan asombroso milagro, comenzó á llenar costales y repartir trigo á los pobres, continuando por todo el dia en esta faena, que le produjo la dolorosa relajacion de los riñones, enfermedad que se fue agravando con los años, y de la cual al fin murió, segun afirman todos los que se han ocupado en escribir de su vida y virtudes. Al abundante socorro en grano que dispensó el Todopoderoso á los habitantes de Cuenca, por intercesion de su Santo Obispo, unió el consuelo de las lluvias al siguiente dia, llevando la alegría al seno de aquellos infelices, en quienes aumentó este suceso la fé y la esperanza en la Divina misericordia y el amor al Santo Obispo.

Aunque con diferentes variaciones en las formas, se repitieron en la esecia iguales prodigios por la oracion é intercesion de SAN JULIAN, pues en otra escasez de granos, casi tan estremada y aflictiva como la referida, llegaron milagrosamente recuas cargadas de trigo, que al dejar caer los costales á los pies del Santo, desaparecian sin que nadie viera por dónde.

El agrado con que el Supremo Hacedor veia la infinita caridad de su amantísimo siervo, lo demostró haciéndole tan distinguidos favores, que seria obra de muchísimas páginas el poderlos referir; pero una biografía no es una historia, y la pluma del biógrafo no puede ser tan detallada como la del historiador, ni correr como esta, y mucho menos cuando tiene una barrera insuperable en las dimensiones de la obra, anticipadamente marcadas, y ofrecidas al público. Sin embargo, consta en todos los autores antiguos que se han ocupado de SAN JULIAN, Obispo de Cuenca, una tan asombrosa demostracion de afecto que le dispensó Jesus, que no debemos pasarla en silencio. Para celebrar el primer dia del *Corpus* siguiente al milagro de haber Dios llenado de trigo los graneros, dispuso SAN JULIAN un gran banquete para los pobres, en el que se les servirian

muy abundantes y escogidas viandas. Llegada la hora, y llena la mesa de convidados, comenzaron SAN JULIAN y Lesmes á servir: SAN JULIAN ponía y quitaba los platos que Lesmes iba llenando; repartían entre los dos el pan y el vino, asistiendo con el mas solícito esmero á los convidados para que nada echaran de menos. Desde el principio de la comida llamó la atención de SAN JULIAN un pobre desconocido, de aspecto venerable, que no hablaba una palabra, pero cuyo rostro parecía complacido de las viandas y el servicio: enternecióse SAN JULIAN al contemplarle, juzgando por sus maneras que debía ser alguna persona noble, á quien la fortuna habria puesto en aquel mísero estado: contemplábase con respeto, y no se atrevía á preguntarle su nombre por no desagradarle, si por alguna causa quería que no le conociesen. SAN JULIAN deseaba no molestar al pobre, demostrando que habia fijado su atención; pero al mismo tiempo una fuerza mayor que su voluntad le llevaba hácia el sitio que el pobre ocupaba, sin poder apartar la vista de él. Arrastrado últimamente por fuerza mayor, y sin poderse oponer al impulso de su alma, se sentó á su lado, y para animarle y agradarle se puso á comer con él. Muy complacido parecia el pobre con la distincion de SAN JULIAN, pues llegó este á honrar tanto á su convidado, que comía en el mismo plato que él.

SAN JULIAN sentía en su alma una alegría y placer indefinible, y un cariño hácia aquel pobre, cual no habia sentido jamás hácia ninguna persona humana: el pobre callaba, y solo de cuando en cuando bendecía la comida y á los convidados, y SAN JULIAN, absorto y contemplando á su huésped, fluctuaba en dudas iguales á las que tuvieron los Apóstoles cuando se les apareció Jesucristo en el camino del Castillo de Emaus, y cuando le conocieron en el modo de partir el pan. SAN JULIAN, lo mismo que los Apóstoles, no se atrevía á preguntarle quién era; pero Jesus, lo mismo tam-

bien que á sus discípulos, se dió á conocer á SAN JULIAN, y acabada la comida, le dijo: JULIAN, YO HE VENIDO HOY Á TU MESA Á SER TU CONVIDADO, PARA AGRADECERTE LO QUE HACES POR MIS POBRES: MIRA QUE TE LOS DEJO ENCOMENDADOS. Y concluidas estas palabras desapareció, dejando asombrados á todos por el compañero de mesa que habian tenido, y á SAN JULIAN con el alma encendida en amor divino por una distincion tan admirable.

No escasearon, por cierto, en Cuenca por aquellos años las calamidades públicas para acrisolar el celo y caridad de su Santo Prelado: al hambre que repetidas veces aquejó á la ciudad y á la provincia, sucedió una terrible peste que dieztaba horrorosamente la poblacion. Lo primero que hizo SAN JULIAN fue procurar abastecer la ciudad de los artículos de primera necesidad, para que la falta de alimentos no recrudeciese la dolencia, de suyo ya bastante mortífera, y señalar grandes sueldos á los médicos y cirujanos, y en seguida acompañado de Lesmes y D. Ginés, recorrer constantemente la ciudad, asistiendo á los enfermos, socorriendo á los que lo necesitaban, confesándolos y consolando á todos. Fue por algunos dias tan grande la mortandad, que faltaban brazos para conducir los cadáveres y darlos sepultura: á uno y otro ayudaba SAN JULIAN, llevando á la iglesia los cadáveres de los niños, porque sus fuerzas no le permitian otra cosa, y dándolos sepultura él mismo.

Envidioso Satanás de la gloria de este Santo Prelado, y furioso por la multitud de almas que le quitaba, apartándolas con su ejemplo y su palabra de la senda del infierno, y colocándolas en la del Paraiso, determinó trabajar para vencer su virtud con tentaciones de todas especies. Ya presentaba á su vista montones de oro para hacerle caer en la tentacion de poseerlos por malas artes, aunque fuera para emplearlos despues con los pobres; ya se disfrazaba de her-

mosa penitente que iba á pedirle consejos con palabras seductoras y escitantes confianzas, ó ya le mandaba doncellas desvalidas que solicitaban servirle y asistirle permaneciendo en su compañía; pero la virtud de SAN JULIAN salió siempre triunfante de las arteras mañas y traiciones de Luzbel y sus secuaces.

La divergencia de opiniones de los señores que componian el Consejo del Rey D. Alfonso IX, obligaron á este á llamar desde Guadalajara, en que se encontraba la corte en el año de 1207, al Obispo SAN JULIAN, para que le diese su dictámen en los graves asuntos pendientes á la sazón, y de inmensa trascendencia para la suerte de Castilla, como que eran entre otros el ir preparando las alianzas, armamentos y recursos para la guerra contra los moros, que á poco mas de los cuatro años dió por resultado la célebre batalla de las Navas de Tolosa. En un todo siguió el Rey los consejos de SAN JULIAN, dados ante todos los señores que componian el Consejo, con tal modestia, dulzura y tacto, que hasta los que con mas tesón habian antes defendido contrarias ideas, aceptaron las de SAN JULIAN sin esfuerzo ni mortificacion.

Terminadas las Conferencias en la corte, y habiendo hecho el Rey importantes donaciones al obispado de Cuenca, regresó á esta ciudad el Santo Prelado, muy acabada ya su salud, y comenzando á despedirse su cuerpo de la vida. Lesmes, D. Ginés, los canónigos y cuantas personas notables encerraba la ciudad, instaban constantemente á SAN JULIAN para conseguir que aminorase el trabajo y la penitencia, se alimentara mas convenientemente, y diera descanso á su cuerpo en un lecho levantado del suelo; pero nada consiguieron: continuó el mismo género de vida, y no abandonó su cama en el suelo, á pesar de la perpétua calentura que iba consumiendo apresuradamente aquella preciosa vida. Hizo testamento, dejando renta fija para los ni-

ños espósitos, para dar todos los días pan á los pobres á la puerta de la casa episcopal, y para dotar cierto número de doncellas pobres; disposiciones todas que se respetaron y guardaron religiosamente despues de su muerte. A los niños espósitos los vistieron de azul, poniéndolos por distintivo una cesta bordada en el pecho; al pan que diariamente se repartía á los pobres, le distinguieron con el nombre de *El panecillo de SAN JULIAN*, y á las doncellas pobres que se casaban, se les entregaba el dote en la iglesia catedral el día de SAN JULIAN.

Despues de arregladas las referidas y otras limosnas perpétuas, mandó que todo cuanto habia en la casa se repartiase entre los pobres, reservando solo para sí las vestiduras pontificales, para con ellas recibir mas dignamente al Señor. Colocado en el suelo, en un lecho de ceniza, y por cabecera una piedra, vió acercarse su última hora; mandó disponer un altar en la estancia, con una imagen de la Virgen que tenia en su oratorio, muy venerada despues en Cuenca con el nombre de Nuestra Señora del Socorro, y se dispuso á recibir el Santo Sacramento, que fue acompañado de todo el clero y nobleza de la ciudad, recibéndolo de rodillas sobre la ceniza, sostenido por Lesmes, anegado en llanto, pues la debilidad no le permitia sostenerse de rodillas sin ayuda, y no fue posible conseguir de él que recibiese echado ó sentado el Santo Viático. Recibido éste, se despojó de los ornamentos de su dignidad, se vistió un áspero cilicio, y se tendió sobre la ceniza á esperar orando su último momento. «Entrando ya en la agonía, vió en éxtasis venir hácia sí una hermosísima doncella, de blanca vestidura, y despidiendo torrentes de luz, coronada de rosas, y acompañada de multitud de vírgenes, que cantaban con dulcísima armonía aquel verso del Eclesiástico: *Veis aquí al gran sacerdote, que en sus días agradó al Señor.*

»Diole milagrosas fuerzas la visita celestial: hincose de

rodillas, rindió mil gracias á la Madre de Dios por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* Desapareció la vision, y poco despues se fue tambien tras ella la purísima alma de nuestro Santo, desprendida de su cuerpo un domingo 28 de enero del año de 1208, á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró, vieron cuantos se hallaron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma más blanco que la nieve, el que se fue elevando por el aire hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgaron á vista de todos, y se oyó una música celestial.»

Así que espiró le levantaron del suelo, y depositándolo en una cama le quitaron la ceniza que habia echado sobre sí para morir, y que repartieron como reliquia: le pusieron el vestido sacerdotal, capa y mitra, en la mano derecha la palma que le dió la Virgen, y en la izquierda el báculo, y despues lo depositaron en una decente caja.

Inmensa era la concurrencia de afligidísimos amantes de SAN JULIAN que de la ciudad y pueblos inmediatos acudían á adorar el Santo cuerpo: la iglesia de Cuenca, á fuer de agradecida y obligada á los beneficios de su Prelado, celebró en su obsequio solemnes honras por espacio de nueve dias, con asistencia completa del clero. Segun todos los historiadores, obró Dios durante el novenario infinito número de milagros en los enfermos que acudieron á visitar el Santo cuerpo, quedando sanos instantáneamente. Fue sepultado en la capilla de Santa Águeda, no sin ser esta abundantemente regada con las lágrimas de todos los presentes, que se consideraban solos en el mundo al perder de vista el Santo cuerpo del Prelado que los habia regido, enseñado y consolado por espacio de doce años.

Al siguiente dia del entierro, reunido el Cabildo, las autoridades y la nobleza de Cuenca, acordaron por unanimi-

dad declarar á SAN JULIAN patrono del obispado y la ciudad, y su abogado para con Dios. Pusieron en las armas y sellos un óvalo, dentro del cual se veia á la Virgen dando la palma á SAN JULIAN, y alrededor una inscripcion latina que, traducida, dice así: «JULIAN, Obispo de Cuenca, á quien María, Señora nuestra, honró con el triunfo de su palma.»

El recuerdo de los prodigios obrados por Dios en el nacimiento y bautismo de JULIAN, sus admirables virtudes, los milagros durante su vida y despues de su muerte, le dieron la opinion universal de Santo; y como á tal, todos le honraban y ácataban, dándole culto, celebrando su fiesta, y teniendo lugar en el Calendario.

Trecientos once años permaneció el santo cuerpo de SAN JULIAN en el mismo sitio en que fue sepultado en la capilla de Santa Águeda, sin haberse entibiado ni un solo dia la devocion al Santo Obispo patron de Cuenca, que iba transmitiéndose de una en otra generacion, continuando hasta la nuestra. Pasado dicho tiempo, es decir, por el año 1518, ocupando el Solio Pontificio Leon X, reinando en España el Emperador Carlos V, y siendo Obispo de Cuenca D. Rafael Ricario, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, con el título de San Jorge y Balebro, se pensó formalmente en llevar á cabo el antiguo y general propósito de trasladar el santo cuerpo de SAN JULIAN. Dos causas se unieron por esta época al constante deseo de la traslacion: era la una, el estado en que se hallaba la sepultura, el cual se manifiesta en las siguientes lineas, que copiamos del historiador Fr. Antonio de Santa Maria, uno de los escritores que mas latamente se han ocupado de SAN JULIAN.

«Uno de los motivos que tuvo la Santa Iglesia para tratar con mucha viveza de esta traslacion, fue que la piedad de los fieles, como esperimentaban tantos prodigios, ya que no le podian ver, cada uno procuraba llevar tierra de

su sepulcro, para su devocion y remedio de sus enfermedades; y esto con tanta porfia, que venciendo la veneracion al culto, se valian, no solo de cuchillos, sino tambien de picos, para llevar, no solo tierra de su sepultura, sino tambien pedazos de piedra de la laude que tenia sobre sí, de calidad que ya metian los brazos por la piedra quebrantada, y sacaban astillas de la caja á donde estaba el Santo cuerpo, para traer por la misma reliquia, y los polvos los guardaban para las enfermedades; y siempre se espermentaban nuevos prodigios, de lo cual podia referir muchos milagros.»

La otra causa eran las alarmantes voces que corrian por Cuenca, sin saberse de dónde procedian, de que los burgaleses, queriendo tener en su ciudad el cuerpo de su paisano SAN JULIAN, como tenian el del limosnero San Lesmes, habian sacado furtivamente el cuerpo del Obispo y se lo habian llevado á Búrgos.

En vista, pues, de uno y otro, determinó el Cabildo que se procediese á la traslacion, comisionando para disponer lo necesario á los canónigos de aquella Santa Iglesia D. Gomez Carrillo y D. Eustaquio Muñoz. Prudentes y previsores estos, y deseando evitar un tumulto y conflicto, y por casualidad era cierta la sustraccion del cuerpo del Obispo, determinaron hacer un prévio reconocimiento de la sepultura, acompañados de personas autorizadas y respetables, y al efecto invitaron á los inquisidores de Cuenca D. Pedro de los Rios y D. Juan Yañez, y á varios prebendados. Puestos todos de acuerdo, pasaron juntos á la iglesia, entrada bien la noche del domingo 17 de enero, llevando un notario para que diese fé de cuanto se hiciera, y los operarios convenientes para levantar la piedra, y trabajar lo que fuese necesario en la sepultura. Teniendo cada uno un hacha encendida, rodearon el santo sepulcro, mientras los obreros trabajaban para desembarazarlo de la losa y

tierra. Al levantar la primera, salió un fuerte golpe de viento, que apagó algunas hachas, y en cuanto removieron la tierra que cubria la caja, embalsamó la iglesia una suave y deliciosa fragancia, desconocida para todos ellos. Esto les bastó para convencerse de que existia allí el santo cadáver, y sin llevar mas adelante el reconocimiento, se volvió á cerrar la sepultura. Al dia siguiente los dos referidos comisionados mandaron construir una hermosa caja de sabinna, guarnecida de terciopelo carmesí, con clavazon dorado, y estando concluida á los once dias, el 29 del propio mes de enero, volvieron á la iglesia, tambien de noche, los mismos que habian asistido al primer reconocimiento. Levantada la piedra quitaron la tierra que cubria la caja, y que se repartió como reliquia entre los fieles, y sacaron la caja, que exhalaba la misma deliciosa fragancia que la vez primera, dentro de la cual hallaron el santo cuerpo incorrupto, completamente entero, el rostro agradable, sin la mas leve mancha, y el cabello cano y tan conservado como si acabaran de sepultar el cuerpo. Las vestiduras asimismo enteras sin el menor desperfecto, y tan fuertes, que para poder quitar una pequeña reliquia que tenia cosida, fueron menester tijeras. Estaba vestido de pontifical, con mitra de raso blanco bordada de oro, y este, tan hermoso y brillante, como si saliera en aquel momento de manos del artista ; cáliz y vinajeras de plata ; sobre el pecho una cruz, y en las manos la palma que le dió la Virgen, y el báculo. La cabeza descansaba en una almohada de plumas, tan perfectamente conservada como todo lo demas.

Cubiertos convenientemente con las vestiduras sagradas los dos referidos canónigos, D. Gomez Carrillo y D. Eustaquio Muñoz, sacaron el Santo cuerpo de la primitiva caja, que, partida en pequeños pedazos luego, fue repartida como reliquia, y le colocaron en la nueva, depositándola provisionalmente en la capilla del Sagrario, hasta que se verifi-

case la pública y solemne traslación, para la cual se señaló el día 5 de setiembre, espidiéndose las órdenes convenientes para que en dicho día se hallara en Cuenca todo el clero del obispado, y los párrocos con sus cruces.

Inmenso fue el gentío que acudió á esta solemnidad, y pueblo hubo en la provincia que quedó completamente solo, pues aun los enfermos é imposibilitados se hicieron llevar á Cuenca para pedir la salud al Santo, que largamente repartió sus celestiales dones haciendo innumerables milagros. Hallabase á la sazón en Roma el Cardenal Obispo de Cuenca, D. Rafael Ricario, y en su defecto celebró la Misa de Pontifical el Obispo titular D. Juan de Tapia, y terminada la Misa salió la procesion, llevando el cuerpo de SAN JULIAN por las calles principales, que tantas veces habian cruzado las santas plantas del ilustre Prelado, para llevar los auxilios espirituales y corporales á los desvalidos y necesitados. Bien entrada la tarde volvió la procesion á la iglesia; pues aunque no fue demasiado largo el terreno que recorrió, era tal el gentío que apenas se podía dar un paso. Los vecinos de Cuenca agotaron todos los recursos de su imaginacion para colgar y adornar las casas y los altares que pusieron en diferentes calles, y para iluminar tres noches la ciudad con una profusion de luces tal que á muchas leguas de distancia se percibia la claridad.

Para evitar irreverencias estaba depositado el cuerpo en la capilla del Sagrario, y cerradas las dos puertas, que era necesario abrir para llegar hasta él, pues sin tal precaucion hubiera sido imposible conservar nada de cuanto le rodeaba, ni aun el mismo cuerpo, porque era universal el ardiente anhelo de poseer reliquias de tan admirable Santo.

A los cuatro dias de la procesion, viendo un vecino de Cuenca, llamado Juan de Moya, que un hijo pequeño que tenía se moria por momentos, y que los médicos no daban la mas leve esperanza de salvarle de la dolencia que venia

hacia tiempo padeciendo, le tomó en brazos y lo llevó á la iglesia para tocarlo á la caja que contenia el cuerpo de SAN JULIAN. La iglesia estaba abierta, pero cerrada la capilla, y por mas que suplicó no quisieron abrirla para él ni para dos mudas que tambien aguardaban con el fin de rogar al Santo que les concediese el habla, sin la cual habian nacido y vivido hasta entonces. No pudiendo, pues, entrar en la capilla y acercarse al cuerpo del Santo, llorosos y afligidísimos los tres se pusieron á orar fervorosamente delante de la puerta; y al poco tiempo, dirigiéndose á Juan de Moya uno de los mudos con el rostro radiante de alegría, le dice con clara y sonora voz: *Abra vuestra merced la puerta, que ya han abierto por la parte de adentro.* Llegó Juan, la empujó, y encontró que efectivamente estaba abierta, y al llegar á la segunda dijo el otro mudo: *Abramos, que quien abrió la primera abrirá la segunda;* y así sucedió efectivamente; no habiendo dentro nadie, ni puerta por donde poder entrar ni salir ninguna persona. Puso Juan el niño á los pies del Santo, cubierto con el paño de brocado que caia hasta el suelo desde la caja, y de rodillas al lado de esta, en compañía de los dos, que fueron mudos y ya hablaban con soltura y facilidad, se puso á orar, pidiendo á SAN JULIAN la vida y salud de su moribundo hijo. No hizo muy duradera el Santo Obispo la angustia de Juan de Moya, pues á los pocos instantes levantó el mismo niño el paño con que estaba cubierto, y comenzó á llamar á su madre y á su padre, que enloquecia de contento á vista del milagro, volviendo á tomar en brazos á su hijo completamente bueno, y tan cariñoso y animado como antes de caer enfermo. Sin tregua ni de un solo dia se repitieron tan asombrosos milagros durante la permanencia provisional del Santo cuerpo en la capilla del Sagrario, hasta que fue colocado en el lugar que hoy ocupa. El dia que menos, segun afirma el referido cronista Fray

Antonio de Santa María, obró Dios, por intercesion de su Santo siervo SAN JULIAN, diez y seis milagros, elevándose este número en varios dias hasta treinta.

Con respecto á la reliquia que desde aquella época se guardó en la capilla del Sagrario, dándose á adorar á los fieles dos veces al año, consistente en parte de un dedo de la mano de SAN JULIAN, metido en un relicario de oro, hay dos versiones: Dicen unos que los canónigos é inquisidores citados arriba, á cuya presencia se abrió la sepultura y se sacó el Santo cadáver, determinaron, al pasarle á la caja nueva, tomar una parte de su cuerpo para tener una reliquia manuable que dar á la adoracion pública de los fieles, y que al efecto cortaron una falange de dedo, que es la que contiene el relicario. Y otros dicen: «Dos dias despues de haberse celebrado la procesion general sucedió un caso bien notable, y fue que dos caballeros, llamados Pedro de Valdés y Gil Muñoz, pidieron con instancia que les enseñaran el Santo cuerpo para venerarlo y adorarlo; consiguieron lo que deseaban, y llegando Pedro de Valdés á besar las manos del Santo, le quitó con los dientes un pedazo de carne y un artejo del dedo anular: salió de la capilla del Sagrario muy contento de haber hecho aquel piadoso hurto: fuéronse los dos amigos á la plaza, y no sé por qué embarazos se formó una pendencia, y sacaron las espadas, pero á los primeros tiempos le dieron una cuchillada á Pedro de Valdés y le cortaron de su mano tanta carne como él habia cortado de la mano del Santo: conoció que aquello era pedir SAN JULIAN lo que era suyo, y restituyó luego la reliquia del Santo, que algunos son de parecer que esta es la reliquia que adoramos el dia de SAN JULIAN.»

Pocos sepulcros se han visto tan honrados como el de SAN JULIAN, Obispo y patron de Cuenca, y tarea sumamente larga seria el poner la lista de los Reyes, Infantes,

Cardenales, Obispos, Grandes de diferentes reinos y altos personajes que le han visitado, doblando ante él la rodilla en testimonio de veneracion á los santos restos de tan sublime Prelado.

SAN LESMES, LIMOSNERO DE SAN JULIAN, ESPAÑOL.

En la anterior biografía de San Julian, Obispo de Cuenca, dijimos que muertos sus padres realizó la herencia, repartiéndola entre los pobres, reservándose únicamente lo necesario para construir una casita junto al Santuario del Cristo de Búrgos, en la que fijó su residencia sin mas compañía que LESMES. Refiriendo esto mismo D. Alonso Nuñez de Castro, se esplica en estos términos: «Tenia San Julian en su compañía un Santo clérigo, natural de la ciudad de Búrgos, llamado Adalelmo, que en Cuenca llaman LESMES.» Esta esplicacion del nombre, y la circunstancia de haber muerto en Búrgos dos Santos LESMES en enero, con solo dos dias de diferencia, aunque con mucha respecto al año, produjo equivocaciones y errores en la aplicacion de algunos hechos á las vidas respectivas que han venido siguiendo algunos historiadores, esceptuando por supuesto el fundador de la nunca bien ponderada *España Sagrada*, Maestro Enrique Florez, y el de las *Acta Sanctorum*, P. Juan Bolando, y los ilustrados continuadores de ambas obras. SAN LESMES ó Adalelmo, como le llamaban en Francia, su patria, nació en Leon, fue uno de los más célebres Abades Benedictinos: vino á España llamado por el Rey de Castilla D. Alfonso el VI, que le puso en el Monasterio de San Juan Evangelista de Búrgos, del que fue Abad, y donde murió en el año de 1097, segun la *España Sagrada*; es decir, mucho antes de que naciera SAN LESMES, el limosnero de San Julian, que en el Calendario español corresponde á este dia en que vamos, 28 de enero, y al dia 30 el San Lesmes ó San Adalelmo, Abad, francés de nacimiento, pa-

trono y abogado especial de Búrgos, en cuya honra se edificó un templo.

SAN LESMES, el limosnero de San Julian, fue natural de Búrgos, é hijo de padres humildes, que ganaban su sustento haciendo cestas, á cuyo oficio dedicaron desde muy niño á su hijo. Siendo todavía muy jóven entró al servicio de los padres de San Julian, mientras se hallaba este estudiando en la Universidad de Palencia. Cuando muerta la madre de San Julian regresó este á Búrgos para consolar y asistir á su padre, encontró en la casa al sirviente LESMES, que á pesar de sus pocos años, pues era bastante mas jóven que San Julian, desempeñaba los quehaceres que le estaban encomendados, con un juicio, aplomo y celo por agradar, que revelaban desde luego excelentes inclinaciones. Los informes que dió á San Julian su padre del esmero con que LESMES asistió á su madre en la última enfermedad, y la amorosa solicitud que empleó despues con él en la aflictiva soledad en que quedó, predispusieron de tal modo el ánimo de San Julian en favor del jóven doméstico, que mas le trataba y consideraba como á un compañero y amigo que como á criado.

Era LESMES de ingenio vivo y clara inteligencia, pero ajeno completamente á toda instruccion; y queriendo San Julian recompensarle los cuidados que habia empleado con su madre y su padre, determinó instruirle, y comenzó por enseñarle á leer y escribir, lo que aprendió con suma facilidad y en poco tiempo. Contento cada dia mas San Julian de su discípulo, continuó sus lecciones con ánimo de prepararle para el servicio de la Iglesia, al que LESMES manifestaba decidida aficion. Muerto el padre de San Julian, se retiró este con LESMES, como ya sabemos, á la casita pegada al Santuario del Santísimo Cristo de Búrgos, y nada nos vuelve á decir la historia sobre los estudios de LESMES. No hay conformidad en los autores sobre si fue

ó no ordenado: los que lo niegan, fundan su opinion en que si hubiera sido sacerdote no se hubiera ocupado en vender cestas por las calles y plazas, ni hubiera medido y repartido el trigo llevando á hombro los costales, trabajo que le produjo la relajacion de riñones, de cuya enfermedad murió. Nosotros no controvertimos; pero aceptamos lo que dice la *España Sagrada* en el tomo XXVII, y copiando al erudito Maestro Florez, decimos:

«Era, pues, LESMES *presbítero*, porque así convenia en el que era único compañero del Santo Obispo, para ayudarle en las cosas sagradas del ministerio, y en los desahogos de su espíritu y conciencia. La humildad, la pobreza evangélica y santidad de los dos, no se deslucia por falta de ostentaciones exteriores: y como ni en San Julian ni en el Apóstol San Pablo fue indecencia el mantenerse con el trabajo de sus manos, tampoco desdecia del Presbítero SAN LESMES el medir y repartir trigo á los pobres, á fin que otro no llevase el mérito de tan humilde y caritativo ejercicio, como lo era tambien el de vender las cestillas y labores con que se mantenian, porque en aquel tiempo envidiable del restablecimiento de las iglesias, renovaban el primer fervor apostólico en humildad, pobreza y predicacion, con ostentacion de espíritu, no mundana exterior, y así les honraba Dios con muchas maravillas, porque ponian su honor en mirar por la Casa de Dios, no por el lucimiento de sus casas.»

Las mismas privaciones, las mismas penitencias, los mismos caritativos desvelos por los pobres y desgraciados distinguieron á LESMES que á San Julian, y exceptuando aquellos actos en que la alta dignidad de Prelado y su superior inteligencia tenian que hacer precisa distincion entre San Julian y SAN LESMES, la santidad de vida fue idéntica en un todo.

El trabajo corporal, como queda ya dicho, relajó de los

riñones á LESMES, y cuando murió San Julian, sufría ya mucho, y habia tomado su dolencia un carácter sumamente grave, que se hizo todavia mas penoso al poco tiempo, porque á la relajacion de los riñones se agregó un constante é intenso dolor de estómago, que no le dejaba descansar un momento. A pesar de tan débil y lamentable estado, fue á pie á Búrgos, su pueblo natal, en el que continuó la misma santa vida que siempre hizo. Aunque encorvado constantemente y con vacilante paso, visitaba los hospitales para consolar á los enfermos y asistirlos en lo que podia, y su mayor sentimiento era no poder trabajar y ganar para socorrer á los pobres. Diez años sobrevivió á San Julian, muriendo en el de 1218, despues de haber soportado con la mas admirable paciencia y resignacion su larga y dolorosa enfermedad. Es invocado por los que padecen dolores de riñones, y gran número de enfermos y devotos de muchos pueblos acudian á Búrgos á pedir al Santo alivio para sus dolencias, habiéndose verificado infinitas curas instantáneas y milagrosas. En el año de 1680, reinando en España D. Carlos II, fue solemnemente trasladado su cuerpo de la capilla del Arzobispo D. Enrique á la de Santa Catalina, que fue despues de San Juan de Sahagun.

SAN VALERIO, OBISPO, ESPAÑOL.

VALERO, segun unos, y VALERIO, segun los mas, fue el nombre de este Santo Obispo de Zaragoza, que floreció y murió á principios del siglo IV. Las grandes vicisitudes porque ha pasado la célebre ciudad de Zaragoza desde la mas remota antigüedad, y las repetidas quemas de sus archivos, son causa de la lamentable escasez de sus noticias históricas de los primitivos tiempos, en los que tan grande y gloriosa se ostentó, produciendo infinitos héroes de la Religion cristiana, que fueron asombro de los gentiles y alien-

to vivificador de los soldados de Jesus. Ignórase del todo la série de sus Prelados anteriores á VALERIO, siendo este el primer Obispo de quien con seguridad habla la historia, aunque dando muy reducidas noticias, pues sin decir mas que era descendiente de una de las esclarecidas familias naturales, como él, de Zaragoza, nos le presenta estudiando ya letras sagradas y profanas.

Fue de carácter afable y humilde, y muy desconfiado de su entendimiento, no fiándose de sus propias luces, y consultando con todas las personas de letras, á las que consideraba y respetaba con la mayor sumision. Pero tanto estas como todos los habitantes de la ciudad, contemplaban admirados los rápidos progresos del jóven en las ciencias, á lo que se unia un género de vida tan puro y unas costumbres tan santas, que nadie dudaba de que VALERIO estaba llamado á dar dias de mucha gloria á su patria.

A medida que aumentaba en años, aumentaba en ciencia y virtudes, siendo proverbial su tino, prudencia y honradez; y como en aquellos tiempos, especialmente para las dignidades y oficios sagrados, la virtud y aptitud era la única recomendacion, fue por aclamacion colocado en la Silla episcopal.

Grandemente correspondió á la confianza que todos en él tenian, pues inmediatamente comenzó á difundir la luz de su sabiduría y los bienes de su infinita caridad. Era el auxilio y amparo de todos los necesitados y afligidos, y no vió jamás correr lágrimas que no se apresurase á enjugar. Y si gran celo y esmero ponía en proporcionar remedios corporales y bienes materiales, su cuidado por los morales era todavía mas prolijó y esmerado, considerando que el alimento puro para el alma que tiene vida eterna, merece mas atencion que el del cuerpo, que, mas tarde, mas temprano, ha de convertirse en tierra.

Conociendo que el principal medio, y acaso el único, de

conservar y afirmar en los corazones del pueblo el espíritu del Evangelio es dotarle de aptos y virtuosos apóstoles, que con su voz y su ejemplo dirijan las almas por el camino de la gloria, tuvo un especial cuidado en conocer las costumbres de los sacerdotes, á los que nada toleró jamás que pudiera redundar en perjuicio de la santa doctrina del Crucificado.

La elección para su diácono del glorioso Mártir San Vicente, su discípulo, cuya biografía va en el día 22 de este mes, prueba cumplidamente el acierto de SAN VALERIO para atraerse ilustres campeones de Jesus, instruirlos é inflamar sus corazones con el santo fuego de la fé cristiana.

El cuidado particular de su diócesi no le hacia olvidar sus deberes generales de proteger la masa comun de defensores del cristianismo, teniendo presente que imperaba el feroz Diocleciano, perseguidor constante y sanguinario de los adoradores de la Cruz. Puestos de acuerdo los Obispos, determinaron reunirse con el fin de conferenciar y elegir los medios más oportunos y seguros para fortalecer en el pecho de los fieles la doctrina del Redentor, y el valor para confesar sus creencias en todo trance y peligro. Se reunió, pues, Concilio, que fue el primero de España, en la ciudad de Illiberis, hoy Granada, al cual asistió el Obispo SAN VALERIO y firmó en sexto lugar. Se establecieron en él canones muy oportunos para confundir la idolatría y dar ánimo y santos bríos á los que habian recibido el bautismo.

Terminado el Concilio regresó á Zaragoza, y poniendo por obra todo lo en él acordado, dió las órdenes é instrucciones convenientes á sus diocesanos para proseguir con más energia la propagacion de la fé, predicando constantemente el Evangelio.

De nacimiento era VALERIO algo tartamudo, y como digimos en la biografía de su diácono San Vicente, aunque con mucho trabajo y suma constancia venció algo este de-

fecto físico durante su juventud; mas los trabajos y los años debilitaron su naturaleza, y le privaron de las fuerzas que necesitaba emplear para hacer oír su voz bien inteligible desde el púlpito, cuya falta suplió Vicente con la mayor brillantez, enseñando y fortaleciendo en la fé á los cristianos y convirtiendo gran número de gentiles.

Por el año de 303 comenzó la persecucion de Diocleciano contra los cristianos, y queriendo el Presidente Daciano demostrar á su Emperador que en España secundaba con el mayor celo sus mas pequeños deseos, espidió órdenes rigurosísimas, imponiendo terribles penas á los que siguiesen practicando los preceptos de la doctrina de Jesus. Entre las personas que fueron presas por su orden en las diferentes ciudades de su jurisdiccion, lo fueron en Zaragoza el Obispo VALERIO y su diácono Vicente, y mandados conducir á pie y cargados de cadenas á Valencia, para comparecer ante su tribunal. Horrible trato recibieron por el camino los dos Santos; pero ni los golpes, ni los insultos, ni el hambre y la sed, debilitaron sus fuerzas físicas ni morales, y con asombro general, llegaron ágiles y sanos, y con el júbilo y satisfaccion retratada en sus semblantes.

Con afable rostro los recibió Daciano, intentando atraerlos por la amabilidad, y hasta comenzó á hablarles con cortesania, enseñándoles una estatua de Diocleciano allí colocada, delante de la cual habia un brasero con lumbre, y un almohadon en el suelo, y en seguida les dijo:

—«Los Emperadores de Roma han mandado que se conserve la antigua religion de los dioses, entre los cuales, por sus hazañosos hechos, merece Diocleciano ser puesto y adorado. Aquí está su estatua, conviene que de rodillas en aquella almohada le ofrezcais incienso en el brasero que allí está puesto.»

Comenzó el Obispo VALERIO á responder á Daciano; pero advirtiendo Vicente que su voz entrecortada y balbu-

ciente producía gran contento en Daciano y los demás idólatras, traduciendo por miedo el defecto físico de su Prelado, le dijo:

—«¿Por qué ¡oh padre mio! hablas entre dientes, que das muestra que tienes temor á este tirano? Levanta la voz para que todos te oigan, y la furia de este enemigo sea quebrantada. Y si no, dame licencia, que yo le responderé.

—»Yo te la doy, dijo VALERIO, para que vuelvas por la fé, pues antes de ahora te encargué la predicases.»

Con esta licencia el valeroso levita contestó confundiendo á Daciano, y echando por tierra completamente su plan. Furioso el Presidente, resolvió emplear en el castigo y tormento de Vicente todos los recursos é instrumentos de su diabólico arsenal para martirios, dejando con vida al Obispo VALERIO, y disponiendo que inmediatamente saliera desterrado. Pero no fue piedad lo que le movió á dejar con vida á VALERIO; por el contrario, quería su existencia para acibararla constantemente. Era anciano, débil y achacoso el Obispo; inofensivas por consiguiente sus facultades corporales: su predicacion no era tampoco temible, porque su balbuciente voz no podía llegar inteligible y persuasiva á los tardos y rebeldes oídos de los paganos: era compasivo, misericordioso y amante de los cristianos, y los tormentos de estos tenían que afectarle profundamente, y atormentando de continuo á estos, lograba vengarse del anciano VALERIO, dilatando sus tormentos, y acreciéndolos dia por dia. A este feroz cálculo de Daciano debió la vida SAN VALERIO.

Fue llevado, pues, sin la menor tardanza, para cumplir con la sentencia de destierro, á un lugarcillo miserable llamado Enet, á una legua próximamente de Barbastro, en la ribera del Cinca, desde cuyo punto podía casi presenciar los terribles y sangrientos sacrificios de cristianos, que con tanta frecuencia se sucedían en aquella comarca. En se-

guida llegó á su noticia el glorioso triunfo que su diácono Vicente había alcanzado en Valencia, confesando la fé entre los horribles tormentos que sufrió, no con paciencia y resignación, sino con el mas inefable gozo y alegría. El piadoso y amantísimo Prelado pedia á Dios constantemente no le quitase la vida sin haber logrado medios de edificar una iglesia en honra del Santo Mártir Vicente. Dios le concedió ver realizado un deseo que humanamente parecia imposible; pero el Altísimo predispuso las voluntades de manera, que en medio de las calamidades del destierro, y hallándose destituido VALERIO de toda posición para alcanzar recursos, acudió á él la piedad de los fieles, y le proporcionó los fondos que eran necesarios.

Satisfecho este deseo y consolada su alma, dedicose á pedir constantemente al Señor que le llevase á ver en la gloria á quien dejaba en la tierra un monumento de veneración. Conoció finalmente que propicio Dios á sus súplicas, iba á satisfacer muy pronto tambien este deseo, y se dispuso con el mayor fervor á dejar el mundo, ejercitándose perpétuamente, á pesar de su ancianidad, en ayunos, penitencias y meditacion de las grandezas divinas, rogando sin tregua al Redentor y á su Santísima Madre que cuanto antes rompieran los lazos que le unian con la humanidad, para ir á gozar de las eternas recompensas.

«Sucedió por fin su dichosa muerte en el año del Señor de 315, habiendo vivido en el destierro con invicta paciencia once años. Su cuerpo fue sepultado por los cristianos en el castillo de Estrada, en donde se mantuvo con gran veneración, obrando Dios continuamente por la intercesion de su siervo muchos portentos y maravillas con los que sencilla y devotamente imploraban su patrocinio. En la venida de los sarracenos pereció con la destruccion del castillo de Estrada la memoria de las preciosas reliquias, hasta que en el año de 1050 se dignó Dios revelar el lugar

donde reposaban al devoto Arnulfo, Obispo de Roda, quien trasladó el cuerpo del Santo á su Silla, colocándolo en la iglesia de San Vicente. Poco despues de la conquista de Zaragoza, sucedida en diciembre de 1118, obtuvo su Obispo y Cabildo, á fuerza de ruegos, del Obispo de Ribagorza, Raimundo, que habia ido á felicitarlos, la gracia de que les diese un brazo entero de su Santo Prelado. Hizose la traslacion con tanta pompa y aparato, y manifestó el pueblo tan estraña alegría, que salian todos, sin distincion de clases, edades ni sexos, al camino, dando saltos de contento, y haciendo otras demostraciones que llenaron de sorpresa á los mahometanos, no pudiendo ver sin risa que se hiciesen tales fiestas por un hueso de hombre muerto.

»Dios, que tiene gran cuidado de honrar á sus siervos, y de manifestar á los infieles con prodigios las verdades de la Religion cristiana, quiso cumplir uno y otro, haciendo que á la presencia de la Santa reliquia saliese el demonio del cuerpo de un infeliz energúmeno, á quien atormentaba con horrorosos dolores y contorsiones, que ponian espanto á cuantos le veian. En el año de 1170 fue el Rey Don Alonso II á celebrar la fiesta del Nacimiento de Cristo á la iglesia de San Vicente de Roda, y suplicó á su Obispo Don Guillen Perez y al Capitulo que le hiciesen merced de darle la cabeza de SAN VALERIO. Condescendieron gustosos con la devocion del Príncipe, quien entregándola al Obispo de Zaragoza, hizo que se trasladase á esta ciudad, donde se venera con suma devocion en la iglesia de Seo. Otras muchas iglesias se honran con alguna reliquia de este Santo Prelado, especialmente Castellon, lugar perteneciente al ducado de Hizar, al cual manifestó una particular proteccion cuando vivo, y mucho mas despues que reina con Dios en los cielos. Los prodigios que han visto sus devotos, y las mercedes señaladas que por su intercesion han recibido de la divina mano, dificultosa-

mente pueden reducirse á número determinado; y solo los preciosos dones con que la casa del duque de Híjar ha manifestado su agradecimiento por los favores que ha recibido de este Santo, son una prueba de la largueza con que socorre á sus devotos, y del alto grado de gloria con que Dios ha coronado sus merecimientos.»

DIA 29.

San Francisco de Sales, Obispo y Confesor, *Saboyano*.

SANTA RADEGUNDIS, VÍRGEN, ESPAÑOLA.

SANTA RADEGUNDIS ó RIDEGUNDIS, pues con ambos nombres se encuentra en la historia, aunque mas aceptado el primero, honró con su venida al mundo y su santa vida nuestra provincia de Búrgos, en la que vió la luz primera, al comenzar el siglo XII. Algun escritor la hace natural del pueblo de Villamayor: nosotros ni lo aceptamos ni lo rechazamos por completo: solo diremos que no hemos encontrado justificada esta noticia en Florez, Bolando, Gonzalez Dávila, Rivadeneira y otros tan autorizados, aunque todos, si, están conformes en que nació en la provincia de Búrgos. No hay noticias del nombre y calidad de sus padres, y la historia nos la presenta por primera vez jóven todavia, pero ya religiosa Premostratense en el Monasterio de San Pablo, habiendo sido la última religiosa de él, pues se suprimió por pobreza, incorporándose al de San Miguel de Treviño, situado cerca de Villamayor, en el mismo Obispado de Búrgos. Envidioso Luzbel de la virtud de esta Santa y virginal esposa de Jesus, trabajó con todas sus fuerzas para vencer su castidad, presentando á su mente y á sus ojos las más tentadoras escenas. Triunfante salió de todas las luchas la Santa vírgen; pero creyendo ella en el rigor con que juzgaba sus acciones y pensamientos, que debia ser muy mala cristiana cuando Satanás se atrevia á

presentarla tales imágenes, multiplicó las penitencias y la maceracion de su cuerpo, dándose dos sangrientas disciplinas por dia, y arreglando en su celda un lecho de sarmientos y abrojos con agudas espinas para atormentar constantemente su cuerpo. No bastando, sin embargo, todos estos rigores para tranquilizar su espíritu, pidió al Prelado licencia para ir en peregrinacion á Roma y confesar con el Sumo Pontífice, obteniendo de él la bendicion y el perdon de sus pecados. Fuele acordado el permiso, y á pie descalzo, y pidiendo de limosna el pan y agua, que eran su único alimento, fue á Roma, satisfaciendo su santo deseo, y contentando su profunda devocion con la humilde visita que hizo á todos los santos lugares que allí se veneran, por haber sido regados con la pura sangre de tantos Mártires. Regresó á España y á su Monasterio con la bendicion del Sumo Pontífice, y enriquecida con muchas y preciosas reliquias; y á pesar de volver más consolada y tranquila, continuó la misma penitente y rigurosa vida que hacia antes de su peregrinacion. Deseando más retiro y soledad que el del claustro, para dedicarse perpétuamente y sin la menor tregua á la oracion y contemplacion de lo divino, con permiso de la superiora se encerró en una humilde habitacion que habia á la parte exterior de la puerta de la iglesia, desde donde podía ver por una ventana los santos sacrificios que se celebraban en el templo. Aislada allí, y fuera completamente de todo trato humano, castigaba su cuerpo con las más asombrosas penitencias, renovando en su persona aquellas imágenes de aterradores castigos á la carne que nos refiere la historia de los célebres y gloriosos solitarios de Oriente y Occidente.

Así continuó algunos años, siendo la admiracion] asombro de la comarca, entregando por fin su pura alma al Supremo Hacedor el dia 29 de enero de 1152, á los treinta y tres años de la fundacion de la Orden Premostratense, y rei-

nando en Castilla D. Alfonso VIII. Queriendo el Señor manifestar el aprecio en que tenia la virtud de su Santa y virginal sierva, obró el admirable prodigio de convertir en preciosas y fragantes rosas los abrojos sobre que siempre descansó su cuerpo, y sobre los que murió. Estas rosas fueron inmediatamente arrebatadas por la multitud de fieles que acudió á contemplar y venerar el santo cadáver. Fue sepultada en el suelo del claustro del referido convento de San Miguel de Treviño; pero admitida por Santa, en vista de los repetidos milagros que el Señor obraba por su intercesion, fue sacado de aquel lugar el cuerpo, que se encontró entero é incorrupto, y colocado en el altar de la iglesia, metido en un arca.

DIA 30.

Santa Martina, Virgen y Mártir, *Romana*, y San Lesmes, Abad, *Francés*.

DIA 31.

San Pedro Nolasco, fundador, *Francés*.

SANTA POTAMIA, VIRGEN, ESPAÑOLA.

A mediados del Siglo VI floreció en la Rioja una esclavizada joven, hija del pais y de nobles padres, llamada POTAMIA, de cuya eminente virtud escribió San Braulio, aunque sin dar noticias detalladas de su vida. Fue, con San Aselo, de quien hablaremos en su dia, 12 de noviembre, discípula del grande San Millan, y se cree generalmente que el tránsito de este glorioso Santo se verificó en presencia de SANTA POTAMIA y San Aselo.

Muerto San Millan, se retiró sola SANTA POTAMIA, decidida á pasar el resto de su vida en el yermo, entregada por entero á la oracion y á la penitencia. Así lo verificó, eligiendo un sitio apropósito inmediato al lugar llamado

entonces San Turde, y luego San Jorge, en donde hizo la vida del mas santo y perfecto anacoreta, negándose completamente á todo contacto y trato con el mundo.

Despues de algunos años de no interrumpida contemplacion de lo divino, voló su santa y pura alma al lugar que en el Paraiso tiene destinado el Señor para las Santas vírgenes. En el sitio que honró con su vida y con su muerte, quedó una ermita consagrada á su nombre, enmedio de la cual estaba su sepulcro. Mas de nueve siglos permanecieron allí los santos restos de la virginal POTAMIA, constantemente venerados por los fieles de aquella comarca, que en sus cuitas y necesidades iban á la ermita á implorar arrodillados ante la sepultura de la Santa su proteccion y amparo. Muchos prodigios obró Dios por su intercesion, y en vista de ellos, fueron elevadas sus reliquias, y metidas en una magnífica caja de plata, se llevaron en el año de 1573, reinando en España D. Felipe II, al Monasterio de San Millan, y se colocaron junto al cuerpo de este Santo y el de San Felices, en el altar mayor de la iglesia.

SANTO DOMINGO SARRACINO, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES,
ESPAÑOLES.

El ilustrado Sanchez de Feria, en el tomo IV de su *Palestra Sagrada*, es el escritor que da mas noticias de este Santo; y no pudiendo nosotros aumentarlas ni mejorarlas, nos decidimos á honrar su memoria, copiando su escrito, que dice así:

«Al tiempo que los moros dominaban la mejor parte de España, teniendo el real cetro Issen, segundo de este nombre, hombre inútil para el gobierno, y dado á las delicias y torpezas que permite su infame secta, era gobernador del reino Mahomad Almanzor, el mas valiente y soberbio enemigo de la Religion católica. Asoló este bárbaro capitan casi todos los paises cristianos, entrando en ellos á sangre

y fuego cincuenta y dos veces con su ejército. Destrozó el reino de León, Castilla y Galicia: puso fuego á Barcelona, convirtiéndola en cenizas; devastó muchas ciudades, quedando envueltas en sus ruinas, y teñidas con la sangre de sus moradores: taló los campos con soberbia audacia, y al fin no dejó piedra que no revolviere su furor. Entró en Compostela, arrancó las puertas de la iglesia del Santo Apóstol Santiago, y las campanas de sus torres, y ambas cosas hizo traer á Córdoba en hombros de cautivos cristianos, poniendo en la mezquita mayor las campanas por lámparas, y dejando allí las puertas por trofeos y dedicación á su pseudo Profeta, donde permanecieron hasta casi el siglo pasado; pero las campanas fueron llevadas en hombros de moros á la iglesia de Santiago, cuando San Fernando las halló allí al tiempo de la conquista.

»Entre los destrozos que á la cristiandad causó el furor de este bárbaro Almanzor, fue notable el que padeció la noble ciudad de Simancas: púsole cerco con su ejército, repartiéndola la gente en trozos y en estancias. Apretó con tanta crueldad, que puso á la ciudad en el último aprieto: sus valientes moradores despreciaron mas bien la vida que rendirse á la vil servidumbre de un infiel y tirano señor. Resistieron con valor; pero los enemigos, aumentando su ferocidad, entraron en la ciudad, derribaron sus muros, y pasaron á cuchillo sus habitantes, é hicieron cautivos á algunos. Entre estos fue uno SANTO DOMINGO SARRACINO YAÑEZ, hombre poderoso, natural de la ciudad de Zamora, donde tenia sus rentas y posesiones. Trajeron estos cautivos (cuyo número y nombres, á escepcion del de DOMINGO, se ignoran) á Córdoba, y encerráronlos en oscuras mazmorras, donde permanecieron dos años y medio, tolerando con paciencia hambres, desnudez, malos tratamientos, y otras penalidades que se pueden inferir en un tan miserable estado y bajo de un dominio tan inhumano.

Entre tantos trabajos se mantenian los Santos bendiciendo á Dios, sin querer apartarse de su ley: no fue motivo para entibiarles el cruel furor de sus enemigos, ni las promesas de su apetecida libertad, que en otra circunstancia pondera sobre todo. Cansados los enemigos de mantenerlos, ellos no se cansaron de padecer por Cristo, que piadosísimo, como siempre, les preparó en premio de su constancia la corona del martirio. Mandó el Rey se les hiciese saber que, ó negasen á Cristo, ó se les diera cruel muerte, para acabar con aquel largo cautiverio. Noticiosos los Santos del decreto, se prepararon á una voz para dar la vida con gusto antes que apartarse de Jesus, que es la verdadera vida de las almas. Y en vista de esta determinación fueron todos degollados, pasando sus almas al descanso eterno, que les merecieron sus trabajos, y donde por sus intercesiones espero verme. Amen. Fue su muerte por los años de 982, y nuestros historiadores señalan el mes de diciembre.

Era SANTO DOMINGO SARRACINO hombre principal y muy hacendado en Zamora, y habiéndole cautivado, el Rey D. Ramiro III de Leon se alzó con todas sus posesiones, sin acordarse del rescate de su dueño. Murió D. Ramiro, y sucedióle D. Bermudo II, llamado el Gotoso: este piadoso Rey no quiso mantener esta injusta posesion, y al punto que fue coronado envió á Córdoba mensajeros para el rescate de SANTO DOMINGO y sus compañeros; pero cuando estos llegaron á la ciudad, ya todos habian recibido la corona del martirio. Volvieron á Leon, y dando al Rey esta noticia, no quiso mantenerse en la posesion de los bienes de SANTO DOMINGO; hizo donacion de ellos á la Santa Iglesia de Santiago de Galicia, en prueba del amor que tenia á Dios y al Santo Mártir DOMINGO. Nombra el Rey muchas tierras, viñas, lagares, casas, aceñas, alquerías, tiendas, bodegas, con todas sus alhajas, términos, de-

rechos y acciones, y de este modo hizo la donacion en honra y memoria del Santo Mártir.

»El cuerpo de SANTO DOMINGO SARRACINO, aunque se ignora el modo y el cuándo, fue trasladado á Zamora, y á su nombre edificaron sus paisanos una ermita donde fue colocado. Está hoy existente esta ermita junto al vado que llaman de D. García, como testifica el Padre Roa, y donde SANTO DOMINGO tenia sus aceñas. En ella se ve un antiquísimo sepulcro, donde los naturales, y las antiguas memorias de aquella ciudad, refieren está el cuerpo de este Santo, y con la tierra de él, usada con devocion, tienen remedio muchas dolencias. Posible es que el piadoso Rey D. Bermudo por sí, ó á petición de los de Zamora, rescatase despues estas reliquias, ya que no logró su rescate vivo.

»No había noticias de estos Santos, hasta que la descubrió nuestro piadosísimo y doctísimo Morales en un privilegio que conserva la Santa iglesia de Compostela, que él mismo copió y volvió en castellano (lib. XVII, cap. II). En este instrumento consta todo lo que referimos en la historia de estos Santos, pues contiene la donacion que D. Bermudo hizo á dicha iglesia de los bienes de SANTO DOMINGO en 4 de febrero de 986.

»El año del martirio de estos Santos no se sabe con individuacion, pues el instrumento citado no lo dice; pero habiendo sido cautivos en tiempo del Rey D. Ramiro III, y habiendo sido muertos cuando D. Bermudo los quiso rescatar, luego que subió al trono, parece debe señalarse el año de 982, en el que comenzó á reinar, ó á lo mas el año siguiente.»

DIA 5.

MES DE FEBRERO.

(Por D. Eustaquio María de Nenclares.)

DIA 1.

San Ignacio, Obispo y Mártir, *Sirio*; Santa Brigida, Virgen, *Escocesa*, y San Cecilio, Obispo y Mártir, *Romano*.

DIA 2.

La Purificacion de Nuestra Señora.

DIA 3.

San Blas, Obispo y Mártir, *Armenio*, y el Beato Nicolás de Longobardo, *Calabrés*.

DIA 4.

San Andrés Corsino, Obispo, *Florentino*, y San José de Leonisa, Confesor, *Napolitano*.

DIA 5.

Santa Agueda, Virgen y Mártir, *Siciliana*; San Felipe de Jesus, Mártir, *Mejicano*, y

SAN PEDRO BAUTISTA; SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL; SAN MARTIN DE LA ASCENSION, Y SAN FRANCISCO BLANCO, ESPAÑOLES, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES DEL JAPON (1).

En San Estéban, pueblo perteneciente á la provincia de Ávila, tuvo su cuna SAN PEDRO BAUTISTA, y vió la luz primera el año de 1546, ocupando la Silla de San Pedro, en Roma, el Papa Paulo III, y el trono de España el Emperador Carlos V. Sus padres, Pedro Blazquez, y Maria, tambien Blazquez, aunque de distinta familia, criaron á su tierno hijo con el desahogo y comodidad que les permitia su posicion de labradores medianamente acomodados, é inculcando en su mente las virtudes cristianas, que ellos en alto grado poseian, para lo cual no tuvieron que esforzarse, porque tan dispuesto á la virtud y Santidad nació PEDRO, que desde la más tierna infancia reveló lo que habia de ser despues, y su vocacion á la Iglesia, de la que no salia mientras estaba abierta, siendo la ocupacion que más le complacia ayudar al sacristan en todo lo concerniente al servicio y aseo del templo.

Mucho complacia á sus padres la vocacion de PEDRO, aunque amenguaba algun tanto su contento la idea de separarse de tan amado hijo, porque en el pueblo no podia adquirir la instruccion necesaria; pero anteponiendo el

(1) Estas cuatro biografias, en unos periodos son extracto y en otros copia de las escritas por el mismo que ha redactado este mes de SANTORAL, y que formando parte de la obra, se publicaron el año próximo pasado con el título de *Vidas de los Mártires del Japon*.

bien del hijo á su ternura de padres, se decidió que marchara á cursar las aulas.

Los primeros años de su juventud los pasó en Oropesa y en Avila: en Oropesa, en compañía de un pariente de su madre, y en Avila, en casa de un antiguo amigo y protector de su familia. Se dedicó, especialmente en el último punto, al estudio de la latinidad y de la música, habiéndose hecho notable de muy corta edad en el canto llano y en el órgano. Quince años contaba solamente cuando pasó á Salamanca á cursar artes y teología, haciendo rápidos y sorprendentes progresos, debidos, además de á su natural despejo y talento, á la constancia y asiduidad que empleaba en el estudio, sin tomar jamás parte en las diversiones y bromas de los estudiantes, que no por ello dejaron de considerarle y distinguirle con respetuoso cariño.

Su decidida afición á la vida contemplativa y solitaria, le hacia desear vivir en el claustro, y las santas costumbres de los frailes Franciscos eran su constante pensamiento. Anhelaba ardientemente pasar la vida como ellos, y nada le contentaba en el mundo comparándolo con el santo y solitario retiro de una celda: procuraba vencer este deseo por no disgustar á su familia, porque siendo tan querido de toda ella, y en especial de sus padres, presumia que, aunque amantísimos de la Religion católica, y por consiguiente de los Ministros de ella en todas sus clases, habian de sentir el no poderle tener cerca de sí, desde que perteneciendo á los claustros tuviera que abandonar por completo el siglo. Pero no siendo bastantes cuantas reflexiones se hizo á entibiar su ardiente afan de soledad y retiro, y aumentándose cada vez mas su disgusto por el mundo, se decidió á solicitar el permiso para retirarse de él. Su padre se lo concedió, más con la condicion de que habia de pensarlo todavía otros seis meses. Trascurrieron estos sin disminuir la vocacion del jóven, y en su virtud, con la aquiescencia de toda

la familia, en el año de 1565 tomó el hábito de San Francisco en el Convento de San Andrés del Monte de la villa de Arenas. Cumplido el año de noviciado, profesó en manos del Guardian Fray Gabriel de la Soledad, ofreciendo la puntual observancia de los tres votos esenciales y veinte y cinco preceptos formales de la Seráfica Regla; y siendo costumbre en las profesiones mudar de nombre ó reunir el sobrenombre de algun Misterio de la Religion, Virgen ó Santo, eligió el de Bautista, llamándose desde aquel día **FRAY PEDRO BAUTISTA**.

Habia perdido ya hacia tiempo la aficion á la música, y desde que ingresó en la religion franciscana renunció por completo á ella, dedicándose solo á la oracion, al estudio y á la mortificacion de su cuerpo; observando tan rigurosos ayunos, que temiendo los superiores por su vida, tuvieron que prohibirselos. Era tan callado, que jamás desplegaba sus labios sin absoluta necesidad; y no seria por temor de desagradar, porque era tan dulce y simpática su voz, tan melodioso y argentino su acento, y tan pura, razonada y persuasiva su diction, que estasiaba á cuantos le oian. Comprendiendo los Prelados cuán honroso habia de ser para la Seráfica Orden el dar al púlpito un campeon de la Religion católica con tales dotes oratorias, espidieron en su favor las patentes letras, y ordenado de sacerdote subió á la cátedra del Espiritu Santo, inaugurando su brillante carrera de predicador con un sermon sobre el Misterio de la Encarnacion, que dejó admirados aun á los que mas se prometian de él, pues sobrepujó con mucho á las mas latas esperanzas.

Habiendo profesado en el convento de Peñaranda varios jóvenes de gran disposicion para las letras, y queriendo utilizar los Prelados aquellos talentos en beneficio de la Religion y honra de la Orden de San Francisco, eligieron á **PEDRO BAUTISTA** para su lector de artes, y marchó á

aquel convento á encargarse de la enseñanza. Concluido el curso de artes comenzó uno de teología, que tuvo que suspender porque llegó á Peñaranda la noticia de que habia sido elegido Guardian del convento de Mérida, que llegó á ser, bajo su direccion, modelo de santidad y de rigurosa observancia de la Seráfica Regla.

Con autorizacion del Sumo Pontífice Gregorio XIII, y el correspondiente beneplácito del Rey D. Felipe II, estaban por aquel tiempo recorriendo los Conventos de España varios encargados de afiliar religiosos á una mision que propagase en América el cristianismo y la civilizacion; y considerando FRAY PEDRO BAUTISTA que podia hacer allí mas servicios á la Religion que en España, se adhirió á tan elevado pensamiento, y marchó á América incluido en el número de los cuarenta y ocho misioneros de que se compuso la primera expedicion.

Grandes y lisonjeros frutos recogió la Iglesia católica del cielo de este sublime apóstol, pues fueron innumerables las conversiones que consiguió en Méjico y demas puntos que recorrió, casi siempre solo, constantemente á pie descalzo, viviendo de limosna, y siendo la admiracion de aquellos naturales por la austeridad de su vida y la pureza y rigidez de sus costumbres. Pero lo que no podian de ningun modo explicarse era el que hubiese hombres que ni tuvieran ni quisieran poseer oro, plata ni bienes de ninguna clase, pues no solo no pretendia PEDRO adquirirlos, sino que siempre se negó á aceptar los presentes de sus admiradores y apasionados, que, viéndole en tal pobreza, querian librarle de las que ellos consideraban desgracias y trabajos, y que eran para él deliciosas y envidiables prendas de amor divino que humilde ponía á los pies del Supremo Hacedor.

Grandes riesgos corrió en muchos puntos de Michoacan, y muy cerca se vió de la muerte, especialmente en el

territorio habitado por los Chichimecos, gente bárbara y feroz, dedicada sola y exclusivamente al asesinato, al robo y á toda clase de violencias, y de cuyas manos salió con vida porque le consideraron demente. Su ardiente fé y amor á Dios le hacia sufrir toda clase de trabajos y peligros con la mas santa alegría, siempre que pudiera ensanchar el círculo del cristianismo.

Dispúsose por este tiempo en Méjico la marcha de religiosos á Filipinas, de donde los pedian con insistencia, por no bastar los que allí habia para atender á las necesidades del culto, manifestando además que era indispensable tener Capitulo para arreglar los asuntos y servicio de aquella Custodia.

Reunidos los de la de Méjico para la designacion de los religiosos que habian de marchar á Manila, y nombramiento de jefe, fue el virtuosísimo FRAY PEDRO BAUTISTA elegido por unanimidad Comisario y Prelado, con autoridad para visitar todos los Conventos de Filipinas y presidir el Capitulo. El viaje á este punto fue largo y penoso, y cuando llegaron los religiosos á la capital del Archipiélago, ya habia tenido lugar el Capitulo; pero viendo FRAY PEDRO cuán acertadas habian sido las elecciones y la redaccion de los nuevos Estatutos, dió su completa aprobacion á todo lo hecho.

Bien pronto se captó en Manila la voluntad general, dedicándose especialmente al púlpito y al confesionario, siendo tan buscado en este, que tenia que permanecer en él todos los dias desde el amanecer hasta hora muy avanzada de la mañana. Sus dulces y cariñosas observaciones, su lenguaje perfectamente acomodado á la inteligencia de cada clase de penitentes, sus sábios, oportunos y hacederos consejos, y su paternal interés, dejaban tan consolados á todos, que el confesarse con frecuencia llegó á ser una imperiosa necesidad en Manila, donde se llamó por mucho

tiempo al Sacramento de la penitencia *dulcísimo Sacramento del consuelo.*

Fue el confidente íntimo y consejero del Arzobispo (primero de Filipinas) D. Fray Domingo de Salazar, y del gobernador D. Gomez Perez de las Mariñas, los cuales ningun asunto grave resolvian sin haberlo consultado con FRAY PEDRO BAUTISTA. El Obispo de Cagayan, ó Nueva-Segovia, D. Fray Miguel de Benavides, en una carta que dirigió á Madrid, hablando de las cosas y de las personas del Archipiélago, decia que si en sus manos pusieran la eleccion de Sumo Pontífice, no eligiria otro que el Padre FRAY PEDRO BAUTISTA, porque reconocia en él dotes suficientes para tan alta dignidad. El Católico Rey D. Felipe II le distinguió muchísimo tambien, y le estimó tanto, que le propuso para Obispo de Camarines, habiendo llegado la cédula del Obispado cuando ya FRAY PEDRO habia partido para el Japon, y cuando principiaban á precipitarse los sucesos que prepararon el glorioso martirio de este Santo y sus compañeros.

Por unanimidad fue electo Custodio de la de San Gregorio, cargo que aceptó forzado de los ruegos é instancias de los religiosos y autoridades de Filipinas. Terminado el tiempo de este cargo, fue nombrado tambien por unanimidad Guardian del convento de San Francisco de Manila; pero cuantos ruegos emplearon sus amigos y los Religiosos, no fueron esta vez bastantes para hacerle permanecer de Guardian mas que el tiempo indispensable para construir y dejar perfectamente montado, junto al Convento, un desahogado y bien provisto hospital para transeuntes. Además de que su modestia y humildad no le permitian distinguirse, sirviendo cargos honoríficos y elevados, mientras hubiera personas aptas para desempeñarlos, quería estar entonces libre de compromisos, porque tenia la vista fija en el imperio del Japon, en el cual consideraba que podia

prestar mas servicios que en Manila á la santa causa del catolicismo.

Hasta el año de 1549, ó sea cuarenta y tres antes de este de 1592, en que renunció el cargo de Guardian FRAY PEDRO BAUTISTA, no habia sido conocida en el Japon la Religion cristiana. Á principios del referido año de 1549, un japonés, llamado Angero, natural y vecino del pueblo de Cangoxima, mató á un amigo y compañero suyo: se refugió en un Monasterio de *bonzos*, que son los ministros servidores de los idolos; pero habiendo llegado á su noticia que los parientes del muerto le buscaban para matarle, huyó, y se embarcó en una nave tripulada por mercaderes portugueses que se dirigian á Malaca. Confió su posicion á los mercaderes, manifestándoles los terribles remordimientos que abrumaban su alma, y estos le aconsejaron que en cuanto llegasen á Malaca se fuese á ver con un sábio y santo varon que allí habitaba, y que de seguro le consolara. Sin perder un instante fue Angero en busca del santo varon en cuanto saltó en tierra, y el Padre Francisco Javier, de la Compañía de Jesus, luego San Francisco Javier, que era el santo varon indicado, le consoló efectivamente, y dándole á conocer las doctrinas de Jesus, le hizo cristiano, con el nombre de Pablo de Santa Fé. Puestos ambos de acuerdo, marcharon en seguida al Japon á predicar la doctrina cristiana, llegando felizmente el dia de la Asuncion del espresado año al pueblo de Cangoxima, patria del nuevo cristiano Pablo.

Gran número de prosélitos hizo desde luego el P. Francisco Javier, y la Religion cristiana hubiera indudablemente llegado á ser la general del imperio si los bonzos, en quienes la sed insaciable de oro era su esclusivo sentimiento, no hubieran calculado que la propagacion del cristianismo iba á concluir con las ofrendas á sus idolos, y por consiguiente con su riqueza. Pusieron, pues, en juego su influen-

cia, y consiguieron que se prohibiese la predicacion de la doctrina de Jesus, teniendo los cristianos que reunirse secretamente, y de oculto practicar los preceptos del Evangelio, más ó ménos perseguidos segun la mayor ó menor tolerancia de los Emperadores que se fueron sucediendo hasta Cabucondono Taicozama, que imperaba por este año de 1592. No contenta la desmedida ambicion de este Emperador con la quieta posesion de su dilatadísimo imperio, y con sus inmensas riquezas, formó el descabellado proyecto de hacerse dueño de la China y de Filipinas, y á ambos puntos envió en seguida embajadores portadores de su pretension en arrogantes escritos. La carta que dirigió á Filipinas decia así:

«Más de quinientos años que este imperio de Japon no se ha gobernado por un solo Señor, y así los pareceres y las leyes eran disconformes entre sí, y tantas las guerras y contiendas, que no se podia enviar un pliego de una parte á otra, hasta que llegó la hora en que yo habia de salir al mundo, y que sea todo uno, y yo Señor de todo, porque no ha quedado reino que no se sujetase á mi obediencia. Habiendo sido antes pequeño y de poca estima, el cielo me ha sido tan favorable con evidentes señales que hubo en mi nacimiento, que en obra de diez años, hasta hoy, no entré en batalla que no saliese vencedor. Los que debajo del cielo están y encima de la tierra, todos son mis vasallos; tienen paz y viven sin miedo, y á los que no me reconocen, envío luego mis capitanes y soldados para que les den guerra, como ahora ha sucedido á los del Kororay, que por no haberme querido reconocer los he tomado el reino, hasta la tierra que confina con Liauthon, cerca de la China. Ya he tomado las fortalezas y tierra de Partho, y la Isla de Ilo-kio, que estaban fuera de mi obediencia, y los tengo muy en paz con mis buenas trazas, pensadas de un dia para

otro, y les di leyes y mandamientos con que se gobiernan, porque amo á mis vasallos como padre y madre á sus hijos, y no soy como otros Reyes, que aunque me den poco, lo recibo. De la India Oriental tambien me enviaron embajador, y ahora quiero ir á ganar la gran China; y no entendais que esto es obra mia, sino que viene de los altos cielos, que me lo tienen prometido. Espántome mucho que de esa tierra de la Isla de Luzon (como sabeis) no me han enviado embajador, ni dado la obediencia, por lo cual estaba determinado como habia de ir á la China, ir a Manila con mi ejército á destruir ese reino: más porque Faranda, que por via de mercaderia va y viene, dijo á un privado mio el buen tratamiento que ahí hacen á mis vasallos, y que el que gobierna esas tierras es mi amigo, que sin duda enviando yo alguna embarcacion y cartas para él, me darian luego la obediencia y pagarian tributo, y cuando no, estándome yo en mi reino asentado, soy tan poderoso, que tengo gentes que vayan á conquistar cualesquier reinos; y esto es conforme al dicho de los sábios antiguos del Japon, que son dignos de grande loor los Señores que sin salir de sus tierras adquieren nuevos reinos y provincias: por esta causa, aunque este es hombre bajo é indigno de crédito, yo se le he dado por la buena razon que dá, y no quise enviar mis capitanes y gente como pensaba: más determino esta primavera ir al reino de Figen y hacer allí córtes, y dentro de dos meses bajaré de donde estoy á mi puerto de Nangoya, donde tengo fuerza de mi ejército: y si de allí me viniere embajada de esas Islas, y supiere que el que las gobierna es mi amigo, bajaré mi bandera en señal de paz: por tanto, sin tardanza bajad la vuestra, y reconoced mi señorío, porque si no viniéredes luego á hacerme reverencia, y postrados delante de mi, pecho por tierra, sin duda enviaré mi ejército y os haré destruir y asolar: y mirad que despues no os arrepintais. Estas letras te escri-

bo en este papel, para que te sirvan de memorial: diráslo con presteza al Rey de Castilla. Los que me agravian no se me pueden escapar, y los que me oyen y obedecen, viven en descanso y duermen con sosiego. Esa espada llamada *Guihaccan* te envío por presente: ven luego, y no te detengas: no soy en esta más largo. A los 19 años de Tenjo, la undécima luna.»

Entregó el Emperador la carta con las mas absurdas instrucciones á Faranda Quiemon, con orden de partir en seguida en calidad de embajador. Faranda no se atrevió á decir nada al Emperador, pero tuvo miedo, y fingiéndose enfermo, se quedó en Nangasaki, y mandó en su lugar á un pariente llamado Gaspar Faranda, y que debía ir con él en calidad de secretario.

Muy desagradable efecto produjo en Manila la llegada del embajador de Taicozama, y las pretensiones de este, porque el Japon disponia de grandes fuerzas que los filipinos no podian contrarestar con sus propios recursos, y los auxilios de España tenian que llegar tarde. En su consecuencia, el parecer general de las personas importantes de Manila fue ganar tiempo, y para lograrlo, consiguieron que el embajador Gaspar Faranda, hombre ordinario y de pocos alcances, se prestase á permanecer en Manila hasta que volviese del Japon un comisionado que iba á mandar el Gobernador de Filipinas para que conferenciase con el Emperador Taicozama. El Gobernador D. Gomez Perez de las Mariñas redactó una carta, que fue confiada al Padre Fray Juan Cobos, de la Orden de Santo Domingo, varon sabio y prudente, muy á propósito para empresas y negocios delicados.

La carta decia literalmente :

«Gomez Perez de las Mariñas, caballero del Hábito de Santiago, Gobernador y Capitan general en estas Islas Filipinas, gran Archipiélago y parte del Poniente, por el Rey nuestro Señor D. Felipe II, Rey de Castilla, de Leon, etc.

»AL MUY ALTO Y PODEROSO PRINCIPE Y SEÑOR CABUCONDONO, DESPUES DEL DEBIDO ACATAMIENTO, SALUD Y PERPETUA PAZ DESEA.

»Aquí llegó Faranda, Japon, vuestro vasallo y cristiano: trájome nuevas de vuestra real persona, de que me huelgo mucho, porque por su valor y prudencia de que Dios le ha dotado, le soy grandemente aficionado. Diome ahora catorce dias Faranda una carta, que, aunque parece papel y despacho de un tan gran Príncipe, por la forma y autoridad de ella y en la gravedad y estilo de las palabras, por no ser el mensajero de las partes y calidad que requeria el real nombre de quien le envia, la persona á quien viene, y la importancia y grandeza de la embajada, he dudado si estas cartas las habia escrito este hombre de su mano, ó de otra, para algun fin particular suyo, para por este medio ser acá mas estimado. Demas de esto, como acá no tengo yo lenguas fieles que sepan la japona y la española, y él mismo me ha declarado la carta y embajada, dudo tambien del verdadero entendimiento y sentido de las palabras, y paréceme que si el Rey del Japon me escribiera, teniendo allá como tiene algunos españoles, que, por medio de ellos, me enviara por lo menos un traslado de ella en mi lengua. Por lo cual, puedo con verdad decir que aun no he acabado de leer ni entender la carta ni embajada que me trajo este hombre. Y porque no haya hecho algun embuste á vuestra real persona, ó á la mia, he querido tenerle acá hasta saber la verdad y voluntad del Rey del Japon, y lo que me manda y quiere. Y en esta duda, por lo que debo á solo sombra y parecer

de ser carta y embajada suyas, he guardado este respeto y cortesía, sin ver yo esta, respondiéndolo á la suya en lo poco que de ella he entendido, que no ha sido mas de lo que Faranda me ha querido interpretar. Envio al Padre Fray Juan Cobos, persona de mucho valor, con quien yo comunico las cosas mas importantes, el cual, en mi nombre, hará á vuestra Grandeza el acatamiento debido por la merced de la embajada, si es cierta. Yo beso vuestras reales manos, asegurando que soy y seré cierto amigo, y que en nombre de mi Rey y Señor, que es el mayor del mundo, me holgaré de vuestro bien, y me pesará de vuestro mal, del que el Rey del cielo os aparte. Y presupuesto que deseo vuestra amistad en nombre de mi Rey, por las buenas obras que de vuestras manos reciben los españoles, que por via de la India Oriental y estas partes acuden al Japon, y así á los vuestros se ha hecho aquí, con el mismo amor, el buen tratamiento posible, recibiré merced en ser avisado si la embajada que este nos trajo es cierta, porque, siéndolo, corresponderé á lo que se debe á un tan gran Príncipe, sin apartarme de la intencion y obligacion que tengo á mi Rey y Señor, al cual luego daré cuenta de esto, para ver lo que me manda. Y porque el Japon me ha enviado ahora algunos regalos, que he estimado en mucho, quisiera yo estar apercebido de algunas cosas curiosas y ricas de nuestra España que enviar en su retorno; pero como entre soldados las cosas de mas estima son las armas, os envio esa docena de espadas y dagas, las cuales, con la voluntad que se ofrecen, y en señal de amor, aceptareis de mi mano. Y porque solo va el portador de estas para certificarme de lo dicho, de él se podrá informar vuestra Grandeza de lo que guste saber. — De Manila á 29 de junio del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo 1592.»

El descubierto por la opinion general era FRAY PEDRO

En Nangasaki se reunió al Padre Cobos el embajador, fingido enfermo, Faranda Quiemon, y juntos se dirigieron á ver al Emperador Taicozama, que mas morigerado en sus aspiraciones, por un descabro que habia sufrido en la China, recibió afablemente al Padre Cobos, modificando tan notablemente sus pretensiones, que se estendió un proyecto de contrato de comercio en que las ventajas eran en su mayor parte de Filipinas, dando el Emperador Taicozama nuevas instrucciones pacíficas y muy amigables á su embajador Faranda, que debia acompañar á Filipinas al P. Cobos.

En un mismo dia se embarcaron este y Faranda con rumbo á Manila, aunque en distintos buques, que navegaron juntos algun tiempo; pero habiéndolos separado un fuerte temporal, tuvo la desgracia el que conducia al Padre Cobos de embarrancar en la isla Ferosa, cuyos feroces habitantes pasaron á cuchillo á cuantos le tripulaban, exceptuando solo dos marineros que pudieron escapar en un bote mientras los indios estaban ocupados en el saqueo del buque.

Faranda arribó felizmente á Manila, y manifestó las buenas disposiciones de su Emperador; pero como los pliegos habian desaparecido con el Padre Cobos, nada podia oficialmente concluir el Gobernador de Manila. Y, sin embargo, era preciso hacer y concluir algo, y asegurarse de que el Emperador Taicozama obraba de buena fé, pues de sus costumbres y antecedentes era de temer que tales cambios ocultasen algun proyecto artero y villano. Entre dudas y recelos pasaba el tiempo sin resolverse nada: la mente del Gobernador y de todas las personas notables de Filipinas, era mandar al Japon un embajador de ciencia y prudencia con amplios poderes para arreglar los asuntos de una vez; pero la eleccion de la persona que habia de marchar de embajador era la que tenia aplazada la cuestion. El designado por la opinion general era FRAY PEDRO

BAUTISTA; pero este se negaba á marchar con la alta consideracion de embajador: y aunque deseaba mucho marchar al Japon, habia de ser en el humilde concepto de solo misionero, de los que habia gran falta, y que pedian constantemente y con la mayor insistencia los cristianos de aquel imperio.

Comenzó á parecerle larga su estancia en Manila al embajador Faranda, y á manifestar sus deseos de regresar á su pais. El gobernador de Manila se veia apurado porque no tenia persona bastante apta para el caso que enviar al Japon, y PEDRO BAUTISTA no aceptaba el cargo de embajador. En este estado las cosas, se presenta una mañana Gaspar Faranda, el pariente y secretario del embajador Quiemon, y entrega una carta de este al gobernador D. Gomez, concebida en estos términos:

«Faranda Quiemon, embajador de estas islas y reinos del Japon, digo: Que en los dichos reinos hay muchos cristianos que han comenzado á recibir estaley, y por falta de ministros y sacerdotes que la enseñen no se ha dilatado, y yo sé del dicho mi Rey y Señor, Cabucondono Taicozama, que tendrá por bien, y gustará mucho, que yo lleve algunos Padres de esta tierra, con tal que sean de la Orden de San Francisco, porque será para él cosa muy nueva, y como maravillosa, ver hombres de tan áspera vida, y lo recibirá por merced, y tambien por el menosprecio que profesan de las cosas de este mundo, serán en el Japon muy bien recibidos. A Vuestra Señoría suplico dé orden como vayan conmigo algunos de estos Padres Descalzos; que en nombre de mi Rey me obligo á que serán bien recibidos y tratados, y que no se les hará molestia alguna; y que si de su ida no se siguiere este efecto, me obligo tambien á volverlos á Vuestra Señoría á esta ciudad como me los diere.»

En vista de esta peticion de carácter ya oficial, y que una autoridad católica no podia dejar de atender, llamó el Gobernador á FRAY PEDRO BAUTISTA, y mostrándole la carta de Faranda, le hizo comprender la necesidad de que prescindiera de la modestia de sus ideas y aceptase el cargo de embajador, con el cual podia servir mucho mejor la causa del cristianismo que con el de solo misionero, porque Taicozama no podria menos de comprender, si sus intenciones eran dañadas, que de arrollar á un embajador y misionero habian de seguirse mayores males que de arrollar á solo un misionero. Tales razones adujo D. Gomez, que por fin accedió FRAY PEDRO BAUTISTA á marchar de embajador. Se comunicó la resolucion á Faranda, que manifestó la suya de regresar á su pais con PEDRO BAUTISTA, y el Gobernador escribió á Taicozama la siguiente carta:

«Gomez Perez de las Mariñas, caballero del hábito de Santiago, Gobernador y Capitan general, etc.

»AL MUY ALTO Y PODEROSO PRINCIPE Y SEÑOR CABUCONDOÑO.

»El año pasado escribí á Vuestra Grandeza con el Padre Fray Juan Cobos, en respuesta de una que aquí me dieron en vuestro real nombre, aunque yo dudé, y con razon, así de la verdad de la embajada, como del sentido de las palabras, y aguardando casi un año la declaracion y respuesta, no la veo, sino una carta muy breve del dicho Padre, que dice que partió de allá muy favorecido y bien despachado de vuestras reales manos, las cuales beso por ello. Y aunque han llegado aquí dos navíos del Japon, y en el uno de ellos Faranda, que dice ser vuestro embajador, ni trae chapa ni carta vuestra en respuesta de la mia, ni declaracion de la duda que tenia, y así estoy mas confuso y con mas deseo de saber vuestra real intencion y voluntad; por-

que aunque Faranda no trae papel que le acredite, no puedo creer que un vasallo vuestro, y tan honrado como parece, se atreviese á usar de vuestro real nombre sin orden para ello, y en esa duda no puedo dejar de oírle y despacharle bien y responder al memorial que me dió. Ahora, para salir de toda confusion y duda, envío al P. Fray Pedro Bautista, que es Padre muy grave, de mucha sustancia y calidad, y con quien yo me aconsejo en las cosas más importantes de mi Rey, y es el consuelo de toda esta república. Lleva las cartas pasadas y traslado del memorial de Faranda y mi respuesta, para que, tratado allá todo con vuestra real persona, traiga el asiento y resolucion que de vuestro real pecho se espera. Y va con facultad de mi parte para aceptar y asentar la paz y amistad que en vuestro real nombre me ofrece y pide Faranda con toda seguridad, en el entretanto que el Rey mi Señor es avisado de esto y me ordena lo que se ha de hacer; y espero que todo sucederá muy á vuestro gusto, y procuraré yo dársle en cuanto fuere de mi parte. Y particularmente me incliné á enviar con este despacho persona que, ademas de su mucha estimacion, fuese de la sagrada Religion del glorioso P. San Francisco, por haberme pedido en un memorial Faranda, diciendo que seria particular gusto y contento vuestro ver allá Padres de esta bendita Orden, y de ellos este es uno de los de mas estrecha y santa vida, que le hace por sí solo venerable. Dios guarde vuestra real persona con mucha prosperidad. De Manila á 20 de mayo del año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo 1593.»

A esta carta acompañaba un presente, como condicion indispensable en aquella época, ya se consignasen ó no en la carta los objetos que le componian. Esta vez no fueron armas las enviadas: el presente consistió en un hermo-

sisimo caballo ricamente enjaezado, un vestido castellano, un espejo grande y un escritorio dorado.

Eligió FRAY PEDRO BAUTISTA tres Religiosos para que le acompañasen: á Fray Gonzalo Garcia, Fray Bartolomé Ruiz, y á FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, conocido hoy por SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL, del cual no se separaba hacia algunos años.

SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL nació en el año de 1546, en un pequeño lugar no lejos de Valladolid, y correspondiente á su provincia, llamado La Parrilla: fue su padre Francisco Andrada ó Andrade, y su madre Clara de Arco, pertenecientes ambos á familias muy honradas y queridos de sus vecinos. Labrar su mediana hacienda y cuidar á su hijo FRANCISCO era su única ocupacion, esmerándose en inculcar en la mente del niño las mas perfectas ideas de religion y moral; pero sin darle ninguna instruccion, porque ellos carecian completamente de ella, como todos los habitantes de aldeas y pueblos pequeños en aquel tiempo, y aun en el presente, y llegó á la juventud sin saber mas que malamente deletrear, lo que le enseñó el sacristan del pueblo, del cual era muy amigo por la decidida aficion que tenia á las cosas de iglesia.

La pérdida consecutiva de varias cosechas rebajó considerablemente la fortuna de los padres de FRANCISCO, y determinaron que marchase á servir á alguno de los labradores ricos de la comarca. Primero estuvo en Medina del Campo, y luego en Valladolid, muy estimado por su laboriosidad y honradez. En esta fue siempre estremado, y nadie pudo conseguir jamás de él que hiciera cosa alguna que comprendiese no era justa y razonable: no disputaba ni entraba en cuestiones, pero se negaba á hacer lo que le mandaban, sin mas observacion que decir: *eso no es conciencia*. Esta invariable contestacion produjo el que le pusieran el sobrenombre ó apodo de *Conciencia*, por el que no

solo le distinguian cuando era mozo de labor, sino que despues de ingresar en la Religion de San Francisco, en varios Conventos le llamaban *el Padre Conciencia*.

Con intermedio de pocos meses murieron en 1566 su padre y su madre, contando él poco mas de veinte años, y sintiendo esta pérdida con dolor tan profundo, que era la admiracion de cuantos le trataban. Solo orando templaba su sentimiento y cesaban de correr sus lágrimas, y repugnándole todas las cosas y costumbres del siglo, determinó tomar el hábito en un Convento de Franciscos, presentándose al efecto en el de Valladolid, en el que, vista su robustez y conocida su aptitud para los trabajos peculiares á los legos, fue admitido en seguida y destinado al cultivo de la huerta. Estimado y querido cada dia mas, profesó al año, lleno su corazon de la más inefable alegría, tomando el sobrenombre de SAN MIGUEL, y proponiéndose firmemente imitar toda su vida á los legos de la primitiva Religion Franciscana, Fray Gil y Fray Junipero, cuyas vidas sabia de memoria, y cuyos actos de abnegacion cristiana repetia siempre que iguales ocasiones se le presentaban.

Del Convento de Valladolid pasó al de San Francisco del Abrojo, en el que permaneció tres años estimado y querido como siempre de los superiores y respetado de los iguales.

Su constante anhelo de vida laboriosa y penitente le sugirió la idea de pasar á un Convento de la provincia de la Rávida en Portugal, que era la que entonces tenia la fama de ser la mas rigurosa observante de la primitiva Regla de San Francisco, y con licencia del Prelado marchó en compañía de otro Religioso sacerdote del mismo Convento, á quien animaban iguales sentimientos y deseos que á FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, llevando la observancia de la Regla de San Francisco hasta tal punto por el camino, que para hacerlo completamente á pie, y no tener que montar en caballerías para pasar rios, andaban

muchas leguas hasta encontrar puentes ó vados que pudieran cruzar sin ayuda.

Hallándose en Lisboa el P. General de la Orden, se dirigieron á este punto FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL y su compañero, á quienes cupo el gran sentimiento de no ver realizados sus deseos, porque el P. General, por razones justas que les espuso, no creyó conveniente acordar el permiso para que ingresasen en ningun Convento de la citada provincia de la Rávida, y tuvieron que regresar á España, yendo á morar al Convento de la villa de Coca.

Poco tiempo despues de haber ingresado en este llegó un Comisario pidiendo Religiosos para una mision de propaganda católica en América, y uno de los primeros que se afilió fue FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, que con el mas esquisito celo, abnegacion y humildad sirvió durante el camino por tierra y el pasaje por mar á los diez y siete Religiosos de que se componia la mision, siendo destinado á la portería del Convento de San Francisco de Méjico asi que llegaron á este punto.

Bien pronto fue la portería el refugio de necesitados y menesterosos. La caridad y dulzura de FRAY FRANCISCO á nadie dejaba sin consuelo: con los niños, especialmente, era tal su amabilidad y paciencia, que siempre estaba llena de ellos la entrada del Convento, y no podia ir por ninguna parte sin que le rodeasen y acompañaran infinidad de niños, tanto hijos de cristianos como de idólatras. Dice Fray Rivadeneira, que parecia un gran padre de familia que vivia siempre acompañado de todos sus pequeños descendientes.

Por este tiempo fue cuando FRAY PEDRO BAUTISTA marchó á Michoacan, y dando muy alarmante cuidado su fardanza y la noticia que se tuvo en Méjico de que le habian visto entrar en el territorio de los feroces chichimecos, se ofreció en seguida FRAY FRANCISCO á marchar en su busca, lo que verificó acompañado de otro Religio-

so, no encontrando á FRAY PEDRO, y sufriendo horribles trabajos y peligros, y quedando resentido de los pies para todo el resto de su vida.

Al poco tiempo de su regreso á Méjico, fue nombrado FRAY PEDRO BAUTISTA Comisario de Filipinas, y FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL le suplicó que le llevase en su compañía, á lo que accedió aquel, á pesar de no enviarse á Manila legos, pues lo que necesitaban eran sacerdotes predicadores. Al Convento de San Francisco de Manila, y de portero como en Méjico, fue destinado FRAY FRANCISCO, siendo bien pronto conocido de los habitantes de la poblacion, y especialmente de los niños y de los indios, que le llamaban *el Padre bueno*.

Considerando FRAY PEDRO BAUTISTA más útiles é interesantes los esmerados servicios de FRAY FRANCISCO para los enfermos que para la portería, le destinó al hospital llamado de *Naturales*, fundado por el lego Franciscano Fray Juan Clemente, que tanto renombre dejó por su caridad y por los prodigiosos bálsamos que confeccionaba con yerbas y aceite de coco, á los que se debieron asombrosas curas de leprosos.

Sin suceso digno de mencion, continuó dedicado á la asistencia de los enfermos hasta el 26 de mayo de 1593, á cuya fecha llegamos ahora, y en que se verificó el embarque de FRAY PEDRO BAUTISTA, con el cargo de embajador de España en el Japon. Aunque en el mismo dia y al mismo tiempo, no se embarcaron en el mismo buque: el embajador FRAY PEDRO BAUTISTA y Fray Bartolomé Ruiz lo verificaron en el del capitan portugués, vecino de Manila, Pedro Gonzalez de Carvajal, y FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL y Fray Gonzalo Garcia, en el buque del embajador Faranda Quiemon, haciendo compañía á este.

Grandes peligros corrieron ambos buques, que aunque zarparon juntos, se perdieron bien pronto de vista, porque

el viaje fue una constante sucesion de temporales á cual más duros. El buque que conducia á FRAY FRANCISCO llegó antes al Japon y puerto de Nangasaki, y el que llevaba á FRAY PEDRO BAUTISTA tuvo que arribar á Firan-do. Á este punto marcharon FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, Fray Gonzalo Garcia, y el embajador Faranda, tan luego como supieron el arribo de FRAY PEDRO; y el Emperador Taicozama desde Nangoya, donde á la sazón se hallaba, envió á su favorito Eügen para que acompañase á los embajadores, y á los tres dias de la llegada de estos á Nangoya recibió al embajador FRAY PEDRO, que se presentó seguido de los que le habian acompañado de Filipinas.

Bruscamente y con desmedida altivez recibió Taicozama á FRAY PEDRO BAUTISTA; pero el lenguaje y maneras nobles y dignas del embajador español no solo contuvieron al japonés, sino que le convirtieron en obsequioso protector. Los hizo comer en Palacio; se extendió en seguida un proyecto de contrato sumamente beneficioso para España; concedió licencia para predicar la Religión cristiana en el Japon y edificar iglesias, todo lo que llenó de extraordinario júbilo el corazón de los dos Santos SAN PEDRO BAUTISTA y SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL.

Haciendo uso desde luego del permiso de Taicozama, comenzaron los frailes Franciscos la predicación del Evangelio y á enseñar la doctrina cristiana, cuyos verdaderos preceptos estaban en su mayor parte desfigurados por la ignorancia, á tal punto, que dos ó tres años mas sin instructores hubieran hecho en el Japon de la Religión católica una particular con mezcla de preceptos de todas las allí conocidas. Pero sus esfuerzos, si bien daban gratos y no escasos resultados, no podian ser tan importantes y rápidos, porque sin iglesia para el culto ni puntos á propósito para hacer oír su voz, la luz de la verdad no podia estender sus salvadores rayos. El Emperador los habia ofrecido casa para

hacer iglesia y congregar á los cristianos; pero el Emperador habia marchado hacia meses á recorrer el imperio, sin dejar nada prevenido con respecto á esto á sus ministros, y los Franciscos continuaban hospedados en casa del favorito Fugen, atendidos y considerados si, pero sin los principales elementos necesarios á su mision.

En este estado, llegó la Cuaresma de 1594, y FRAY PEDRO BAUTISTA pidió permiso á Fugen para congregar á los cristianos y celebrar los Oficios de Semana Santa, el que le fue acordado desde luego. Dos veces por semana se reunian los cristianos en un departamento interior de la casa, en el que esplicaba FRAY PEDRO BAUTISTA la doctrina, y despues pronunciaba una santa y fervorosa plática. Llegada la Semana Santa, determinaron los Franciscos poner un pequeño monumento en el altarito que habian hecho, y FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL fue el encargado de verificarlo, ayudado por algunos japoneses cristianos. Ni estos ni varios de los sirvientes de Fugen que acudieron por curiosidad á ver armar el monumento, entendian lo que este significaba: unos y otros abrumaban con preguntas á FRAY FRANCISCO, que no poseyendo todavía el idioma del pais, le era imposible explicarlo en términos bastante espresivos para que los japoneses lo comprendieran; mas no queriendo dejarlos con dudas, determinó significarles en accion lo que no podia hacerles comprender bien de palabra. Esplica, pues, con esta lo mejor que le es posible la Pasion del Redentor del mundo, y desnudándose en seguida de medio cuerpo arriba, hace que le aten las manos á un pilar, y manda á un japonés que le azote; el cual lo hizo con tanta violencia, que le abrió por veinte partes las espaldas, inundando de sangre su cuerpo. De esta manera hizo comprender á los japoneses una parte de la Pasion de Jesus, debiéndose á esta tan elocuente manera de esplicar el ingreso en el cristianismo de gran nú-

mero de idólatras. En más de una ocasión repitió hechos parecidos á este, supliendo con la elocuencia de la acción lo que faltaba de elocuencia á su palabra. Como en el púlpito y en público no podía hacer escuchar su voz con gran fruto, y queria contribuir á la conversión de infieles, se dedicó á llevar la doctrina del Evangelio á las cárceles y convertir malhechores, para hablar con los cuales se consideraba bastante apto, y éralo en efecto, porque atrajo á la fé gran número de ellos.

Entre las varias devociones que tenia, ninguna dominaba su alma tanto como la de oír Misa todos los dias que le era posible; y como no siempre lo era en el Japon, y mucho ménos cuando iba de una ciudad á otra por mandado de su Prelado FRAY PEDRO, para no quedarse sin ella, especialmente los dias de fiesta, adoptó el medio de aprender de memoria toda la Misa, y puesto delante de una cruz, recitar la Misa en un tono de voz y ayudarla en otro, haciendo las respectivas ceremonias, con lo cual quedaba su devoción cumplida y su alma consolada.

Una tentación que él mismo confesaba le habia hecho sufrir por espacio de muchos años, le hizo tan cauto en mirar á las mujeres, que solo por una absoluta necesidad dirigia su vista al rostro de alguna. Las amaba como prójimos, las socorria y auxiliaba con ternura y con bondad cuando imploraban su auxilio y protección; pero huia constantemente de ellas, y durante los últimos años de su vida jamás habló á ninguna sin que ella le hablase antes.

Si bien no era hombre de iniciativa, para ejecutar órdenes con interés y prontitud ninguno le igualó, siendo por consiguiente uno de los mas importantes auxiliares que en el Japon tuvo el Comisario y embajador SAN PEDRO BAUTISTA.

Regresó por fin Taicozama al cabo de algunos meses de expedición, y FRAY PEDRO se resolvió á hablarle y recor-

darle su oferta de darles terreno para edificar iglesia. Muy difícil era hablar al Emperador; pero yendo un día hacia Palacio FRAY PEDRO, tuvo la buena suerte de encontrarlo, y parando la carroza Taicozama le llamó, y «dándole una queja amorosa, le hizo cargo de que no le visitaba, preguntándole cómo les iba, y si tenían necesidad de alguna cosa, que la pidiesen.» Vista la buena ocasión, le dijo FRAY PEDRO: «De la casa, señor, que vuestra alteza nos prometió tenemos gran necesidad, porque para entender en nuestro ministerio es mucha descomodidad vivir huéspedes tanto tiempo en casa ajena.—No tengas pena, dijo el Emperador, que yo tendré buen cuidado de proveer en eso con mucha brevedad.» Y le tuvo en efecto, pues al siguiente día muy temprano pasó Catana, uno de sus pajes, á ver á FRAY PEDRO, manifestándole que tenía orden de Taicozama de poner á su disposición cuanto necesitasen los frailes Franciscos por de pronto, y señalarles renta suficiente para vivir. No aceptaron esta, haciendo presente sin embargo su mucho agradecimiento, manifestando que su Regla les obligaba á vivir de limosna; pero sí tomó FRAY PEDRO, lleno su corazón de reconocimiento, un campo solitario, aunque dentro de la misma ciudad de Meako, próximo al río, y rodeado de algunas casas de cristianos, suficientemente capaz para edificar iglesia con casa y huerta.

Inmediatamente comenzaron los frailes Franciscos á edificar con las limosnas que recogieron de los cristianos, y con una no despreciable que les remitió Taicozama, y el día de San Francisco de Asís, 4 de octubre de 1594, se celebró la primera Misa en el Monasterio de la Porciúncula, construido al estilo de Europa, con iglesia muy desahogada, un altar mayor muy lindo, y dos colaterales, claustro alto y bajo, con celdas, enfermería y demas dependencias necesarias.

Acrescia por momentos el número de cristianos, y

éales ya imposible de todo punto á los Franciscos atender á ellos como deseaban y necesario era, y el dia que moria un cristiano sin haber recibido la absolucion de sus pecados, separtia de pena el corazon de SAN PEDRO BAUTISTA y SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL. Escribió, pues, á Filipinas pidiendo Religiosos; habiendo ocurrido la desgracia de morir en la travesia uno de los cuatro que le enviaron. La llegada, sin embargo, de los tres regocijó mucho á los dos Santos, á sus compañeros y á todos los cristianos, y proporcionó el celebrar solemnemente la Nochebuena de aquel año con Misa, acompañada de villancicos, cantados por niños, adiestrados por FRAY PEDRO, autor de la letra y música.

Sin enemigos ostensibles habian trabajado hasta aquí en su empresa de salvacion los dos Santos FRAY PEDRO y FRAY FRANCISCO: pero viendo los *bonzos* ó sacerdotes de los falsos dioses del Japon que las ofrendas á estos disminuian extraordinariamente, y que aumentaba en igual proporcion el número de cristianos, comenzaron á trabajar contra los frailes Franciscos, y paso á paso fueron llegando hasta entibiar el afecto que el Emperador tenia á SAN PEDRO BAUTISTA, en términos que mandó se suspendiese la limosna de arroz que le tenia señalada. Mucho afectó á los Santos esta orden, y no por interés personal, sino por la importancia que podia tener con el pueblo, y por lo que podia influir en la propagacion de las doctrinas del Evangelio.

En reemplazo del Religioso que murió en la mar, envió por este tiempo al Japon el Gobernador de Filipinas á los dos héroes Religiosos, tambien de San Francisco, FRAY MARTIN DE LA ASCENSION y su discípulo FRAY FRANCISCO BLANCO, que son los otros dos Santos españoles de este dia.

SAN MARTIN DE LA ASCENSION nació en Vergara,

villa perteneciente á la provincia de Guipúzcoa, obispado de Calahorra entonces, y correspondiente hoy á la nueva diócesi de Vitoria, el dia 11 de setiembre de 1567, siendo sus padres los nobles y acomodados *pobladores* D. Pedro de Aguirre y Doña Marina de Arijola, cuya caridad y amor al prójimo lo manifiesta el haber tenido constantemente en su casa cama para peregrinos y transeuntes. Con la particular circunstancia de mediar tres años, poco más ó ménos, entre uno y otro alumbramiento, dió á luz cinco hijos doña Marina. Juan se llamó el primogénito, al que siguió nuestro héroe SAN MARTIN, y á este, por el órden que se apuntan, Estéban, Marina y Catalina.

Desde la infancia manifestó MARTIN un caracter pacífico, conciliador y dulcísimo, y grandes facultades intelectuales, habiendo aprendido con suma facilidad y prontitud hasta el latin, que era lo único á que podia llegar en su pais natal. A cursar artes y teología le envió su padre á Alcalá de Henares, en donde no desmintió en lo mas mínimo su crédito de virtuoso, morigerado y buen estudiante. Su única distraccion era ir de paseo al Convento del Angel, situado en un pequeño cerro estramuros de la ciudad, y allí pasaba algunas horas de la tarde en santas pláticas con el portero Fray Sebastian de Santa María, ó Fuente-Escusa, varon de insigne santidad, que tantos recuerdos y ejemplos dejó de sublimes virtudes, por las cuales mereció ser sepultado en la iglesia de aquel Convento, en un nicho de la capilla mayor, al lado de la Epístola.

Las edificantes conversaciones con el virtuoso Fray Sebastian, y la contemplacion diaria de la santa vida que hacian los frailes de la Seráfica Orden, inspiró á MARTIN el deseo de ingresar en ella. Comunicó á su familia este deseo, y con el beneplácito general tomó el hábito de San Francisco á los diez y siete años y ocho meses de edad, el dia 16 de mayo de 1585, en el Convento de San Sebastian

de Auñon, siendo Guardian Fray Gabriel de la Soledad, el mismo que hallándose tambien de Guardian diez y nueve años antes en el Convento de Arenas, habia recibido los votos de profesion de SAN PEDRO BAUTISTA. Cumplido el año de su ejemplar noviciado, profesó en 17 de mayo del año siguiente 1586, en manos del mismo Guardian Fray Gabriel, uniendo á su nombre, segun costumbre, un sobrenombre, que fue el de la *Ascension*.

Cuarenta y un años permaneció en el libro de profesiones del Convento de San Sebastian de Auñon la hoja que comprendia la de FRAY MARTIN, firmada por él; pero al llegar al Convento, en el año de 1627, la noticia de la beatificacion de los Mártires del Japon por Su Santidad Urbano VIII, arrancaron los Religiosos la hoja y la pusieron en un relicario, que fue colocado en la capilla mayor de la iglesia de este Convento, sobre una pintura de cuerpo entero de SAN MARTIN DE LA ASCENSION, á cuyo pie se leia: *San Martin, Proto-mártir del Japon, natural de la villa de Vergara, profesó en este convento año de 1586, á 17 de mayo.*

A los dos años de profeso, la fama de sus virtudes y talento habia llegado á todos los Conventos de la Orden de San Francisco, y deseando el Ministro Provincial, Fray Juan de Santa María, tenerle á su lado, le llamó desde el Convento de San Bernardino de Madrid, en el que permaneció cuatro años. En él cantó la primera Misa seis meses despues de haber dado su firma para ser incluido en la lista de una mision que se estaba á la sazón formando para ir á predicar la doctrina de Jesus en Filipinas, China y el Japon, y en él desempeñó el cargo de lector de artes con tanta lucidez y aprovechamiento de los discípulos, que dicen las crónicas de su Orden que parecia infusa su ciencia, haciendo tan clara y comprensible su esplicacion, que hasta los más torpes admiraban al poco tiempo de estudio á los más

ilustrados Religiosos de aquel y otros Conventos que conferenciaban con ellos.

Avisados los Religiosos que se habian inscrito para la mision de que esta iba á partir, marchó á incorporarse con ella en Sanlúcar, habiendo permanecido algunos dias en el Convento de San Francisco de Sevilla. Zarpó en junio la galera con los Religiosos, tomando rumbo á Nueva-España: siete meses estuvieron en la mar sufriendo los más espantosos temporales, perdiendo la galera completamente todo el aparejo y el timon, caminando á la ventura cerca de un mes, y volviendo milagrosamente al cabo de tantos al mismo puerto de donde habia salido para América.

Postrado en el lecho permaneció por muchos dias en Sanlúcar FRAY MARTIN DE LA ASCENSION, luchando su naturaleza contra una peligrosísima enfermedad que le puso á las puertas de la muerte. Convaleciente todavia pasó á Sevilla, en donde recayó; pero los mayores recursos del arte en esta poblacion alejaron pronto el peligro, y á los pocos dias estuvo en disposicion de marchar á Cádiz. Dedicado á la asistencia de los enfermos, al estudio de las sagradas letras y á la penitencia y oración permaneció, hasta que, reunida de nuevo la mision, volvieron á hacerse á la mar los Religiosos. Los elementos esta vez fueron propicios, y el 19 de agosto de 1593 llegaron felizmente á Nueva-España, no habiendo sido el pasaje del todo feliz para FRAY MARTIN por unas calenturas rebeldes que se le desarrollaron á bordo, no bastando á vencerlas los mas solícitos cuidados de todos los Religiosos, especialmente de FRAY FRANCISCO BLANCO, que desde entonces no volvió á separarse de él jamás.

Contra lo que era de esperar, probó perfectamente á FRAY MARTIN el clima de América, y á las pocas semanas de su estancia en el Convento de Santa Bárbara de la Puebla, recuperó por completo su salud y robustez.

Fue nombrado lector de artes, el primero que tuvo la provincia de San Diego, y se abrió el aula en el Convento de Nuestra Señora de Chirubusco, á la que asistian, no solo Religiosos, sino tambien seglares. Uno de los discipulos que mas brillaron en esta aula, y que fue nombrado lector suplente, fue el constante compañero de SAN MARTIN, SAN FRANCISCO BLANCO.

Las continuas comunicaciones que llegaban de Manila en demanda de Religiosos determinaron al Provincial á enviar algunos, entre los cuales fueron nombrados SAN MARTIN y SAN FRANCISCO, de lo que recibieron ambos extraordinario contento.

SAN FRANCISCO BLANCO fue natural de Pereyro, pueblo perteneciente al partido de Monterey, en la provincia de Orense. Vino al mundo en el año de 1569; pero se ignora el nombre y circunstancias de sus padres, diciendo solo la historia que eran nobles de antiguo solar y de mas que mediana fortuna.

De muy corta edad pasó á Monterey, y bajo la proteccion del conde de este titulo, que distinguia con su afecto á la familia, estudió latinidad en el colegio de la Compañia de Jesus, pasando despues á Salamanca á cursar leyes, á cuya carrera, elegida por sus padres, no tenia él la mas pequeña inclinacion.

Era FRANCISCO de carácter sumamente franco, animado, y hasta alegre muchas veces; pero siempre con marcadas tendencias á la soledad y al retiro. Huia por lo general de la concurrencia y del bullicio, evitaba el crear relaciones; pero, una vez en contacto con las gentes, sostenia amena conversacion, que le hacia uno de los jóvenes mas simpáticos de su tiempo. Respetaba las costumbres de todos, con tal de que no ofendiesen á la moral, y escuchaba sin desden hasta las más sandias conversaciones, toda vez que no se mezclase en ellas la

murmuración, de la cual fue desde muy joven el más decidido enemigo.

La educación religiosa que recibió de los Padres Jesuitas, unida á la predisposición de su alma, le sugirieron la idea de seguir la carrera de la iglesia, y su amor á la soledad y al retiro, le decidieron á seguirla en el claustro. Al efecto pidió el consentimiento á sus padres, y habiéndole obtenido, se dirigió al Padre Fray Francisco Aldrete, Provincial de la de Santiago, solicitando el hábito de la Seráfica Orden, que tomó en el Convento de Villalpando, en el mismo que profesó despues de trascurrido el año de noviciado.

Desde su ingreso en el Convento varió completamente su carácter, y perdió por entero su animación, haciéndose silencioso, reflexivo, y tan humilde, que parecia destinado á ser el último sirviente del último novicio y lego.

Del Convento de San Francisco de Villalpando, pasó al notablemente recoleto de San Antonio de Salamanca, al que deseó pertenecer desde que conoció las rígidas costumbres de sus moradores; y á tal grado llevó en él la austeridad, penitencias y las mortificaciones corporales, que cayó gravemente enfermo, á punto de tener que administrarle todos los Sacramentos. La juventud y buena constitucion del enfermo triunfaron de la muerte; pero le quedaron unas rebeldes cuartanas que nada bastaba á cortar, y deseosos los superiores de conservar la vida de un joven tan apreciable y que tanta honra prometia á la Orden de San Francisco, determinaron trasladarle á un punto en que hubiera bastante diferencia de clima, á ver si con el cambio se cortaba la rebelde dolencia. En su virtud, fue enviado al Convento de Pontevedra, al que tuvo que ir montado en una mula, á pesar de las prescripciones de la Regla y de su deseo, porque su debilidad no le permitia andar ni media legua.

Bien probó el clima de Pontevedra al jóven fraile FRANCISCO, y muy pronto cobró fuerzas, pero sin desaparecer las cuartanas. No contribuyó poco á su alivio el santo placer que experimentaba en este Convento, por haber vivido, muerto y sido enterrado en él Fray Juan de Navarrete, cuyas sublimes virtudes tan perpétua memoria habian dejado en Pontevedra, y porque ademas moraba en él á la sazón el célebre y virtuoso predicador Fray Juan Alvarez, que á los pocos dias consagró al jóven FRAY FRANCISCO un cariño paternal.

Era el sepulcro de Fray Navarrete por aquel tiempo constantemente visitado por infinidad de devotos, no solo de la ciudad de Pontevedra, sino de pueblos distantes, que acudian á presentar ofrendas ante él, y á invocar la intercesion del venerado Navarrete para remedio de desgracias y enfermedades. Las sorprendentes curas que se habian visto despues de penitencias y actos de fé y religion, practicados delante del sepulcro, sugirieron la idea á Fray Alvarez de aconsejar á FRAY FRANCISCO que hiciera una novena implorando la intercesion de Fray Navarrete para que el Señor le librara de las intermitentes, si así convenia á su mejor servicio. Desde luego aceptó el jóven Religioso tan santo consejo, é hizo la novena, durmiendo las nueve noches sobre el sepulcro de Fray Juan, no habiendo vuelto á presentarse la cuartana. El agradecimiento al Todopoderoso y al intercesor Fray Juan de Navarrete no tuvo limites en el corazón de FRAY FRANCISCO BLANCO, tomando gran parte en su entusiasmo religioso Fray Juan Alvarez, que se deleitaba pasando las horas en oracion en compañía del jóven FRANCISCO.

Llegaron por este tiempo de los Conventos de Muros, Noya y la Puebla diez y seis Religiosos, que se aposentaron en el Convento de San Francisco de Pontevedra, y que marchaban á embarcarse, para llevar la luz del Evangelio

á América, China y el Japon. Solicitó en seguida FRAY FRANCISCO ser admitido en esta mision; pero tuvo el gran sentimiento de ver denegada su pretension, porque todos los misioneros le consideraron demasiado jóven y delicado. No renunció, sin embargo, y habiendo sabido al poco tiempo que en Sevilla se estaba reuniendo otra mision, de la que formaba parte Fray Marcelo de Rivadeneira, que tanto le habia distinguido en el Convento de Villalpando, confiando en que este Religioso no le desdeñaria como los otros, con la correspondiente licencia de sus superiores emprendió á pie el camino, y tuvo la suprema alegría de ser recibido con el más tierno cariño por Fray Marcelo, é incluido en el número de los misioneros, dedicándose en Sevilla, Cádiz y Sanlúcar, mientras se reunia toda la mision, á cuidar de los enfermos en los hospitales. Llegó por fin el tan deseado dia, y dudando aun de que le cupiese tanta dicha, pasó á bordo de la nave que le ausentaba para siempre de su patria, como igualmente á su constante compañero desde este dia, SAN MARTIN DE LA ASCENSION, á quien, como queda dicho, asistió en la enfermedad que tuvo durante el pasaje á Nueva-España, de quien fue discípulo en el Convento de Nuestra Señora de Chirubusco, sirviéndole de lector suplente, y con quien partió para Manila poco despues de haber cantado Misa en el referido convento de Nuestra Señora de Chirubusco.

Á fines de mayo de 1594 llegaron felizmente á Manila, donde SAN MARTIN fue nombrado inmediatamente lector de artes, y luego de teología, á cuyas lécciones asistia siempre SAN FRANCISCO BLANCO, dedicando el resto del dia al cuidado de los enfermos de los hospitales, que fue siempre su predilecta ocupacion.

Habiendo muerto, como dijimos mas arriba, uno de los cuatro Religiosos que mandaron desde Manila al Japon, y contraído otro una enfermedad que le inutilizaba para toda

gestion, y continuando SAN PEDRO BAUTISTA sus pedidos de Religiosos, determinó el P. Provincial que marcharan al Japon SAN MARTIN y SAN FRANCISCO BLANCO, satisfaciendo los ardientes y constantes deseos de estos, que, llenos de santo júbilo, emprendieron el pasaje al Japon, desembarcando sin contratiempo en el puerto de Nangasaki, donde permanecieron algunos dias en compañía de Fray Gerónimo de Jesus, dirigiéndose despues á presentar su obediencia al embajador y Comisario SAN PEDRO BAUTISTA, que enloquecia de gozo al ver á su lado dos tan refulgentes ántorchas de la luz del Evangelio.

La idea que formó del Japon SAN MARTIN DE LA ASCENSION se manifiesta en la siguiente carta, que, segun afirma el venerable Montilla, se guardaba con otras del mismo, cuando él la publicó en el Convento de Araceli de Roma:

«Los Padres de la Compañía en estos reinos del Japon nunca han tenido pasados de sesenta de su Compañía, y agora tienen ménos, ni pueden sustentarse más, por el grande gasto y por la gran compañía de Hermanos Japones y familia que sustentan: y en este Japon hay sesenta y seis reinos, porque es un Archipiélago grande de islas, á la traza de las Filipinas, entre las cuales hay tres grandes, que ternán de circuito todas tres tanto como España, Inglaterra y Flandes; y hay en ellas ciudades de á treinta, cuarenta, sesenta y de á noventa mil casas; la gente es tanta, que hierven como hormigas, y en la ciudad de Meako tiene el demonio diez y ocho mil bonzos ó sacerdotes de dos mil templos, dondè es adorado, y no hay mas de dos Padres de la Compañía, que están encerrados en una casa, disimulado ó disfrazado el traje; y en esta casa de Usaca y en la de Sacay, que ambas son como Sevilla y Lisboa, tres leguas la una de la otra, hay solamente un Pa-

dre de la Compañía, que acude á entrambas de secreto, con ayuda de algunos Hermanos y Dóxicos Japonés; y es cosa clara que por falta de ministros predicadores se pierden muchas almas, y que no enviarlos, es cerrarlos las puertas del cielo.»

Sin disminuir ni un instante su católico celo la enemistad de los bonzos y la tibieza que iba demostrando demasiado el Emperador Taicozama, continuaban con el mismo ardor todos los Franciscos su salvadora mision, y queriendo proporcionar á los japoneses bienes materiales, al propio tiempo que los espirituales, con limosnas que recogieron fundaron al lado del Convento de la Porciúncula de Meako una escuela y dos hospitales, dedicado el uno á Santa Ana y el otro á San José, que llegaron á contener reunidos hasta cincuenta leprosos en muchas ocasiones.

A petición de los cristianos de Nangasaki, pasó á este punto FRAY PEDRO BAUTISTA, y con el beneplácito del Gobernador Tarazara compró un edificio ruinoso que en su principio habia sido pequeña ermita dedicada á San Lázaro, y luego hospital, y arregló una decente y espaciosa iglesia, reedificando para Convento el resto del edificio. Poco duró el culto en esta iglesia, porque ganado el gobernador Tarazara por los bonzos, pidió á FRAY PEDRO BAUTISTA la chapa ó licencia escrita del Emperador para el establecimiento de la iglesia, y como no la tenia FRAY PEDRO, le obligaron á que cerrara la iglesia, y saliera inmediatamente de Nangasaki.

Grande fue el sentimiento de FRAY PEDRO y de todos los cristianos; pero tuvo que cerrar la iglesia y permanecer oculto con Fray Gerónimo de Jesus en casa de un portugués, situada á la salida de la ciudad, en el interior de la cual hicieron un oratorio, y celebraban Misa casi todos los dias con asistencia de buen número de fieles cristianos.

Como ninguna clase de contrariedades era bastante para acobardar á estos Santos y hacerles desistir de su propósito firme é invariable de propagar el conocimiento de la salvadora doctrina de Jesus, y establecer el culto divino en cuantos mas puntos pudieran, puestos de acuerdo todos los frailes Franciscos con los demas importantes cristianos japoneses, determinaron establecer otra iglesia en Osaka, y habiendo conseguido licencia, aunque solo verbal, del gobernador de esta ciudad para fundar templo y predicar, pasó á ella inmediatamente FRAY PEDRO, FRAY MARTIN y FRAY FRANCISCO BLANCO, acompañados de varios Japoneses cristianos, y arreglaron una iglesia pequeña y pobre, como el resto del edificio, que por esta causa fue llamado el *Convento de Belen*. La iglesia tenia un solo altar con un Niño Jesus de talla, llevando en una mano la cruz y en la otra los clavos.

La misma enemistad de los bonzos encontraron los Santos Franciscos en Osaka que habian experimentado en Meako y en Nangasaki, y pronto hubieran experimentado los efectos de su saña, si el Supremo Hacedor, queriendo anunciar al mundo el gran suceso que se aproximaba, no hubiera obrado por aquellos dias en el cielo, en la tierra y en el mar los aterradores prodigios que quitaron á los habitantes del Japon la facultad de ocuparse de otra cosa que de lo presente.

El 30 de agosto, á las ocho de la noche, hubo un fuerte temblor de tierra, anuncio del espantoso que tuvo lugar á la media noche del 4 de setiembre, con tan violentas sacudidas, que era imposible tenerse en pie, ni aun andar á gatas, para salir de las casas. Grande fue el número de edificios y *barelas* ó templos de los ídolos que se arruinaron, concluyendo con la vida de multitud de personas de todas clases, é innumerables bonzos. El magnífico templo de Daybut, edificado por el Emperador Taicozama, vino á tierra,

matando ochenta bonzos; siendo digno de saberse que cuando se sacó de entre las ruinas al dios Daybut hecho pedazos, dijo Taicozama que aquello les probaba la existencia de otro Dios mas fuerte que Daybut. Tambien se convirtió en ruinas el monasterio de Tizo, uno de los mejores edificios de Meako; sufriendo igual suerte el templo de Yanzu, que fue el mas sentido, por contener mil y doscientos ídolos, número bastante para contentar toda clase de gustos. Del mismo modo rodaron por el suelo los siete famosos templos de Alango y Torambo, situados en lo mas alto de la ciudad, y otros muchos de ménos importancia y renombre.

Á las once de la noche del siguiente dia repitió el terremoto sus estragos con ménos fuerza en Meako; pero infinitamente mayor en Osaka, donde se hallaba el Emperador á la sazón. Desde la referida hora duraron las sacudidas, con el intervalo más largo de media hora, hasta el amanecer, aminorando la violencia del movimiento, pero aumentándose en cambio el espantoso ruido subterráneo. Asombroso fue el número de edificios arruinados en Osaka, y uno de los primeros que besó el suelo con sus elevadas torres fue el marmóreo y alabastrino alcázar donde se encontraba el Emperador. Setenta de sus mujeres perecieron entre las ruinas, é infinito número de personas de su servidumbre. Taicozama, con uno de sus hijos en brazos, permaneció toda la noche en una cocina baja, cuyo techo habia caído minutos antes de entrar en ella. Al ser de dia marchó al campo, en donde le construyeron una casa de cañas.

La mar, invadiendo furiosa la tierra en la provincia de Bungo, arrasó tres pueblos distantes dos leguas de la costa.

Ninguna de las iglesias de los Jesuitas ni de los Franciscos sufrió el más pequeño detrimento.

Sucesos tan espantosos hicieron por de pronto á los

bonzos olvidar su enemistad, y dejaron tranquilos á los Franciscos, que no desperdiciaron el tiempo en beneficio de la Religion cristiana, á lo que contribuyó poderosamente la sublime caridad y dulce amor con que auxiliaban á los heridos y enfermos, haciendo curas admirables, en particular SAN FRANCISCO BLANCO, que poseia un riquísimo recetario para toda clase de enfermedades, siendo tal la confianza que inspiraba su ciencia, que hasta le buscaban para resucitar difuntos, especialmente despues de una cura que hizo, que fue tenida por todos los habitantes de Meako por una verdadera resurreccion.

Habitaba á corta distancia de la ciudad, en una magnífica casa, un japonés notable por su cuna y sus riquezas. A poco tiempo de casado quedó en cinta su mujer, que tuvo un embarazo penosísimo. Cuando se presentó el parto se hallaba la japonesa tan débil y estenuada, que todos, con inclusion de su marido y de ella misma, creyeron que moria. No fueron ciertamente las primeras horas las más á propósito para desvanecer la lúgubre idea, porque la parturiente carecia completamente de fuerzas. En este estado, y en un momento que quedó sola con una amiga, que profesaba la Religion cristiana, la aconsejó esta que pidiese de todo corazon á María, la Celestial Reina de los cristianos, que la sacase con felicidad, prometiéndola hacerse cristiana en cuanto se restableciese. Aceptó el consejo la japonesa, imploró la proteccion de la Madre de Jesus, ofreciendo de todas veras abrazar en seguida el catolicismo. El parto fue feliz, y la japonesa cumplió su oferta, á pesar de que su marido le negó el permiso para hacerse cristiana. El bautismo se verificó de oculto. Cuatro años contaba la niña que dió á luz la japonesa, único fruto de su matrimonio, cuando cayó gravemente enferma. Los padres, que la amaban con un delirio sin igual, apelaron á la ciencia de los mejores médicos de Meako, é hicieron ir á todos los que gozaban

de crédito en las ciudades y pueblos vecinos: la niña, sin embargo, empeoraba de día en día, y el desconsuelo de sus padres no tenía límites. Indicó la japonesa á su marido llamar á FRAY FRANCISCO BLANCO; pero el marido se negó abiertamente, tanto por el desden y menosprecio con que miraba á los Franciscos y á los que seguian su religion, cuanto por no atraerse la enemistad de los médicos de Meako, con inclusion de Jacuyn, médico del Emperador, que tambien visitaba á la niña. El mal de esta crecia por momentos, y los médicos no daban esperanza ninguna: finalmente, un dia, al amanecer, declararon que la niña habia dejado de existir, y todos se retiraron. En aquel momento la madre confiesa á su marido que es cristiana, y le suplica que llame á FRAY FRANCISCO, y que ya que por la Religion de Jesucristo salió con felicidad al mundo su hija, la misma Religion la vuelva la vida. La desesperacion de un amoroso padre que ve en el lecho el inanimado y todavia caliente cuerpo de un adorado hijo, hizo que el japonés, aunque altamente sorprendido y admirado, accediese á la súplica de su mujer, y él mismo fue á buscar á FRAY FRANCISCO. La mujer, mientras tanto, puso al lado de la cama que ocupaba su difunta hija una imágen de la Virgen, alumbrada por dos pequeños cirios.

Llegó el caballero japonés acompañado de FRAY FRANCISCO, el cual se acercó á la cama y reconoció la difunta, mientras la madre de rodillas, y el padre de pie, esperaban angustiados y anhelantes que la voz del Santo anunciase su dicha ó su desgracia. FRAY FRANCISCO, despues de unos momentos de contemplacion, poniendo su mano en la frente de la niña, dijo:—*¡Vivirá!*—«*¿Vivirá?*» preguntaron ansiosos los padres. Y haciendo FRAY FRANCISCO la señal de la cruz sobre la frente de la niña, contestó:—*Ya vive.* Y así era en efecto: el rostro de la niña comenzó á tomar movimiento, y á poco abrió los ojos.

Este y otros sucesos semejantes producian el consiguiente y lógico efecto del engrandecimiento del gremio católico; y con gran provecho de la Religion cristiana hubieran continuado su santa mision los Franciscos, aun á pesar de la enemistad de los bonzos, si la codicia, dominando por completo el corazon y la mente de Taicozama, no le hubiera hecho cerrar los ojos para la razon, la justicia, la humanidad, y hasta para su decoro como hombre y Soberano.

En 12 de julio de este mismo año de 1596 habia salido del puerto de Cabite, distante tres leguas de Manila, con rumbo á Nueva-España, el galeon *San Felipe*, mandado por el general D. Matias de Landecho, llevando á su bordo algunos oficiales y soldados españoles, varios mercaderes, cuatro Religiosos de San Agustin, uno de Santo Domingo, y dos Franciscos. El galeon, ademas de los pasajeros, conducia un enorme cargamento de ricas y preciosas mercaderias. Á poco de salir del puerto se vió combatido por una horrible tempestad, á la que sucedieron otras y otras á cual más violentas, poniendo la nave en el estado más lastimoso. Á los noventa y nueve dias de constante lucha con las embravecidas olas arribó á la isla Tossa, pocas leguas distante de Meako, territorio del Japon, reino llamado de Urando. En cuanto dió fondo el *San Felipe* pasó á su bordo el secretario del Rey Turungami, y ofreció al general Landecho toda clase de auxilios en nombre de su Rey y en representacion del Emperador Taicozama. Aceptó el general muy reconocido tan generosa hospitalidad, manifestando, sin embargo, que hasta el dia siguiente no pasarian á tierra. Antes tuvieron que verificarlo, pues en las primeras horas de la noche comenzó á hacer tanta agua el galeon, que viendo se iba á fondo por momentos, trataron de salvar lo más precioso del cargamento echándolo á la playa, y antes de amanecer se sumergió por completo el *San Felipe*. El Rey de Urando proporcionó maderas, con las que se formó

en la playa un cobertizo para resguardar el cargamento salvado, que todavía era de gran valor. En el cobertizo quedaron los soldados y gente de mar, y los demas fueron alojados en la población.

Manifestó el Rey de Urando al general D. Matias que era preciso arreglase dos presentes, uno para el Emperador y otro para el Gobernador de Meako, donde á la sazón se hallaba Taicozama, y que pasase inmediatamente á aquella ciudad una comision que pidiera al Emperador licencia para vender las mercancías ó trasladarlas á punto donde pudieran ser vueltas á embarcar, porque él no tenia facultades para conceder ni lo uno ni lo otro. Se arreglaron inmediatamente los presentes, por valor de unos siete mil pesos, y marchó la comision en busca de FRAY PEDRO BAUTISTA, que, como embajador de España, Comisario y jefe de las misiones, debia presidirla. Pero ya no era tiempo: los bonzos habian por fin conseguido su deseo. Tanto directamente, como por conducto de amigos influyentes, habian trabajado cerca de Taicozama para persuadirle de que los desastres que habian tenido lugar en el imperio del Japon eran un castigo de los dioses por permitir que se predicase la Religion del Crucificado, y aseguraban que habian tenido diferentes revelaciones de que iguales sucesos se repetirian muy pronto si no se sacrificaba á los predicadores: unidas estas alarmantes gestiones á lo que á Taicozama le aconsejaba su vil codicia, produjo la orden de confiscar el cargamento del galeon *San Felipe* y de que murieran los cristianos. La primera sentencia de muerte comprendia á todos los que seguian la Religion de Jesucristo; pero siendo ya inmenso el número de estos, y temiéndose un conflicto en el imperio, la modificó Taicozama, concretándola á los predicadores y sus inmediatos servidores; entre todos veinte y cuatro, segun la lista unida á la sentencia modificada, en la cual estaban comprendidos los cuatro Santos espa-

ñoses de este día: SAN PEDRO BAUTISTA, SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL, SAN MARTIN DE LA ASCENSION y SAN FRANCISCO BLANCO.

Para poder llevar á cabo la sentencia, comenzaron por asegurar á los tan ligeramente juzgados y arbitrariamente sentenciados por Taicozama. En la noche del 8 de diciembre, al aparecer en el horizonte la vigésima luna Bonlocú, como ordenó el Emperador, pusieron guardias los respectivos Gobernadores en las Casas-conventos de los Franciscos de Osaka y Meako, sin sorpresa de nadie, porque todos lo esperaban, con gran sentimiento por parte de los japoneses cristianos y gran alegría por la de los Religiosos, que veían avanzar rápido el momento de dar gloriosamente la vida por el que dió la suya para la redencion del hombre.

Á la mañana siguiente pasó el Bunjujo, ó sea teniente de gobernador, al Convento de la Porciúncula de Meako, en donde se hallaban FRAY PEDRO BAUTISTA, FRAY FRANCISCO BLANCO, FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, Fray Gonzalo Garcia, y Fray Felipe de Jesus, pasajero este del galeon, y encontrándolos acompañados de gran número de japoneses cristianos, que á porfía habían acudido á acompañar y asistir á los Religiosos, dispuso que se retiraran inmediatamente, y quedasen solos estos y los predicadores japoneses, intérpretes de la doctrina. No poco trabajo costó al teniente y á sus soldados hacer retirar á los cristianos: todos en alta voz confesaban su Religion, y se empeñaban en morir por ella en compañía de los frailes Franciscos.

Para no dilatar demasiado esta relacion, y no dejar por otra parte en silencio los sucesos acaecidos desde el 9 al 29 de diciembre, copiamos al historiador Fray Juan de Santa Maria, que en el lib. III, pág. 85 de la segunda parte de la Crónica de la provincia de San José, dice:

«Entenderse há mejor lo que pasó por dos cartas del Santo Comisario, que resumiré en una, para el Santo Fray Martin, que estaba preso en Osaka.

»Recibí mucha consolacion con la de V. C., hermano carísimo, por saber de su salud, y que Dios Nuestro Señor le dé ánimo para animar á los cristianos y padecer por su amor: tambien acá nos hace la misma merced, bendita sea Su Divina Majestad, que estamos muy alegres y consolados en el Señor; aunque dentro y fuera de casa cercados de guardas, tenemos por merced muy grande padecer por su amor. Dijonos nuestro hermano Cosme que estaba dada sentencia de muerte contra nuestros cristianos, y escritos sus nombres, y que otro dia sin duda nos habian de matar á todos, y toda aquella noche, sin dormir sueño, nos aparejamos para morir. Confesamos á todos los cristianos que pudimos, y dije Misa una hora antes del dia, creyendo que esta seria la última. Comulgué á todos nuestros hermanos y á otros cincuenta cristianos que se habian confesado: otros muchos la oyeron con mucha devocion y lágrimas de alegría, por la merced que Dios les iba prometiendo. El hermano Fray Gonzalo les hizo una plática, animándolos á padecer por Cristo, á lo que ellos, muy enteros, respondieron que deseaban tener cien vidas para darlas todas por aquel Señor que dió por ellos la suya en la cruz, y que ellos eran pecadores, que aunque diesen las vidas, hacian poco en satisfaccion de muchos pecados que contra este Señor tenían cometidos. Acabada la Misa, de allí á poco vinieron muchos japoneses y ministros de justicia, y anduvieron mirando toda la casa, oficinas y sacristía; luego oimos decir que traian sogas y cadenas para llevarnos presos y maniatados, y despues vino un sustituto de Xibunajo, Gobernador de Meako, acompañado de mucha gente. ¡Quién podrá decir la alegría y contento que hubo en todos nosotros, las gracias que dábamos á Dios, pareciéndonos que ya era

llegada la hora en que nos queria hacer partícipes de su reino, y que luego nos quitarian las vidas! Echaron mano solamente de nuestros predicadores japoneses, Leon, Pablo, Ventura, Tomé y Gabriel, y los llevaron presos. Fueron predicando á los gentiles por el camino con grande ánimo, y de la cárcel me escribieron una carta, diciendo que sin duda los matarian por ser cristianos; mas que estaban muy alegres y contentos de padecer tormentos; que ya tenían gran deseo de ir al cielo á gozar de aquella bienaventuranza para donde fueron criados; que pidiésemos á Dios que les diese firme propósito para padecer por su amor. Yo les respondí que el Señor, por quien deseaban padecer, los ayudaria en tan honrosa batalla. Los que quedamos, toda el alegría se nos volvió en tristeza, viéndo que el juez se iba sin nosotros, juzgando que por nuestros pecados no éramos dignos de tan grande merced; mas todavia no desconfiamos de que Dios nos la hará de cumplir nuestros deseos, porque aun estamos presos y con guardas, y no dejan entrar cristianos en nuestra iglesia, y por ser mucha la gente, guardas y otros gentiles, no podemos enviar fuera una carta. V. C. nos encomiende á Dios, que lo mismo hacemos acá, y tenga mucho ánimo y confianza en su Divina Majestad; que ahora parece que comenzamos el oficio apostólico, y en medio de estas angustias y trabajos envia Dios sus divinas consolaciones, y nos da esfuerzo y ánimo para padecer tormentos y afrentas por su divino amor. *Benedictus Deus, et Pater Domini Nostri Jesu Christi, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.* Y estamos con mucha alegría. *Quoniam digni habiti sumus pro nomine Jesu contumeliam pati.* Y por hacernos esta merced de padecer con alegría por su amor, el Señor le dé su divino espíritu, y adios, carísimo hermano, que no hay lugar para mas.— De esta prision de Meako, etc.»

En otra al mismo, y á otros que estaban con él, dice así:

«Gloria á la Majestad divina: Hemos celebrado el Santo Nacimiento del Hijo de Dios con mucha alegría espiritual, entonamos las Vísperas, Maitines y Misa del gallo, y hubo incienso; acudieron muchos cristianos, y solamente les dieron licencia para estar en el patio de la iglesia, donde los pobres padecieron harto frio. Entenose tambien la Misa del alba, porque ellos lo pidieron, y en un altar tuvimos un pobrecillo portal, y hubo coplas á nuestro modo. El hermano Fray Gerónimo se puede ir á Nangasaki, pues lo pide el General. El hermano Fray Juan Pobre se volverá á Manila á dar cuenta de lo que pasa, que por ahora bastan los que acá estamos, hasta ver en qué para este negocio. Si entendiera que nos habian de martirizar á todos, yo los detuviera que no se fueran; mas no creo que recibiremos todos esa merced. Si á nuestros cristianos que allá tienen presos matan, y nosotros tenemos libertad, hemos de ir á predicarles y esforzarles, y de allí podrá ser que den tras nosotros, y si no nos matan, entiendo que nos echarán del reino. El Señor ordene lo que ha de ser más para gloria suya, que no le suplico otra cosa. Á los pobres de los hospitales no les dejan salir; no sé qué se han de comer si dura esta prision: de lo que nos dan, les damos, y no me pesa sino que no tengo buen golpe de arroz que gastar con ellos, aunque, bendito Dios, los cristianos nos acuden con sus limosnas. Esta sea para todos, que no hay para escribir á cada uno; encomiéndennos á Dios, que acá hacemos lo mismo.»

El dia 30 de diciembre, hallándose en el coro cantando Vísperas los Religiosos de Meako, entró en la iglesia un juez, seguido de gran número de soldados, para conducir á la cárcel pública al Comisario FRAY PEDRO BAUTISTA

y á sus compañeros. Con el mayor regocijo se abrazaban unos á otros dando gracias al Supremo Hacedor porque tan latamente les proporcionaba la bienaventuranza de la persecucion. FRAY PEDRO tomó un Crucifijo que habia en el coro y se le colgó del cuello, y juntos todos los frailes, menos Fray Gonzalo, bajaron á la iglesia á entregarse al juez y á los soldados, que los trataron con la mayor crueldad, golpeándolos con las sogas y cordeles que llevaban, y que por último les echaron al cuello, atándoles las manos á la espalda. Observando el juez que faltaba un Religioso, que era el referido Fray Gonzalo, mandó á los soldados que le buscasen, y le encontraron en la huerta abrazado á una gran cruz que allí habia. Le arrancaron de ella, y le llevaron á la iglesia á incorporarle con los demás, que puestos de rodillas, y con placentero rostro, cantaban el *Te-Deum*. Al salir de la iglesia, última que pisaron, se despidieron, entonando el himno *O gloriosa Domina*.

Por un camino regado con el amargo llanto de los japoneses cristianos que los acompañaban, marcharon directamente á la cárcel, alabados y bendecidos de los católicos, y admirados de los idólatras. A los dos dias, 1.º de enero de 1597, tuvieron el inefable placer de abrazar á sus compañeros de hábito y á los tres del de San Ignacio de Loyola, traídos de Osaka para que juntos fueran muy luego recibidos en el amoroso seno del Salvador del mundo.

Reunidos ya los veinte y cuatro que espresaba la lista adjunta á la primera sentencia, el viernes 3 del mismo mes los sacaron á todos á una gran plaza, y en frente de una barela cortaron á cada uno un pedazo de la oreja izquierda, suprimiendo el Gobernador de Meako la amputacion de las narices, que tambien prevenia el mandato, á ruegos de las personas influyentes de la ciudad.

El resto de la sentencia, que era el paseo á la vergüenza por las calles de Meako y demas importantes ciudades

del reino, ni podia, ni pretendió suprimirlo ni aplazarlo el Gobernador. Inmediatamente fueron colocados los veinte y cuatro mártires de tres en tres en ocho carretas tiradas cada una por un buey, y paseados por las calles mas públicas de Meako, siendo despues conducidos á la cárcel, para dar principio en el siguiente dia á su último viaje por el mundo.

Al amanecer fueron sacados de la cárcel, y montados en caballos unos, y otros á pie, marcharon rodeados de una fuerte escolta camino de Osaka, en donde entraron á media tarde. Pocas horas antes que los mártires habia llegado escrita á Osaka la última sentencia pronunciada por Taicozama, cuya literal traduccion es la siguiente :

«Por quanto estos hombres vinieron de los Luzones, con título de embajadores, y se quedaron en Meako predicando la ley de los cristianos, que yo prohibí muy rigurosamente los años pasados, mando que sean ajusticiados, juntamente con los japoneses que se hicieron de su ley; y así estos veinticuatro serán crucificados en Nangasaki; y vuelvo á prohibir de nuevo la dicha ley para en adelante, por que venga á noticia de todos; y mando que se ejecute; y si alguno fuese osado á quebrantar este mandato, sea castigado con toda su generacion.—El primer año de Queycho, á los diez dias de la undécima luna.—Sello real.»

Sin conocimiento, traslado ni notificacion á las partes de esta sentencia, continuaron llevando de ciudad en ciudad á los mártires, haciéndolos recorrer un camino de mas de cien leguas, que los frailes Franciscos, en observancia de su Regla, hicieron constantemente á pie, esceptuando las salidas y entradas en las poblaciones, en las que les obligaban á subir en carretas ó caballos para que marcharan mas visibles á la vergüenza. Sin incluir gran número de

pueblos pequeños, y las ya citadas ciudades de Meako y Osaka, tocaron hasta llegar á Nangasaki, lugar de la ejecución, en Fugimi, Zakay, Tiongo, Akaxi, Ximonogeki, Fakata, Karazu, Nangoya, Zukaseki y Sononki.

El cristiano japonés Francisco Faleñame, de sobrenombre *Gallo*, carpintero, hermano de la Orden Tercera, y apasionadísimo de FRAY PEDRO, se propuso, á pesar de los innumerables golpes que de continuo le daban los soldados, servir á los Mártires, y en Osaka se incorporó á ellos, ayudándolos á bajar y subir á las caballerías y carretas, sosteniendo á los que fatigados caminaban á pie, levantando al que caía, limpiándoles el sudor, y prestando á todos cuantos auxilios y servicios le eran posibles. En Nangoya se unió á Francisco Faleñame otro japonés cristiano, con objeto de servir también á los Mártires, y en especial á los tres Jesuitas. Este nuevo servidor, llamado Pedro Saquexiro, era enviado por el P. Organtino, de la Compañía de Jesus, para aliviar cuanto pudiese la suerte de los Mártires, á cuyo efecto le proveyó de plata y oro. Queriendo Pedro utilizar inmediatamente este en beneficio de los Mártires, hizo ofertas á algunos soldados de la escolta: descubierto su tesoro, se lo arrebataron en el acto, y por sentencia pronunciada por los mismos rapaces soldados, y confirmada después en todas sus partes por el Gobernador de Nangasaki, fueron Pedro y Francisco condenados á muerte, é incorporados á los Mártires, componiendo en su virtud todos el número de veintiseis.

Cuando llegaron á Nangoya no estaba en ella el Gobernador, y su hermano Fazamburu, que le representaba en el cargo, aunque gentil y enemigo de los cristianos, y de los frailes en particular, pasó á verlos, y tuvo con FRAY PEDRO una larga conversacion, manifestándole que sentía sus trabajos y la muerte que se les preparaba; pero que le era imposible evitarla, y que lo único que podia hacer era

facilitarles cuanto de alimento y ropa necesitasen hasta Nangasaki.

Aprovechando FRAY PEDRO la buena disposicion de Fazamburu, le suplicó que influyera para que le concediesen las dos únicas cosas que deseaba con todo su corazon: la primera, morir en viernes, y la segunda, que cuando llegaran cerca de Nangasaki permitiesen á los Padres de la Compañía de Jesus que los confesasen, dijieran Misa y comulgasen. Algunas esperanzas le dió Fazamburu, sin duda para consolarle; pero ninguno de los dos deseos vió cumplidos. FRAY PEDRO, teniendo estas dos contradicciones más que ofrecer al Señor.

A las primeras horas de la tarde del día 4 entraron en Sononki, á cuya cárcel los llevaron, despues por supuesto del paseo á la vergüenza. Les permitieron recibir á los Padres Jesuitas, y á los muchísimos cristianos, particularmente portugueses, que fueron á visitarlos, entre los que repartieron las cruces, escapularios, rosarios, y hasta los mas insignificantes objetos que llevaban, pues todos querian conservar alguna prenda de los Mártires. FRAY PEDRO entregó su breviario, con la fecha y firma puesta en esta cárcel, á un portugués, con encargo de dárselo de su parte á Fray Marcelo de Rivadeneira, que lo recibió y conservó como un don del más inmenso valor.

Mientras en la cárcel tenian lugar las edificantes y conmovedoras escenas que pueden presumirse, en Nangasaki se estaba acabando de disponer el Calvario para la crucifixion del dia siguiente, pues el Gobernador no quiso de ningun modo conceder los dos dias de espera para satisfacer los deseos de los Mártires de morir en viernes. A lo que accedió, á peticion de algunos españoles y portugueses, fue á que la ejecucion no se hiciera en el sitio donde se verificaban las de los malhechores. En su virtud fueron colocadas las cruces en un cerro lindante con el camino de

Nangoya, á unas doscientas varas de la mar, y quinientas de Nangasaki.

La manera de crucificar de los japoneses no era la misma que la empleada por los judíos, ni la cruz era igual tampoco. Se componía la cruz que empleaban los japoneses de un madero vertical, cruzado por otro horizontal en la parte superior, para estender sobre él los brazos, y otro inferior mas corto, tambien cruzado, para asegurar los pies, quedando colocada la víctima en figura de aspa, disminuida ó mas cerrada en la parte inferior, y en medio del árbol habia un pequeño madero, en el que se sentaba el crucificado. Tendidas las cruces en el suelo, colocaban sobre ellas á los sentenciados, y con argollas de hierro aseguraban á la cruz el cuello, muñecas y las gargantas de los pies. Cada cruz estaba servida por dos sayones, y levantada, quedaba uno á cada lado, y despues de algunos minutos destinados á que los espectadores vieran vivo al reo, le daba el verdugo dos lanzazos, introduciendo el hierro por el costado y en direccion al hombro opuesto, por donde salia, formando de este modo las lanzas otra aspa, cuyo centro de union quedaba dentro del pecho del crucificado.

FRAY PEDRO BAUTISTA, viendo que no habia ya esperanza ninguna de que los complaciesen dilatando hasta el viernes su muerte, y conociéndose muy débil y desfallecido para poder hacer su voz bien perceptible en el Calvario, encargó al brioso héroe FRAY MARTIN DE LA ASCENSION pronunciara en él una plática, lo que efectivamente hizo con clara, sonora y tranquila voz.

Inmensa multitud cubria las inmediaciones del Calvario de Nangasaki, rodeado de un fuerte cordon de soldados, desde las primeras horas de la mañana del 5 de febrero de 1597, dia de Santa Agueda, tambien mártir. Anhelante el pueblo, dilataba su ávida mirada por el camino de Nangoya, temiendo unos y deseando otros percibir la comitiva de

los Mártires, á los que se habia prohibido, bajo muy rigurosas penas, salir á esperar. Una aclamacion unánime de la muchedumbre anunció por fin á las nueve y media la presencia de los Santos, y otra de gozo y suprema alegria de estos anunció tambien que habian visto la ansiada cima del Calvario que los acercaba al cielo. Al contemplarla se animaron los semblantes de los veinte y seis Mártires, se duplicaron sus fuerzas, y hasta los mas débiles, que venian en los cestos, continuaron desde allí á pie, tan ágiles como si en aquel momento comenzaran el camino.

Mientras iban los sayones colocando á los Mártires en las cruces, pronunció SAN MARTIN la plática que le habia encomendado SAN PEDRO BAUTISTA.

Un sepulcral silencio reinaba en torno del Calvario: ni aun movimiento tenian aquellos millares de espectadores, que, convertidos en estatuas de humana carne, no se permitian ni respirar: la potente voz del sublime héroe MARTIN DE LA ASCENCION era lo único que revelaba la presencia de vivientes: en el desierto de Sahara no podia reinar mas profundo y absoluto silencio.

La plática que pronunció por encargo de SAN PEDRO BAUTISTA, cuyo manuscrito fue hallado dentro de una manga de su hábito, dice así:

«No sé cómo paguemos los veinte y seis compañeros que aquí venimos (hermanos míos) á nuestro Señor tan grandes mercedes como las que hoy nos hace en dejarnos llegar á este estado tan dichoso. Muchos Santos antiguos, principalmente nuestro P. San Francisco, deseó mucho ser mártir; pero no pudieron alcanzar el martirio de la Cruz. Y aunque nosotros venimos desde Meako á este lugar arrastrados y sufriendo otros trabajos, no podemos con todo eso pagar á Dios Nuestro Señor tantas mercedes, como esta que nos hace. Bien entendimos que nos habian de dar alguna muer-

te más diferente que aquesta. Pero ¿qué mercedes son estas, Señor mío Jesucristo, tan grandes que hoy nos haceis? Tan altas y favorables, que por mostrarnos mayor amor permitis Vos, Señor, que muramos en cruz. ¡Oh cruz tan dichosa, y muy indignos nosotros para ella! Muchos Santos desearon ser crucificados y alcanzar un martirio tan alto; pero nunca lo pudieron alcanzar; solos fueron algunos pocos entre tantos. Unos fueron despeñados, á otros cortaron las cabezas, á otros frieron en aceite, otros fueron asados, otros metidos en estanques de agua muy fria, otros desollados, y otros muchos fueron pasados por diferentes martirios; y todos con mucho contento recibian el martirio por Cristo, y siempre mostraban mucha humildad, valor y ánimo. Mas con nosotros hoy se muestra el Señor amoroso, benigno, misericordioso, manso, liberal y favorable, pues para mostrarnos lo mucho que nos quiere, hoy permite que nos pongan en cruz. Dichoso día, dichosa suerte, dichosos los pasos que hemos dado, pues hoy padeceremos la muerte de cruz para recompensar en algo su mucho amor. ¿Qué milagro es este tan grande, que á nosotros, sin merecerlo, nos hace tantas mercedes? ¡Oh glorioso P. San Francisco, que alcanzando del Señor tan regalados dones, tan altos y tan célebres, que Cristo Nuestro Señor, por vuestra grande humildad, esculpió sus santísimas llagas en vuestro Santo cuerpo, por el mucho amor que os tenia, y vos como humilde las escondiades, porque nadie os las viese, y á nosotros, que aun no somos merecedores de nada, quiere el Señor que se compare con su santa muerte la nuestra. Preso fuistes, mi Dios, en aquel huerto, á donde sudastes gotas de sangre, y de allí llevado á casa de Anás, Caifás y Herodes, y de casa de Herodes vuelto á casa de Pilatos: así, pues, Señor, no habeis querido mostrar vuestras misericordias en que fuésemos presos, amarrados y metidos en cárceles (de donde nos sacaron para cortarnos

las orejas), y traídos por toda la tierra del Japon, como pecadores que somos. Pero vos, Señor, justo, manso y humilde fuistes siempre, y con todo eso fuistes maltratado, y puesto en una cruz; qué mucho que lo seamos nosotros, que somos grandes pecadores: dichosa cárcel la nuestra, dichosa la sangre que hemos derramado, y dichosos los pasos que fueron por Cristo Nuestro Señor con amor y buena voluntad dados: pero no somos merecedores de tanto bien como el Señor nos hace; y aunque todos veníamos con propósito de recibir el Sacramento de la Comunion llegados á Nangasaki, no hemos podido alcanzar tan alto don como este. Por lo cual debemos ofrecer esta muerte á Nuestro Señor con mucha humildad, buena fé y sana intencion, para que le sea grata: acordémonos, hermanos, que Nuestro Señor se puso en la Cruz para salvar á los pecadores y derramó su sangre por ellos. Y ya que no nos dejaron, ni dieron lugar á que alcanzásemos tan grande beneficio, como el celestial manjar de la Santa Comunion, consideremos que no lo debíamos de merecer por nuestros pecados, y ofrezcamos cada uno la muerte con limpio corazon y ferviente caridad, con gran arrepentimiento de nuestros pecados. Y no porque no la hayamos recibido dejemos de tener mucha confianza en Nuestro Señor, porque cada uno de nosotros debe dar la vida con todo contento y amor, pues la suya nos la dió Su Divina Majestad para nos redimir. Demos, pues, cada uno de nosotros muchas gracias al Señor por tan grandes mercedes como nos hace, pues así nos cumple hoy el deseo que traíamos de que no fuese nuestra muerte con cuchillo, sino en cruz, lo que no pudieron alcanzar muchos Mártires que ha habido en el mundo; y tomamos en descuento de nuestros pecados, si algun trabajo habemos pasado, que no son sino regalos del cielo. Sufrámoslo todo con paciencia, porque nuestros pecados aun merecen muchos mas tormentos y martirio, que esto

no es nada en comparacion de lo que Nuestro Señor pasó por nuestros pecados en su muerte y pasion, sin ser pecador como nosotros. Padezcámoslo todo por su amor, que pasándolo por Dios, él lo recibirá por los méritos de su pasion en descuento de nuestros pecados. Y bien sabemos que por cualquier pecado mortal, el menor que hayamos cometido contra su Divina Majestad, merecemos el fuego eterno del infierno, y así nadie se ensoberbezca, ni diga que porque muera en cruz como Cristo le deben de ser perdonados sus pecados, porque de la cruz puede ir al infierno por la soberbia. Nadie tema la muerte, no desmaye, aunque se vea cortar las uñas ni las carnes, ni que le hagan cualquier martirio; antes como hombre cristiano tenga un ánimo varonil, para sufrirlo todo por Cristo, aunque nos hagan pedacitos. Y pues tan dichosa fue nuestra suerte que mereciésemos morir en cruz, pida cada uno con humildad á nuestro Señor lo tenga de su mano, y no mostremos flaqueza; encomendémonos al Padre Eterno, tomemos por abogada á la Virgen Maria, para que ella sea nuestra guarda, y al bienaventurado Padre nuestro San Francisco, y al Angel de nuestra guarda, y á todos los Santos del cielo, que asimismo sean en nuestra guarda, que mediante su intercesion nuestros pecados serán perdonados, y nuestras almas irán á gozar de la eterna morada, *ad quam nos perducat*, etc.»

Calló el héroe español, y al verle echarse sobre la cruz para ser amarrado á ella, un frio glacial crispó los nervios de los espectadores, que aunque conmovidos y anhelantes continuaron en silencio; pero cuando á la señal convenida se elevaron las cruces y se vieron los santos cuerpos pendientes de ellas, no pudieron contenerse por mas tiempo los sentimientos de la naturaleza, y una desgarradora exclamacion de dolor de los cristianos, retumbando de cerro

en cerro y dilatándose por la plana superficie de los mares, voló á anunciar á los apartados pueblos la agonía de aquellos veinte y seis Mártires del cristianismo. FRAY PEDRO BAUTISTA comenzó el *Benedictus*, que continuaron todos, callando á medida que iban entregando su alma al Criador, á impulso del hierro del verdugo.

FRAY PEDRO fue alanceado el último, para que, como jefe, presenciara la muerte de los demas. A pesar de la argolla que le sujetaba el brazo, iba bendiciendo con la mano derecha á cada uno que espiraba, y en la forma que se pone la mano para bendecir, quedó la de este Mártir despues de muerto. Un portugués cristiano, llamado Paulo Gonzalez, se apoderó en seguida del manto, y por la noche cortó la mano al Santo, que, conservando la misma forma, fue llevada al Convento de San Francisco de Manila.

En la muerte de SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL nada ocurrió de particular; pero en la de MARTIN DE LA ASCENSION y en la de SAN FRANCISCO BLANCO hubo un suceso que creemos deber consignar.

Al introducir el verdugo la lanza en el costado del primero, se separó el hierro del asta, quedando aquel metido casi todo en el cuerpo: el verdugo intentó sacarle, dándole á uno y otro lado con el palo; mas viendo que no caía, subió sobre el madero horizontal, en el que estaban sujetos los pies de SAN MARTIN, y arrancó con la mano el hierro, que al salir dió paso á un torrente de sangre, sin que el agudo dolor que esta operacion debió producir al Mártir le hiciese exhalar ni un suspiro.

La argolla con que estaba sujeta al brazo de la cruz la muñeca derecha de SAN FRANCISCO BLANCO era algo ancha, y el natural estremecimiento y contraccion que sufrió el Santo cuerpo al recibir la primera lanzada, hizo que la mano se saliera de la argolla. El heroico FRANCISCO BLANCO, á pesar de tener el cuerpo traspasado y la lanza

dentro, no queriendo sin duda dejar de espirar en cruz como el Salvador del mundo, levantó la mano, y volvió á meterla en la argolla, entregando en seguida su pura alma al Criador.

SAN PEDRO BAUTISTA fue colocado en la cruz que estaba en medio de la cima del monte, teniendo á la derecha á los cinco Religiosos Franciscos y diez japoneses, y á la izquierda los otros diez. El orden de colocacion de los Mártires, principiando á contar por el último de la izquierda, que era el primero de la subida al Calvario desde el camino de Nangoya, es el siguiente:

»1. *Gallo*, el carpintero, por otro nombre llamado *Francisco*, natural de Meako, de edad de veinte y siete años.

»2. *Cosme Lacuxia*, predicador, de edad de treinta y ocho años.

»3. *Pedro Saquexiro*, el que mandó el P. Organtino, de edad de treinta y seis años.

»4. *Miguel Casaquei*, padre de Tomé, el niño, de edad de cuarenta y cinco años, natural de Meako.

»5. *Diego Quita*, de la Compañía, de edad de cincuenta años.

»6. *Michi Pablo*, hermano de la Compañía, de edad de treinta y cinco años.

»7. *Pablo Barique*, predicador, hermano mayor de Leon, natural de Meako, de edad de cincuenta y cuatro años.

»8. *Juan*, dóxico (1) de la Compañía, de edad de veinte años.

»9. *El niño Luis*, dóxico de los Santos Frailes, natural de Meako, de edad de once á doce años.

(1) Acólito.

»10. *El niño Antonio*, natural de Nangasaki, dóxico de los Frailes, de doce á trece años.

»Estos diez estaban á mano izquierda del Santo Comisario. Luego estaban por su orden, el Santo Comisario y los Religiosos.

»11. El Santo FRAY PEDRO BAUTISTA, Comisario, natural de San Estéban, obispado de Avila, de edad de cincuenta años.

»12. El Santo FRAY MARTIN DE LA ASCENSION, sacerdote, natural de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, junto á Vizcaya, de edad de veinte y nueve años.

»13. El Santo *Fray Felipe de Jesus*, corista, natural de Mejico, en Nueva-España, de edad de veinte y seis años.

»14. El Santo *Fray Gonzalo Garcia*, lego, gran predicador, natural de Bazain, en la India, de edad de cuarenta años.

»15. El Santo FRAY FRANCISCO BLANCO, sacerdote, natural de Pereyro, junto á Monterey, en Galicia, de edad de veinte y ocho años.

»16. El Santo FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, lego, natural de la Parrilla, junto á Valladolid, de edad de cincuenta y dos años.

»Estos Santos Religiosos estaban en el medio de los Santos Mártires japoneses, y á su mano derecha tenian los siguientes:

»17. El electo *Matias* por otro de edad de treinta y ocho años, natural de Meako.

»18. El valeroso *Leon Carasuma*, hermano de Pablo Barique, natural de Meako, de edad cuarenta y ocho años.

»19. *Ventura*, dóxico de los Frailes, y predicador, de edad de veinte y seis años, natural de Meako.

»20. *Tomé*, dóxico de los Frailes, hijo del Santo Mártir Miguel, natural de Meako, de edad de trece á catorce años.

- »21. *Joaquin Jacabibir*, cocinero de Belen, de edad de cuarenta y seis años.
- »22. *Francisco*, médico y predicador, de edad de cincuenta y cinco años.
- »23. *Tomé Iglo*, predicador, natural de Meako, de edad de cuarenta y dos años.
- »24. *Juan Imbia*, tejedor, natural de Meako, de edad de treinta y seis años.
- »25. *Gabriel*, dóxico de los Frailes, natural de Meako, de edad de diez y ocho años.
- »26. *Pablo Susuqui*, predicador, compañero de Leon, natural de Meako, de edad de cuarenta años.»

La muerte de estos Mártires renovó en el Japon las escenas de los antiguos martirios romanos, que en lugar de acobardar á los cristianos, inflamaban su fé y les hacian confesar públicamente su Religion, anhelando morir por ella. Arroillando á los soldados subieron los cristianos al Calvario á mojar lienzos en la sangre de los Mártires, cortar pedazos de sus vestiduras y hasta de sus carnes. El Gobernador de Nangasaki tuvo que desplegar todas sus fuerzas para dejar despejado el Calvario, mandando cerrarlo inmediatamente con una alta y fuerte barrera; mas á pesar de esta y de los guardias que constantemente permanecieron, á los nueve meses del martirio, que llegaron los embajadores de España á pedir los cuerpos de los Mártires, ni estos ni las cruces existian ya, porque los cristianos saltaban por las noches la barrera, é iban llevándose poco á poco aquellas preciosas reliquias, que se distribuyeron por todo el Orbe católico.

Es tradicion constante en el Japon que ni una sola vez se vió ni notó que las aves carnívoras, que tanto abundan en aquel pais, tocasen á los Santos. Las llamadas *Masangués*, que son las que más se ceban en los cuerpos muertos,

se posaban sobre las cruces, y permanecían en ellas contemplando los cadáveres, sin ofenderlos en lo más mínimo. Pintados y canoros pajarillos anidaron entre los cuerpos y las cruces, para cantar todos los días al despuntar la aurora con dulces trinos y suavísimos gorgoros el heroísmo de los campeones de la Religión cristiana. Con las cruces desaparecieron los alados habitantes; pero bien pronto tuvieron más duradera morada. En los hoyos en que habían estado las cruces pusieron los cristianos plantas de vistosas y aromáticas flores, entre las cuales colocaron en seguida sus nidos los melodiosos cantores de las cruces.

Los portugueses, á quienes tanto debió la cristiandad en el Japon, compraron en Meako una casa para morada de las viudas é hijos de los Mártires casados. A las viudas les pasaron cuanto necesitaban para vivir hasta que fallecieron, y á los huérfanos hasta que estuvieron en edad de ganarse la subsistencia. Solo murió de ellos, al poco tiempo del martirio, Máximo, hijo de Cosme Lacuxia, que contando solo diez años de edad, hizo con su madre, ambos á pie y con las angustias que pueden presumirse, las mismas cien leguas de camino que los Mártires, pues ni la mujer ni el hijo se separaron un momento de Cosme, hasta que entró en el círculo formado por los soldados en el Calvario.

La solemne beatificación de FRAY PEDRO BAUTISTA y sus veinte y cinco gloriosos compañeros tuvo lugar en los días 14 y 15 de setiembre de 1627, siendo Cabeza de la Iglesia católica el Papa Urbano VIII, y la canonización el día 8 de junio del año último 1862, ocupando la Silla de San Pedro en Roma nuestro actual Sumo Pontífice Pío IX.

DIA 6.

Santa Dorotea, Virgen y Martin, Armenia.

DIA 7.

San Romualdo, Abad, *Italiano*, y San Ricardo, Rey de Inglaterra, *Inglés*.

DIA 8.

San Juan de Mata, Fundador, *Francés*.

DIA 9.

Santa Polonia, Virgen y Martir, *Egipcia*, y

SAN NEBRIDIO, OBISPO DE EGARA, ESPAÑOL.

Aunque ni los geógrafos ni los historiadores nos han dejado noticias de la ciudad de Egara, situada en la antigua provincia Tarraconense, no puede dudarse que existió en ella bajo el dominio de los Emperadores romanos, pues dos lápidas de mármol que fueron halladas y conducidas á la iglesia de Santa María de Terraza, en el Vallés, llamado luego Deanato, justifican su existencia. El territorio que comprendia la Silla episcopal Egariense, se ve en el mapa publicado por el M. Florez en el tomo XXIX de la *España Sagrada*, entre Barcelona y Vique por una parte, y Monserrat y Gerona por otra, comprendiendo un territorio de siete leguas de largo y cuatro de ancho. En este campo se erigieron palacios y monumentos célebres, como el de Castro Octaviano, y fue regado con la sangre de gran número de Mártires. El primero que escribió dando noticias del territorio Egariense fue el P. Fray Francisco Diego en la *Historia de los Condes de Barcelona*, impresa en esta ciudad en el año de 1603, noticia que despues amplió Felipe Ferrario en su *Diccionario geográfico*, impreso en Milan en 1627.

Por los años de 450 de Jesucristo gobernaba la Iglesia

de Barcelona el Obispo Nundinario, y considerando que cuanto ménos territorio tuvieran las diócesis tanto mas vigiladas personalmente podian estar por su Prelado, formó el proyecto de reducir la suya estableciendo otro Obispado. Fidió al efecto el consentimiento al Metropolitano de Tarragona y á los Obispos comprovinciales, y habiéndolo obtenido de todos, eligió para el establecimiento de la nueva Sede el Municipio llamado Egara, cuya iglesia estaba consagrada al Apóstol San Pablo, siendo el primero que ocupó aquella Silla el Obispo Ireneo, varon de singulares prendas y virtudes. No se sabe el año de su muerte, ni por consiguiente en cuál comenzó á regir la diócesi su sucesor NEBRIDIO, Santo español de este dia.

Desde el año 516 al 546 alcanzan las memorias y menciones del Obispo SAN NEBRIDIO, que floreció siendo Emperador de Roma Justiniano, y Teudis, Rey de los godos. Este Santo Obispo es uno de los cuatro hermanos, Justiniano, Justo, NEBRIDIO y Elpedio, de quienes hace tan honorífica mencion San Isidoro en sus *Varones ilustres*, diciendo que con sus virtudes, dignidades y escritos ilustraron la España.

El primer Concilio á que asistió fue al de Tarragona, reunido en el año 516, firmando el último de los Obispos. Asistió tambien al celebrado en la propia ciudad el siguiente año, y no vuelve á aparecer su firma en ningun otro hasta el año de 527, en que reinando Amalarico, se celebró el segundo Concilio de Toledo, al cual asistió SAN NEBRIDIO y su hermano Justo, Obispo de Urgel, que juntos habian salido de Cataluña desterrados por combatir las doctrinas de Arrio, que estaban por entonces en su mayor desarrollo.

Dice la historia que pasó este Santo Prelado por mil vicisitudes, y sufrió grandes penalidades; pero no nos da detalles. Fue despues del destierro trasladado á la Silla de

Barcelona, y en el Concilio celebrado en 540 se ve su nombre á la cabeza. Le sucedió en el obispado de Egara Mauro ó Tauro, pues con ambos nombres se le cita, aunque en el Concilio tenido en Lérida en el año 546, al que asistieron nueve Obispos, se lee Tauro de Egara.

DIA 10.

Santa Escolástica, Virgen, *Italiana*, y San Guillermo, Duque de Aquitania, Confesor, *Francés*.

DIA 11.

San Saturnino, presbítero, *Africano*, y compañeros Mártires, y San Desiderio, Obispo y Mártir, *Francés*.

DIA 12.

Santa Olalla, Virgen y Mártir, *Romana*, la primera traslación de San Eugenio, y

SANTA EULALIA, VIRGEN Y MARTIR, ESPAÑOLA.

A fines del siglo III nació en Barcelona la virginal Mártir SANTA EULALIA. Algunos escritores, entre ellos Fray Francisco Bibar, Dr. D. José Catalá, y D. Pedro de Prats y Batllé, la admiten por hija de los Mártires San Fileto y Santa Leda; pero sin mas fundamento que lo dicho por Dextro en su *Cronicon*, y Tamayo de Salazar en su *Martirologio Hispano*, los dos escritores más distinguidos por sus fábulas é invenciones, especialmente el último, á quien los sábios Jesuitas Bolandos llaman con la mayor razon y exactitud *fecundus sanctorum multiplicator*. San Fileto y Santa Leda no fueron catalanes, por más que los incluyera el pintor en un cuadro que hace 300 años próximamente se pintó representando los Santos de Barcelona, y se colocó en una sala de las casas Consistoriales. San Fileto y Santa Leda fueron griegos, y aunque esta no es razon bastante para

negarlos por padres de SANTA EULALIA, nacida en Barcelona, porque pudieron venir á España y tener una hija nacida en Cataluña, no hay la menor noticia de su venida, y sí de su martirio con otros compañeros en Ilirico. En lo que están conformes todos los historiadores antiguos y modernos es en que EULALIA pertenecía á una noble y esclarecida familia, que sus padres poseían grandes bienes de fortuna, y que la profesaban el más entrañable amor. Digna de él era EULALIA por su dulzura, docilidad, y por el tesoro de virtudes que se reveló en ella desde la más tierna infancia: pero si bien era infinitamente grata para sus padres la virtud y santidad de su tierna hija, inspirábales al mismo tiempo gran temor de perderla, porque el entusiasmo cristiano por aquellos tiempos llevaba casi siempre aparejada la sentencia de muerte. EULALIA amaba á Dios con una expansión, con una publicidad tal, que sus sublimes sentimientos eran conocidos de todos los habitantes de Barcelona, tanto cristianos, como gentiles, y muy lejos de acobardarla ni retraerla de manifestar sus creencias y su ardiente fé la relacion de los martirios que sufrían los cristianos, se entusiasmaba oyéndolos, confesando públicamente que envidiaba la suerte de aquellos héroes que, despreciando el hierro y el fuego, y toda clase de tormentos, alzaban su voz delante de los tiranos para proclamar y sostener las verdades de la Religión de Jesucristo.

Estas espresiones de EULALIA, y el conocimiento que tenían los padres del corazón de su hija, no pudiendo por consiguiente dudar de la verdad de sus palabras, les hicieron comprender que no podían continuar viviendo en la ciudad sin el constante peligro de ver arrebatada su amada prenda por los idólatras para conducirla á la muerte. En su virtud, pues, y procurando alejar la ocasión del peligro, determinaron marchar á vivir á una casa de campo que

poseían, según la común tradición, en el mismo sitio en que se edificó después el Convento de Capuchinos de Sariá. Más templados sus temores, vivían contentos en el campo los padres de EULALIA, consagrándola cada día mayor cariño, porque cada día aumentaba la Santa jóven los merecimientos. Reunió en seguida algunas niñas y jóvenes de su edad, que era la de catorce años, y con ellas pasaba las horas en santas pláticas, enseñándolas la doctrina cristiana, y escitándolas á la pureza, honestidad, recogimiento y al amor de Dios sobre todas las cosas: rezaban y oraban juntas, entonando cánticos en alabanza de Jesus, de su Madre y de los Santos, y practicando á señaladas horas ejercicios de penitencia. En el más rígido Monasterio no hubiera podido aquella reunion de virtuosas niñas observar un régimen mas santo y ejemplar. Contentas y felices pasaban su plácida vida, no estándolo ménos los padres de EULALIA, por considerar á su hija libre de todo peligro, cuando precisamente tenían encima la época de mas esterminio, la décima persecucion, la llamada Era de los Mártires, y se habian publicado ya en Roma los edictos aterradores del año 303 de Jesucristo. El Emperador Maximiano fue el principal autor de esta persecucion, instigado por su madre, que era una mujer sanguinaria y fanática. Diocleciano repugnó y resistió algun tiempo dar su conformidad á las furiosas providencias que queria dictar Maximiano, ya fuese porque le causara horror tanta efusion de sangre, ya porque quisiera obrar de modo que recayese toda la odiosidad sobre su compañero, porque según dice Lactancio hablando de Diocleciano, «era tal su malicia, que cuando determinaba hacer alguna cosa buena, jamás pedia consejo, para ser él solo alabado; pero cuando intentaba hacer algo malo, y conocia se llevaria á mal, llamaba á muchos á su consejo, para que á estos atribuyeran la culpa, como que habian sido la principal causa de ella.»

Para poner en ejecucion lo prevenido en los edictos del año 303, vino á España, como queda espresado en varias de las biografías del mes de enero, el Presidente Daciano, dignísimo representante de Maximiano y Diocleciano, y llegado á Barcelona, situó en la plaza el Tribunal, y se publicaron los edictos para que sin escepcion de estados, clases, edades ni sexos, fueran concurriendo todos los habitantes á adorar y ofrecer incienso á sus dioses, señalando las más terribles penas para los que no lo verificasen.

Conmovióse toda Barcelona: el terror, el espanto, la confusion y las dudas se apoderaron de los cristianos, y hasta los gentiles se estremecian de pavor. Cuál quedaria el corazon de los padres de EULALIA al recibir tales nuevas, puede fácilmente calcularse. EULALIA, por el contrario, con la más inefable alegría retratada en el semblante, exclamó con dulce y celestial acento: *Señor mio Jesucristo: yo os doy gracias, y alabo vuestro Santo nombre, porque veo lo que deseaba: yo creo y espero firmemente en Vos, que con vuestra asistencia y favor, en esta ocasion se cumplirá en mí vuestra voluntad.*

Admiraban á sus padres, á sus amigos y á todos los de la casa las palabras y el gozo de EULALIA, sin poder nadie fijarse en qué era lo que se le proporcionaba, haciéndola ser la única persona que habia contenta y risueña en toda la comarca. EULALIA á nadie revelaba los motivos de su alegría, y todos respetaban su silencio; pero nadie dudaba de que sería muy legitimo y santo el motivo de su gozo. Y tan santo era, como que habia resuelto presentarse en el Tribunal, reprender al Presidente por su bárbara y sanguinaria conducta, y confesar públicamente su fé, para dar aliento y bríos á los cristianos.

Poniendo, pues, en ejecucion su proyecto, sin decir nada á nadie, ni despedirse de persona alguna, mientras todos dormian en la casa, salió de ella una noche al cantar

el gallo, según dice el acta del martirio que tenemos á la vista, y sola y á pie se dirigió á Barcelona, llegando precisamente á la hora en que se practicaba el juicio y se obligaba á los cristianos á adorar á los dioses. Sin detenerse ni un momento, marchó á la plaza, en donde estaba el público tribunal, y puesta delante de Daciano, le dijo: «Juez de iniquidad, ¿así te sientas en ese trono sin temer al Altísimo Señor, que es sobre todos tus Principes, y es superior á ti? ¿Pues qué significa que siguiendo las obras y malas artes de Satanás, intentas sacrificarle con los tormentos que inventó su malicia á los mismos hombres que el Divino Hacedor crió á su imágen y semejanza para que á El solo sirvan?»

Grande fue la admiracion y asombro de Daciano al oír pronunciar tan atrevidas frases á una tierna jóven, hermosa, y cuyo ropaje y maneras indicaban que pertenecía á familia distinguida. La miraba fluctuando entre mil encontradas ideas, y sin acertar á hablarla; mas pasada la primera impresion, la dijo: «¿Quién eres tú, que tan temerariamente no solo has tenido la osadía de presentarte al tribunal del juez sin ser llamada, sino que con soberbia y arrogancia te has atrevido á pronunciar delante del juez y en su misma cara cosas inauditas contra los Emperadores?» Sin turbarse EULALIA, y con voz cada vez mas firme y sonora, le contestó: «Yo soy EULALIA, sierva de nuestro Señor Jesucristo, que es el Rey de los Reyes y Señor de los señores, y por eso, poniendo en El mi confianza, nada me acobarda ni atemoriza. He venido voluntariamente apresurada á redargüirte, y reprenderte por qué obras tan neciamente, que pospones al Dios verdadero, de quien son todas las cosas, el cielo, la tierra, la mar y los abismos y cuanto hay en ellos, y adoras al demonio, y no satisfecho con esto, á los hombres que sirven al verdadero Dios para conseguir la vida eterna, los obligas con diversos géneros de tormentos

SANTORAL ESPAÑOL.



M.^e Murcía.

M.^e de Encarnación.

STA. EULALIA (de Barcelona)



«á que sacrifiquen á los dioses, que no son dioses, sino el diablo con sus malos ángeles, con los cuales todos vosotros que los adorais sereis abrasados con el fuego eterno.»

Lleno de rabia Daciano con las contestaciones de la jóven, mandó que inmediatamente la descubriesen las espaldas y la azotasen fuertemente, lo cual fue ejecutado en seguida, y mientras la azotaban, intentando reducirla á negar á Jesucristo, la dijo: «¡Oh miserable muchacha! ¿En dónde está tu Dios? ¿Por qué no te libra de esta pena? ¿Qué locura se ha apoderado de ti, que te ha obligado á ejecutar una accion tan fea? Dí y confiesa, que lo has dicho por ignorancia; que no sabias qué grande es el poder del juez y ministros de los Emperadores; que de este modo conseguirás el perdon, porque yo me duelo de tí. Veo que eres persona nobilísima, y siendo de noble nacimiento, me compadezco de que seas azotada tan fuerte y gravemente.»

La invicta EULALIA, sin perder un momento su resuelta firmeza, le respondió: «Yo no puedo dejar de hacer burla de ti porque me persuades á que mienta, diciendo que ignoro cuán grande es tu poder. ¿Quién de los hombres hay que no sepa toda la potestad temporal de cualquier hombre, sea el que fuere, como que el mismo hombre hoy es, y mañana muere? Pero el poder de mi Señor Jesucristo no tiene fin, porque es eterno, como El lo es. Yo no puedo mentir porque temo á Dios, que á los que mienten y á los sacrilegos condena á ser abrasados en el fuego del infierno, con todos los que obran mal. Yo siendo ahora azotada por mi Dios, soy ennoblecida más de lo que se puede decir. No siento los azotes, porque me ampara y protege mi Señor Jesucristo, que en el dia del juicio te condenará á ser afligido con las eternas penas que mereces.»

Viendo Daciano que era inútil aquel castigo, y despreciadas sus palabras, mandó á los verdugos que llevaran el ecúleo, la colgasen en él, y la escarnificasen con las úngu-

las ó uñas de hierro, que empleaban para desgarrar la piel de los mártires. Colgada en el ecúleo la heroica virgen, *hilarí vultu collaudabat Dominum*, con alegre rostro alababa al Señor, y con tierna voz y elevada la mirada al cielo le decía: «Señor mio Jesucristo, oid los clamores de vuestra sierva inútil, perdonadme lo que he obrado mal, y confortadme para que tolere con paciencia y sufra con tranquilidad los tormentos que me añaden por vuestro Santo nombre, á fin de que el diablo con sus ministros sea confundido.»

Oyéndola el Presidente orar de este modo, la dijo: «¿En dónde está ese Dios á quien clamas? ¿Y á quién invocas y pides auxilio? ¡Ah infeliz, inconsiderada y necia doncella! Óyeme á mí, haz lo que te aconsejo, sacrifica á los dioses, y lograrás la vida. Mira que la muerte te amenaza de cerca, y no hay quien te libre ni quien te socorra.» A esta invitación de Daciano, contestó EULALIA: «¡Oh sacrilego ministro del demonio! No permita Dios que yo dé oídos á tus engañosas palabras, y me aparte de mi Dios, á quien clamo, y le falte á la fé que le he prometido. ¿Dices que en dónde está mi Señor y Dios á quien clamo? Aquí, aquí está conmigo. Tú, por tu inmundísima conciencia y obstinada ceguera no mereces ver á este Señor. Me conforta y me da ánimo y valor superior á tu crueldad, y por eso no hago caso, ni temo cuantos tormentos me decretare tu furor diabólico.»

A pesar de su ferocidad, sintiose inclinado Daciano á perdonar á aquella jóven, cuya tierna edad, hermosura y valor interesaban á todos los espectadores, de cuyos ojos se veian correr lágrimas, que por más que procuraban contener y ocultar, reparó más de una vez Daciano. Su teson no permitia á este darse por vencido y perdonar á la jóven si esta no cedia, y él no queria demostrar al público que compraba el triunfo con el oro: determinó, pues, que algunos de

los ministros que le rodeaban se acercasen á la jóven, y la hicieran cuantos ofrecimientos y proposiciones pudieran halagarla, si renegaba de su fé. Se acercaron, en efecto; pero no bastando todas sus malas artes y astucia á conseguir ni que dudase un momento la santa virgen, é irritados por su derrota, aconsejaron al Presidente que apelase al fuego para triunfar de aquel inconcebible valor. La Santa, mientras tanto, decia: «Mirad cómo me ayuda y me conforta el Señor. Dios recibe mis súplicas, consuela mi alma y defiende mi vida. ¡Oh Señor! ¡por qué tan bueno sois para mí que me habeis librado de toda tribulacion, y habeis hecho que mis ojos despreciaran á mis enemigos?»

Fuera de sí de furor mandó el Presidente Daciano que inmediatamente dispusieran el tormento de las hachas encendidas. Pendiente del ecúleo, y en forma de cruz, estaba EULALIA, con el rostro hermoso y animado de la satisfaccion y alegría que embargaba su alma; pero su cuerpo, que habian desnudado completamente los verdugos para mortificarla hasta en el pudor, estaba horriblemente herido y vertiendo copiosa sangre por los profundos surcos que habian abierto en sus carnes las férreas úngulas. En esta disposicion se acercaron los feroces sayones con las hachas empapadas en aceite, y cuya llama debian ir aplicando á los costados de la Santa hasta que se rindiese á la voluntad del tirano ó muriera abrasada lenta y horriblemente. Pero al aplicar los verdugos las hachas á los costados de la Mártir comenzaron las llamas á volverse contra los que llevaban las hachas, quemándoles el rostro como en castigo del feroz acto que estaban consumando. SANTA EULALIA lo advirtió, y elevando los ojos al cielo, con voz todavía mas perceptible y dulce, exclamó: «Señor mio Jesucristo, oid mi oracion, acudid á mis súplicas y perfeccionad conmigo vuestras misericordias. Haced ó mandad que mi alma sea trasladada entre vuestros escogidos al descanso

de la vida eterna: dadme esta señal de vuestro amor, para que los que creen en Vos vean, admiren y alaben vuestro poder.» Acabada esta oracion, se apagaron las hachas, á pesar del aceite en que estaban empapadas, y aterrados los verdugos cayeron al suelo, dando en este con los abrasados y espantados rostros.

El acta del martirio, continua: «*Et Sancta Eulalia emisit spiritum.* SANTA EULALIA dió su espíritu al Señor. De su boca salió una paloma, que voló al cielo; lo cual, visto del pueblo se maravillaron todos; pero los cristianos que estaban presentes se llenaron de alegría y regocijo, por haber merecido tener á su paisana ó ciudadana por Patrona en el cielo.

«Daciano, confuso al ver que con tantos tormentos nada habia podido contra la Santa, y que quedaba vencido de ella, bramando de cólera bajó del Tribunal, y mandó que el cuerpo de EULALIA fuera puesto en la cruz con guardias: «Esté (dijo) pendiente de la cruz hasta que las aves del cielo devoren sus carnes con los huesos.» Al instante bajó nieve del cielo que cubrió á la Santa, y los guardas, poseidos de un grande terror á vista de este suceso, se apartaron del cuerpo; pero quedaron á su vista á alguna distancia, para atender á su custodia segun les habia mandado el Presidente.

»Divulgose este suceso, no solo por la ciudad, sino por el territorio de su circunferencia, y atraidos de la fama, vinieron muchos á ver las maravillas del Señor. Concurrieron tambien los padres de la Santa, y las que habian sido sus fieles compañeras, con grande gozo, que mezclaban con lágrimas, viendo cumplido lo que no acertaron á entender cuando EULALIA con enfáticas espresiones les significó su resolucion. Pasado el dia tercero vinieron unos varones religiosos, ó pios y devotos, que de noche tomaron el cuer-

po sin que los guardas lo advirtieran, que envolvieron con lienzos y aromas. Pero San Félix, que habia sido unánime con la Santa en la confesion, le dijo, comprando alegría de su ánimo: *Señora, vos habeis merecido antes que yo la palma.* La Santa se sonrió; y los demás empezaron á cantar este himno muy gozosos: *Clamaron los justos, y el Señor les oyó y los libró de todas sus tribulaciones.* A las voces de los que cantaban, se juntaron muchos del pueblo, y luego con alegría la sepultaron, bendiciendo á Dios Padre, y á Jesucristo su Hijo, y al Espíritu Santo, cuyo reino é imperio permanece sin fin por los siglos de los siglos. Amen.»

El lector habrá observado como nosotros que en esta última parte del acta del martirio de SANTA EULALIA se habla de un San Félix, diciendo que habia sido unánime con la Santa en la confesion. Ignórase quién fuese este Santo, porque el acta solo esta vez le nombra, y las historias no nos lo revelan. Dicen algunos que fue un discipulo de SANTA EULALIA, á quien enseñó la doctrina y los preceptos del Evangelio, y otros que era el San Félix oriundo de la ciudad Scilitana, en Africa, que habiendo venido á España con Cucufate, padeció martirio en Gerona; pero esto sucedió mucho despues de muerta SANTA EULALIA, aunque pudo, sí, hallarse presente al martirio de esta; pero no parece creible que si hubiera hecho su confesion de fé con la Santa en el Tribunal, lo hubieran dejado libre.

Se ignora el primer sitio en que enterraron el Santo cadáver; se cree generalmente que lo hiciesen en la casa de algun cristiano, ó en el campo, en donde permaneció hasta terminada la persecucion, que fue colocado fuera de la ciudad, á la orilla del mar, en una pequeña iglesia ó ermita que llevó primero el nombre de *Santa María de las Arenas*, y despues de *Santa María del Mar*. Las terribles vicisitudes por que pasó España, hicieron perder la memoria del lugar que

ocupaban los santos restos de la virgen EULALIA, y por los años de 870 se ignoraba completamente. El celo, piedad y continuas investigaciones del Obispo Frondoino, perfectamente secundado por el devoto pueblo, dieron por resultado el tan deseoso hallazgo. Véase cómo lo refiere Don Ramon de Ponsich y Camps:

«Tenia el Prelado librada su confianza en Dios con estas enardecidas deprecaciones de los fieles, y así al cabo de los tres días pasó asistido de innumerable concurso á la iglesia de Santa María de las Arenas, celebrando en ella de Pontifical. La Misa fue de rogativa, lleno de ternura y confianza de que habian de ser oidos sus clamores en honra de SANTA EULALIA, á quien fervorosamente suplicaba intercediese con el Señor por que le fuesen aceptos los votos de los barceloneses. Sucedieron á estas anteriores diligencias de los corazones, las de aplicar los medios que supo sugerir el oficio de las manos. Todos á porfia eran maestros del arte de buscar, tan solícitos como humildes, sin que se escondiese lugar, ni rincon el mas remoto, que no tuviera muchos argos que le descubriesen, aun en el centro de la tierra. Los más nobles y condecorados se gloriaban en el Señor de tomar el azadon, esperando cada uno á que recayese en él la suerte que apetecian. ¡Venturoso conato en que el ansia del tesoro hizo mejores á los más ambiciosos! Pero estaba reservado tanto premio al General de aquellos piadosos gastadores, como que su ejemplo y poderosa confianza supo y pudo inclinar la Divina condescendencia á sus afanes. Mientras observaba diligentemente hácia la diestra del altar el sitio que se habia cavado, descubre un agujero muy cerca de la pared; hizo la prueba con el báculo pastoral, reconoció que habia un hueco, y celestialmente ilustrado, consintió en que allí descansaba el cuerpo de la Santa. Manda luego que se haga la escavacion en aquel lugar, y á

poco rato se esfuerza la confianza á parecer evidencia con las señas y proporcion que descubrian.

Acércase más el Santo Obispo, y bañado de inefable alegría ve un sepulcro, que era el de la Santa, y quitada la cubierta, levantó con sus propias manos el paño de que estaba cubierto el bendito cuerpo de EULALIA. Quedó embargado por un breve paréntesis entre la reverencia y el gozo, porque ya la esperanza pasó á los derechos de la posesion, siendo otro testimonio de ella la fragancia que exhalaba el santo cuerpo, trascendiendo al momento á todos los circunstantes. Verificose por fin aquella promesa eterna, siempre infalible: *Pedid, y conseguireis; buscad, y no os faltará lo que busqueis.* Luego el Prelado y el clero tomaron el sagrado cuerpo, y envuelto con estolas de bordadas telas le condujeron con festiva solemnidad al centro de su destino. Resonaban los himnos y alabanzas, siendo el concurso igual á los aplausos, y con este aparato y lucimiento, tan reverentes como gozosos, se encaminaron á la Catedral ó iglesia de Santa Cruz, que desde entonces se distingue tambien con el titulo de SANTA EULALIA.

Llegados al lugar que en un tiempo se dijo *Plaza del Blat*, y ahora del *Angel*, en memoria del portento que vamos á referir, se hizo inmóvil el cuerpo de la Santa. Estaba aquella plaza inmediata á la ciudad, y habia allí una puerta, que hoy (1770) subsiste, de la muralla más antigua de la poblacion. Se hizo el bendito cuerpo de SANTA EULALIA tan pesado, que no hubo fuerzas humanas para moverle, causando á todos la mayor admiracion y sentimiento de este suceso. Atónitos con la novedad, no hubo otro recurso en la devocion y ternura de los patricios que implorar el divino auxilio, y postrándose profundamente, le invocaron. No ménos propicio el cielo inspiró la confesion del delito á quien, cometiéndolo, habia sido causa del comun quebranto. Reconvenido de sí mismo un sacerdote

de los que servían en aquel acto de solemnidad, dolorido y lloroso se postró á los pies del Prelado, confesándole que á impulso de su celo había robado un dedo á EULALIA. No fue menester más diligencia que la pública demostracion de restituírselo para que luego cediera su repugnancia á los estímulos de la humilde piedad de sus devotos. Celosa de su integridad, aun en estado de glorificada, no permitió que padeciera el menor menoscabo su estructura, porque quiso consagrarse enteramente en prenda y presidio de los barceloneses. Pero la prudente precaucion de Frondoino, receloso que el clérigo hubiese trocado el dedo con otro que llevase á prevencion para salir con su intento, á fin de convencerse de esta duda, manda encender un fuego, y echando en él el dedo, le respetó la llama, dejándole ileso, con lo que se duplicaron los prodigios y los aplausos. De toda esta maravillosa historia da testimonio una imágen de la Santa, que se venera sobre el arco ó piedra de la misma antigua puerta de la ciudad. Acompaña la memoria de milagro tan portentoso un obelisco de mármoles y jaspes, levantado en los siglos anteriores, en medio de la plaza, con el escudo de armas de Barcelona, y restituido á su primitivo esplendor en 1747. Elevose sobre ella un ángel de bronce dorado de proporcionado cuerpo, que con ademán de su índice dirigido á la imágen que está sobre la puerta, ofrece á la perpetuidad la grandeza de este portentoso.

»Fenecido el acto del desagravio de la Santa, prosiguió la pompa de esta solemnidad hasta la Catedral, y por no haber en aquel tiempo capilla proporcionada al culto, se puso el sagrado cuerpo en la sacristia. Aquí fue venerado por muchos años, hasta que construido el gentil y primoroso lugar que hoy ocupa en la parte inferior del presbiterio, fue trasladado á él con los festejos dignos del motivo.»

A esta traslacion, verificada el dia 7 de julio de 1339, y que se celebra en el segundo domingo de dicho mes, asistieron los Reyes D. Pedro IV de Aragon y su consorte doña Maria; los de Mallorca, D. Jaime y doña Constanza, con sus hijos los Infantes D. Pedro y D. Ramon Berenguer, con su esposa doña Maria Alvarez; D. Jaime, hijo de D. Alfonso el IV, y el Infante D. Fernando, hermano del Rey de Mallorca, con imenso número de Grandes del reino y altos Prelados, marchando todos en la procesion, que dejó eterna memoria en Barcelona.

DIA 13.

San Benigno, Mártir, *Húngaro*, y Santa Catalina de *Ráizis*, Virgen, *Florentina*.

DIA 14.

San Valentin, Presbitero y Mártir, *Italiano*, y el
BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, CONFESOR, ESPAÑOL.

El dia 10 de julio de 1561 nació en Almodóvar del Campo, villa perteneciente á la provincia de Ciudad-Real, el BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION. Fueron sus padres Márcos Garcia é Isabel Lopez Rico, pertenecientes ambos á las más distinguidas y acomodadas familias de la poblacion, á quienes dotó Dios de esclarecida descendencia en ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras, Antonio, Francisca, Isabel, Alonso, JUAN BAUTISTA, Maria, Ana y Francisco, que se distinguieron en virtudes y en varios ramos del saber humano. Pero quien dejó eterna memoria de santidad, celo por el lustre de la Religion, talento y laboriosidad fue JUAN BAUTISTA GARCIA RICO, quinto en el orden de nacimiento.

Contaba apenas seis años de edad cuando comenzaron todos los de la familia á observar en él ciertos rasgos de

las virtudes sublimes que distinguen á los Santos. Se leian diariamente en su casa vidas de estos, que con la mayor atencion escuchaban todos los niños; pero en quienes hacian mas impresion los sucesos que las vidas relataban, era en JUAN BAUTISTA, y en su hermana Francisca, beata que fue despues de Nuestra Señora del Cármen, y que murió con gran crédito de santidad. No era posible mirar el rostro de JUAN BAUTISTA mientras escuchaba leer la vida de un Santo, sin comprender el entusiasmo religioso que inspiraban á su alma las virtudes del héroe de la vida; y habiéndose propuesto imitar á los Santos más célebres en todo aquello que su edad le permitia, comenzó á observar un riguroso ayuno y atormentar su cuerpo. Se daba rigurosas disciplinas hasta verter sangre; se hizo él mismo un cilicio de esparto, que ciñó á sus carnes, y no pareciéndole bastante atormentador, buscó uno de cerdas: dormia sobre un corcho ó sobre una gavilla de sarmientos, hasta que lo descubrió su madre y le hizo acostar en la cama; pero en cuanto los demas se dormian, se bajaba de la cama y se echaba en el suelo, poniendo debajo de su cuerpo palos, herramientas, ó lo que más á la mano hallaba y más podia lacerar sus carnes.

Comia muy poco, y siempre lo peor, manifestando particular antipatía á toda golosina y manjar que recrease el paladar y á la carne. Guardaba la mayor parte de la comida que le daban, para socorrer con ella á algun pobre, y los viernes y días de ayuno solo tomaba pan y agua. Así continuó hasta la edad de doce años, en que se vió que su naturaleza estaba notablemente resentida de tanta austeridad, y tuvieron sus padres que contenerle, obligándole á moderar el rigor que usaba con su cuerpo y á alimentarse, pues opinaron los facultativos que si persistia un año más en el género de vida que venia haciendo desde los seis años de edad, moriria sin remedio al cabo de él. Gran trabajo costó, sin

embargo, reducirle á tratarse mejor, pues á cuantas reflexiones le hacian contestaba, *que si la penitencia era la causa de su mal, la penitencia le sanaria, como esperaba.*

Era de carácter humilde, muy encogido y modesto, y no se reunia con los demas niños ni condiscipulos, ni tomaba parte alguna en sus juegos. En cuanto salia de la escuela marchaba á besar la mano á sus padres y á tomar su venia para ir al Convento de Carmelitas descalzos, á los que tenia una aficion y cariño singular: en el Convento pasaba muchas horas rezando con los Religiosos y oyendo sus pláticas.

Habiendo leido que una Santa Virgen desde muy niña se consagró á Dios con voto de virginidad, á los nueve años le hizo él, el cual guardó, huyendo perpétuamente de todas las ocasiones que pudieran hacerle peligrar, aun de pensamiento.

Nada consideraba suyo, ni aun sus ropas, si veia que carecian de abrigo, los pobres, y en muchas ocasiones se quitó varias prendas para arropar á niños desnudos. Llevaba á su casa los mendigos que encontraba por las calles, los daba de comer, los lavaba y aseaba, á cuyos piadosos actos le ayudaba su hermana Francisca.

En el Convento de Carmelitas estudió latinidad y filosofía, siendo su maestro Fray Agustin de los Reyes, que le distinguió con el mayor afecto, por sus relevantes virtudes y por su aplicacion, que le hizo salir uno de los mas aprovechados discipulos, tanto de los Religiosos como de los seglares que asistian á las aulas del Convento.

Cuando se hallaba estudiando latinidad se hospedó por dos veces en su casa Santa Teresa de Jesus, que se ocupaba por entonces en la fundacion de un Convento de su Orden, y le decia: *JUAN, estudia, que me has de seguir:* y al despedirse la última vez que santificó la casa con su planta, despues de haber echado la bendicion á todos los niños, señalando

á JUAN, dijo á su madre Isabel Lopez Rico: *Su caridad, patrona, tiene aquí un hijo que ha de ser un gran Santo, Patron de muchas almas, y reformador de una grandiosa cosa, que se verá.*

Terminado el estudio de la filosofia le enviaron sus padres á cursar teologia á la Universidad de Baeza, en la que solo estuvo un año, disponiendo sus padres que pasase á Toledo á continuar sus estudios. Siendo cada dia mayor su vocacion al cláustro, pidió licencia á sus padres para retirarse á él, y, obtenida, tomó el hábito de la Santísima Trinidad, Redencion de Cautivos, en el Convento de Toledo, en la Vigilia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo del año 1580, á los diez y nueve años de su edad, hallándose de maestro de novicios el renombrado por su virtud y ciencia, Fray Alonso de Rieros. Despues de un admirable y ejemplar noviciado, profesó al año siguiente en la festividad de los mismos Apóstoles San Pedro y San Pablo, para llevar adelante sus ardientes deseos de consagrar á Dios toda su vida, santificado su cuerpo con un hábito de Religioso. Si algo le hubiera faltado para ser modelo de santidad, celo religioso y ciencia en sagradas letras, en este Convento lo hubiera adquirido, pues el Señor se dignó darle por maestro al sublime Beato Padre Fray Simon de Rojas, que despues de haber gobernado muchos Conventos de su provincia de Castilla, fue Provincial de ella, confesor de la Reina Doña Isabel de Borbon, aclamado por Santo en vida y en muerte, y puesto en el catálogo de los Beatos por Su Santidad Clemente XIII.

Cayó gravemente enfermo, y viendo los Prelados que nada bastaba contra su dolencia, aceptaron el consejo de los médicos, que era enviarle á su pueblo á ver si los aires y aguas del país natal hacian lo que no podia la medicina. Fue á parar á su casa; pero todos los cuidados de su tierna y amorosa madre fueron tambien ineficaces, y su lamentable estado continuaba, Habia en el lugar una mujer de

quien contaban maravillas, y que habia hecho efectivamente sorprendentes curaciones de algunas dolencias con fricciones que ella sola sabia dar con ungüentos y balsamos confeccionados tambien por ella. Deseosa la madre de la salud de su hijo, le propuso llamar á aquella mujer, y toda la familia y amigos se lo aconsejaban con instancia, puesto que ya estaban agotados los recursos de los médicos; pero JUAN BAUTISTA se mantuvo inflexible, prefiriendo morir á ser tocado por las manos de una mujer. El Señor premió su castidad, pues comenzó á mejorar á los pocos dias y gozó algunas semanas de buen estado; pero recayó despues, perdiéndose las esperanzas que se habian concebido de curarle completamente. Y asi fue en efecto, porque nunca volvió á estar en completa salud. En vista de que nada adelantaba con los aires natales, le mandaron los Prelados que se trasladase á Andalucia, en la que si bien no se curó, pues como acabamos de decir, jamás estuvo completamente bueno, se restableció algun tanto, y pudo ocuparse de la predicacion apostólica con aquel fervor de que ha habido tan pocos ejemplos, que tuvo siempre tan inmenso auditorio, produciendo asombroso número de conversiones y arrepentimientos durante los doce años que estuvo casi dedicado esclusivamente al púlpito.

El dia 8 de mayo de 1594 se reunió en Valladolid Capitulo general de la Orden, presidido por el P. Maestro Fray Diego de Guzman, Comisario general y Visitador Apostólico de todas las provincias de España, en el cual se decretó que los Religiosos de la Orden, al profesar, dejasen el apellido de familia y uniesen á su nombre otro de su devocion, y que en cada provincia se fundasen dos ó tres Conventos de Recolecion, en los cuales los Religiosos que anhelasen mayor austeridad y perfeccion de vida vistiesen hábito áspero y burdo, y observasen al pie de la letra los preceptos de la primitiva Regla.

JUAN BAUTISTA aumentó á su nombre el DE LA CONCEPCION en virtud á lo decretado en el Capitulo, y dió al Todopoderoso, lleno su corazon de suprema alegria, las más espresivas gracias por haber accedido á sus deseos de establecer la rigidad Descalcez para la Orden de la Santísima Trinidad. Pero con notable sentimiento veia pasar el tiempo sin que se fundase el primer Convento que hiciera la guia á la Recolection.

Cerca de dos años iban trascurridos desde el Capitulo, cuando una casualidad puso la primera piedra para el grande edificio de la Reforma. Un Religioso de la Santísima Trinidad, cuyo nombre no nos ha legado la historia, perteneciente al Convento de la Membrilla, caminaba hácia Almagro, en compañía del marques de Santa Cruz, D. Alvaro Bazan de Benavides, y refiriendo este al Religioso varios planes piadosos que tenia formados, le dijo que uno de ellos era fundar un Convento en la villa de Valdepeñas. El Religioso le rogó que si no tenia ya elegida Religion se sirviese agraciarse á la suya de la Santísima Trinidad con aquel Convento, á lo que contestó el marques que no podia acceder á su peticion, porque aunque no tenia aun elegida Religion para moradora del Convento, se habia propuesto que fuese de frailes Descalzos. El Religioso Trinitario enteró entonces al marques de lo decretado en el Capitulo, que estaba acordada la Recolection, y que si ya no habia comunidad de Trinitarios Descalzos, era porque carecian de Conventos, y fondos para edificarlos y dar impulso á la Reforma. El marques no ofreció por el pronto el Convento; pero oyó muy complacido al Religioso, que se separó del marques con grandes esperanzas de que su Religion fuese favorecida con la donacion.

Hallábase á la sazón en el Convento de la Membrilla JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, que esperimentó el mayor gozo al saber la conversacion que su compañero

había tenido con el marqués de Santa Cruz, y las esperanzas que aquel alimentaba de conseguir el Convento de Valdepeñas. Inmediatamente hubiera principiado á gestionar para llegar á un acuerdo definitivo con el marqués y la Villa de Valdepeñas; pero se hallaba tan desfallecido y sin fuerzas, por sus habituales dolencias, recrudescidas por entonces, que se consideró incapaz de dar los pasos necesarios. En su virtud, marchó el otro Religioso á Valdepeñas á tratar la fundacion con el ayuntamiento de la Villa, en la inteligencia de que el Convento habia de ser de Recoletos, conforme se habia determinado en el Capitulo, y segun era la voluntad del marqués. El Religioso y la Villa estuvieron completamente conformes, y habiéndoselo manifestado al marques, prestó tambien su conformidad. En su consecuencia se dió el correspondiente parte al P. Provincial, y el Religioso que habia ido á Valdepeñas pasó á Madrid á enterar de todo al P. Comisario General. A ambos Prelados pareció bien lo pactado, librando los dos en seguida el poder necesario para que el P. Ministro del Convento de la Membrilla formalizase las capitulaciones con la Villa de Valdepeñas, y tomase posesion del Convento que donaba á la Orden de Trinitarios Descalzos el señor marques de Santa Cruz. Para practicarlo llevó consigo el P. Ministro á FRAY JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, al Religioso que habia arreglado el asunto, y á otros dos mas. De esta imprevista é inesperada manera proporcionó el Señor á JUAN BAUTISTA la satisfaccion de ser de los primeros de la reforma de la Orden y cantar la primera Misa en el Convento que fue la cuna de los Descalzós de la Orden de la Santísima Trinidad.

Desde Valdepeñas pasó á Sevilla en compañía del Padre Ministro de la Membrilla, llamados ambos por el P. Provincial, yendo despues á Andújar á visitar al Comisario general, del cual consiguió volver á Valdepeñas, con ór-

den de vestir el hábito de Recoleta, que recibió á los cuatro días de su llegada.

En el Capitulo que se tuvo en Sevilla en el mes de febrero siguiente, y al que asistió, fue elegido Ministro del Convento de Valdepeñas, al cual regresó á pie descalzo, á pesar del mal estado de su salud.

A su llegada al Convento encontró algo descuidada la observancia de los Estatutos dispuestos por el P. Comisario, flaqueza que no le estrañó, porque la mayor parte de los Religiosos eran nuevos y no tenían maestro que les dirigiese. Procuró, pues, con dulzura y suavidad establecer el género de vida prescrito en la Reforma, siendo él el primero en observar con todo rigor lo que ella prevenia; y como el ejemplo es el verdadero maestro, al poco tiempo fueron los Religiosos de aquel Convento los más perfectos modelos de la Orden reformada. El pueblo estaba edificado, y cada dia amaba y respetaba más á los nuevos Descalzos, gloriándose de tenerlos en su recinto, y publicando sus virtudes y santidad en todos los pueblos de la comarca.

Ademas de lo prevenido en los Estatutos redactados por el P. Comisario, dispuso JUAN BAUTISTA la observancia de otras costumbres, algunas de las cuales pasaron más tarde á ser leyes; y tal crédito de santidad alcanzó en toda la provincia el Convento de Recoletos de Valdepeñas, que muy pronto comenzó á engrandecerse el número de sus habitantes, pidiendo su pase á él muchos Religiosos, entre los cuales habia varios muy doctos y célebres oradores, que habian gobernado ya diferentes Conventos. Grande era la alegría que embargaba el alma de JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION contemplando el engrandecimiento de la Reforma; pero como la vida humana está siempre teñida de alegrías y disgustos, sucedieron estos á aquellas en el Convento de Valdepeñas, afligiendo sobre manera el corazón de su Santo Prelado.

SANTORAL ESPAÑOL.



Lit.^o Hazaña.

Lit.^o de Escarpino.

BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION.



Como muchos de los Religiosos que habian ingresado en el nuevo Convento estaban revestidos con títulos de Magisterios y Presentaturas, y en los Recoletos no se admitian consideraciones de ninguna clase, siendo completamente iguales todos los Religiosos, sin más distincion que la del Prelado, que así que dejaba de serlo, volvía á su carácter de simple Religioso, sin gozar de preeminencia ni distincion alguna, pareció á varios que se les hacia agravio en privarles de sus honores, persuadiéndose de que aquel trato humilde y aquella igualdad no era correspondiente á sus personas. Esto originó desazones y controversias entre JUAN BAUTISTA y los Religiosos, los cuales, comprendiendo que no habia medio de conseguir del recto Prelado que hiciese en su favor las concesiones y deferencias que pretendian, abandonaron el Recoleta Convento de Valdepeñas, volviendo á ingresar en los de que habian salido. Este suceso produjo el consiguiente retrainimiento y frialdad para abrazar la vida austera de la Releccion, diciéndose que no podia durar una institucion tan pobre, trabajosa y falta de comodidad.

«Vino á este tiempo, dice Fray Luis de San Diego, cronista general de la Orden, el P. Provincial á visitar el Convento, y si bien se mostró propicio al Ministro, y á las comunes observaciones, aprobando lo que encontró establecido en la nueva Reforma, y confirmando las leyes y ordenanzas dispuestas por el Reverendísimo P. Comisario General; observando por otra parte que algunos estaban descontentos con aquella vida, igualmente creyó que no llevaba principios para durar mucho, y no la favoreció todo lo que podia. Dió oído á algunos quejosos, que sin más noticia verdadera que la que consiste en una pura infundada sospecha, le aseguraron que su Ministro trataba de formar quejas ante el señor marqués de Santa Cruz, y acudir al

Rey y al Papa, para conseguir separar de la obediencia de la Orden la pequeña porcion de la Reforma. Todo entonces era falso, pues en nada habia pensado el siervo de Dios; pero el P. Provincial creyó todo, porque todo lo temia, y con este motivo no tenia ya el concepto que antes de las virtudes grandes del Ministro de Valdepeñas.

»A estas oposiciones de los hombres, que podian provenir de sana intencion, siguió una depravada persecucion del demonio. Intentó este infernal enemigo atemorizar con espantos á los Religiosos, para ver si podia lograr el que desamparando el Convento dejasen tambien aquella vida rigurosa y austera; pareciéndole que aunque no habia cedido su constancia con el ejemplo de los que volvian á su primera madre, podria ablandarse con el miedo y terror que les infundiria su presencia. Tomó, pues, la figura de un gran mastin, y cerca de la media noche saltaba las tapias de la huerta, dando tan fieros alaridos, que los Religiosos despertaban tan poseidos de terror, que solo hallaban alivio delante de Jesucristo Sacramentado. Ibanse al coro ó á la iglesia, conducidos del siervo de Dios, que, como buen discipulo del Divino Pastor, los alentaba y confortaba con palabras encendidas del divino amor, que salian del volcan de su pecho.

»No es fácil trasladar al papel lo mucho que padeció y sufrió en estos principios de la Reforma, porque solo su grande confianza en Dios, de cuyo agrado sabia que era esta obra, pudo darle constancia y firmeza á vista de tanta oposicion como le hizo el mundo y el inferno. Cuando se le iban los Religiosos atemorizados, ya del demonio, ya de la vida penitente y retirada de aquella primera casa, era mucha su amargura entretanto que el Señor le enviaba otros que llenasen el lugar que dejaban los primeros. En una de estas ocasiones fue mayor su afliccion, por ser sujetos de bastante graduacion, mérito y esperanzas los que le

habian desamparado y vuelto á la observancia, temiendo el celoso Prelado se acabase la Reforma tan á los principios. Retiróse á su celda á divertir su congoja, y descansar un rato con un libro devoto. Luego que le abrió se encontró con un caso que aconteció al Seráfico Padre San Francisco, y le referia su autor con las siguientes palabras: «Estaba un dia San Francisco muy afligido porque se le iban los pocos frailes que al principio tenia: apareciósele Cristo, y dijole:—Francisco, ¿qué lloras? ¿Esta Religion es tuya, ó mia? Respondióle el Santo:—Señor, tuya.—Pues si es mia, prosiguió Cristo, y si esos se fueren, ¿no traeré yo otros, y si no los hubiere nacidos, no haré yo que nazcan?» Leídas estas cláusulas, las tuvo el afligido Prelado como dichas á sí mismo, y quedó, como él escribe, consoladísimo con ellas, persuadido á que el Señor se las repetia por el mismo motivo que á San Francisco.»

Pero, sin embargo, siguiendo el consejo que encierra aquella máxima de *ayúdate y te ayudará*, comenzó á trabajar en favor de la Reforma con una actividad prodigiosa, y que parecia de todo punto imposible en un hombre tan debilitado y que casi nunca se veia libre de calentura. Consideró que jamás alcanzaria un verdadero triunfo de los enemigos de la Reforma, ni afianzaria la existencia de esta si sus pasos no se ocupaban más que de bordear arroyos sin ascender á la fuente, y en su virtud, marchó á Roma á impetrar del Sumo Pontífice la concesion de la Descalcez para la Orden de la Santísima Trinidad. Despues de mil contratiempos y trabajos, llegó á la capital del Orbe Cristiano el día 21 de marzo de 1598, y, si no más que en España, encontró en Roma no ménos enemigos de la Reforma, que le hicieron decidida y cruda guerra, siéndole propicio únicamente el P. Pedro de la Madre de Dios, predicador de Su Santidad. Su constancia, iluminada y ayudada por la gra-

cia divina, le hizo por fin triunfar de sus enemigos, y despues de mil luchas, tuvo el inefable gozo de ver en sus manos el Breve de Institucion de CLEMENTE VIII, espedido en 20 de agosto del año siguiente de 1599.

Regresó á España y al Convento de Valdepeñas, y á pesar del Breve, encontró obstáculos y le abandonaron los Religiosos; pero iluminados por el Señor, diez y seis de ellos se le unieron con la mayor decision, y el triunfo de la Reforma fue completo, fundándose sucesivamente Conventos de Recoletos Descalzos en Alcalá, Valladolid, Salamanca, Torrejon, Córdoba, Sevilla, Ronda y Granada.

En el Capitulo celebrado en Valladolid el dia 8 de noviembre de 1605, presidido por Monseñor el Nuncio Don Juan García Milini, fue elegido Provincial, cargo que su modestia se resignó á admitir por servir á la Orden, y procurar elevarla á la altura que su santo amor á ella deseaba. Con toda la actividad que su quebrantada salud le permitia giró una visita á su provincia, examinando con la mayor detencion y escrupulosidad todos los Conventos, enterándose prolijamente de las costumbres de los Religiosos, y del género de vida que hacian, sin descuidar el promover fundaciones, que era su constante y anheloso afan. Terminados los tres años de provincialato, y viendo que no se reunia Capitulo ni podia reunirse tan pronto como él deseaba para nombrarle sucesor, dimitió el cargo, nombrando el Nuncio por indicacion de FRAY JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION Vicario Provincial al docto y virtuoso Fray Francisco de Santa Ana, que habia pasado de los Calzados á la Reforma.

Ocupándose como siempre del engrandecimiento de la Orden se hallaba en Córdoba, cuando á sus habituales y graves dolencias se le reunió un agudo dolor de costado. El Padre Ministro Fray Juan de San Miguel, con el debido respeto á los merecimientos del virtuoso FRAY JUAN

BAUTISTA, dispuso inmediatamente la más esmerada asistencia para el enfermo, destinando para su esclusivo servicio á los PP. Fray Ambrosio de Jesus y Fray Bartolomé de Cristo. Pero todo el celo y cuidado fue inútil, manifestando desde luego los médicos, que aquella era la última enfermedad, y que le restaban pocos dias de vida. Agravándose por momentos el santo enfermo, determinaron anunciarle su próximo fin, y uno de los médicos se encargó de ello.

Con el mayor júbilo recibió la noticia, y alzando las manos y la vista al cielo, exclamó con dulce y tranquila voz: *Heme alegrado en lo que se me ha dicho: iremos á la casa del Señor, donde Su Majestad habita.* Y volviéndose despues al médico, que se habia valido de rodeos para manifestarle su estado, le dijo: *Pues hermano, ¿esta nueva retardaba V. en darme! Muchos años há que con grandes ansias la deseo, porque tengo firme esperanza que Dios me ha de llevar á su santa gloria.* A un amigo que le manifestó pena por verle tan cercano á dejar el mundo, le dijo: *Que por lo mismo, siendo su verdadero amigo, debia alegrarse, porque se iba á la gloria, y desde allá le serviria mejor.* Se confesó con el mas santo fervor, y vertiendo copiosas lágrimas de dolor y de arrepentimiento, creyéndose el mas culpado de los mortales, y cuando oyó que se acercaba la Comunidad acompañando al Santo Viático, quiso bajarse de la cama para recibir al Señor de rodillas en el suelo: su estado no se lo permitió, y solo pudo, sostenido por varios Religiosos, ponerse de rodillas sobre la cama, en cuya postura lo recidió. En seguida pidió que le dejasen solo para dar gracias: á las pocas horas, y conociendo que su vida se estinguia, pidió la Estremauncion, y á las tres de la tarde del dia 14 de febrero de 1613 entregó su pura alma al Criador á los cincuenta y dos años de edad y treinta y tres de Religion. Fue beatificado por el Papa Pio VII en 26 de agosto

de 1819, quien concedió rezoy Misa para toda la Iglesia católica en 28 de marzo de 1820.

DIA 15.

San Faustino y Santa Jovita, hermanos, Mártires, *Italianos*.

DOS NIÑAS, MARTIRES, DE CORDOBA.

Varios escritores, entre ellos el autorizado Sanchez de Fera, y los ilustrados redactores de la *España Sagrada*, colocan en este día del año 864 el martirio de dos niñas, hermanas, naturales de Córdoba, cuyo nombre robó el tiempo.

Reinaba en Córdoba Mahomad, hijo de Abderraman I, y hallábase en completo desarrollo contra los cristianos la persecucion conocida por *Sarracénica*, que tanto aquilató el valor de los cristianos, produciendo los gloriosos héroes, de cuyos admirables y portentosos hechos nos iremos ocupando. Vivian en Córdoba dos niñas, huérfanas, tan entusiastas por la Santa Religion del Crucificado, que nada era capaz de hacerlas ocultar sus prácticas religiosas. A tal grado se constituyeron en defensoras de la fé, que se presentaron en el Tribunal y reprendieron al juez su furor sanguinario, manifestándole que todas sus crueldades y los tormentos que empleaba, y mil más que á su mente sugiriese Satanás, serian de todo punto insuficientes para concluir con la Religion cristiana, é impedir que la confesasen en su presencia los valientes soldados de Jesus. El juez mandó que las degollaran en el acto, y la mayor, temerosa de que quedase sola en el mundo y espuesta á ser pervertida la menor, si la dejasen con vida por cualquier circunstancia, despues de muerta ella, la indicó que la precediese, á lo que se prestó gustosísima la mas pequeña, entregando la primera su cuello al verdugo, siendo degollada en seguida la mayor. Hallóse presente, y con el dolor de no poder evitar el

sacrificio de estas tiernas heroínas, un embajador del Rey Carlos el Calvo, de Francia, llamado Mancio, venido á España para asegurarse de la identidad de las reliquias de los gloriosos Mártires San Aurelio, Santa Sabigoto, esposos, españoles, de los que hablaremos el día 27 de julio, que con las del Monge San Jorge, habian sido llevadas hacia seis años al Monasterio de San German de Paris, por los Monges Usuardo y Odilardo.

Dicen algunos escritores, pero sin fundar su noticia, ni autorizarla con documento alguno, que estas niñas, huérfanas, eran Felicitas y Maria, hijas de los citados Mártires San Aurelio y Santa Sibogoto, de las cuales hace mencion diferentes veces San Eulogio. Encontrándole un día en la calle, le dijo la más pequeña, que contaba entonces cinco años de edad: «Mira, Padre, que escribas los hechos, tormentos y trofeos de mis padres.» San Eulogio la preguntó, risueño y cariñoso: «¿Y qué me has de dar por eso?» A lo que respondió la niña: «Alcanzaré de Dios que te dé el paraíso.»

DIA 16.

San Julian, *Sirio*, y cinco mil compañeros, Mártires.

DIA 17.

San Julian de Capadocia, Mártir, *Turco*; San Claudio, Obispo, *Romano*, y Santa Constanza, *Romana*.

DIA 18.

San Simeon, Obispo y Mártir, *de Judea*.

SAN ELADIO, ARZOBISPO DE TOLEDO, ESPAÑOL.

SAN ELADIO, uno de los mas brillantes ornamentos del antiguo Episcopado español, nació en la ciudad de Toledo. No se sabe con firmeza la época de su nacimiento; pero calcu-

lando por su ancianidad cuando falleció, y por los importantes cargos que desempeñaba en la corte del Rey Sisebuto, se presume que nació al comenzar el último tercio del Siglo VI. Su familia descendía de Reyes godos, y su padre, llamado Eladio, como él, ocupó constantemente en la corte elevados puestos, siendo siempre muy considerado de todos los Reyes. El joven ELADIO fue criado con las comodidades y el regalo consiguientes al vástago de una tan distinguida y opulenta casa, estando en contacto con los más esclarecidos personajes de la corte y apreciado de los Soberanos. Durante su niñez, fue especialmente querido del Rey Recaredo, y cuando joven, de Sisebuto, que le confió más tarde el alto y honorífico cargo de Presidente ó Gobernador de los negocios públicos. El padre de ELADIO no perdonó gestión ni medio alguno para dar á su hijo la más brillante educacion, rodeándole de los maestros más renombrados, no solo de los que residian en Toledo, sino en Sevilla, Córdoba y Barcelona, de donde los llevó á Toledo, sin reparar en gastos por crecidos que fuesen; diciendo, que la ciencia que se trasmite á la juventud es impagable é intasable, porque no es posible calcular los grandiosos bienes que aquella ciencia ha de producir á la humanidad.

Con tales elementos, y una imaginacion clara y facilisima comprension, no hay para qué decir que ELADIO era el joven de más provecho y de más esperanzas que encerraba la corte de Toledo. Pero si grande y merecido era su renombre en ciencia, no lo era ménos ni ménos merecido en prudencia, virtud y santidad. El peligroso contacto de la corte, las tentaciones que por todas partes rodeaban al distinguido joven, favorito del Príncipe, la adulacion, la mentira y las intrigas palaciegas, se estrallaban constantemente en su rectitud y pureza, y hasta los más audaces grandes del reino se abstenerian en su presencia de pronunciar palabras

y ejecutar acciones que no fuesen arregladas al decoro, á la moralidad y la Religión.

Las altas dotes de ciencia y prudencia que todos, y el Soberano con los demas, reconocia en ELADIO, le decidió á encargarle el gobierno de las cosas públicas, cargo que resumia en si solo el que hoy está distribuido en diferentes ministerios, pues representaba un ministro universal, un consejo de ministros personificado en un solo individuo.

«No se entibiaron sus piadosos dictámenes con esta primera dignidad del reino: hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una brillante fortuna y adelantamiento con que le brindaba su propio mérito. Inutilmente puso su virtud en la mayor prueba todo aquello que pudiera tentar á cualquiera otro corazón menos desengañado y menos sólido: nunca le deslumbraron las aparentes grandezas de que tanto se paga el mundo. Inspirole su virtud dictámenes y máximas más conformes á la Religión que profesaba, y así, en medio de la corte, vivia con el arreglo y devoción que pudiera un solitario. En prueba de lo cual, escribe San Ildelfonso, que bajo el hábito secular cumplia los ejercicios monásticos con tanto amor al retiro, que el tiempo sobrante del cumplimiento de las obligaciones de su alto cargo lo pasaba en el Monasterio Agaliense, contiguo á la ciudad de Toledo, floreciente por entonces en la observancia Regular, donde, reunido con los monges, se ocupaba en las funciones del instituto y oficios mas humildes de la Comunidad, hasta recoger y acarrear astillas para el horno.

» Cuando todos aplaudian y aun veneraban á ELADIO como maravilla de la corte, le inspiró el Señor la resolución de dejar al mundo para atender únicamente al negocio importante de la salvacion. Y siguiendo tan acertado impulso renunció el empleo, todos los honores y esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, vistió el hábito de mon-

ge en dicho Monasterio, donde fueron tan conocidos los progresos que hizo en la virtud, y tan notoria su consumada prudencia, que muerto el Abad de aquella casa, por aclamacion comun le eligieron por Padre los Religiosos, muy contra su voluntad. Pero si bien se esmeró en enriquecer con bienes temporales el Monasterio, mucho más en aumentar los espirituales en sus súbditos con el fervor de sus sabios consejos, siempre acompañados con el ejemplo, para hacer mas eficaces sus instrucciones.

»Vacó por aquel tiempo (año de 615) la cátedra episcopal de Toledo, por muerte de Aurasio, y todos pusieron los ojos en ELADIO para sucesor de aquel Prelado, digno del mayor elogio. Mas aunque se hallaba cargado de años, su prudencia, santidad y sabiduria le fortalecian con el valor necesario para gobernar diestramente su vasta diócesis. No fue tan fácil rendir su voluntad, como lo fue la eleccion; pero sujetándose al yugo por obediencia, principió á ejercer las funciones de su ministerio, como sabio y santo Pastor. Todos sus desvelos tenian por objeto la perfeccion del estado eclesiástico, las reformas de las costumbres del secular, y el lustre del culto divino. Y esmerándose en el socorro de los necesitados, mereció el renombre de *Padre de los pobres*. Basta para acreditar lo inagotable de su caridad, el testimonio de San Ildefonso: *Las misericordias y limosnas que hacia ELADIO, dice el Santo, eran tan copiosas, como si entendiere que de su estómago estaban asidos como miembros los necesitados, y de él se sustentaban sus entrañas, observando, para no defraudarles, una frugalidad admirable en la mesa.* El mismo San Ildefonso añade: que rehusó escribir, porque sus acciones laudables eran un testimonio continuo de cuanto podia imprimir en el papel para pública enseñanza. »

A su amor al culto divino, y á su celo por honrar la memoria de los Santos, se debió la construcción en Toledo del templo de Santa Leocadia, y en Andújar el que por sus consejos y gestiones mandó construir el Rey Sisebuto sobre el sepulcro de San Eufrasio. Contribuyó notablemente á los decretos espeditos por el mismo Rey para atajar los males que causaban los judios, y á la conversión de muchos de estos á la fé católica, compensando estas almas ganadas por la predicación de ELADIO las muchas que conducia á la eterna perdición la palabra de Mahoma, que por este tiempo comenzó á predicar su falsa doctrina.

Distinguió con su particular afecto á San Ildefonso, que despues ocupó la misma arzobispal Silla, y á quien ordenó de diácono en las ultimas Ordenes que dió, dedicando tambien una gran parte de su afecto al Santo varon, Monge Augustiniano Arthuago, por sobrenombre *Godo*, que tanto brilló trabajando con su sublime predicación para desarraigar la heregia arriana del corazon y de la mente de los godos.

Los disturbios de la córte, suscitados por ambiciones y bastardas pasiones de los grandes, le afligieron sobremañera: hizo cuanto pudo por templar los ánimos y tratar de conciliar los intereses de unos y otros; pero estaban tan encontrados los del Rey Suinthila y su hijo Rechimiro con los de Sisenandó y sus partidarios, que nada pudo conseguir, á pesar de haber agotado todos los grandes recursos de su prudencia, saber é influencia, teniendo por fin el acerbo disgusto de ver salir echado del reino á Suinthila y su hijo, y tomar posesion del trono á Sisenandó. El peso de sus muchos años, la vida trabajosa y penitente que siempre llevó, y el dolor que le produjo la desgracia del Rey y de su hijo, á quienes profesaba un especial cariño, determinaron el fin de su existencia, y rodeado de su afligidos admiradores, falleció el dia 18 de febrero de 634, despues

de haber regido su diócesis como un verdadero sucesor de los Apóstoles por espacio de diez y ocho años. La opinion de santidad de este esclarecido Prelado fue universal. Pisa, en la *Historia de Toledo*, para probar la veneracion que públicamente se consagraba á este Santo, dice, que antiguamente le pintaban con diadema, insignia de Santidad conocida.

SAN TEOTONIO, CONFESOR, ESPAÑOL.

SAN TEOTONIO, uno de los más preclaros varones de Galicia, nació en el año de 1080, en Ganfey, pueblo de la diócesis de Tuy, hijo de Obeco y Eugenia, pertenecientes ambos á las más nobles y acomodadas familias del país. No ménos ricos de virtudes que de bienes de fortuna, criaron á su hijo, empleando unas y otros abundantemente en favor de su alma y de su cuerpo, desarrollándose las facultades físicas y morales del tierno TEOTONIO con una rapidez admirable.

Las primeras letras las aprendió con suma facilidad y lucidez al lado de sus padres, pasando despues á Tuy á dedicarse á la latinidad, que venció tambien muy fácil y rápidamente. Desde Tuy marchó á Coimbra á cursar filosofia y letras sagradas al lado de su tío Crescencio, Obispo de aquella diócesis, que le dió por maestro á su Arcediano Tello, sugeto muy docto y virtuoso, bajo cuya direccion hizo TEOTONIO grandes progresos, tanto en ciencia como en virtudes. El cielo concedió á su tío, el Obispo Crescencio, vida suficiente para ver á su querido sobrino muy instruido y en disposicion de recibir las sagradas Ordenes, que él mismo pensaba conferirle, cuando atajó la muerte sus pasos, no dejándole satisfacer su santo deseo. En seguida que murió Crescencio, pasó TEOTONIO á la ciudad de Viseo, incorporándose desde luego en el clero de la Iglesia de Santa María, en la que cantó la primera Misa. Así que se vió re-

vestido de la alta dignidad del sacerdocio, aunque su vida era y habia sido siempre de las más ejemplares, aumentó la perfeccion, siendo admirable y perpétuo modelo de cuantas virtudes y altas prendas pueden distinguir á un sacerdote para cumplir su mision en el mundo de salvacion y consuelo de las almas.

Las reiteradas instancias de Gonzalo, Obispo de Coimbra, sucesor de su tio Crescencio, le obligaron á que admitiese el Priorato ó curato de aquella Iglesia de Santa Maria, á la que tenia particular cariño, por haber ejercido en ella el sagrado ministerio del sacerdocio por la primera vez; y habiendo fallecido sus padres, dejándole un pingüe patrimonio, invirtió en seguida una gran parte de él en socorrer necesidades y en enriquecer su iglesia con abundantes y ricas alhajas.

Inspiróle su piedad el deseo de visitar los Santos Lugares y besar la tierra que pisó con su santa planta el Salvador del mundo, y dejando encomendado el Priorato á un virtuoso Sacerdote amigo suyo, llamado Honorio, vistió el traje de peregrino y marchó á Jerusalem, predicando por el camino humildad y penitencia. Su visita á los Santos Lugares aumentó su fervor en la oracion, y su constante contemplacion de lo divino, y á su regreso no se encargó del Priorato, por más instancias que le hizo Honorio, queriendo estar libre de obligaciones, para dedicar más tiempo á la oracion y á obras de piedad y misericordia.

Recordando sin cesar las tiernas impresiones que experimentó su alma en Tierra Santa, volvió á emprender la peregrinacion á Jerusalem, y en la iglesia del Santo Sepulcro, propia de Canónigos seculares, se dedicó á la más rigida práctica de contemplacion y penitencia. Instáronle los Canónigos de aquella iglesia para que se quedase en su compañía; pero él, aunque en extremo reconocido á la deferencia, no aceptó, manifestándoles que tenia necesidad

absoluta de arreglar los asuntos de su iglesia de Coimbra, y que así que lo verificase, volvería. Partió de Jerusalem, y, con este propósito, regresó á Coimbra al tiempo que su maestro el Arcediano Tello, con autorizacion del Rey Don Alonso I y del Obispo, y ayudado por varias personas distinguidas y piadosas, estaba construyendo el Monasterio de Santa Cruz, con el objeto de dedicarse al servicio de Dios, bajo la Regla de San Agustin; y conociendo todos los interesados en la fundacion que TEOTONIO con su saber, esperiencia y virtudes podia dar gran lustre á la Comunidad, le rogaron que desistiese de volver á Judea, cuando tan necesarios eran sus servicios á la Religion en la Península. Accedió TEOTONIO, por fin, á las insistentes súplicas de sus amigos y admiradores, entrando a formar parte de aquel santo Monasterio, del cual fue nombrado Prior por unanimidad. Procuró por cuantos medios estaban á su alcance escusarse de aceptar aquel cargo; pero fue inútil, porque todos los santos asociados querian seguir la senda que les trazase como superior tan virtuoso, y renombrado varón. Altamente justificó el concepto en que le tenian, y fue al poco tiempo el Monasterio de Santa Cruz modelo de santidad, y de la más rigurosa observancia de la Regla que habia elegido.

«Hizo el Rey Alfonso de Portugal, hijo del grande Enrique, varias expediciones contra los moros de Andalucía, y volviendo victorioso, trajo entre los cautivos africanos muchos cristianos mozárabes, esto es, de los que vivian mezclados con los árabes. Súpolo el Santo Prior, y aunque nunca se dejó ver fuera del Convento, fue á hablar al Rey, y le ponderó de tal suerte el grande pecado que cometia un Monarca católico en traer cautivos á los cristianos, que compungido Alfonso al oír tan justa reprehension, dió libertad á más de mil hombres, sin contar los niños ni las mujeres;

pero no satisfecho el Santo con esta heroica accion, les dió habitaciones cerca del Monasterio, y los mantuvo muchos años, como si fuese padre de todos.

»Mucho contribuyó para dar más realce á la eminente virtud de TEOTONIO la multitud de prodigios que obraba el Señor continuamente por intercesion de su siervo, no siendo el menor entre todos la inalterable tranquilidad que conservaba en medio de una multitud de gentes de todas clases que concurrían al Monasterio á ver al Santo para aprovecharse de las singulares gracias que le concedió el cielo, y de sus saludables instrucciones; pareciendo á todos en las dulces palabras con que les hablaba y en los amorosos afectos con que atendía al socorro de sus necesidades, que trataban no con un hombre, sino con un ángel en carne humana. Por este alto concepto se granjeó el respeto y aprecio de todo el reino de Portugal y de Galicia, donde era venerado como oráculo celestial; pero distinguiéndose sobre todos en el aprecio del Rey Alfonso I, que no intentaba empresa alguna que no fuese con aprobacion del ilustre Prior, en cuyos méritos tenia colocada su confianza. Sitió este religioso Principe la fortaleza de Santaren, ocupada por los moros, y manifestando al Santo que deseaba le ayudase con sus oraciones, pues pensaba dar el asalto, fueron de tanto valor, que en el mismo dia entró el Rey triunfante en la plaza. No fue esta sola la gloriosa empresa que consiguió Alfonso con la proteccion de TEOTONIO: coligáronse cinco Reyes moros para detener los progresos del valeroso Principe, y recurriendo este á las poderosas armas de la oracion del Santo, consiguió de todos una completa victoria, llegando á ser el terror de las lunas agarenas.»

No vivia, sin embargo, contento TEOTONIO: el contacto con el mundo, aunque el mundo le honraba y distinguia,

le era cada vez más insoportable porque le robaba muchas horas á la contemplacion en la soledad de su celda, que era su constante anhelo: el desempeño de las obligaciones de Superior de una Comunidad era tambien un grande obstáculo para sus deseos, y resuelto á llevar estos á cabo, pidió, rogó y humildemente suplicó á la Comunidad que eligiese otro Prelado. En vano fueron al principio sus instancias y sus súplicas; pero comprendiendo al fin la Comunidad el sincero disgusto de su amado Superior, accedió á su deseo, y nombró para relevarle á su discípulo Juan Teotonio, varon de gran ciencia y virtud, y muy digno del puesto que le confiaban.

Libre del cargo que tantos hubieran aceptado, é indefinidamente conservado, y que para él era un tormento continuo, pues su humildad no podia avenirse con ninguna clase de mando, se dedicó de lleno á la oracion y á la más rigurosa penitencia, que aumentó al poco tiempo á un desconocido é inaudito grado, pues comprendiendo que se le acercaba la hora de la muerte, queria purgar á su alma de toda culpa para que pudiera presentarse benemérita y limpia ante el divino Juez. No se engañó por cierto: la muerte le acechaba de cerca, y disfrazada de achaques de una vida trabajosa y penitente, más bien que de ancianidad, se introdujo en aquel santo cuerpo para quedarse dueña de él, haciendo salir al alma. Recibió con cabal conocimiento todos los Santos Sacramentos, pedidos por él, y vistiendo en seguida un saco de penitencia, y tendiéndose sobre un lecho de ceniza, aguardó tranquilo y contento el último instante, que no se hizo esperar muchas horas, y que despues de llegado dudaban de ello los que estaban presentes, pues ni en el rostro ni en ninguna parte del cuerpo se percibió el mas pequeño movimiento ni contraccion. Sesenta y dos años de edad contaba el día 18 de febrero de 1142, en el cual entregó su alma al Divino

Criador; pero la escesiva penitencia y rigor que usaba para su cuerpo y su trabajada vida habian aviejado su rostro de manera, que aunque dulce, agradable y simpático siempre, representaba de quince á veinte años más de los que tenia.

Dos dias cabales tuvo la Comunidad espuesto el Santo cadaver, para satisfacer la devocion de los fieles que acudian desde muchas leguas á honrar y venerar los restos de tan santo varon: la Comunidad celebró los funerales con la mayor solemnidad, y dió por fin sepultura bajo el altar del Capitulo de la propia casa á su querido y respetado Superior y compañero. En el primitivo sitio se conservaron sus restos venerados y visitados constantemente por los habitantes de la poblacion de Coimbra y de los pueblos inmediatos, que en sus trabajos y penalidades acudian á la tumba á solicitar la proteccion del Santo. En el año de 1630 fue trasladado á un magnifico sepulcro de jaspe, primorosamente trabajado, excepto un brazo que se dió á la iglesia de Santa Maria de Viseo, de la que tuvo el Priorato.

DIA 19.

San Alvaro de Córdoba, Confesor (1); San Gabino, Presbítero, *Romano*, y San Conrado, Confesor, *Italiano*.

SAN BEATO, ABAD, ESPAÑOL.

Ocupándose de este Santo el ilustrado escritor Sr. Pétaño y Mazariegos, de cuyos autorizados escritos hemos to-

(1) La Biografía de San Alvaro de Córdoba corresponde al *Apéndice*, porque escritores muy autorizados, que citaremos allí, le dan por *Español*, y otros, que no lo son ménos, y que tambien citaremos, le tienen por *Portugués*; y en la duda nos abstenemos de incluirle en el fondo del SANTORAL ESPAÑOL, cuyo título queremos justificar, y que sea una verdad.

mado y tomaremos mucho interesante, dice: «Dios, que elige las cosas necias y humildes al parecer del mundo para confundir á los sabios y soberbios de él, eligió á SAN BEATO, humilde presbitero, bien que insigne en doctrina y Santidad, para abatir el orgullo de Elipando, Arzobispo de Toledo, protector del error que perturbó en su tiempo la tranquilidad de la Iglesia de España. Habia tenido este Prelado por maestro en su juventud á Félix, natural de Francia, hombre de un ingenio perspicaz y de una vasta erudicion; pero dejándose llevar despues que ascendió á la dignidad de Obispo de Urgel del fanatismo que por lo comun preocupa el entendimiento de los herejes, tuvo la fragilidad de sostener con un empeño indiscreto, y con un tesson irregular, que Jesucristo era Hijo adoptivo del Eterno Padre, contra lo que espresamente enseñan las Sagradas Escrituras. Persuadió este error á su discipulo Elipando, y como se hallaba colocado en la cátedra principal de España, abusando de su autoridad, procedió por escrito primeramente, y despues con anatemas, contra todos los Obispos y presbiteros católicos que impugnaban su pestifera doctrina.

»Afeada la hermosura de la Iglesia de España por el Prelado más principal y poderoso de ella, así como en otro tiempo previno Dios á un David contra el soberbio Goliat, sacó de las selvas á SAN BEATO para que pelease gloriosamente contra el jactancioso Arzobispo, que lleno de una vana presuncion, quiso avasallar á los defensores de la fé ortodoxa. Nació este héroe en las ásperas montañas de la Liébana, de las nobles familias de los más antiguos asturianos: educóse en la Religion cristiana, y aplicado á los estudios, hizo en las ciencias grandes progresos, y con especialidad en las Santas Escrituras, de las que adquirió una perfecta inteligencia. Eligió el estado eclesiástico con el laudable objeto de dedicarse enteramente al servicio del

Señor, habiendo ascendido por sus relevantes méritos á la dignidad de Sacerdote. Luego que recibió el Sagrado carácter, solo pensó en hacer una vida más perfecta, trabajando infatigablemente por mantener el sagrado depósito de la fé en la misma pureza que la habian predicado los Apóstoles. Oyó la errónea doctrina que queria introducir en España el Arzobispo de Toledo, y revestido de aquel santo celo y de aquel valor que constituye el carácter de los varones apostólicos, comenzó á predicar el dogma católico por toda aquella region, declamando con el mayor ardor contra la herética novedad.

»Conservaba BEATO una íntima amistad con San Eterio, Obispo á la sazón de Osma, fundado este estrecho vínculo en la unidad de la Religion, en la conformidad de costumbres y en la uniformidad de sentimientos, y reuniéndose ambos héroes en la gloriosa empresa de proceder acordes por palabras y por escritos contra Elipando y contra Félix, protectores del error, predicaron y enseñaron por todos los pueblos la doctrina católica con tanto celo y con tanta actividad, que á sus eficaces diligencias se debió el que volviesen muchos al seno de la Iglesia, arrepentidos de haberse dejado seducir de los maestros de perdicion.

»Sintió Elipando en el alma la oposicion de los dos ilustres héroes, por lo que, lleno de soberbia, se quejó agriamente de ellos, como despreciadores de su alto carácter y de su suprema autoridad, en una carta que escribió á cierto Abad de Asturias, llamado Félix, á quien dió comision para que les notificase su determinacion. Decia en la carta el vano Arzobispo, hablando de BEATO: «¿Quién oyó jamás que un hombre asturiano, vagante por esas montañas, se atreva á corregir y enseñar á los toledanos? Bien podía tomar ejemplo del Obispo Atearico, que habiendo oido las espresiones de los impugnadores de opinión, re-

»currió á nuestra cátedra, rogándonos con humildad que le
 »manifestásemos qué era lo que debia creer: pero confia-
 »mos en Dios que hemos de estirpar de esas montañas la
 »heresia beaticana, sostenida tambien por Eterio, que como
 »jóven se dejó engañar de BEATO, hombre silvestre y ha-
 »blador, y así (prevenia al Abad) amonéstelos que desistan
 »de su terquedad, pues de lo contrario les heriremos con
 »la formidable espada del anatema.» Notificó Félix la carta
 del orgulloso Elipando á BEATO y á Eterio, creyendo que
 respetarian la autoridad de un Arzobispo como el de Tole-
 do; pero estuvieron tan lejos de acobardarse con las ame-
 nazas de aquel soberbio Goliat, que animados de un nuevo
 celo, le respondieron de comun acuerdo con una especie de
 símbolo arreglado á las Santas Escrituras, á las definicio-
 nes de los Concilios y á los sentimientos de los Santos Pa-
 dres. Y no satisfechos con este documento, digno de eterna
 memoria, escribieron ambos una apología en defensa del
 dogma católico, que era el asunto de la controversia, y es-
 parciéndole por toda la nacion, desengañaron á muchos,
 que, preocupados con las sutilezas de los hereges, habian se-
 guido el partido de la novedad.

»Quisieron, sin embargo, Félix y Elipando sostener su
 perversa opinion; pero declamando incesantemente contra
 ellos los dos ilustres defensores de la doctrina ortodoxa,
 fueron aquellos condenados en el Concilio de Francfort, al
 que asistieron, como legados de la Santa Sede, Teofilato y
 Estéban, y como Nuncios de la Iglesia de España, Eterio y
 BEATO. Manifestaron estos á los Padres de aquella Asam-
 blea eclesiástica los vicios y enmiendas que Elipando y
 Félix habian introducido en los Códigos eclesiásticos, y en
 los escritos de los Santos Padres españoles, para sostener
 su error, acreditando, por los originales que exhibieron,
 que no habia ni una sola palabra en ellos que favoreciese
 á la execrable novedad, y no satisfechos con esta manifes-

tacion, contribuyeron á que se pronunciase por el Concilio el justo anatema como castigo de la obstinada pertinacia de los heresiarcas: todo lo que fue aprobado por el Papa Adriano, mandando se admitiesen en todas las iglesias las actas de aquel célebre Concilio. Supo Elipando cuanto se determinó en Francfort, y deseando dar á todo el Orbe cristiano un testimonio público de su reconocimiento, habiendo convocado un Concilio en Toledo, ofreció á los Padres una confesion de fé católica, en la que confesaba á Jesucristo como Hijo natural del Padre, y no adoptivo, como sostuvo hasta entonces lleno de preocupacion, corroborando el artículo con las espresiones del Símbolo de San Atanasio; en virtud de lo cual, y sinceridad de su arrepentimiento, fue reconciliado con la Iglesia. De este hecho resultó que, conociendo el mismo Arzobispo que BEATO y Eterio habian sido los mas acérrimos defensores de la doctrina católica, les pidió humildemente perdon, y contrajo con ellos una estrechísima amistad, que conservaron hasta la muerte.»

Terminadas felizmente las controversias cismáticas, se dedicó BEATO, secundado dignamente por Eterio, á extinguir las huellas que habian dejado las discusiones, y que se percibian en varios puntos de España, á pesar de la pública y solemne abjuracion del jefe del cisma. Su actividad y celo, sabiduría y elocuencia, triunfaron por completo, y desaparecieron de la mente de los cristianos españoles hasta las menores sombras de duda que pudieran empañar la perfeccion de sus creencias católicas. Conseguido su ansiado objeto, viendo lucir esplendorosa y refulgente la luz de la verdad, determinó BEATO dedicarse exclusivamente á la oracion, á la penitencia y al estudio de las Santas Escrituras, y para lograrlo mejor se retiró del contacto del mundo, yendo á morar en la soledad, á un lugar llamado Baldecaba, á la raya de las montañas de Liébana,

en la diócesis de Leon, cerca del pueblo llamado Saldaña. Allí contentó su esquisito afán de contemplación y penitencia, haciendo esta tan asombrosa, que era la admiración de las gentes. Escribió un notable y muy apreciado libro sobre los misterios del Apocalipsis, continuando por algunos años tan santa y admirable vida, descansando por fin en el Señor á la conclusión del siglo octavo, un día 19 de febrero, no quedando memoria del año fijo. En Baldecaba fue enterrado el santo cadáver, habiéndose dignado el Señor hacer célebre y memorable el sepulcro de SAN BEATO, por los innumerables milagros que obró por intercesión de su amantísimo siervo. La piedad y agradecimiento de sus devotos le construyó un magnífico sepulcro de mármol en la iglesia de su nombre, al cual fue trasladado á los tres años de su fallecimiento el cuerpo de SAN BEATO, escepto un brazo, que por separado se colocó en un precioso relicario, para darle á adorar á los infinitos enfermos que acudian á implorar la intercesión del Santo para alcanzar salud del Todopoderoso.

DIA 20.

San Leon, Obispo, *Siciliano*, y San Eleuterio, Obispo, *Belga*.

SANTA PAULA, VIRGEN, ESPAÑOLA.

Ignórase el año del nacimiento y de la muerte de esta Santa, habiendo quedado memoria solamente del día de su glorioso tránsito, que tuvo lugar en 20 de un mes de febrero, á mediados del siglo VI. Nació en Cardeñosa, pueblo perteneciente al Obispado de Avila, en cuya ciudad ha sido y es célebre su memoria, aunque más conocida por Santa Barbada que por SANTA PAULA, por el prodigio que Dios obró en ella, y que vamos á referir.

Fueron sus padres honrados y acomodados labradores del referido Cardenosa, é imprimieron en el corazon y en la mente de PAULA, desde su infancia, las más piadosas máximas de nuestra Santa Religion, recomendándola la devocion pará con los héroes del cristianismo que habian dado su vida y su sangre por defender los preceptos del Evangelio y confesar su Religion. Fue de estos San Segundo, primer Obispo de Avila, á quien se reconoce por uno de los siete varones apostólicos que enviaron á España desde Roma San Pedro y San Pablo, con el objeto de difundir la luz del Evangelio. Como al primer Padre espiritual que tuvo Avila, consagró su particular devocion la jóven PAULA, y con la mayor frecuencia iba de Cardenosa á Avila á visitar el sepulcro del ilustre Mártir, ante el cual pasaba varias horas en fervorosa oracion, ofreciendo al Señor sus santos votos. PAULA era tan hermosa de cuerpo como de alma, y habiéndola visto uno de los jóvenes mas principales de la ciudad, se enamoró locamente de ella, y puso en juego todos los recursos de su imaginacion para alcanzar sus favores; pero ni los ruegos, ni las mas rendidas súplicas, ni las alucinadoras ofertas, ni las temibles amenazas, pudieron vencer la virtud de la Santa vírgen, que huía horrorizada de los torpes deseos de aquel libertino.

Mucha afliccion produjo á la virginal doncella la persecucion del jóven, porque, temerosa de un atropello en el camino, tuvo que dejar de ir con la frecuencia que acostumbraba á Avila, pues no siempre se le proporcionaba ir acompañada. Pero no habiéndose presentado en Cardenosa hacia bastantes dias el jóven perseguidor, fue cobrando valor PAULA, creyendo que el jóven habia desistido de sus exigencias y pensamientos, y determinó volver á visitar el sepulcro del glorioso San Segundo. Pero el jóven, muy lejos de desistir de sus inmorales ideas, habia formado el propósito de que la violencia le diese lo que las súplicas,

ofrecimientos y amenazas no le habian podido alcanzar, y para lograr una ocasion oportuna no volvió á presentarse á PAULA, con el fin de inspirarla confianza, y que volviese á su costumbre de ir sola desde su pueblo á Avila. Logró efectivamente su primer objeto de inspirar confianza á PAULA, que no habiendo vuelto á ver á su perseguidor, tomó de nuevo la antigua costumbre de ir con frecuencia á orar ante el sepulcro de su Santo predilecto.

Caminaba una mañana temprano desde Cardeñosa á Avila, y viendo dirigirse á su encuentro al jóven, la hizo presentir de repente el corazon las villanas intenciones de aquel, y, aligerando el paso cuanto le fue posible, se entró precipitadamente en una ermita dedicada á San Lorenzo, que habia poco antes de la ciudad, pero distante todavía lo suficiente para que en el camino que mediaba entre ella y Avila pudiera el jóven atropellarla, sin que pudiera ser socorrida por nadie. Postrada la temerosa vírgen á los pies de un Santo Cristo que habia en la ermita, le rogó fervorosamente que la afease el rostro y desfigurase de manera que causara repugnancia y horror á aquel lascivo jóven, para que cesara de atormentarla y perseguirla; y oyendo benigno el Supremo Hacedor la ferviente súplica de su amante sierva, dió á su rostro una espesa y larga barba, desfigurándole completamente.

Resuelto á consumir su crimen, hasta en aquel mismo Santuario, entró el jóven dirigiéndose á PAULA, quedándose altamente sorprendido. Dudoso y balbuciente, la preguntó si habia entrado hacia muy poco alguna otra persona en la ermita, á lo que contestó, que nadie habia entrado despues que ella, y antes que él. Conturbado y sin saber lo que le pasaba, salió de la ermita el jóven, dejando libre á PAULA. Con la mayor efusion de su santa alma dió estas gracias al Señor por tan señalado beneficio; y queriendo acreditar con pruebas prácticas su profundo agradecimiento

to, dedicándose sin tregua á la oracion y á la penitencia, marchó á morar con residencia fija cerca del sepulcro de San Segundo. Por varios años continuó su ejemplar vida, edificando á todos los habitantes de la ciudad, y volando la fama de su santidad por toda la comarca, descansando por fin en el Señor, llena de virtudes y merecimientos. Su cuerpo fue sepultado cerca del arca que contiene las reliquias de San Segundo, venerado por todos los pueblos de la comarca. Doña Isabel de Ribera mandó despues labrar un sepulcro, que fue colocado en la capilla que con la advocacion de Santa Barbada fundó dicha piadosa señora en la propia iglesia de San Segundo, á cuyo sepulcro fue elevado el santo cuerpo de la virgen PAULA. Sobre este sepulcro se colocó mas tarde otro de Santa Agueda.

DIA 21.

San Félix, Obispo, *Belga*, y San Maximiano, Obispo y Confesor, *Italiano*.

UN SANTO ESPAÑOL, MARTIR EN CORDOBA.

En este dia colocan, *La España Sagrada*, *La Palestra Sagrada*, diferentes Años Cristianos y otras autorizadas obras, un Santo, mártir de Córdoba, cuyo nombre se ignora.

Por los años 863, siendo Rey de Córdoba Mahomad, sufrían los cristianos la más dura persecucion de los moros, que no perdonaban medio para conseguir la estincion completa del cristianismo, que era su más constante deseo. Y como si no fueran suficientes los tormentos que, hora por hora é instante por instante, proporcionaban los bárbaros sectarios de Mahoma al pueblo cristiano, varios hijos espúreos de este levantaron contra él una empeñada y cruelesima guerra. «Dió ocasion á esta calamidad un Obispo de Málaga llamado Hostigerio, herege antropofornita, que sobre negar á Dios el ser puro espíritu, decia otras insulsas y

ridículas falsedades. A este mal hombre se juntaron Servando, deudo suyo, juez de cristianos, y juntamente enemigo, y romano viejo torpe, con su hijo Sebastian, los cuales, con gran ruina de la Religion, vendian el sacerdocio, arrendaban las contribuciones de los cristianos á precios exorbitantes, y hacian esclavas las Iglesias, obligándolas á mayores contribuciones. No contentos con esto depusieron al Obispo Valerio y al Abad Sanson, el más ilustre y sabio católico de aque tiempo, tratándole de herege.»

Deseoso de contribuir al remedio de tantos males como pesaban sobre el pueblo cristiano, y hacer en su favor todo lo que su profundo amor á Dios le dictaba, resolvió un Santo varon cordobés dirigirse al juez moro y hacerle presente la angustiosa situacion en que al pueblo cristiano habia constituido su cruel persecucion, dando con ella motivo á las lamentables disidencias que habian surgido entre él, y á la doble opresion que experimentaba. Con ardorosa fé y ferviente anhelo por el bien de la Religion del crucificado habló el Santo varon al juez, que, ofendido por sus justas convenciones y reclamaciones, le mandó llevar á la cárcel. Asi que el juez de los cristianos, el impio Servando, pariente de Hostigerio, Obispo de Málaga, supo la prision del Santo siervo de Dios y la causa de ella, concibió el satánico proyecto de envolver en la causa y hacer sucumbir al Obispo Valerio y al Abad Sanson, y para lograrlo se presentó al Rey Mahomad, y le pidió que mandase comparecer á estos, les preguntase si era cierto todo lo que habia dicho y confesado el cristiano preso, y que si decian que era falso los mandase que con sus propias manos le quitasen la vida, y si se negaban á hacerlo, probarian que ellos eran el alma de aquella intriga, y que por consejos suyos habia procedido el preso á tan temeraria declaracion. A pesar de su ferocidad y afan de sangre cristiana, no se prestó el Rey á tan villana accion, y mandó retirar inmediatamente á Servando;

pero el fervoroso y fiel cristiano cordobés que estaba preso, y que se cuenta entre los Santos de España, alcanzó la palma del martirio siendo degollado por disposición de Mahomad.

DIA 22.

La Cátedra de San Pedro en Antioquía, y San Pascasio, Obispo, *Francés*.

DIA 23.

Santa Marta, Virgen y Mártir, *Asiática*; Santa Margarita de Cortona, *Italiana*, y Santa Isabela, *Francesa*.

SAN FLORENCIO, CONFESOR, ESPAÑOL.

Nació este Santo en Sevilla en el año de 432, presidiendo aquella Santa Iglesia el Prelado Marciano. Nada se sabe de sus ascendientes, ni se conoce el apellido de su familia, que los antiguos escritores califican de nobilísima. Conformes están todos igualmente en que FLORENCIO fue un modelo de virtudes y de caridad cristiana que le conquistaron el respeto y amor general, no solo de los habitantes de Sevilla, sino también de muchos pueblos de la provincia que visitaba, llevando el consuelo á las familias, y predicando con gran fruto para la Religión cristiana. Murió á la edad de 53 años en la misma ciudad que le vió nacer, el día 23 de febrero del año 485, rigiendo aquella diócesis el famoso Prelado Zenon. Para contentar la piedad de los fieles, que de todos los pueblos de la comarca acudieron á adorar el Santo cadáver, en cuanto supieron el fallecimiento de su respetado y querido consolador FLORENCIO, no le dieron sepultura en 17 días, durante los cuales estuvo espuesto constantemente al público, sin que sufriese la más pequeña alteracion, conservando el rostro tan natural y apacible, y con el mismo color que antes de abando-

nar el alma. Desde el día 13 de marzo en que fue enterrado, según manifiesta la inscripción puesta en la caja, comenzaron los fieles á venerarle como Santo; pero el oficio que reza de SAN FLORENCIO la Iglesia de Sevilla es todo del comun, por no hallarse mencion de este Santo en el cuaderno que presentó á la Santa Sede el Cardenal D. Rodrigo de Castro, Arzobispo de Sevilla, ni mencionarle tampoco el Sumo Pontífice Sixto V en su Bula de 4 de agosto de 1590, aprobando los rezos de los Santos de Sevilla. Esta Iglesia eligió para la festividad de SAN FLORENCIO el día de su tránsito, y en el mismo se colocó su memoria en el Martirologio Romano.

SAN ORDOÑO, OBISPO DE ASTORGA, Y CONFESOR, ESPAÑOL.

El gran renombre y fama de la ciudad de Astorga procede principalmente de la antigüedad de su línea eclesiástica. Hay memorias de su Iglesia desde mediados del siglo III, pues en el año de Nuestro Señor Jesucristo 252 ya estaba perfectamente organizada con Eclesiásticos y Obispo, lo cual supone población cristiana de muchos años atrás, que debió tener su origen muy cerca de la predicacion de los Apóstoles. En el referido año 252 ocupaba la Silla Episcopal, y no como erigida entonces, sino como continuada, el Obispo Basilides. Nada se sabe de sus predecesores, aunque por una carta de San Cipriano se sabe que los había tenido; pero el ser el primero que consta en el Catálogo de los Obispos de Astorga, y lo mucho que con variedad hablan de él los historiadores antiguos y han seguido algunos modernos, creemos que nos obliga á fijar los hechos con la averiguada verdad que lo hace el M. Enrique Florez en su *España Sagrada*.

«La noticia de este Prelado, dice el M. Florez, consta por las obras de San Cipriano en la carta 68 sobre el rui-

dos y lamentable caso de dos Obispos que en la persecucion de Decio faltaron á la confesion de la fé, y por tanto fueron depuestos de las Sedes. Uno se llamó Basíldes; otro Marcial. Este fue Obispo de Mérida: aquel de Leon y Astorga, segun queda prevenido en el tomo XIII desde la página 133, donde la conexion de la materia obligó á tratar de los sucesores de este Obispo al tiempo de esponer los del Emeritense, por estar juntos en la carta de San Cipriano. En ella vemos que Basíldes recibió *libelo de idolatría*, á fin de no ser molestado por los Ministros Imperiales, que perseguian á los cristianos, y cayendo despues en una enfermedad blasfemó de Dios, siguiéndose de este abismo otros graves delitos, que cuando debian provocar la Divina venganza, pulsaron en las entrañas del Padre de las Misericordias, y derramó sobre el ciego tanto golpe de luz, que le abrió los ojos para confesar y detestar las abominaciones. Hirió tan íntimamente el dolor de las culpas al que las cometió, que para limpiarse de las manchas escogió voluntariamente la pena de apartarse del honor Episcopal, entregándose á una verdadera penitencia, con tan humilde reconocimiento de su gravísima caida, que tenia por singular indulgencia si Dios le concediese el honor de llegar á comulgar entre los legos.»

Varones ilustrísimos en ciencia y santidad se fueron sucediendo en la Silla de Astorga desde el referido Basíldes, que la ocupó en 252 hasta el 4 de febrero de 1062, que ascendió á ella SAN ORDOÑO, Santo Español de este dia, señalado con el número treinta y cinco en el Catálogo de Prelados de aquella Sede. Corto fue el tiempo que Dios le concedió para regir la Iglesia de Astorga, pues segun el epitafio puesto en su sepulcro, pasó á mejor vida en 23 de febrero de 1065, habiendo ocupado, por consiguiente, la Silla solos tres años y diez y nueve dias. Solo se sabe de su

vida anterior á su consagracion de Obispo, que fue Monge del Monasterio de Samos, con tal fama de santidad, ciencia y prudencia, que le llevó al Obispado con unánime complacencia y alegría de la diócesis. Ademas del gran nombre que dejó á la historia su santo celo en favor de la Religion, y su inagotable bondad, su memoria se ha hecho muy célebre en los libros que se ocupan de historia eclesiástica, por la gran gloria que le cupo en la traslacion desde Sevilla á Leon del cuerpo de San Isidoro; suceso completamente dispuesto por la Divina Providencia, y sin intervencion de hombre ni el cálculo de ningun hombre, como asienta el Sr. M. Florez, que refiere el admirable suceso de esta manera:

«Ocupaba el trono del reino de Leon Fernando el Grande, y primero de Castilla, el cual, juntando con su ánimo marcial una singular piedad para el culto de Dios y de sus Santos, quiso ennoblecer la corte de Leon con reliquias de Mártires; y sabiendo que en Sevilla se conservaba el cuerpo de la Virgen y Mártir Santa *Justa*, trató con el Rey Benabeth que se le concediese. No mencionan las actas á su hermana Santa *Rufina*, acaso porque habiendo sido quemada no existia su cuerpo.

»Concedida por el bárbaro la licencia, envió el Rey católico á Sevilla al Obispo de Leon, llamado Alvito, el cual, acompañado de ORDOÑO, Obispo de Astorga, y del conde *Munio*, con una buena partida de soldados, propuso á Benabeth la embajada que los condujo á su corte; y aunque el moro reconoció la promesa que habia hecho al Rey D. Fernando, dificultó la consecucion, diciendo que ni él ni ninguno de los suyos les podia mostrar el cuerpo que buscaban: que hiciesen ellos las diligencias de su descubrimiento, y le llevasen si acaso le encontraban.

»Oida esta respuesta, y retirados de palacio nuestros Embajadores, habló el Obispo Alvito á sus compañeros de

esta forma: «Ya veis la dificultad del buen éxito en nuestra expedición. Los medios humanos no parece que pueden conducirnos al deseado fin: así es necesario recurrir al auxilio Divino, dedicándonos por tres días á la oración y al ayuno, para ver si la Divina Majestad se digna revelarnos el sitio en que se oculta el tesoro del sagrado cuerpo.» Todos aprobaron la propuesta, y cumplidos los tres días en aquellos santos ejercicios, llegó la noche en que empezaba el cuarto, y Alvito, velando con instancia en la oración, cedió al sueño, en que empezó á lograr el fruto de sus vigili-
 as, pues se le apareció un venerable anciano, vestido de pontifical, que le habló así: *«Bien sé que tú y tus compañeros habeis venido aquí con deseo de llevaros el cuerpo de la Beatísima Virgen Justa: pero aunque no es voluntad de Dios que esta ciudad quede desamparada del cuerpo de esta Virgen, con todo eso tampoco quiere la Divina Bondad que os volvais vacíos, pues os concede mi cuerpo; y así, tomadle, y caminad seguros.»* Preguntóle entonces el venerable Alvito quién era el que así le hablaba, y respondiendo: *«Yo soy el Doctor de las Españas, Prelado de esta ciudad, Isidoro, desapareció de su vista.»*

»Despertó Alvito, y gozoso con tan feliz anuncio, pidió á Dios fervorosamente que si la revelación era del cielo, se le manifestase una y otra vez, y que si era puramente sueño, se desvaneciese. Estando meditando sobre esto se durmió, y se le apareció segunda vez el mismo Santo Doctor. Repitió la tercera, y en esta le declaró el sitio donde yacía su venerable cuerpo, hiriendo el suelo con el báculo que tenia en la mano, y diciendo: *«Aquí, aquí, aquí encontrarás mi cuerpo: y para que no dudes si es alguna vana fantasía, te servirá de seña de la verdad el que luego que estraigas de la tierra mi cuerpo enfermarás, y dentro de poco te desprenderás del tuyo y vendrás á nosotros.»*

»Asegurado ya Alvito de que era cosa de Dios, y con-

tento del fin de su destierro, habló por la mañana á los suyos, diciendo, que alabasen á Dios por la misericordia con que premiaba el trabajo de su viaje, pues aunque no era del beneplácito divino la traslacion del cuerpo de *Santa Justa*, no sería menor el tesoro que sacarian llevando consigo el cuerpo del beatísimo Isidoro, sobre lo cual les espuso lo que se ha referido, y todos adoraron la Divina bondad por tal favor, pasando luego á dar parte á Benabeth, que aunque infiel, conoció la fuerza de la mano de Dios, y bien afecto al que habia sido Pastor de aquella ciudad, les dijo: *Si os doy á Isidoro, ¿con qué me quedo yo?* No obstante, como no podia desairar á embajadores de tan gran Rey, les permitió que buscasen el cuerpo del glorioso Doctor, y como el negocio corria ya por cuenta de la divina Providencia, fácilmente se logró el espediente, pues buscando señales del sepulcro, hallaron otro nuevo prodigio de ver estampados en el suelo los vestigios de los tres golpes que el Santo dió con el báculo en la última aparicion, cuando dijo: *Aquí, aquí, aquí.*

»Descubierto el sagrado tesoro, fue tanta la fragancia de su cuerpo, que como si fuera una niebla de bálsamo, humedeció los cabellos y barba de todos los circunstantes con un rocío de olor superior al natural. La caja del sepulcro era de enebro; y al punto que se descubrió el venerable cuerpo, enfermó Alvito, segun le habia prevenido el Santo en la última aparicion, y al dia sétimo dió su alma al Criador. El Rey Benabeth tenia dispuesto un velo de seda de maravillosa hechura, y al tiempo de poner el sacratísimo cuerpo en la caja, le echó encima, no solo para gratificar al Rey D. Fernando con aquel obsequio, sino como en reverencia del Santo, pues ilustrado con superior instinto, dijo entre suspiros de lo íntimo del pecho: *Te apartas de aquí, varon venerable, Isidoro; pero bien sabes que tu causa es la mía; por lo que te pido que me tengas presente.*

Así lo testifica el historiador, como que lo oyó de los mismos que se hallaron presentes.»

Aumentando notablemente el afecto que el Rey D. Fernando profesaba al Santo Obispo ORDOÑO, por el esmero con que procuró complacerle en este encargo y por el cariñoso cuidado con que había conducido también á Leon el cuerpo del Obispo Alvito, le hizo varias donaciones importantes, entre ellas el Monasterio de Santa Marta de Tera.

Terminados completamente todos los asuntos de la traslación, colocado el cuerpo del Doctor San Isidoro en la iglesia de San Juan de Leon, en la misma en que también fue enterrado el Obispo Alvito, y después de despedirse del Rey D. Fernando, partió SAN ORDOÑO para Astorga la antevíspera de Navidad del año 1063, dedicando los catorce meses que sobrevivió á esta fecha á proporcionar á sus diocesanos cuantos bienes corporales y espirituales le fue posible. Previno en su testamento que en lugar de la catedral, en donde se daba sepultura á los Obispos, se la dieran á su cadáver en la iglesia de Santa Marta de Tera, á cuya Santa tenía particular devoción, que sin duda quiso premiar la Santa alcanzando de Dios que en su día 23 de febrero subiese al cielo ORDOÑO.

Con motivo de la obra que se hizo en la iglesia de Santa Marta, se abrió el sepulcro de ORDOÑO á los 675 años de haber sido colocado el Santo cadáver, el cual conservaba toda la figura corporal, aunque en cenizas, que al contacto dejaron la forma que presentaban, quedando solo los huesos: también se deshizo la mitra, que al abrir el sepulcro apareció en su exacta figura. El báculo y el anillo se conservaban perfectamente: el primero de una madera desconocida, y el segundo de oro, de una onza de peso, y con un camafeo en medio. Los huesos, metidos en un arca dorada, se depositaron en el oratorio de la misma iglesia.

DIA 24.

San Matías, Apóstol, *de Judea*, y San Modesto, Obispo, *Normando*.

DIA 25.

San Cesáreo, Confesor, *Francés*, y el

BEATO SEBASTIAN DE APARICIO, ESPAÑOL.

El día 20 de enero de 1502 nació en la Gudiña, pueblo perteneciente á la provincia y obispado de Orense, SEBASTIAN DE APARICIO, hijo de Juan y Teresa del Prado, honrados vecinos de aquel pueblo. Su pobreza no les permitió dar á su hijo educacion, ni más instruccion que la doctrina cristiana, que ellos mismos le enseñaron, inculcando en su mente las virtuosas máximas que sus santas costumbres y pensamientos les inspiraban. Desde niño le dedicaron á guardar un pequeño rebaño, ocupacion que se adaptaba perfectamente á su gusto de soledad y retiro. Pasó algunos años sin más ocupacion que la de pastor, hasta que por consejo de sus parientes dejó á Galicia, y marchó á Castilla en busca de un amo á quien servir. Llegó á Salamanca, y entró de criado de una señora muy rica, viuda, jóven y hermosa, que, prendada de la buena figura y de la candidez de SEBASTIAN, se enamoró ciegamente de él, poniendo en terrible prueba la virtud del jóven sirviente, que deseoso de conservar su castidad huyó de la casa, triunfando del enemigo. Se dirigió á Estremadura, y en la ciudad de Zafra le tomó á su servicio un caballero llamado D. Pedro Figueroa; pero descontento al poco tiempo SEBASTIAN, se despidió de su amo, y marchó á Sanlúcar de Barrameda, entrando á servir en una casa, donde su virtud tuvo que vencer otra prueba tan fuerte como la de Sa-

lamanca; y comprendiendo que la vida del campo era la ménos ocasionada á peligros para la virtud, buscó acomodo de pastor, en cuyo ejercicio se constituyó por algun tiempo; pero la Providencia le queria en otra parte, y le inspiró el pensamiento de pasar al Nuevo-Mundo.

En el año de 1531, contando veinte y nueve de edad, se embarcó para Méjico, llegando felizmente á Veracruz. Para ganar la vida, se dedicó á domar novillos silvestres, que cogia en los bosques, y dedicaba á labrar la tierra y á conducir carretas, siendo SEBASTIAN el que en aquellos paises introdujo este género de trasporte, y la costumbre de utilizar ganado vacuno montaraz para la agricultura. Asociado á un carpintero, paisano suyo, que allá encontró, y á algunos otros españoles, emprendió la construccion de carretas en grande escala para el servicio de las minas de Zacatecas, especulacion en que ganó cuantiosas sumas. Para hacer más activo y beneficioso el tráfico, abrió caminos á través de los bosques y de las montañas, desde Méjico á Zacatecas y á la ciudad de los Angeles. Su inteligencia y actividad dió tal aumento á sus primeras ganancias, que á los pocos años era uno de los más ricos habitantes de Méjico, y el más querido, porque ninguno como él empleaba su fortuna en socorrer necesidades y proteger á los desgraciados. Ademas de las limosnas continuas que hacia, pagaba las deudas de los pobres honrados, dotaba doncellas, suministraba diariamente todo lo necesario á gran número de ancianos é impedidos, y hacia préstamos de fuertes cantidades, sin interés ninguno, y á los labradores y artistas laboriosos que tenian alguna necesidad ó habian sufrido alguna desgracia. Su casa era el refugio de todos los menesterosos: ninguno salia sin consuelo, atendiendo, animando y tratando á todos como pudiera hacerlo el mas cariñoso padre. El Todopoderoso premiaba con larga mano su caridad, pues á pesar de las asombrosas

cantidades que diariamente empleaba en auxilios y limosnas de toda clase, cada dia aumentaban sus riquezas.

Para aquilatar mas su virtud y cristiana resignacion, le mandó el Señor una penosísima enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte. Con angelical paciencia sufría los mas acerbos dolores, sin proferir una queja, y cuando le curaban las llagas producidas por los cauterios, decia: *Vaya todo por el Señor, que mas sufrió su Divina Majestad por nosotros.* Agravóse hasta el punto de ser desahuciado por los facultativos, que se vieron en la necesidad de aconsejarle que se dispusiera para morir, lo que verificó con la mas santa alegría, recibiendo todos los Sacramentos en su cabal conocimiento. Se despidió en seguida de los que le rodeaban, pidiéndoles perdon de cualquier ofensa que involuntariamente les hubiera hecho, y rogó que le dejaran solo. Se retiraron, aunque quedando al cuidado, para acudir en cuanto notasen alguna novedad: le oían rezar con el mayor fervor, notando sorprendidos que su voz se iba haciendo por momentos más clara é iba desapareciendo el sobrealiento y fatiga que hacia dias le venia dificultando la respiracion. Pasado un rato, entraron los amigos y los médicos, y encontraron todos al virtuoso SEBASTIAN tan extraordinariamente aliviado, que hubo muchos que vieron en aquella tan rápida y sorprendente mejoría un patente milagro del Altísimo. Con asombrosa rapidez convalecía, hallándose á las pocas semanas completamente restablecido.

La triste soledad en que se encontró durante la enfermedad, porque aunque bien asistido por sus amigos y criados, carecia de un pariente, de una persona allegada que emplease los solícitos cuidados que tanto consuelan en semejantes situaciones, le sugirió la idea de casarse, si encontraba una mujer virtuosa y casta que quisiera vivir con él con un trato y género de vida como de hermana á her-

mano, ó de hija á padre, y habiendo llegado á noticia de un honradísimo vecino de SEBASTIAN la determinacion de éste, le ofreció en matrimonio su hija, pobre de bienes de fortuna, pero inmensamente rica de virtudes. Sin titubear la aceptó SEBASTIAN, porque tenia anticipadas noticias de sus cualidades, y muy contento se unió á ella tratándola como hija y ella á él como padre, llamándole así todo el tiempo que vivió, que fue muy poco, pues acometida antes del año de casada de una fulminante enfermedad, falleció brevemente, con gran sentimiento de SEBASTIAN.

A los pocos meses de enviudar compró una magnífica posesion en Tlanephlantla, en donde se casó segunda vez en los propios términos que la primera. Cayó gravemente enfermo, y otorgó su testamento con muchas mandas pias, instituyendo heredera del resto de sus riquezas á su virtuosa esposa, declarándola virgen tal cual la recibió de sus padres. El Señor se sirvió tambien esta vez devolverle la salud cuando ménos todos lo esperaban, llevándose en cambio, aunque despues de algunos años, á la segunda esposa, y volviendo SEBASTIAN á su estado de viudo.

Dedicose más que nunca al ejercicio de todas las virtudes, y deseoso de entregar por completo el resto de su vida al servicio de Dios, determinó entrar de lego en un convento, y despues de haber donado su inmensa fortuna á las monjas de Santa Clara de Méjico, ingresó en la Religion de San Francisco. Fuerte oposicion hicieron algunos Religiosos á que se le permitiese profesar, fundándose en la avanzada edad del novicio; pero el Señor, propicio á los ruegos de su amantísimo siervo, predispuso la mente de los Superiores, y con inefable alegría hizo SEBASTIAN su solemne profesion el dia 13 de junio de 1573, á los setenta y un años de edad. El Provincial lo destinó al convento de San Juan de Tecali, dedicándole á su primitivo oficio de carretero: de este convento pasó al de la ciudad de los An-

geles con el cargo tambien de carretero, al que unió poco despues el de limosnero, que conservó hasta su muerte.

«Llegole, por fin, la última enfermedad con todos los aparatos de una muerte muy próxima, que conoció lleno de alegría el santo Religioso. Los continuos vómitos le impidieron recibir el Viático, y rogó á su Superior que á lo ménos le llevasen el Sacramento Eucarístico para adorarlo, á lo cual accedió el Superior, y fortalecido con la Santa Uncion, fija la vista en un Crucifijo que tenia en las manos, invocando el dulce nombre de Jesus, le entregó su pura alma el dia 25 de febrero del año 1600, á poco de cumplir los noventa y ocho años de su edad, y veinte y seis y cuatro meses de hábito.

»Fue enterrado en la capilla mayor de la iglesia del Convento de San Francisco de la ciudad de los Angeles, donde despues se visitó algunas veces el santo depósito, una en la noche del 19 de julio de 1600, otra en 29 de junio de 1602, y otra en 28 de abril de 1632, y en todas se tomaron auténticos testimonios de la incorrupcion y flexibilidad del cuerpo del siervo de Dios. Con esta justificacion se recurrió á la Santa Sede para tratar de su beatificacion, y examinados por la Sagrada Congregacion de Ritos sus virtudes, fueron declaradas en grado heróico por el Papa Clemente XIII; y aprobados algunos de los milagros del siervo de Dios por el Sumo Pontifice Pio VI, decretó finalmente su solemne beatificacion el dia 17 de mayo de 1789.»

SAN VALERIO, ABAD DE SAN PEDRO DE LOS MONTES, ESPAÑOL.

Todos los autores están conformes en reconocer á este Santo natural de la tierra de Astorga, pero sin fijar ningun pueblo de ella, ni tampoco le nombra el mismo Santo

en sus escritos al hablar de su patria. De su familia solo se sabe que tuvo un hermano llamado Montano, y este un hijo por nombre Juan, que con el tiempo vino á ser discipulo de su tio, retirándose del mundo y dejando á su mujer y á sus hijos.

La primera edad la dedicó VALERIO á las cosas y asuntos del mundo; pero pagándole muy mal, y hastiado de él, determinó cambiar su bullicio por el silencio, la diversion por la oracion y la penitencia, y pidió el hábito en el Monasterio de Compluto; pero no habiéndosele concedido, buscó soledad más remota del trato humano, y se fue á morar á la cima de una elevada roca, sita entre Astorga y el *Castro Petrense* ó Pedroso. En este sitio vivió algunos años dedicado á la mas rígida penitencia; mas á pesar de lo solitario del sitio, fue por fin descubierta su morada, conocidas sus virtudes y santidad, y comenzaron á concurrir fieles deseosos de oír las dulces palabras y consejos del Santo anacoreta. Trocóse la soledad en concurrencia y la necesidad y miseria en abundancia, pues todos los devotos le llevaban siempre algun presente que le dejaban, aunque él se oponia. La fama de santidad de VALERIO, y la veneracion con que le miraban y hablaban de él todos los habitantes de la comarca, escitaron la envidia de un presbítero llamado Flaino, que tenia á su cargo la iglesia de aquel distrito, el cual comenzó á visitar frecuentemente el retiro de VALERIO, no para honrar á éste, sino para exasperarle con malos tratamientos y atormentarle por cuantos medios estaban á su alcance. Crecieron tanto las dañadas acciones de Flaino con la prudencia y paciencia del ermitaño VALERIO, que determinó éste quitar la ocasion de las mayores que preveia, retirándose á otro sitio, y eligió uno en medio de lo más áspero de las montañas del Bierzo, en donde vivió en paz é ignorado por algun tiempo dedicado á la penitencia, á la contemplacion y á escribir

parte de las obras que dejó para enseñanza y edificación de los fieles.

Supo Flaino el retiro de VALERIO, fue á él, le maltrató de palabra y obra, le quitó unos libros que habia escrito tratando de la *Ley del Señor y Triunfos de los Santos*, y no contento con ello, escitó contra el Santo la saña de unos ladrones que merodeaban por aquella comarca, y que muchas veces le golpearon, dejándole casi espirante.

Noticiosos de esto los fieles devotos que tanto le veneraban en su primer retiro, fueron en su busca, y le llevaron á un sitio llamado Evonauto, dándole colocacion en una pequeña iglesia. Pertenece aquel terreno á un ilustre y opulento caballero llamado Ricimiro, que formó el proyecto de edificar allí un templo dotado con grandes rentas, en el cual sirviese de presbítero VALERIO. Se demolió al efecto la pequeña iglesia que allí habia, y se dió principio á la construcción del templo; pero apenas mediada esta, falleció de repente Ricimiro, produciendo su muerte un gran trastorno en los asuntos de su casa. Los herederos concluyeron el templo, y aunque dieron colocacion en él á VALERIO, fue muy secundaria, poniendo al frente á uno muy mal mirado de las personas devotas y buenas cristianas: á un clérigo del cual se lee en la *España Sagrada* lo siguiente:

«Indignísimo, no solo del Orden Sagrado, sino del nombre que tenia de *Justo*; pequeño de cuerpo, grande en maldades; negro como la pez en lo exterior, más que el cuervo, en el alma; chocarrero, disoluto, sin más mérito que el de saber tocar un instrumento, con que de casa en casa, con chistes, gestos y cantinelas impuras se hizo célebre en lo que no debía.»

A tal sugeto nombraron cura y jefe de aquella iglesia los herederos de Ricimiro, é innecesario es decir cuán lejos

tenian que estar las opiniones de VALERIO de las de Justo en la apreciacion de toda clase de negocios. VALERIO callaba y sufría; pero como sus virtudes eran una constante acusacion de las maldades y vicios de Justo, le tomó este tal rabiosa enemistad, que sin cesar le vejaba y oprimía de cuantas maneras le era posible. A estos disgustos y trabajos se le unió otro nuevo al paciente y SANTO VALERIO: el Rey confiscó los bienes de los herederos de Ricimiro, y encarceló á estos, quedando, por consiguiente, arruinada la fundacion, y VALERIO sin recurso para subsistir cuando mas falta le hacia, porque los trabajos que llevaba pasados durante veinte años tenian muy quebrantadas sus fuerzas. Pero fortalecido su cuerpo con el santo valor de su espíritu, muy lejos de buscar recursos para pasar ménos dura y necesitada vida marchó á la soledad de los montes del Bierzo, inmediato al castillo de Rupiana, al sitio en que comenzó á labrar un santo retiro el célebre San Fructuoso. En la misma celda que edificó y ocupó este Santo fijó su residencia VALERIO, resuelto á concluir allí sus dias.

Quieto y tranquilo le dejaron por bastante tiempo en este retiro los hombres; pero, como dejó escrito el mismo Santo, envidioso Satanás de su apacible vida, conjuró contra su fé y su virtud á su ejército infernal, y comenzó á combatir su constancia con las más fuertes tentaciones. Viendo el ángel maldito que las escenas tentadoras que presentaba á la imaginacion y á la vista de VALERIO, en lugar de vencerle aquilataban más su heroica virtud, renunció á imágenes seductoras, y formó el proyecto de vencerle aterrándole y atormentándole. En cuanto se ponía en oracion, infestaba el recinto con los olores más nauseabundos é insoportables; producía ruidos espantosos, truenos, bramidos, ayes y gemidos en el aire; temblores de tierra tan violentos, que los peñascos, chocando unos contra otros, se convertian parte en tierra, parte en pequeños trozos que

volaban á grandes distancias. La lobreguez de la noche aumentaba el pavor que imponían semejantes escenas: la soledad aumentaba el desconsuelo; pero firme, de rodillas ante un Crucifijo, el Santo VALERIO, en su oscilante celda, que á cada momento amenazaba sepultarle entre sus ruinas, imploraba la gracia y auxilio del Todopoderoso, diciendo á Satanás: *Apártate, malvado: ¿cómo intentas arruinar mi casilla?*

Compadeciéndose el Señor de las angustias y desamparo en que vivía su amantísimo y anciano siervo, le envió un virtuoso jóven que, con gran vocacion al retiro y á la vida penitente, pidió á SAN VALERIO que le recibiese en su compañía como servidor y discípulo. Con gran alegría recibió el Santo al jóven, llamado Juan, dando infinitas gracias á Dios porque le enviaba un consuelo y báculo en su trabajada vejez; pero Lucifer no cejaba en su propósito de concluir con la paciencia del Santo y continuaba mortificándole sin cesar de mil maneras, hasta infestando su celda de tan asombroso número de pulgas que cubrían completamente el suelo y las paredes, y bebían la sangre del paciente anciano, al punto de hacer sumamente peligroso su estado por estenuacion é inflamacion de la piel. El discípulo Juan hizo cesar esta plaga por haber tenido la feliz idea de rociar la celda con agua bendita.

Pero en cambio de estas tribulaciones el Señor no se olvidaba de su fiel servidor, y con repetidos castigos á los que servían de instrumentos de Satanás, manifestaba el amor con que Dios mira siempre á los suyos.

Comenzaron los fieles á socorrerle, y un noble señor de la comarca, llamado Basiliano, le regaló un caballo para el acarreo de leñas, tierra y piedra, porque, ayudado por su discípulo Juan y un Monge que se le unió y falleció al poco tiempo, iba VALERIO arreglando poco á poco aquella morada santa, que tan gran celebridad tuvo despues.

Inspirados por el enemigo los padres de Juan, determinaron ir en su busca y llevarsele á su casa á él y al caballo de que se servia. Puestos de acecho, no tardaron en ver á su hijo que iba con el caballo á recoger leña, y llegándose á él le obligaron á regresar á su casa, y como ellos estaban montados, obligaron á su hijo á que lo hiciese y que echára delante; pero así que montó salió el caballo á escape dirigiéndose á la casa de su amo Basiliano, á la que llegó con Juan sin que éste le pudiera haber dirigido, porque no la conocia. Refirió Juan el suceso al caballero, y éste le mandó volverse con VALERIO, y él fue al siguiente dia á llevarle el caballo, con el que se quedó por de pronto.

«Castigó Dios la injusta voluntad de los padres de Juan con el hecho, no solo de que volviesen vacíos á su casa, sino de que hallasen despedrados sus frutos: y como volviesen á labrar la hacienda para resarcir los daños, vinieron unos ladrones que les robaron los bueyes. Así quedaron privados de bienes propios los que apetecian los ájenos, gimiendo en la desnudez, hambre y miserias.»

El mismo caballero Basiliano regaló poco despues otro caballo á SAN VALERIO, y estando una mañana trabados los dos caballos paciendo al lado de un inmenso precipicio, inspiró Satanás la idea á un enemigo de SAN VALERIO de despeñar los maniatados é inofensivos animales, para dejar sin aquella ayuda al Santo. Hizolo efectivamente, y cuando por la fragosidad del terreno y la espantosa profundidad parecia indispensable que los caballos llegasen en pedazos al fondo, no sufrieron daño alguno, saliendo ilesos y sin la menor señal del golpe. Estos admirables sucesos irritaban á los enemigos del virtuoso anciano; pero le proporcionaban servidores que admirando la proteccion divina se amparaban á ella, cambiando por la santa vida

del retiro y la soledad los goces y bullicio del mundo. De este número fue uno del cual debemos hacer especial y mas detallada mencion.

Era un Presbítero llamado Saturnino, jóven de santas costumbres y devota y penitente vida, á quien Dios amonestó varias veces en sueños para que fuese á buscar y acompañar á VALERIO.

«Vió Saturnino debajo del Monasterio de San Pedro de los Montes, comenzado á edificar, como queda dicho, por San Fructuoso, y continuado por SAN VALERIO y sus discípulos, la roca donde solia orar San Fructuoso, señalada con una cruz, y propuso á su maestro VALERIO labrar allí un Oratorio. No fue por de pronto de la aprobacion del Santo el proyecto de Saturnino, por parecerle incómodo el sitio, y por carecer de recursos para la obra; pero accedió luego por haberle Dios revelado en sueños que era de su agrado el proyecto; y con el auxilio de muchos buenos cristianos, á quienes se apeló, fue construida una pequeña iglesia, con el nombre de Santa Cruz y San Pantaleon. En ella ofrecia Saturnino á Dios diarios sacrificios, con tanta fé y devocion, que mereció recibir del cielo señaladas muestras de que le eran aceptos. Más (segun escribe el M. Enrique Florez), para confusion de la soberbia humana, permitió Dios que este cedro cayese, royéndole la raiz el espíritu de la envidia y vanagloria. Pareciole que, retirándose del Maestro, seria toda la fama del discípulo, y que á él, viviendo solo, le tributaria el vulgo más aplauso. No estrañes ya la ruina si falta el cimiento de la humildad. Cerróse con este fin en un sitio muy estrecho, junto á la iglesia que habia hecho debajo del Monasterio, sin salir de aquella cárcel más que para los Oficios Divinos del dia y de la noche, y muchas veces para decir Misa. Esta separacion del lado de VALERIO la dispuso el enemigo, para que como

oveja apartada del pastor pudiese hacer presa mas segura, como en efecto sucedió, pues estando allí algun tiempo, le acometió con tal furor de angustias, que ni de dia ni de noche le permitia un breve espacio de quietud, yendo y volviendo del Convento sin parar. Vencido, en fin, malamente, cogió de noche un burro, que servia á la Comunidad, y cargándole con unos libros que SAN VALERIO habia escrito, y otras cosas que dió á la iglesia, se fue donde el enemigo quiso, sin que sepamos el fin, pues el Santo solo dice que le llevó cautivo el enemigo.

»A esta pena se le juntó otra á SAN VALERIO, pues aquel Juan, su discipulo, estando orando delante del altar de su Monasterio, fue cruelmente degollado por un rústico instigado del enemigo.

»Pero la Divina Piedad, que nunca se olvida de los suyos, proveyó de nuevo consuelo al Santo, enviándole desde el lugar donde nació un sobrino llamado Juan, hijo de su hermano Montano. El sobrino servia al Rey; tenia mujer é hijos; pero dejándolo todo por amor del que es sobre todo, resolvió irse al desierto con el tío, siguiéndole un criado que se llamaba Evagrio.»

Con el sobrino parece que Dios envió al resignado y Santo VALERIO la tranquilidad al ánimo y la prosperidad al Monasterio, pues desde aquella fecha todo fueron satisfacciones. El Rey, los Obispos é innumerables fieles, contribuyeron al engrandecimiento de aquel santo lugar, que fue convertido en uno de los más pintorescos y deliciosos de España.

Cargado por fin de merecimientos, y despues de cuarenta y dos años de vida solitaria y monacal, murió hallándose de Abad, el dia 25 de febrero del año 695, siendo sepultado en el propio Monasterio.

Dejó varios escritos, algunos de los cuales se conservan

en la Santa Iglesia de Oviedo. Los más notables son una carta á los Monges del Bierzo, la Vida de San Fructuoso, la de una Religiosa llamada Equeria, la historia del Abad Donadeo; los milagros y revelaciones de los Monges Máximo y Bonelo, y de un criado de San Fructuoso.

DIA 26.

San Alejandro, Obispo de Alejandria, *Egipcio.*

DIA 27.

San Baldomero, Confesor, *Francés.*

DIA 28.

San Roman, Abad y Fundador, *Francés*; San Macario, *Romano*, y compañeros Mártires.

MES DE MARZO.

(Por D. Eustaquio María de Nenclares) (1).

DIA 1.

El Santo Angel de la Guarda, y

SAN ROSENDO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

Desconsolados vivian en medio de su opulencia y sus honores en su casa solariega, sita en el pueblo de Valdesalas, perteneciente al reino de Leon y Asturias, en el año de 906, el conde D. Gutierrez Arias y su esposa Doña Aldara, por no tener heredero de su nombre y de sus bienes, pues aunque habia dado á luz la condesa algunos hijos, morian al momento de nacer, sin haber podido recibir algunos ni el agua del bautismo. De continuo pedian á Dios los dos esposos que les concediese un hijo con robustez y dilatada vida, y mil ofrendas rendian á la Vir-

(1) Al anunciar esta obra se dijo que el mes de marzo estaba encargado á don José Gutierrez Andrés: así era en efecto; pero circunstancias independientes de su voluntad le impidieron escribirle, y lo ha verificado el Director de la obra y Redactor de los meses anteriores.

gen y á los Santos para que intercediesen con el Supremo Hacedor y alcanzasen la gracia que tanto deseaban.

Hallábase en los principios de un embarazo la condesa cuando su marido pasó á Coimbra por orden del Rey Don Alfonso III, el Grande, á ponerse al frente del ejército, y obligar á los moros á levantar el sitio que tenían puesto á aquella plaza, perteneciente entonces al reino de Leon y Asturias, y Aldara, aprovechándose de la ausencia de su marido, que aunque muy fervoroso cristiano, contenía á su mujer en los tormentos y penitencias que hacia de continuo, por temor de que perdiera la salud, se entregó más de lleno á la penitencia, multiplicando sus oraciones y tormentos para alcanzar del Señor el consuelo de tener un hijo con larga vida. A dos millas distante de su morada habia en lo alto del monte una iglesia dedicada al Salvador, á la cual iba con frecuencia Aldara, sola, descalza y rezando fervorosamente. A poco de llegar un día á la iglesia, fatigada del camino, se quedó dormida postrada delante del altar, y vió en sueños un ángel, que consoló su pena asegurándola que el Señor habia oído benigno sus súplicas, y que el hijo que daría á luz seria muy estimado de los hombres y de mucho mérito para con Dios. Despertó Aldara, y embargada de alegría dió las más espresivas gracias al Todopoderoso por la merced que le dispensaba, y regresó á su casa, avisando inmediatamente al conde su marido rogándole que hiciera lo posible por regresar á su lado lo antes que pudiera.

En reconocimiento de la merced que Dios le concedió, trató Aldara de contribuir en algo al aumento del divino culto, y al efecto dispuso que inmediatamente y sin levantar mano se construyese una iglesia entre el pueblo de Valdesalas y el cerro donde estaba la del Salvador, la cual fue dedicada á San Miguel y los Santos Angeles.

Regresó el conde al lado de su mujer, y ambos se dedi-

caron á los más fervorosos ejercicios en accion de gracias al Supremo Hacedor, y el día 26 de noviembre del propio año de 906 dió Aldara á luz un hermoso y robusto niño lleno de vida y de salud. Por convenio general y unánime de los padres y parientes se determinó que el tierno infante fuese bautizado en la Iglesia del Salvador, en la cual habia tenido Aldara la revelacion. No teniendo pila bautismal aquel templo, determinaron llevar una fuente de piedra, y hallada que fue, se colocó en un carro y se emprendió el camino del monte; pero al llegar cerca de la Iglesia edificada á costa de la condesa Aldara, se rompió el carro con el peso y fue á tierra la fuente. Mientras los criados se disponian á ir en busca de otro carro más fuerte, entraron en la iglesia de San Miguel y de los Santos Angeles algunas de las personas que iban para ayudar y presenciar la colocacion de la fuente, y vieron con el mayor asombro que en la iglesia de San Miguel y los Santos Angeles habia pila bautismal, colocada por providencia divina, pues nadie la habia llevado allí. Este milagroso suceso persuadió á todos de que la voluntad del Señor era que allí recibiese el bautismo el tierno niño, y así se verificó, recibiendo el nombre de ROSENDO. Con grandes regocijos y abundantes limosnas á los pobres se celebró el nacimiento; funcion y socorros que no solo repetian todos los años los condes mientras vivieron, sino que despues de muertos continuó ROSENDO en obsequio á sus padres, y cuando él murió, á los 70 años de edad, dejó dispuesto en su testamento que celebrasen aquel dia los Monjes, con funcion de Iglesia y particulares limosnas á los pobres.

Desde niño muy tierno manifestó ROSENDO bellissimo carácter, piadosas y santas inclinaciones, suma prudencia y gran disposicion para las letras, á lo que unia una constante aplicacion. Adelantó, pues, tanto en sus estudios, é

hizo tan rápidos y admirables progresos en las letras humanas y divinas, que entrado solo en la primera juventud, era ya célebre su nombre en todo el reino. «Llegó á estar vacante á esta sazón el Obispado de Dumio, y el clero y el pueblo, de comun acuerdo, viendo que tenian en aquel jóven un espejo de todas las virtudes, no se detuvieron en elegirle por su Obispo, sin embargo de que apenas habia cumplido los diez y ocho años de edad, cosa de que se hallan pocos ejemplares en la historia de la Iglesia. Rehusó con todas sus fuerzas el Santo mancebo el admitir una dignidad de que él mismo se publicaba indigno; y no le hubieran rendido á ello las reiteradas instancias que le hacia el clero y el pueblo, á no haber tenido revelacion de que era voluntad de Dios que lo aceptase.»

Con el tino y prudencia de la ancianidad más sabia, dictaba sorprendentes y acertadas providencias encaminadas todas al buen arreglo del clero y á moralizar las costumbres del pueblo, corrigiendo con la mayor afabilidad y dulzura los abusos y faltas que observaba, y haciéndose dia por dia más querido de todos los habitantes de su diócesi. Visitaba constantemente á los pobres llevándoles auxilios y consuelos para el alma y el cuerpo: aumentó el culto reedificando muchos templos arruinados, construyendo y dotando otros muchos, y con un celo admirable y pasmosa actividad, se hallaba siempre donde su prudencia y caridad era necesaria al prójimo.

Su amor á éste y al Supremo Hacedor le obligaban á continuar en el cargo para que unánimemente habia sido elegido, pues sus constantes deseos eran dedicarse á la penitencia y á la oracion en la soledad y el retiro. Pedia al Señor de todas veras que con su infinita sabiduría dispusiera las cosas de manera que sin que se siguiesen perjuicios al servicio del Obispado, le concediese vivir apartado de la sociedad, en santa y contemplativa vida. Orando

un día le reveló el Señor su voluntad de que edificase un Monasterio, al cual se retiraría más adelante, para hacer vida solitaria y penitente con otros Monges, y lleno de gozo por esta revelacion, eligió inmediatamente un sitio á propósito en el que se dió principio á la construccion del Monasterio que lleva el célebre nombre de Celanova. Durante los ocho años que se emplearon en su construccion, y deseando ensayar y gozarse en la vida monástica, se retiraba á temporadas, alternando, á algunos de los Monasterios ya existentes, creacion suya varios de ellos, y en companía de los Monges pasaba con el mayor placer el tiempo en ejercicios santos y espirituales.

Como sus estancias temporales en todos los Monasterios de la diócesi le habian proporcionado el conocimiento de los Monges más virtuosos y perfectos, los llamó para que formasen la primera Comunidad del de Celanova así que estuvo concluido, dando el cargo de Abad al renombrado y santo Franquila, que desempeñaba á la sazón igual cargo en el Monasterio de San Estéban. Con tan buena base, tan buen Superior, y el ejemplo constante del Obispo ROSENDO, que con la mayor alegría y gusto se ocupaba en los mas humildes servicios de los demas Monges, fue el Monasterio de Celanova el modelo de los retiros religiosos de aquel tiempo. Pero considerando el Señor más necesario, sin duda, al virtuoso y sábio ROSENDO en otra parte, le sacó de aquel retiro, que dejó el Santo con gran sentimiento, aunque resignado y conforme como siempre con la voluntad del Todopoderoso.

«Ocupaba á la sazón la Silla episcopal de Compostela Sisnando, hombre entregado al juego y á diversiones vanas é impropias de su dignidad y carácter, y ademas olvidado enteramente del cuidado de su rebaño, por cuya causa era ya aborrecido, no solo del Rey, sino de los grandes y del

pueblo, y especialmente de los mismos sacerdotes, que no podían mirar con indiferencia una conducta semejante en su Prelado.»

Además de los vicios, tenía Sisnando un carácter duro y orgulloso, y confiado en su nobleza como hijo que era del conde D. Mendo, creyendo que á su voz se le reunirían defensores en número suficiente hasta para contrarestar las fuerzas del Soberano, no hizo el menor caso de las diferentes, amonestaciones y hasta terminantes reprensiones de éste.

Pero cansado de escándalos el Rey D. Sancho I, que á la sazón ocupaba el trono de Leon, destituyó del cargo á Sisnando y le mandó encerrar en una prisión. La opinion general y la voluntad de D. Sancho señalaron en seguida á ROSENDO para ocupar la importante Sede de Compostela, y corregir el cúmulo de abusos que habian introducido el abandono, malas costumbres y vicios de Sisnando. Cuantas razones adujo ROSENDO para no aceptar el Obispado fueron completamente ineficaces para vencer el empeño del Rey, del clero y del pueblo, y tuvo que tomar posesion de la Silla. Muy pronto revivió la fé en la diócesi, y volvieron las costumbres al estado normal de pureza que siempre distinguió á aquel territorio de España.

Aprovechando los normandos la ausencia del Rey Don Sancho, invadieron la Galicia al mismo tiempo que los moros hacian mil estragos en ella por la parte que confina con Portugal; y viendo ROSENDO que si no se hacia un supremo esfuerzo para contener á ambos enemigos iba á ser completamente desolado el reino, confiando en la proteccion divina reunió un pequeño ejército, y poniéndose al frente de él, salió animoso al encuentro de los invasores. Derrotó completamente á los normandos, é hizo huir á los moros hasta más allá de sus fronteras, y volvió triunfante á Com-

postela, donde fue recibido con un entusiasmo imposible de pintar; pero lejos de envanecerse con tales triunfos, rogaba humildemente á todos que fueran á los templos y que allí dieran las gracias al Señor, que era el solo que habia conseguido y dispuesto la victoria.

Al poco tiempo de esta murió el Rey D. Sancho, y rompiendo las cadenas el ex-Obispo Sisnando, salió de la prision, y en la misma noche, que fue la de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo del año 967, entró armado con otros en la habitacion de ROSENDO, que se hallaba en la cama, y amenazándole con la espada desnuda le mandó dejar inmediatamente el lecho, la casa y la ciudad, pues él iba á hacerse cargo desde aquel momento del Obispado que le pertenecia. Vistióse ROSENDO, y dejó la estancia pero despues de haber reprendido á Sisnando, profetizando con graves y repetidas expresiones que tendria un fin desastroso si no volvía arrepentido sus ojos al cielo y moralizaba sus costumbres. Y el pronóstico se realizó, pues al poco tiempo los normandos, con su Rey Gunderedo al frente, invadieron la Galicia, llegando hasta Compostela, y en la calle, y cerca de la casa de la que echó á ROSENDO, murió Sisnando degollado por los normandos.

El Obispo SAN ROSENDO se acogió por de pronto al Monasterio de San Juan de Cabero, fundacion tambien suya, en un delicioso valle inmediato á Mondoñedo; pero estuvo poco tiempo en él, pasando á su predilecto y querido de Celanova, en el cual todavia continuaba de Abad el virtuoso Franquila. De manos de este recibió la cogulla de San Benito, y profesó su santa Regla, cosa bastante comun por aquella época, en que se vieron muchos Obispos tomar hábito y profesar en diferentes Religiones.

Contento cual nunca lo habia estado pasaba la vida ROSENDO dedicado á la penitencia y á la oracion, y atendiendo á los trabajos y necesidades de la Comunidad, como

el último de los Monges, y como si jamás se hubiera visto honrado con dignidad de especie alguna.

Anunció su próxima muerte al Abad Franquila, la cual reveló el Señor á SAN ROSENDO de una manera enigmática y prodigiosa. Estando en coro la Comunidad, vió ROSENDO que una hermosa paloma blanca entraba y salía de la boca del Abad Franquila, mientras recitaba los cánticos sagrados. Esta paloma representaba el alma del Abad, próxima á dejar el cuerpo. ROSENDO se lo manifestó así á Franquila, el cual se dispuso á bien morir, concluyendo efectivamente sus dias á los muy pocos del aviso. Fue elegido SAN ROSENDO para suceder á Franquila, desempeñando el cargo de Superior con la misma dulzura que siempre empleó para mandar, y captándose el amor de todos sus subordinados.

Pasó á Portugal á visitar á su parienta Santa Senorina, que se hallaba entonces de Abadesa del Monasterio de Vieira, la que le recibió con la mayor alegría y el más tierno afecto. «Hallábanse un dia conversando sobre cosas del espíritu, y sucedió que viéndolos dos albañiles que trabajaban en un tejado del Monasterio, hicieron mal juicio de los Santos; pero al punto se apoderó de ellos el demonio, y los precipitó del tejado, de manera que murieron hechos pedazos miserablemente. Acudieron algunos á ver aquella desgracia, y aunque atónitos de lo que habia sucedido, tomaron los cadáveres y los pusieron en la iglesia. Rogaban todos, y con especialidad Santa Senorina á ROSENDO que pidiese á Dios por ellos, y á instancias suyas se fue á la iglesia é hizo oracion á Dios, y luego pidió aceite bendito, con el que ungió en forma de cruz los ojos y la boca de los difuntos, y con grande confianza en la misericordia del Señor, les dijo en alta voz: «En el nombre de la »Santisima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, levantaos sanos y libres del sueño de la muerte.» Y al punto

se levantaron sanos y libres, no solo de la muerte, sino del demonio, y todos dieron infinitas gracias á Dios por tan estupenda maravilla como la que habian presenciado.»

Regresó á su Monasterio de Celanova, y al poco tiempo, estando una noche en oracion, le reveló el Señor su última hora, y al dia siguiente reunió á los Monges y les dijo: «Ya, hermanos míos, voy á salir de este destierro, y de los peligros de la cárcel de este cuerpo miserable. Déjoos este Monasterio con sus rentas y heredades enteramente libres, para que como hasta aquí vivais en el santo servicio del Señor. Mándooos que siempre recibais en él, en cuanto lo permitan sus facultades, á cuantos quieran profesar esta santa vida, sean siervos ó libres, nobles ó plebeyos, y de cualquiera nacion que fueren; porque no se agrada Dios de la nobleza del linage, sino de la contricion del corazon y de la perfecta obediencia.» Agravose de los achaques y dolencias que venia padeciendo, y habiendo corrido la nueva acudió al Monasterio casi todo el clero con el Obispo de Compostela, y muchos nobles, entre los cuales contaba algunos parientes. Con la más profunda devocion recibió los Santos Sacramentos, y viendo que todos lloraban su muerte y lamentaban la falta que de sus sabios consejos iban á experimentar, vertiendo él tambien copiosas lágrimas de agradecimiento por el cariño que todos á porfia le demostraban, les dijo: «Confiad, hijos y señores míos, y colocad en el Señor vuestra esperanza, que no he de dejaros huérfanos. En primer lugar, os encomiendo á Dios, mi Criador, y á mi Señor Jesucristo, para el cual os he juntado aquí, y por cuyo amor edificué este Monasterio. Encomiándoos tambien al Rey que fuere ungido en la ciudad de Leon, para que os proteja y os defienda. Y os nombro por Abad á Mamilano, mi padre, y tambien mi hijo espiritual. Tened, pues, entendido que yo os ayudaré siempre, y protegeré este Monasterio, y le defenderé de los malhechores.» Acaba-

das estas palabras, elevó la mirada al cielo, y con rostro consolado y complacido exhaló el último aliento á los setenta años de edad, el jueves primero de marzo del año del Señor 976. En el mismo día y á la misma hora vió en Portugal, en su Convento de Vieira, la Abadesa Santa Senorina que los ángeles, entonando himnos y cánticos de alegría, subían al cielo el alma de su pariente SAN ROSENDO. El santo cuerpo fue sepultado sin pompa ni ostentacion, respetando lo que habia dejado prevenido, junto á la iglesia de San Pedro, escediéndose los Monges de la voluntad postrera del Santo tan solo en colocar su cadáver en una urna de piedra en lugar de sepultarle en la tierra, como mandó.

Hizose tan célebre en España y Portugal el sepulcro de SAN ROSENDO, por los milagros que Dios obraba ante él por la intercesion del Santo, que de pueblos muy distantes iban constantemente multitud de enfermos y desvalidos á buscar salud y consuelos en sus desgracias. Fue tambien á visitarle Jacinto Cordenell, de la Santa Romana Iglesia, legado apostólico, y habiendo sido testigo de varios milagros, y despues de consultar con diferentes Obispos que le acompañaban, y haber hecho un diligente exámen de la vida del Prelado ROSENDO, le declaró bienaventurado, y dispuso se trasladase el santo cuerpo á un precioso sepulcro que hizo colocar sobre cuatro columnas de mármol dentro de una capilla inmediata al claustro. Con la mayor solemnidad, júbilo y concurso de pueblo se verificó la traslacion, y habiendo despues ocupado la Silla de San Pedro dicho Cardenal Jacinto, con el nombre de Celestino III, puso al Obispo y Abad ROSENDO en el número de los Santos.

DIA 2.

San Lucio, Obispo, Armenio.

DIA 3.

San Emeterio y San Celedonio, Mártires, (1) y

SAN EMETERIO, MARTIR, ESPAÑOL.

Este Santo nació en el principado de Cataluña, en la parroquia de San Madi, cerca de Barcelona, y es más conocido por San Madi que por SAN EMETERIO, sin embargo de haber sido este su verdadero nombre; pero celebrándose su fiesta en este día con gran pompa y concurso del pueblo en dicha parroquia, con la denominacion de la fiesta de San Madi, se aplicó vulgarmente al Santo el nombre de la iglesia en que se honraba su memoria.

Se ignoran sus ascendientes y la fecha de su nacimiento: solo se sabe que era un labrador medianamente acomodado, que tenia su casa y unas tierras próximas al camino de Barcelona, y que era buen cristiano, piadoso y sumamente caritativo.

Por los años del Señor 480, el cruel Rey godo Eurico sitió la ciudad de Tarragona, habitada entonces por romanos, y á pesar de la valerosa resistencia de estos, fue tomada por asalto, siendo pasados á cuchillo todos sus moradores. Era Eurico arriano como lo fueron todos los godos hasta la conversion al cristianismo del ilustre Recaredo en el año de 589, y como su indole sanguinaria no le permitia vivir á gusto sin derramar sangre, y no le quedaban romanos gentiles en quienes contentar su ferocidad, dedicó

(1) La biografía de estos Santos corresponde al Apéndice.

sus iras á la persecucion de los cristianos. Nombró un comisionado con el encargo especial de esterminarlos, y le previno que comenzara por pasar inmediatamente á Barcelona á apoderarse del Obispo, que lo era á la sazón San Severo, á le obligase á abjurar la religion católica, ó le matara si se negase á hacerlo. Súpose en Barcelona la feroz determinacion de Eurico, el nombramiento del digno comisionado, y la sentencia contra el Obispo; y todos los amigos de este fueron inmediatamente á suplicarle que saliera al punto de Barcelona. Se negó al principio el Santo, diciendo que al frente de su diócesi debia esperar el peligro, y perder la vida si necesario fuera; pero á fuerza de súplicas y reflexiones lograron que evitase el primer golpe, y procurara conservarse para enseñanza del pueblo y mayor bien de la cristiandad. Decidió, pues, salir de Barcelona, y eligió para retiro el castillo llamado Octaviano, situado donde despues se edificó el pueblo de San Cucufate. Solo y á pie emprendió el camino, y encontró á la orilla de este, sembrando habas en una de sus tierras, al cristiano EMETERIO, que dejando el trabajo fue inmediatamente á saludar respetuoso, y besar el anillo de su Santo Obispo, ofreciéndole cuanto tenia y cuantos socorros le pudiera proporcionar. Aunque sumamente reconocido el Obispo San Severo á la voluntad del labrador EMETERIO, nada quiso aceptar, y le encargó que si los soldados y satélites del tirano pasasen por allí, y preguntaban si le habia visto y sabia á dónde iba, que dijese completamente la verdad, sin ocultarles que marchaba á esperar la voluntad del Señor en el castillo Octaviano. Se despidieron los dos Santos, y al ir á continuar su faena EMETERIO, vió asombrado el milagro de que las habas que acababa de sembrar habian nacido y crecido extraordinariamente estando ya en flor. Hincándose de rodillas allí mismo, dió al Señor las mas fervorosas gracias por la anticipada y abundante cosecha que le



146. Hércules.

147. de Escorpión.

S^N VINCENTE M^R

proporcionaba, rogándole al mismo tiempo que protegiese la vida de su Santo y querido Prelado.

No habiendo hallado en Barcelona el comisionado de Eurico al Obispo Severo, y habiéndole dicho que se había fugado, aunque sin indicarle el punto á que se dirigía, mandó salir inmediatamente gente en su seguimiento por distintos caminos, y un grupo de soldados llegó á las tierras de EMETERIO cuando él todavía continuaba orando de rodillas. Le preguntaron los soldados que si había visto al Obispo Severo, á lo que contestó afirmativamente, y habiéndole vuelto á preguntar cuánto tiempo hacia que había pasado, y á dónde se dirigía, les respondió que pasó por allí cuando estaba sembrando las habas aquellas que veían en flor, y que se dirigía al castillo Octaviano. Como los soldados sabían que hacia muy poco que el Obispo había salido de Barcelona, y EMETERIO les decía que pasó cuando estaba sembrando aquellas habas tan crecidas, creyeron que se burlaba de ellos, le golpearon cruelmente, le hicieron echar delante, y que les enseñase el camino del castillo, á donde llegaron y encontraron al Obispo. Condujeron á los dos Santos á un pueblo inmediato, al cual había ido el comisionado de Eurico, y los mandaron que renegasen de su fé y adoptasen las creencias arrianas. Negáronse los dos, y en su virtud los azotaron cruelmente, poniéndolos en el más lamentable estado. Repitió el mandato el feroz satélite del tirano, y continuando constantes los dos Santos en la confesion de la fé, mandó á los verdugos que atravesasen la frente de San Severo con un grueso clavo, y que degollaran á SAN EMETERIO, lo que se ejecutó en seguida, descansando en el Señor los dos gloriosos Mártires el dia 6 de noviembre, del año del Nacimiento de Jesucristo 480, celebrándose la fiesta de SAN EMETERIO en este dia 3 de marzo, y la de San Severo en el dia del martirio.

DIA 4.

San Casimiro, Rey y Confesor, *Polaco*.

DIA 5.

San Eusebio, y compañeros Mártires (1).

DIA 6.

Santos Victor y Victoriano, Mártires, de *Oriente*, y Santa Coleta, Virgen, *Francesa*.

SAN OLEGARIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

SAN OLEGARIO ó San Oleguer, pues de ambas maneras le llama la historia, nació en Barcelona el año de 1060, siendo sus padres Oleguer y su esposa Gila, pertenecientes los dos á las más ilustres y acomodadas familias de aquella ciudad. Fue el niño de una hermosura notable y de condicion graciosa y alegre, aunque á medida que entraba en edad iba desapareciendo su jovialidad, reemplazándola un profundo juicio y modestia.

La desahogada posicion de que gozaban sus padres, les permitió rodear á su hijo de los maestros más aptos para transmitir á la mente del niño las ciencias y las más sólidas bases de virtud, adelantando notablemente en uno y otro el jóven OLEGARIO, dando patentes muestras de lo grande que habia de ser en ciencia y santidad.

Desde muy jóven manifestó decidida vocacion al estado eclesiástico, y no queriendo sus piadosos padres contrariar su inclinacion, le ofrecieron al Señor y á la Ilustre Mártir Santa Eulalia, en la catedral de Santa Cruz, en favor de la cual hicieron donacion de una pingüe heredad que poseian

(1) La biografía de este Santo corresponde al Apéndice.

en el condado de Asura, ingresando OLEGARIO entre aquellos Canónigos á la edad de diez y siete años. «La vida ejemplar del nuevo canónigo, la inocencia de costumbres, su puntual asistencia al coro, y el grande amor que profesaba al retiro, le granjearon el cariño y aun la veneracion de todos, de tal modo, que fue muy pronto nombrado Paborde de aquel cabildo, desempeñando su nuevo destino con tal gravedad, circunspeccion y sabiduria, que fue la admiracion de los seglares y el modelo de los eclesiásticos.»

No satisfaciendo, sin embargo, aquella vida al jóven OLEGARIO, y deseoso de apartarse más del contacto del siglo, se retiró al Monasterio de San Adrian, que acababa de fundar D. Beltran, Obispo de Barcelona, para Canónigos Regulares de San Agustin. Sus sublimes virtudes, su prudencia y sus vastos conocimientos en tan corta edad fueron bien pronto la admiracion de todos los Monges, y habiendo muerto el Prior fue nombrado por unanimidad para cubrir la vacante. La nueva posicion, muy lejos de enorgullecerle, aumentó su fervor y su celo para escitar á los Canónigos al más perfecto servicio de Dios y observancia de la Regla.

Habia pasado D. Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, primero de este nombre, á las Islas Baleares, á hacer la guerra á los moros, y habia marchado en su compañía el Obispo de Barcelona, D. Raimundo, que ejercia el cargo de legado apostólico del Papa Pascual II en aquella cruzada. Las fatigas del campamento resintieron la quebrantada salud del Obispo, y despues de una penosa enfermedad, dejó de existir, con notable sentimiento del Rey y de toda la córte, de quienes era muy apreciado por sus relevantes prendas. Procediose por el clero y el pueblo á las preces, rogativas y ayunos que se acostumbraban entonces para pedir á Dios acierto en la eleccion de Obispo, y por divina inspiracion fue designado OLEGARIO. Tan grata como fue

á los condes, á todo el clero, á los grandes y al pueblo la eleccion, fue desagradable al elegido; y considerando que su oposicion no seria bastante, y que á la fuerza le harian aceptar el Obispado, se salió del Monasterio en el silencio de la noche, y huyó á Francia. Grande fue el sentimiento que á todos causó la fuga de OLEGARIO, y teniendo determinado el conde de Barcelona visitar los Santos Lugares, apresuró la partida para ir al mismo tiempo á Roma, pedir al Papa nuevo legado, y que obligase á OLEGARIO á admitir el Obispado. Su Santidad complació al conde, nombrando legado apostólico al Cardenal Boson, con encargo especial de averiguar el paradero de OLEGARIO, y consagrarle de Obispo. Súpose que se hallaba oculto en el Monasterio de San Rufo, é inmediatamente le mandó á llamar el Cardenal legado, y sin dar oidos á sus ruegos y súplicas le consagró, y le hizo tomar posesion de la Silla.

La dominacion de los moros en muchos pueblos del Principado, y el contacto preciso é indispensable de los vecinos de unos y otros, cristianos y moros, tenian muy relajadas las costumbres, y sin tregua ni descanso se dedicó á la predicacion de los preceptos del Evangelio, haciendo una detenida y prolija visita á los pueblos de la diócesi.

Hallábase en poder de los moros la ciudad de Tarragona, y determinó recobrarla el conde de Barcelona, Berenguer; y tanto para obtener un valeroso auxiliar al presente, como para dejar la ciudad, despues de tomada, en poder de quien supiera defenderla con prevision y valor cristiano, por donacion en forma, fecha 1.º de febrero de 1117, cedió la ciudad al Obispo de Barcelona, OLEGARIO, para sí y sus sucesores. OLEGARIO aceptó á condicion de que lo aprobase el Sumo Pontífice reinante á la sazón, Gelasio II, y para conocer la voluntad de este pasó á Roma. El Papa le recibió con la más distinguida amabilidad, apro-

bó la donacion, y le condecoró con el Pálio, insignia de los metropolitanos.

Regresó á Barcelona, y puestos de acuerdo el Conde y él, emprendieron la reconquista de Tarragona, de la que arrojaron á los moros, restableciendo en seguida la Iglesia católica, fortificando al mismo tiempo la ciudad para la defensa de sus moradores.

Murió el Papa Gelasio II, y le sucedió Calixto, tambien II, el cual convocó Concilio general, que fue el primero de Letran, con el principal objeto de tratar de la cruzada para la reconquista de Tierra Santa. OLEGARIO fue uno de los que concurrieron á este Concilio, é hizo presente en él que no era ménos conveniente y necesaria una cruzada en España que en Palestina, pues los moros estaban posesionados de una gran parte de ella, oprimiendo, vejando y atormentando de continuo á los cristianos, profanando los templos y escarneciendo las más veneradas imágenes. En vista de esta manifestacion del Obispo OLEGARIO, le nombró el Papa legado apostólico para disponer y favorecer expediciones contra los moros que ocupaban diferentes villas, entre ellas Lérida y Tortosa, todas las cuales volvieron á poder de los cristianos al poco tiempo de haber regresado de Roma OLEGARIO.

En el año de 1134, viendo los grandes abusos que se cometian en todos los ramos en el Principado de Cataluña, y considerando que el conde de Barcelona por sí solo no podia disponer lo necesario para atajar los males que abundantemente producian los abusos, le aconsejó que llamase Córtes generales, consejo que admitió en seguida el Conde, y á principios del siguiente año de 1135 se celebraron en Barcelona, siendo OLEGARIO el alma de ellas. Con respecto á lo eclesiástico, se determinó: «que en adelante no se atreviese alguno á violar la inmunidad eclesiástica á treinta pasos del lugar sagrado: que no se causase injuria

de modo alguno á las personas ni bienes de los clérigos: que se pagasen sin fraude los diezmos á Dios; y que se restituyesen á los Obispos las iglesias usurpadas, con todas las posesiones y derechos pertenecientes á ellas.» El primero que procedió á la restitucion fue el conde de Barcelona, cuyo ejemplo siguieron todos los señores del Principado.

Tiempo hacia que deseaba OLEGARIO emprender un viaje á Jerusalem, que habia ido retardando por dar cima y benefica solución á los asuntos del momento; pero arregladas las cosas tan satisfactoriamente despues de las Córtes, realizó su deseo marchando á Tierra Santa, donde fue muy obsequiado y considerado. A su regreso estableció en Cataluña el Orden de los Templarios, que se estendió despues por todo el reino. Por invitacion directa del Papa Inocencio II, sucesor de Calixto II, asistió al Concilio de Claramonte, y terminado dió la vuelta á su diócesi, dedicándose á la creacion de muchos monumentos que despues honraron notablemente su memoria.

En noviembre de 1136 reunió en Tarragona Sínodo diocesano. Al año siguiente celebró otro, y á los pocos dias, agotadas sus fuerzas fisicas por los años y los trabajos, cayó en el lecho para no levantarse más. Con grande y santa resignacion sufrió los dolores de su penosa enfermedad: recibió con la humildad y piedad más edificante los Santos Sacramentos á presencia de los que habian asistido al Sínodo, y despues de despedirse tiernamente de todos y de darles su bendicion, descansó en el Señor el dia 5 de marzo del año de 1137, á los 76 de edad.

Su cuerpo fue trasladado á Barcelona y colocado en una capilla que se construyó en la catedral, costeada por sus fieles devotos, en un altar algo separado de la pared, por cuyo espacio se ve el santo cuerpo entero, á escepcion de un poco de carne que le falta en la cara.

DIA 7.

Las llagas del Divino Redentor, y Santo Tomás de Aquino, Doctor, *Italiano*.

DIA 8.

San Juan de Dios, Fundador, *Portugués*.

SAN JULIAN, ARZOBISPO DE TOLEDO, ESPAÑOL.

La imperial ciudad de Toledo tuvo la gloria de recibir á su llegada al mundo al glorioso Prelado SAN JULIAN, discípulo de San Eugenio III, á quien sucedió despues de San Ildefonso y de Quirico. Nada se sabe de sus ascendientes, y en la vida escrita por el Arzobispo Félix, inserta en el tomo V de la *España Sagrada*, apéndice VI, solo dice que fue bautizado y criado desde niño en la catedral, y que contra-jo singular amistad con otro compañero llamado Gudila, á quien Félix elogia con título de *Santa memoria*, y llegó á ser Arcediano de la Santa Iglesia, firmando como tal en el Concilio XI de Toledo. Era tal la igualdad de ideas, sentimientos é inclinaciones de JULIAN y Gudila, que admiraba á todos, porque parecian completamente dos cabezas con una sola imaginacion, dos cuerpos con solo un alma. Y no se encuentra ni un solo escritor que se haya ocupado de la vida de SAN JULIAN, que no haga mencion de esta amistad é identidad de sentimientos, que solo por esta circunstancia merece la mencion, pues por lo demas en nada influyó en los sucesos de la vida de SAN JULIAN; solo en el profundo sentimiento que le causó la muerte de tan querido amigo, ocurrida el dia 8 de setiembre del año 679, octavo del reinado de Wamba, siendo enterrado en el Monasterio dedicado á San Félix.

Dando diario tributo de lágrimas á la memoria de su

querido amigo, continuó JULIAN desempeñando sus funciones eclesiásticas en la catedral de Toledo, y prestando cuantos auxilios espirituales y corporales podia á los pobres, desvalidos y enfermos, en cuyo consuelo y servicio ocupaba todo el tiempo que le quedaba libre despues de la asistencia á la iglesia.

A poco más de los cuatro meses de la muerte de Gudi-la falleció el Arzobispo Quirico, dejando vacante la Sede de Toledo; y para nadie fue dudoso el resultado de la eleccion de sucesor de Quirico, porque solo habia uno que reuniese en el más alto grado las dotes necesarias para no desmerecer de los Eugenios é Ildefonsos. En JULIAN solo brillaban claras y resplandecientes, y JULIAN fue el elegido con alegría y aplauso universal.

Gran número de páginas necesitaríamos emplear para seguir paso á paso los que él dió en la senda de la perfeccion y de la santidad, y consignar los gloriosos hechos que tan célebre hicieron su nombre, y tan querida y respetada su memoria; más para dar alguna idea de lo que fue, copiaremos lo dicho por su sucesor é historiador el Arzobispo Félix, ya citado. «JULIAN, dice, tan digno de las alabanzas de todos, como adornado de todas las virtudes, fue un varon lleno del temor de Dios, de gran prudencia y consejo, perfecto en la discrecion, prontísimo en el alivio de los miserables, compasivo en el socorro de los desgraciados, afectuoso en la intercesion por los desvalidos, diestro en el manejo y conclusion de los negocios, justo en las disposiciones jurídicas, suave en las sentencias, singular en sostener los derechos de la justicia, célebre y elocuente en las disputas, perpétuo y fervoroso en la oracion, admirable y constante en la asistencia á los Divinos Oficios, valiente en la defensa de la Iglesia, vigilante en la direccion y gobierno de sus súbditos, severo con los soberbios, suave con los humildes, insigne en la humildad, y gene-

ralmente esclarecido en la perfeccion de todas las virtudes. En la misericordia tan liberal y compasivo, que no habia necesitado á quien no sócorriese; tan ardiente en la caridad, que jamás le pidieron cosa alguna por el amor de Dios que no la concediese; tan igual en merecimientos á los insignes Prelados que le precedieron, como émulo de sus heroicas virtudes. En suma, fue su sabiduria admirable, su prudencia consumada, su celo activo, su caridad sin limites: todo para todos: era el padre de los pobres, el apoyo de los débiles, el amparo de las viudas, el tutor de los pupilos; comunicando su esplendor á las provincias vecinas, y portándose generalmente con tanta dulzura, amor y benevolencia, que hecho dueño de los corazones de sus súbditos, le veneraban como á Santo y le respetaban como á padre.

»El deseo de ser útil á la Iglesia le hizo convocar en Toledo cuatro Concilios, que fueron el XII, XIII, XIV y XV, en los que presidió tanto por la eminencia de su doctrina, como por la autoridad de su Silla. En estas célebres Asambleas eclesiásticas hizo constituciones y reglamentos sabios y prudentes, acreditando en todos el fondo de su admirable sabiduria y santidad. Disuelto el Sínodo XIII toledano á fines del año 683, recibió JULIAN las actas del VI Concilio general celebrado en Constantinopla en tiempo del Papa Agaton contra los monothelitas, remitidas por el Papa Leon II para que la Iglesia de España se las aprobase y recibiese. Pero conociendo el Santo la dificultad de congregar un Concilio nacional en el rigor del invierno, para dar pronta satisfaccion á la cátedra apostólica, le dirigió un escrito bajo el titulo *Apología de la Fé* (celebrado y aprobado por el Concilio XIV de Toledo), en el que además de testificar el Santo la admision y aprobacion de las referidas actas á su nombre y el de toda la Iglesia de España, y anatematizar los errores de los monothelitas, le manifestó lo que

de Cristo sentía y creía esta misma Iglesia universalmente. Recibió Benedicto II, sucesor de Leon, este escrito al tiempo que llegó á Roma, y manifestó algún reparo en orden á ciertas palabras. Recibida por JULIAN esta noticia como una honesta censura de su obra, acatando las observaciones del Papa, compuso otro segundo apologético en defensa de la doctrina del primero, donde manifestó claramente su sentido, confirmandole con tan abundantes testimonios de los Santos Padres, que convenció plenamente no haber dicho otra cosa que lo que enseñaron San Agustin, San Cirilo y San Isidoro de Sevilla. Este escrito, sobre haber merecido por su solidez y elocuencia los más altos elogios de la Silla Apostólica, propuesto en el Concilio toledano XV, no solo le aprobaron los Padres, sino que le insertaron integro entre sus actas, para que constase á la posteridad la pureza de la fé del Santo Prelado, y su profunda inteligencia en los mas difíciles misterios.»

El Arzobispo SAN JULIAN no se contentó con procurar auxilios y bienes á sus contemporáneos; quiso iluminar la mente de los venideros con las luces de las verdades divinas, y dejó escritos de un valor inapreciable, guias seguros del camino de la felicidad eterna. Sus obras más notables son : *Libro de los Pronósticos del siglo futuro*, dirigido á Idario, Obispo de Barcelona. Obra que ha dado motivo para que algunos confundan á nuestro Santo con Julian Pomero, presbítero de la Mauritania, que floreció 200 años antes, quien compuso tambien un tratado de la vida futura con el mismo título de *Pronósticos*, notándose en el de nuestro Santo que es una coleccion continua de pasajes de San Agustin, San Gregorio, y el citado Pomero. En la *Biblioteca de los Padres* se halla un escrito de SAN JULIAN, bajo el título de *Origen de la muerte humana*, del que hablando un crítico extranjero, se persuade que no puede hablarse del autor sin confesar que para escribirlo se elevó

sobre la condicion de la carne, pues en él se encuentra espíritu, elevacion, sabiduría, piedad, solidez, orden, ingenio, y más que comunes conocimientos, no fácil de hallarse juntos en los talentos humanos.

Tambien compuso otro escelente tratado con una epistola al Rey Ervigio, sobre el cumplimiento de la sesta edad del mundo, contra los judíos, dividido en tres libros. Escribió asimismo la historia del Rey Wamba en la Galia Narbonense, con motivo de la rebelion de Paulo, y una esposicion muy erudita sobre el Profeta Nahum, cuyas obras se hallan en la magnífica edicion que dió á luz con la más escrupulosa crítica el Cardenal Lorenzana en 1782.

Finalmente, despues de regir diez años su diócesi, falleció en el de 690, tercero de Egica, siendo sepultado su cuerpo junto á los de sus predecesores en la iglesia de Santa Leocadia, desde donde se llevó luego á la catedral de Oviedo.

SAN BEREMUNDO, ABAD DE IRACHE.

Villa-Tuerta y Arellano, pueblos pertenecientes al reino de Navarra, se disputan la gloria de haber visto nacer á SAN BEREMUNDO, sin que nosotros nos atrevamos á inclinarnos en favor ni de uno ni de otro, porque no hemos encontrado justificantes tan fehacientes que hagan inclinar la balanza de nuestra desapasionada justificacion.

Consta que siendo muy jóven todavia vestía ya el hábito de Monge Benito en el Monasterio de Santa Maria de Irache, siendo Abad un tio suyo llamado Muño, varon de relevantes prendas y virtudes, lo que está suficientemente probado con desempeñar el cargo de Prelado en aquel Monasterio, que era uno de los más célebres de España, no tanto por su antigüedad, aunque remota, como por ser el ejemplo de la más perfecta observancia de la Regla de San Benito, y en el que brillaron gran número de varones ilustrísimos por su santidad y ciencia.

Perpétua memoria dejó BEREMUNDO de su vida en el claustro, que tan acepta manifestó el Señor que le era, obrando infinitos milagros que patentizaban el agrado con que miraba á su amantísimo siervo. Pero si bien poseyó en el más alto grado todas las virtudes, en la caridad y amor á los pobres fue verdaderamente admirable. Y no aguardó el Señor á dar á conocer al mundo á SAN BEREMUNDO entrado ya en edad, sino que desde muy jóven, desde novicio le distinguió con su proteccion. Era tan estremada su caridad, que viendo su tio, el Abad Muño, que cuanto tenia y casi todo su alimento lo daba á los pobres, tuvo que señalarle limites para ejercer su caridad. Encontróle una vez por el claustro que se dirigia á la puerta del Monasterio, y pareciéndole que ocultaba algo entre el hábito, le llamó y le preguntó qué llevaba. Suspenso quedó BEREMUNDO, porque lo que llevaba oculto era una buena porcion de pedazos de pan para repartir entre los pobres, y queriendo evitar disgusto á su tio, le respondió que llevaba astillas para calentar á unos pobres, aludiendo con esta contestacion al calor que produce el alimento: pidió el Abad que se las enseñara, sospechando la verdad, que era pan ó alguna otra comida. Sin pronunciar una palabra, y trastornado completamente, presentó al Abad lo que llevaba oculto, que el Señor habia convertido efectivamente en astillas, pero de una clase de madera que nadie pudo conocer.

Muerto su tio, fue elegido por unanimidad Abad, y aunque su profunda humildad se resistia á aceptar tal distincion, tuvo que resignarse á la unánime voluntad y súplicas de la Comunidad. Amoroso padre y hermano de todos, no era Prelado más que para desvelarse por su bien, y atenderlos en sus necesidades y males; dedicando su más asiduo y solícito cuidado á los enfermos, á quienes él mismo curaba y asistia en todo lo que era necesario.

«Continuaba el Señor manifestando la santidad de su siervo con las maravillosas espulsiones de espíritus malignos que hizo de varios cuerpos que tiranizaban, con la gracia de curaciones, de la que usó en favor de no pocos enfermos, y con la abundancia de lluvias que por su poderosa intercesion fertilizaron la tierra en las mayores esterilidades; pero aunque todo esto recomendó su mérito, lo que dió á su eminente virtud el mayor realce, fue el siguiente portento: Ocurrió una escasez general en toda Navarra, y en tan triste circunstancia concurrieron al Monasterio de Irache, que era el refugio de todos los necesitados, cerca de tres mil personas á implorar la caridad de BEREMUNDO; pero como éste ya habia dado de limosna todos los repuestos que tenia, y no habian venido los criados que envió fuera de la provincia á comprar alimentos para los necesitados, penetrado su corazon del más vivo dolor al ver aquella multitud de gentes que le pedian les socorriese por el amor de Dios, se postró ante el altar bañado en copiosas lágrimas, y rogó al Señor que tuviese compasion de tanto pobre, por su infinita misericordia. Oyó Dios con agrado la humilde súplica de su amado siervo, nacida de un corazon todo caridad, y por uno de aquellos prodigios de su sabia y admirable Providencia, hizo que bajase del cielo una paloma de extraordinaria blancura, que voló con un aire suave sobre las cabezas de aquel numeroso concurso, y se sintieron todos inmediatamente satisfechos como si hubiesen comido los alimentos más sustanciosos.

»Corrió por toda Navarra la nueva de este prodigio, y deseando conocer al Santo Prelado, tan favorecido por el Todopoderoso, acudian al Monasterio desde los puntos más distantes, y todos los grandes del reino le visitaron. El Rey D. Sancho Ramirez hizo cuantiosas donaciones al Monasterio, que, unidas á las de los grandes y de otras per-

sonas notables, colocaron al Monasterio de Irache al frente de los más ricos de España. Además de las donaciones en tierras, pueblos y magníficas posesiones, le concedió el Rey muchas inmunidades y privilegios, entre estos el de «que se diese crédito en juicio á la simple declaración de cualquiera Monge de Irache en todas cuantas cuestiones se suscitasen acerca de los derechos del Monasterio.»

Pero en medio de tantos obsequios, distinciones y riquezas, BEREMUNDO continuaba tan humilde como cuando era novicio; y si de continuo daba gracias á Dios por los bienes que con mano larga habia dotado al Monasterio, era principalmente porque le proporcionaba socorrer más número de pobres y dar mayor pompa y majestad al culto divino, habiendo compuesto al efecto un libro de oraciones y un manual de Sacramentos, que mereciendo los mayores elogios del Sacro Colegio, fueron aprobados por el Papa Alejandro II.

El móvil de todas las heroicas virtudes de BEREMUNDO fue su ardiente amor á Jesucristo: no siendo menor el que tuvo siempre á la Santísima Virgen, cuya devoción tierna y fervorosa se hacia sensible en todas sus acciones, quedándose algunas veces en dulce éxtasis ante una prodigiosa imagen de la Señora, que dió al Monasterio de Irache el Rey D. Sancho de Navarra, con el valle de San Estéban, en agradecimiento de la victoria que consiguió por el patrocinio de la Virgen de una multitud de moros en el castillo de Monjardin. De aqui nació aquel celo por propagar el culto de la Reina del cielo, en quien despues de Dios tenia colocada toda su esperanza, y con especialidad en el Misterio de su Inmaculada Concepcion, debiéndose á sus incesantes desvelos el que poco despues de su muerte se celebrase dicho Misterio en el Monasterio de Irache y en

todo el reino de Navarra el día 8 de diciembre, como hoy lo ejecuta toda la Iglesia.

También se cree que en premio de la misma devoción que profesaba BEREMUNDO á la Santísima Virgen, se debió á ella el descubrimiento de la prodigiosa imagen de la Señora, que llaman *del Rey*, como á unos mil pasos del Monasterio de Irache, lo que movió al Rey D. Sancho Ramirez á fundar en el sitio donde se halló dicha imagen la ciudad de Estella, llamada así por las estrellas que aparecieron en él. Poco después el Rey Sancho de Navarra concedió al Monasterio de Irache la parroquia de San Juan con todos los diezmos y derechos á ella pertenecientes, en virtud de lo cual ejerce en la misma el Abad de aquel los oficios de Párroco.

Para profundo dolor de sus devotos y admiradores, y para alegría suya, llegó la última hora al Santo Abad BEREMUNDO, que después de haber recibido con edificante devoción todos los Sacramentos, con la más dulce tranquilidad entregó su alma al Divino Criador, el día 8 de marzo de 1192, después de una Prelacia de veinte años. Fue depositado el Santo cadáver en el altar mayor de la iglesia del Monasterio, obrando el Señor por su intercesión infinitos milagros, en virtud de los cuales la Silla Apostólica le colocó más adelante en el número de los Santos. De sus reliquias se hicieron diferentes traslaciones, hasta que el Abad Fray Pedro Briz, en el año de 1657, construyó, en honor del Santo, una capilla, y colocó los santos restos en una preciosa urna de plata. Desde la supresión de los Institutos religiosos, se conserva esta urna en la parroquia de San Juan de Estella.

DIA 9.

Santa Francisca, viuda, *Romana*, y

SAN PACIANO, OBISPO DE BARCELONA, ESPAÑOL.

Fue SAN PACIANO natural de Barcelona, capital del Principado de Cataluña. No hay memorias de sus ascendientes ni de los primeros años de su vida: dicen que fue de familia noble y acomodada, y nos le presenta la historia casado ya, con un hijo llamado Dextro, y ejerciendo en Barcelona la profesion de letrado, con gran renombre de ciencia y rectitud.

Enviudó cuando ya su hijo Dextro tenia concluida la carrera de las letras, y PACIANO, dejando el foro por el altar, abrazó el estado eclesiástico, dedicándose al estudio de las Sagradas Escrituras, que, con el talento de que Dios le dotó, con su ilustracion y su vocacion, profundizó cual pocos, alcanzando tanta fama en las letras sagradas como en las profanas.

Habiendo vacado la Silla Episcopal de Barcelona, fue elegido para ella con general aplauso del clero y del pueblo, de quienes eran conocidas sus relevantes prendas. Con esceso correspondió á las esperanzas de todos, y si los pobres tuvieron en él un constante y amoroso protector, la Iglesia tuvo un campeon que fue el terror de los hereges, á quienes combatió sin tregua ni descanso, derrotándolos en todos los terrenos, patentizando lo absurdo de sus doctrinas con varios opúsculos que escribió, llenos de aquella luz irresistible que todos reconocieron en la profundidad de su sabiduría. Escribió tambien un escelente tratado sobre el Sacramento del Bautismo, y otro muy apreciado por la erudicion con que estaba escrito, titulado *Parenesis, ó exhortacion á la penitencia*.

Con universal sentimiento de sus Diocesanos, para quie-

nes fue constantemente un seguro guia y un tierno padre, falleció á fines del siglo IV, ignorándose el año, quedando solo memoria del dia, que fue en 9 de marzo. El concepto de Santidad en que murió, hizo que sus devotos y admiradores de Barcelona construyesen una capilla y un altar donde le tributaban diario y constante culto. En el año de 1595 el Obispo de aquella diócesi, D. Juan Dimas Loris, mandó que se celebrase la festividad de SAN PACIANO con rito de primera clase en este dia 9 de marzo; y en el año de 1600 el Sínodo diocesano de Barcelona, de acuerdo con el Obispo D. Alfonso Colona, ordenó que se guardase la fiesta, con prohibicion de toda obra servil.

Las reliquias de SAN PACIANO se perdieron poco despues de su muerte en la irrupcion de los sarracenos.

DIA 10.

San Meliton y compañeros, Mártires, *Armenios*.

DIA 11.

SANTA ÁUREA, VÍRGEN, ESPAÑOLA.

En Villavelayo, pueblo perteneciente á la provincia de Logroño, nació esta Santa Vírgen, siendo sus padres García Nuño y Amuna, nobles y acomodados vecinos de aquel pueblo, á quienes el Todopoderoso otorgó la gracia que le venian pidiendo hacia años, de que les diese sucesion en un hijo bello y virtuoso.

ÁUREA fue, pues, el celeste don concedido por el Altísimo, y más bella de alma y cuerpo de lo que el virtuoso matrimonio solicitaba del Señor. Desde la más tierna infancia demostró lo que habia de ser, pues jamás los habitantes de la comarca habian visto un carácter tan dulce y una condicion más humilde.

Al paso que en edad, crecia en virtudes, y para hacer

más perfecta vida determinó retirarse del mundo, y en la soledad del claustro dedicarse esclusivamente á la oracion y á la penitencia. Las santas ideas de sus padres no pudieron ménos de estar conformes con la decidida vocacion de su hija, y con su aprobacion ingresó en un Monasterio de Religiosas, sito en las inmediaciones del célebre de San Millan de la Cogulla. La perfeccion de su vida monástica llamó muy pronto la atencion, y concluyó por ser la admiracion en ambos Monasterios.

«Quiso Dios manifestar á su amada esposa lo agradables que le eran los santos ejercicios con que procuraba complacerle. Despues de maitines del tercer dia de Navidad, y habiéndose quedado dormida, se la aparecieron en el dulce sueño tres hermosísimas Vírgenes que la manifestaron eran Santa Águeda, Santa Cecilia y Santa Eulalia, las cuales, despues que la dieron muchas gracias por la complacencia que recibia en la lectura de sus vidas, la dijeron: que el Señor la tenia preparado en el cielo el premio de sus rigurosos ayunos, de sus mortificaciones y de sus lágrimas. Despertó ÁUREA toda llena de consuelo, y encendida en vivísimos deseos de disfrutar cuanto antes la dicha que en la vision la manifestaron las tres ilustres Santas, redobló el rigor de sus penitencias y el fervor de sus oraciones, de modo que el resto de su vida fue una serie continuada de admirables éxtasis. A los nueve meses de la vision dicha, estando ÁUREA orando fervorosamente, se la apareció la Reina de los Ángeles entre coros de vírgenes, y con la dulzura propia de S. M., la dijo: *Hija, ya es justo que se temple el rigor de tu penitente vida, y que recibas el premio de tus trabajos, lo que se verificará dentro de breve tiempo.* No tardó mucho en cumplirse el aviso de la Santísima Vírgen; pero queriendo Dios acrisolar la virtud de su fidelísima sierva, la probó con una larga y penosa en-